

Revista

# Lotería

No. 366, Mayo - Junio 1987



# Revista **Lotería**

No. 366, Mayo - Junio 1987

## INDICE

- PORTADA
  - Retrato de José I. Fábrega* . . . . 3
- EDITORIAL
  - Nuestro homenaje a Don José Isaac Fábrega* . . . . . 4
- RETAZOS DE LA OBRA LITERARIA DE DON JOSE I. FABREGA
  - Discurso de Aceptación pronunciado por el Licdo. José I. Fábrega, candidato nacional a la Presidencia de la República* . 6
  - A intervalos, por José I. Fábrega* . . . . . 16
  - Sentido y Misión de la personalidad individual en el Estado Panameño, por José Isaac Fábrega* . . . . . 26
  - Elogio de Justo Arosemena, por José Isaac Fábrega* . . . . . 48
  - Por esa vida, por José Isaac Fábrega* . . . . . 57
  - El tema de Oro, por José Isaac Fábrega* . . . . . 68
  - Billete de Banco- Papel Moneda- Papel Moneda de Curso Forzoso, por José I. Fábrega* . . . . . 85
  - Don Mariano..., por José I. Fábrega* . . . . . 88
  - Se va produciendo un cambio en la psicología del panameño, por José I. Fábrega* . . . . . 104
  - ¿Es Panamá una Nación?, por José I. Fábrega.* . . . . . 114
  - Octavio Méndez Pereira: Idealismo Apostólico y Acción Práctica, José Isaac Fábrega* . . . . . 134

*La Bandera de la Patria:  
Compromiso Cívico...*, por  
José Isaac Fábrega ..... 147

*Alfaro*, por José Isaac  
Fábrega ..... 157

#### — ENSAYOS Y MONOGRAFIAS

*Don José Isaac Fábrega en el  
recuerdo*, por Elsie Alvarado  
de Ricord ..... 173

*José Isaac Fábrega, Panameño  
Cabal*, por  
Miguel Mejía Dutary ..... 175

*Carlos Antonio Mendoza*,  
por Juan B. Sosa ..... 180

*Museo de Historia y Arte "José  
De Obaldía*, por Prof. Mario J.  
Molina y Prof. Dalva Acuña  
de Molina ..... 188

#### CRITICA LITERARIA

*El Perseguido*, por Ricardo  
Arturo Ríos Torres ..... 201

*Lotería Nacional de Beneficencia*

*Planes de Sorteo* ..... 205

#### CONTRAPORTADA

*Lotería Nacional de Beneficencia*,  
"Una Institución del Pueblo,  
creada para beneficio del  
Pueblo".

### A NUESTROS COLABORADORES

*La Revista Lotería agradece el creciente interés de los intelectuales, artistas, catedráticos, estudiantes y otros escritores por hacernos llegar aportaciones de diferentes géneros. Pero debemos advertir que, de acuerdo con normas universalmente aceptadas, la Revista no se hace responsable ni sostiene correspondencia acerca de las colaboraciones no solicitadas que, por cualquier razón o motivo, no puedan ser publicadas. A los interesados se les informa que las colaboraciones para publicación en la Revista Lotería deben ser inéditas.*

**EL EDITOR.**

## *Nuestra Portada*

**JOSE ISAAC FABREGA**  
(1903 - 1986)

Jurista. Educador. Escritor. Fue Catedrático de Derecho de la Universidad Nacional y Asesor Jurídico del Banco Nacional de Panamá, por más de treinta años. Director de la Estrella de Panamá. Miembro de la Academia Panameña de la Lengua y de la Historia. Fue Diputado a la Asamblea Nacional y Miembro de la Convención Nacional Constituyente (1945-1948). Ministro de Educación en dos circunstancias diferentes, en 1944 y en 1950.



## *Nuestro Homenaje a José Isaac Fábrega*

La Revista Lotería rinde un homenaje a José Isaac Fábrega, uno de los más destacados intelectuales panameños del presente siglo, recientemente fallecido.

Fábrega fue jurista notable, catedrático de Derecho, pero sobre todo sintió afición por las letras, y se sintió inclinado por el periodismo actuante. Hombre de pluma elegante, existe un copioso testimonio de sus escritos; su pasión por escribir lo acompañó a lo largo de su jornada por la vida.

Desde sus mocedades se vinculó al periodismo a través de las páginas de La Estrella de Panamá, periodico en el que llegó a fungir de Director, y, en los años posteriores a esta encomienda, sirvió una columna, que él mismo tituló *Intervalos*.

Pero José Isaac Fábrega hizo incursiones en la novela, en el cuento, y aun en la poesía; aun cuando fue celoso en extremo para exhibir estas últimas producciones. No existe la menor duda de que lo mejor de la pluma de José Isaac Fábrega se encuentra en sus ensayos, de los cuales nos hemos permitido hacer una selección.

En sus últimos años, José Isaac Fábrega estaba escribiendo sus Memorias, obra que, según él, le daría el material para cinco tomos de trescientas páginas cada uno.

Anticipadamente él tituló esos libros *Por esa vida*, pero, cuando ocurrió su muerte en el mes de septiembre de 1986, únicamente avanzaba por el tercer tomo, por lo cual la obra queda trunca.

Sin embargo, consideramos que lo escrito tiene un gran valor para la historia, la literatura y la política del país. Por generosidad de su viuda, Doña Inés de Fábrega, reproducimos en esta oportunidad tres capítulos, tomados al azar, del primer libro **Por esa vida**. (El V, el XI y el XV).

José Isaac Fábrega tiene dos obras de significación. En primera instancia nos referimos a su trabajo **Algunas opiniones de carácter jurídico, emitidas como Asesor Legal del Banco Nacional de Panamá** y sus **Escritos**, que se editaron en dos tomos. De sus opiniones jurídicas hemos seleccionado un trabajo sobre el Papel Moneda, y de sus **Escritos**, obra de mayor pretensión, los siguientes trabajos:

**Don Mariano**, que constituye un ensayo sobre la trayectoria de Don Mariano Arosemena, como político, como periodista y como historiador; **Se va produciendo un cambio en la psicología del panameño**; **¿Es Panamá una nación?** ; **Octavio Méndez Pereira**, y su idealismo patriótico.

Junto a estos trabajos incluimos, además: **Elogio de Justo Arosemena**; **Alfaro**; **Sentido y Misión de la Personalidad individual en el Estado Panameño**; **Su Discurso** al aceptar la postulación a la candidatura a la Presidencia de la República (1948) y que constituye un programa de gobierno, y finalmente tres de sus **Intervalos**, publicados en la Estrella de Panamá, como un testimonio de su ejercicio del periodismo.

*Discurso de Aceptación Pronunciado por el  
Lic. José Isaac Fábrega,  
Candidato Nacional a la Presidencia  
de la República*

Señor Presidente de la Convención del Partido Nacional Revolucionario; señores Delegados; señores representantes de las Concentraciones Independientes de Hombres y de Mujeres; señores Emisarios de los Partidos Políticos y Grupos Cívicos; compatriotas:

No he pedido ni insinuado un solo momento que se tomase la decisión de recomendar mi nombre para la candidatura presidencial. Y no porque yo deje de apreciar todo el relieve que confiere tal honor especialísimo, sino exclusivamente porque el ciudadano reflexivo, que comprende lo que entraña la misión de dirigir a la República, guarda una especie de continencia decorosa que le impide brindarse alegremente para tan graves destinos. Pero el Partido Nacional Revolucionario, representado plenamente por vosotros, me ha proclamado candidato a la Primera Magistratura como generosa culminación de ofrecimiento inesperado y espontáneo, según informes obligantes que me trasmite vuestro digno Presidente en elogiosas palabras producidas por su habitual gentileza. Y ante ese hecho registrado por armoniosa disposición de voluntades libres, domino la sensación que me estremece por una de las más altas distinciones que las democracias otorgan, y serenamente declaro que acepto la postulación, con pleno conocimiento de que en esta hora solemne de la Historia política panameña, remata para mí todo reposo espiritual y físico y se abre para mi vida un período ineludible de luchas y responsabilidades.

## LA NACION COMO SINTESIS

Pero dejo constancia de que no son las responsabilidades y las luchas de la campaña eleccionaria las que surgen ante mí con más notoria persistencia entre el noble vocerío de vuestras aclamaciones y las leales respuestas de mi agradecimiento. Porque si la única justificación de la contienda política radica en el propósito de alcanzar el Gobierno para lograr el bien público, es instintiva condición que, quien se lanza al cívico debate, mantenga primordialmente ante su espíritu la noción exacta y firme de los fines que persigue, no sólo por motivos de prelación o sistema, sino también porque, sin el cabal conocimiento del objeto que se busca, no se logran los ímpetus que enaltecen la refriega ni menos todavía los sacrificios que determinan el triunfo. Y en segura identidad con todos vosotros, manifiesto que ese bien público que constituye nuestras preocupaciones radica y se compendia en la Nación, no tomada ella como expresión ocasional de vaguedades líricas, ni como deidad abstracta que se inventa para excusar sistemas reprobables, sino tan sólo en el sentido natural y prístino de nuestro suelo, nuestra comunidad, nuestros intereses éticos y físicos, lo que nos dejaron los de ayer, lo que mantenemos los de hoy, lo que debemos entregar honradamente a quienes vengan mañana.

Así declaro ante vosotros que el Gobierno que ha de iniciarse cuando obtengamos la victoria, tendrá a la Nación como inspiración, señuelo síntesis de todas sus actividades. y manifiesto igualmente que, contra toda aparente paradoja, esa perenne devoción por el todo nacional llevará implícita en sí misma una constante obligación para con todas las provincias, las regiones, los distritos, los individuos. Precisamente la ausencia de un sentido abarcador de lo que entraña la Nación como entidad completa y unitaria viene a ser lo que por años, y apenas con honrosos intervalos, nos ha llevado, como de tumbo en tumbo, a un método de injusticias preferencias en cuanto a porciones o núcleos de seres humanos y en cuanto a pueblos y comarcas del territorio patrio. Por no partir, en nuestras andanzas de estadistas del concepto de una Nación en que el todo se halle formado por equilibrio de sectores, existen trágicamente en el solar istmeño, muy cerca del que goza las prerrogativas de la civilización de Europa o Norteamérica, el hombre de nuestros montes que viene a ser, en su miseria y abandono, la antítesis dolorosa del ser, consciente y animoso de los actuales tiempos. Por ese error fundamental de percepciones, recargamos con aturdido afán los privilegios de la antesala capitalina, por ganar el elogio de visitantes engañados con el avance panameño, sin darnos exacta cuenta de que nuestra vanidad y ligereza nos están conduciendo a la formación

de un organismo estrafalario en que hay una cabeza cuasi gigantesca — la ciudad máxima de la República — sobre tronco y extremidades de un retardado crecimiento, o caídas ya en los extremos de la completa parálisis. Y abrigo la sensación de que recojo y reproduzco todo un mandato del pueblo al proclamar, como proclamo con énfasis, que el Gobierno que se establezca en el próximo período constitucional mediante vuestro apoyo y el de todos los hombres transformadores que existan en nuestra tierra, sobre todo presentará el aspecto de la acción reflexivamente pareja, por la cual se benefician, con un baño de sol igualitario, seres, núcleos y comarcas que se han hallado medio en sombras desde los tiempos del Departamento o desde los siglos de la colonia.

## EL MAS FUERTE VINCULO NACIONAL

En los tratados de Ciencia Política, al definirse a la Nación como unidad humana sobre unidad geográfica, se suele manifestar que el primero y más importante de los dos factores — el factor humano — tiene su clave en la reunión de seres individuales vinculadas entre sí por idioma y tradiciones, o por recuerdos comunes de zozobras y alegrías, de vicisitudes y glorias. Y sin restar trascendencia a tales vínculos estrechos, he llegado a la serena conclusión, que no es producto de mente extraordinaria, ni tampoco es el fruto de inspiración celeste, sino verdad que imperiosamente brota del drama interno de nuestro pueblo, de que lo que requerimos ante todo para plasmar la integridad de la Nación, es lo que se podría denominar la satisfacción y la alegría, en todos y cada uno de nuestros hombres, de ser y sentirse como parte viva y palpitante de la comunidad panameña. Eficaz es sin duda relatar a las masas panameñas cómo nos separamos de la Península el veintiocho de Noviembre de mil ochocientos ventiuño, y cómo nos independizamos de Colombia el tres de Noviembre de mil novecientos tres. Conveniente resulta en forma idéntica expresar a nuestro pueblo cómo Tomás Herrera defendió nuestros fueros con su espada, al iniciarse la quinta década del siglo diez y nueve, y también cómo a la década siguiente formuló Justo Arosemena, entre los párrafos de su Estado Federal, la maravillosa profecía de nuestros próximos destinos. Pero ni aquello que constituye las esencias de nuestra epopeya y nuestra cívica; ni las viejas canciones populares de nuestros poetas predilectos; ni las amadas concejas que van pasando de generación en generación como un acervo inacabable de familiares sentimientos, nada es en sí suficiente para lograr el hecho máximo de una comunidad suficientemente compactada frente a los golpes exteriores o a los embates internos. Nuestro pueblo experimenta el desencanto de un desnivel profundo y permanente que le impide sentarse sosegadamente para escuchar

en hogareña placidez esos mensajes del pretérito. Nuestro pueblo, en porción considerable, es un triste conjunto, indiferente o amargado, que abraza la seguridad o la intuición de que no vive en el activo radio de la existencia nacional, contra el dato frío y escueto que brindan pomposamente los números de los censos. Nuestro pueblo constituirá esa Nación que debemos afirmar, y casi quizás establecer, cuando cada uno de sus hombres logre decir jocundamente: "Esta República es de todos y al mismo tiempo mía. Para mí es su justicia social, su igualdad política, el bienestar que produce su riqueza, el amparo que proporcionan sus instituciones jurídicas. Y al esmerarme por su perennidad y su progreso, estoy velando por lo que me pertenece, no ya sólo como un teórico derecho, sino también como tangible realidad que diariamente llega hasta mi hogar en bienhechoras ondas circundantes". Y me permito asegurarnos, con la solemnidad propia del momento, que si tal expresión será el signo de que se ha logrado al fin el vínculo más recio para afianzar a nuestra patria como unidad definitiva, resultará incansable mi constancia para lograr, tras la gloria del triunfo en los comicios, la otra aún más intensa y duradera de que esa voz popular alcance la reciedumbre de incontenible grito unánime el día en que yo abandone la Presidencia de la República.

## **LA LIBERTAD EXTERIOR PARA LA VIDA DE LA NACION**

Para lograr esa fecunda placidez de todos los panameños, y de todos los hombres que habitan nuestra tierra, será ante todo preciso velar con una máxima constancia por nuestra libertad exterior o independencia nacional, porque, cuando ésta disminuye, aminora también en proporción la interna libertad para labrar la dicha individual o colectiva, ya que el reposo familiar nunca resulta posible si la vieja heredad corre peligros de intervenciones o menguas. No esbozo torpemente la necesidad o las ventajas de constituirmos en fantástico Estado desafiante, voluntarioso y exigente. Somos parte integrante del mundo civilizado y democrático, y debemos seguir escrupulosamente la línea que nos señala tan apreciable jerarquía. Somos sección inseparable del gran concierto americano, y nos corresponde brindar nuestros aportes para que este continúe, porque una simple relación de parte a todo nos informa que nosotros peligraremos o desapareceremos el día en que peligre o desaparezca como entidad libre la América. Tenemos compromisos especiales con Los Estados Unidos, y debemos cumplirlos porque radica en ello nuestro honor y con él nuestra defensa. Pero ello no es obstáculo a que exprese dos normas intachables que habremos de seguir constantemente si de veras deseamos conservar intacto el patrimonio que se ha entregado a vuestro celo. La primera norma es la siguiente:

Nunca debemos aceptar compensaciones materiales a trueque de la soberanía de la República, porque el día en que ello se establezca, seremos como el naufrago de un buque millonario, que levanta desesperadamente hacia los cielos puñados de oro que salvó de la catástrofe, trágicamente erguido sobre el estrecho círculo oprimente de algún islote desierto. Y la segunda pauta es como sigue: Si en el transcurso de los años o los siglos se presenta, irreductible, la antinomia entre el libre vivir de la República y el próspero funcionar del Canal Interoceánico, férreamente debemos sostenernos en el primer extremo contra el último, porque, no hay ni habrá una pauta, en el Derecho Internacional especialmente atesorado por la cultura del Occidente, que otorgue preferencias al desarrollo del Canal sobre el existir de la República.

## NECESIDAD DE LA LIBERTAD INTERNA

Si no resulta imaginable la Nación segura y próspera sin esa libertad que la proteja entre los pueblos, tampoco, es ella concebible sin una interna base firme de libertadores para el hombre. Los hombres que constituyen la colectividad nacional han de ser libres por el profundo respeto que en sí merece la personalidad humana, y también porque una suma de seres sin libertades puede brindar los resultados de un mecánico artificio, pero nunca el de esa Nación bullente, alegre y constructura que es esencia de nuestros planes y brilla en el horizonte de nuestras esperanzas. Pero ese mismo sentido de la libertad que exige la República, explica que ella no ha de limitarse a mantener fríamente en nuestras leyes básicas, como una simple tradición política, la vieja tabla virginiana de mil setecientos setenta y seis, a los principios franceses de mil setecientos ochenta y nueve. La libertad que requerimos es ágil, pródiga, podría decirse militante, y siempre lista a transformarse en brazo que detenga al sable irreverente; y en molde que reduzca los tamaños del funcionario peligrosamente envanecido con la efímera aureola que el poder público concede. Por esa libertad que no equivale a simple fórmula ligera, morirá en el ambiente panameño esa especie de miedo candoroso para ostentar una actitud gallardamente personal frente a los hechos que acontecen en el vaivén de la República. Esa fecunda libertad será la forja de la audacia inquieta que ahonda en todos los problemas, asciende a todas las tribunas, suelta la amarra del prejuicio que nos detiene en el ascenso, y nos hace rebeldes ante el viejo núcleo constituido astutamente por sí mismo, desde el albor de la República, en el único mantenedor, dispensador, apoderado o intérprete de la libertad. Y declaro que nunca, en los destinos que vuestro apoyo me labre, preferiré el placer insano de abajar espíritus, a la fruición gloriosa de contemplar un pueblo que se yergue con la sonrisa del orgullo,

su pensamiento constantemente libre a flor de labio como en un gesto supremo de dignidad humana.

## LA LIBERTAD ELECTORAL

La más trascendental de todas esas libertades es sin duda la libertad electoral, porque, cuando ella no existe, todas las otras se relajan, el pueblo se hace indiferente o cínico, la democracia degenera en espectáculo grotesco, los Gobiernos nacen corrompidos y pasan derramando corrupción desde su cuna hasta su término. La inmensa mayoría de las tragedias que han azotado a las Repúblicas de América, con inclusión de la nuestra, han tenido su causa primordial en los abusos contra el sufragio libre. Y tan arraigado se halla ese hecho en lo profundo de mi espíritu, que ahora, cuando los acontecimientos me conducen a ser factor primordial en la contienda, anhelo como nunca, por encima de todas las victorias, la que, salvando nuestro proceso electoral de toda máscara, salve también para el presente y el futuro la austeridad de nuestras instituciones y el prestigio de la República. Invito así a mis compatriotas a un debate político cuya serena altura constituya preparación espiritual para el ejercicio honrado de las urnas. En hermandad de panameños, los invito a que no auspiciemos las antiguas prácticas de engañar a nuestras masas con alardes de liberalismo y democracia mientras bregamos con astucia porque actúen como apóstoles de nuestra Causa el Mandatario o sus Ministros. Formalmente los invito a que apoyemos al actual Gobierno en sus empeños de justicia electoral plena e inequívoca, frente a la añeja fórmula mañosa de la imparcialidad política verbal como ropaje de la parcialidad política efectiva. Que en lo que a mí se refiere, dejo constancia rubricada de que, como no abrigo aptitudes para ejercer el poder con el fusil que atropella o con el oro que envilece, no aceptaría la jefatura del Gobierno que surja el ocho de Mayo si no naciera éste plenamente del querer libre del pueblo y no mantuviera sus raíces en la conciencia libre del pueblo.

## EL GOBIERNO EN LA NACION

Ese Gobierno que proporcione a la Nación la perfecta calidad jurídico-política de Estado ha de ser, en su esencia ética, el concienzudo cumplidor de un mandato precisamente definido, y no anacrónico dueño omnipotente. De tal concepto del Gobierno, brota en mí una instintiva repulsión contra toda tendencia a convertir el mando público en instrumento de caprichos, en pretexto para una vida de indolencias, en fuente donde se sacien las pasiones, en ocasión para el provecho sórdido, en motivo para un sistema de adulaciones perniciosas con su trágico espectáculo de labios perpetuamente



abiertos al elogio y dorsos que se doblan hasta el suelo en un servil renunciamiento del decoro humano. Rechazo desde ahora, por imperiosa voz de mi conciencia, toda idea de un Gobierno de familia, de un privilegio de castas, de un predominio de círculos, de todo aquello que corresponda a la nación de una República al servicio de un Presidente y no de un Presidente al servicio de una República. Rechazo la venganza que es ruindad siempre, y desde lo alto de los bastiones oficiales es también afrentosa cobardía. Declaro, en mi criterio irremplazable sobre un Gobierno democrático, que los cargos no se ofrecen con un sentido caprichoso, ni se reparten los dineros públicos como regalos personales, ni se resuelven los problemas con inspiración repentina, ni se pierden los días y se detiene a la Nación abandonado lo integral y sustantivo por los negocios banales. Para el despilfarro, el escrúpulo; sobre lo adjetivo, lo primario; contra el empirismo, la técnica; frente a la República estática, la República dinámica: sin esa norma, no hay éxito de gobierno; con esa norma como estrella y numen, no habrá fuerza que detenga nuestro camino hacia el triunfo.

## LA ACCION DEL ESTADO

Si el Gobierno (o el Estado en la expresión precisa) debe auspicar la libertad individual que ante vosotros he exaltado con palabras fervidas, no puede él limitarse a esa misión resguardadora, porque agudas urgencias determinan una acción reciamente afirmativa que cubre todo el panorama nacional y toca múltiples órdenes de la vida. Pues quienes hoy piensan todavía que la sola libertad es una fórmula total para la dicha del pueblo, son como el héroe pintoresco de un cuento clásico del Norte, que reposó casi dos siglos a la sombra de un árbol adormecedor y misterioso, y al deambular después desorientado por las calles y plazas de su pueblo, no lograba entender entre su asombro, que eran otros los hombres, las costumbres, las inquietudes y los tiempos. Mientras mayor resulta el desarrollo individual y colectivo, más es precisa la actuación prudente del Estado para ajustar desequilibrios económicos e injusticias sociales que aparecen, como secuela inevitable, del laberinto del progreso. Mientras menor es el avance colectivo, más se hace indispensable la labor estatal recia y metódica, como auxiliar en las conquistas de cultura y bienestar que no ha logrado el ser individual por su exclusivo esfuerzo. Y nosotros, aun siendo un medio casi primitivo, tenemos ya, por condiciones peculiares, conflictos económicos que resolver y asperezas sociales que limar. Pero también tenemos, sobre todo, la angustiadora realidad de un retraso nacional que exige del Estado golpes grandes y certeros, para saltar hacia adelante contra la sordidez y la desidia, contra los vaticinos de nuestros hombres

pusilánimes, contra tantos espíritus que se declaran avanzados y son los oponentes sistemáticos a toda audaz y reflexiva innovación que roce levemente su dichosa dominación social o su fácil y jugosa preponderancia política.

## **LABOR ESTATAL A BASE DE PLANES**

Esa acción de nuestro Estado debe ante todo concretar a la salud del hombre, a la independencia económica del hombre, a la cultura del hombre. Y tales tres aspectos del problema panameño, que me ha placido contemplar en los programas del Partido Nacional Revolucionario, constituyen como un engarce indestructible, de tal modo que un Gobierno de orientación definitiva no puede separar a su capricho el plan que corresponde a la salud y el que atañe a la cultura, o el referente a la economía y el vinculado a la salud. Porque precisa hacer notorio que un Estado o un Gobierno que laboran sin un plan integral reflexivamente concebido frente al cuadro de la existencia colectiva, se comporta en su actuación con esa especie de bohemio desenfado del jugador que determina un número de la ruleta caprichosa, y se encoge luego de hombros en espera de la respuesta de la suerte. No es posible gobernar una nación por medio de órdenes errátiles, en que hoy se destruye lo que se hizo ayer, y en que la trunca y aislada disposición que hoy se rubrica lleva implícita en sí misma la contradicción de mañana. No es posible gobernar sin los dictados de la Historia y los informes estadísticos, sin la celosa observación del ambiente espiritual y el panorama físico, sin los aportes de la técnica y la experiencia de los hombres prácticos, sin que descienda el estadista hasta los fondos últimos del pueblo y reciba allí directamente los mensajes que se esconden en cada grito de miseria. No aceptaría yo, por ningún título, la postulación presidencial que tan generosamente me ofrecéis, si no estuviera persuadido de que al llegar el momento recogeré afanoso todo informe necesario para un Gobierno que planea con un criterio responsable: desde los números que surgen de las estadísticas hasta las voces que brotan en las honduras del pueblo.

## **LA REALIDAD NACIONAL**

Para esbozar el cuadro nacional que determina tales planes me bastaría seguir las líneas que ha trazado especialmente en documentos básicos el Partido Agrario Nacional, con un claro espíritu analítico y un noble afán de la República. La población panameña se halla dividida entre una minoría de nuestras urbes principales y una notoria mayoría rural dispersa y abandonada en nuestros montes, sin vida del espíritu y en lo trágicamente primitivo de la vida física.

Y si en el sector urbano es bajo el grado de salud del hombre que trabaja, en las zonas urbanas rurales causan estrago permanente las enfermedades transmisibles, que impiden al ser humano los esfuerzos cotidianos y exterminan todo brío para la superación y las conquistas. Vivimos del comercio de las ciudades terminales, que no explotamos con el debido beneficio al cual tiene la Nación un legítimo derecho, y descuidamos el afán agrícola que representa el porvenir de nuestras grandes masas, la estabilidad en el trabajo, la más sólida seguridad de nuestra futura economía. No pensamos jamás en realizar concentraciones campesinas sobre tierras propicias a su esfuerzo, para fundar así la agricultura técnica que no es siquiera concebible entre los miles y más miles de actuales labradores trashumantes. No hemos trazado rumbo alguno para explotar las industrias adaptables a nuestro medio panameño por la demanda del mercado y la posibilidad de encontrar entre nosotros la materia prima. Nuestro elemento de labor fluctúa entre la esperanza del retorno a los trabajos canaleros y el apremiante afán de figurar en un renglón de las planillas de las obras públicas. Quien logra un cargo del Gobierno por buena suerte política, resuelve transitoriamente los problemas de su hogar, pero vive siempre en inquietudes frente a la suerte del futuro. Nuestras generaciones nuevas se levantan sin un cabal sentido de la realidad que atravesamos y sin flecha alguna que señale los rumbos de nuestro destino. Nuestra enseñanza popular no se ha amoldado todavía, ni en lo rural ni en lo urbano, a las exigencias del presente ni tampoco a la creación de una fuerte y decorosa personalidad colectiva. Nuestra organización administrativa corresponde aún, en grado perceptible, a la tendencia empírica. Nuestro sistema fiscal es caprichoso y sin un método científico, y se inventan impuestos con desgreño, sin un sentido de justicia. Y si es fuerza reconocer que los gobiernos se han preocupado a veces, y siguen preocupándose, por corregir tantos males, hay también que aceptar con espíritu animoso que es ingente la tarea que se presenta ante los ojos de quien otea los horizontes, no cruzados los brazos en la actitud de observador paciente, sino llevando nerviosamente entre las manos la pica que pulveriza y el instrumento que construye. Repito, con el énfasis que la certeza proporciona, que no podremos realizar una labor abarcadora mientras no exista un vasto plan que envuelva la salud, la economía, la redención de los espíritus. Y también repito, con igual firmeza, que sin hombres sanos, independientes, y espiritualmente redimidos, no lograremos nunca la auténtica nación, y que buscaré y obtendré la victoria electoral para buscar y obtener luego la victoria de la Nación auténtica.

Señor Presidente de la Convención Nacional del Partido Revolucionario:

Habéis tenido tales expresiones para mi modesta personalidad de panameño y ciudadano, que la noble emanación de vuestra simpatía me proporciona la confianza para romper con toda tradición de la oratoria política y terminar ante Vos, y ante esta augusta Convención, no con período majestuoso sino más bien con la sencilla frase que se dice, como en íntima confianza, en los gratos encuentros amicales o en las cálidas pláticas de familia. Salí en día inolvidable, señor Presidente, hace ya muchos años, de este pueblo natal de Santiago de Veraguas, llevando sólo en mi pobreza mi diploma escolar de la enseñanza primaria: y hoy retorno trayendo con orgullo, ante mis viejos compañeros, mi ser robustecido por la brega contra todos los obstáculos y al mismo tiempo con mi frente libre de toda mácula. Yo quisiera expresarlo en frase análoga, y espero expresarlo sin vacilaciones, señor Presidente, cuando tras un cuatrenio de gobierno vuelva en busca de reposo a estos parajes venerandos: Salí de este sitio de la Convención Nacional del Partido Nacional Revolucionario llevando la credencial de Candidato a la Presidencia: y hoy regreso prestigiado por mi afán en el progreso de la Patria, y no sólo con la frente limpia de mácula, sino también trayendo en ella los laureles con que los pueblos premian a los hombres que los supieron dirigir sin más guía que la honradez, sin otra inspiración que la justicia, sin más norte ni ambición que la gloria de la República.

## *A Intervalos*

### EL TORO

En este amanecer por Claridad, apenas en su prólogo, la mar parece un jugo de luceros.

Por esa mar así tan rútila, bastante lejos, un solitario barco de turismo, muy ancho y largo, y muy alto, de blanco nítido, de tres chimeneas blancas también, pero éstas, en lo superior, con unas parejas franjas azulencas. El barco enorme es imponente mas sin arrogancias, como los hombres de valor auténtico, casi siempre poseedores de una regular y no estudiada ni fraguada majestad intrínseca y serena.

Probablemente zarpó este transoceánico de Valparaíso. O del Callao. O de la desembocadura de ese Guayas en que el río se ahoga en el Pacífico. Y quizás va hacia Puntarenas. Hacia Acapulco. Al San Pedro de los Angeles, con su lejanía de muchas torres sobre los pozos de petróleo. Y hasta ese Vancouver canadiense, donde los cien paisajes, de ilusión cambiante, se van apretujando hasta una síntesis. Ya este barco ha pasado Punta Chame. Y se aproxima ahora a Punta de San Carlos, mientras las tres chimeneas van echando al mismo tiempo un humo fuerte, probablemente superfluo como tantas ideas innecesarias que la mente humana arroja porque sí, y se pierden.

Este buque se parece al New Amsterdam, de la Holandesa. Y él se va. Y mis recuerdos vienen...

\* \* \*

Abril, y año sesenta y nueve. En este trasatlántico New Amsterdam, Juliana, desde su trono y con su cetro y su corona, dentro de su marco de oro, solicita con su sonrisa democrática que la inviten también al juego de barajas. En una de las bibliotecas, libros flamencos, y de Noruega y Dinamarca, y de Finlandia, en sus idiomas, y de los cuales no abro ni una página porque anticipadamente entiendo que no entiendo. En una de las cafeterías, con un café muy grueso y tónico, de espécimen "Costa Rica", sobre una muy mediana imitación de "Un Castillo", de Van Scorel, un ocasional rayo de luz pone misericordiosamente algo de gloria. En la piscina de la izquierda, en esta tercera planta de este New Amsterdam, cinco nadadoras suecas parecen unas bañistas en un charco del Paraíso Terrenal, antes de aquello.

Miro por el barandal al horizonte, y es ya Holanda, todavía en casi imprecisión, pero un poco precisable en cuanto al Escalda, al Mosa, al Rhin, con sus deltas de más complejidades que el del Nilo, junto al Mediterráneo. Miro hacia adentro, y en la cubierta, y en la proa, por esas máquinas y jarcias, unos oficiales todos holandeses, rubios y atléticos. Y aquí mismo muchos otros tripulantes, trabajadores éstos sin un título, con un tipo general de gentes filipinas, uniformemente de un color cobre sin brillo.

Una de la tarde. Hora para el comedor. Y bajo a mi camarote, en búsqueda de la chaqueta y la corbata, por uno de esos ascensores que van y vienen con rapidez inexplicable, en desperdicio de urgencias.

—Buenas tardes. Tu hablas, como buen filipino, tu tagalo. Y, posiblemente, algo de inglés. Pero quizás algo de español también. Mientras tú limpias este camarote y yo me arreglo, ¿quieres que hablemos español?

—Ni el tagalo, ni el inglés. Soy castellano. Mis otros compañeros son de Filipinas. Yo no, señor.

—¿De qué lugar?

—De Panamá. Llevo ya muchos años sobre el agua, y sólo paso por Colón para tomarme mis cervezas. Pero yo soy de tierra panameña. ¡Sí señor!

Disimulo por una precaución nacida de experiencias.

—He estado alguna que otra vez en tu país. Le conozco algo. ¿En qué población naciste?

—Nací por laos de aquel Pacora, en Utibé. Pero me crié por la capital, por Calle Séptima, por el Callejón del Chino Nato. En la misma esquinita de esa Séptima y Avenida B. ¡Si hubiera conocido

al Chino Nato, usted señor! ¡Qué bueno era el Chino Nato! ¡Pobrecito! Lo difuntó una noche, allá en su tienda, un marinero de marinería de por el Sur, para robarle del mostrador quince balboas. ¿Y sabe cómo el marinero mató al Chino? Pues con punzón de picar hielo, el barbarísimo. ¡Muy barbarísimo en la maldad ese marinero, que no creía en el Señor Dios!

El New Amsterdam avanza en un océano sin oleaje. Yo soy oleaje interior.

—Creo que oí mencionar al Chino Nato. ¿Y que hacías tú por ese callejón del Chino?

—Jugaba toros en la placita donde se acaba el callejón, cerca a esa casa mayor en que mandaba el Presidente.

—¿Pero de qué vivías allí?

—En ese tiempo iban a Panamá muchos toreros, de verdad. Iban el Gallo. Y Joselito. Y el Belmonte. Y el Espejo. Y el Morenito de San Bernardo. Y otros más. Y lo mismo que en la guerra toitos los chiquillos juegan a la guerra, como había tantos toreros los muchachos de por allá jubámos torero. Yo era toro. Y me pagaban por ser toro, en la placita del callejón, mis cuatro riales. O seis riales. ¡Uf!, y hasta más. Así iba ganando yo. Y bastante aquello pa esos tiempos de esos días.

Mi presión sanguínea siempre ha sido inalterable en el dolor, en el obstáculo, en la cólera. Pero ahora siento que sube extraordinariamente mi presión, por excepcionales emociones rápidas.

—¿Quiénes jugaban a los toros?

—Déjeme ver... Déjeme ver... Pues los Arango. Y unos Fábriga. Dos Orillá (dos Orillac). Dos Arosimena (Arosemena). Un muchachito Legüis (Samuel Lewis). Un Chico Barro (Chichi Obarrio). Y otros así. Hasta cuatro más...

—Y, ¿te trataban ellos bien?

—Y más que bien. Siendo yo humilde, éramos compañeros de buen trato. Y a ocasiones me daban ellos más que riales. Hasta un peso, y peso y medio, o algo así. Déjeme ver... Y había uno que sabía mucho en el capear del toro, con sábana coloraa. Pero ése era duro en banderillazos que me hacían doler, y muy bastante, el costillar.

Ya no me sube la presión. Porque la sangre se me hiela. Y ese hielo de mi sangre, por la sensación, se me hace sólido.

—¿Y cómo se llamaba ese muchacho del manteo y las banderillas?

Y en el New Amsterdam, por el Atlántico, cerca a las costas holandesas, oiga lo inesperado. Lo inesperado, ¡no! Lo que yo presiento ya, jadeante y expectante:

—Déjeme ver... Era algo así como un Isás. Déjeme ver bien, con mi cabeza... Ya. ¡Ahora sí! Era un Isás... Un José Isás era ese torero.

No hay aquí telepatía. No existe una revelación de complicaciones psicológicas. Son aquí ahora las dos vidas de dos hombres, que estuvieron juntas antes, y que se aproximan otra vez por natural ley muy espontánea.

—Tú, ¡Pacorita de Utibé...!

—Tú, ¡José Isás Fábrica. Tú José Isás...!

Y en este barco que tiene enfrente al litoral de Holanda, un camarote se hace plaza de toreo. En el recinto para lidias, toro y torero. El torero entrega con cariñosa discreción, al toro, su billete norteamericano de mayor cuantía, como un abono muy ligero a los perjuicios por banderillazos recios del torero. Toro y torero se van aproximando más y más. Y entonces —lo no conocido antes jamás en tauromaquia— ¡se abrazan estremecidamente toro y toreador!

\* \* \*

Este buque de turistas, que contemplo ahora otra vez tras ventanilla y limoneros, sigue con su prestancia color blanco por la Punta de San Carlos, rumbo al Norte. ¿Atractivo éste como aquel otro del Océano Atlántico? ¡No! ¡Qué va! El otro era superior. Pues nada como aquello que había allá, y que yo vi, y sentí, y viví en aquel otro barco, New Amsterdam...

Claridad, Julio-1974.

## GLORIA

Ha aparecido nuevamente —edición póstuma— para una fascinación casi mundial, el "Una Donna e Mussolini", la osada autobiografía de Leda Rafanelli. Pero esta ebullición común, como la anterior, no tiene explicaciones aceptables. Ni la Rafanelli, ni la Rachel de Mussolini, fueron jamás sentir fundamental del Duce. Clara Graziela, o la Petacci, fue el verdadero amor de Mussolini, y para Mussolini, muy raigal y pasional, de exclusividades rechazantes, y único. Ella de veinte y Mussolini en algo más de los cincuenta, pero llevados con acierto. Este rector del Faccio itálico había realizado ya, hacía un decenio, su marcha histórica hasta Roma con sus banderas y clarines,



con sus cien mil camisas negras ostentosas. Lo mismo que en la sonante Aída, de Giuseppe Verdi, en el desfile de los vencedores que retornan de Africa. Ya habían sido las conquistas de la Abisinia y de la Albania, fáciles y rápidas. Ya era así, por los lugares italianos, el Imperio nuevo, con Mussolini portador del cetro, y en improvisada imitación del otro Imperio secular y casi de leyenda. Y la Petacci, abandonando al muy buenmozo conyuge toscano, fue caminando por las vías romanas tras ese Emperador, quien a su vez venía como un levísimo trasunto por senderos de luz de dos milenios. Lo físico y lo espiritual de una mujer, como una propicia ofrenda para el César ¡ Ave Cesar Imperator!

Los primeros encuentros de los dos fueron en una abandonada casa oficial, por el Transtíber, y después en algo escondido Centro de Estadística, no muy lejos de Piazza Berberini, donde está el Bernini. Pero el hábito forja el desembozo, y repentinamente, como en salto, esas citas de amor acontecieron en Il Palazzo di Venezia, Piazza di Venezia, cónclave del Faccio, asiento del Gobierno nacional desde el cual el Duce oteaba cotidianamente los horizontes italianos con una desconfianza que ese surgente semidiós tomaba pronto en la confianza. Y así, el precavido amor de Clara y Mussolini se volvió audaz y retador, casi de propensión beligerante.

Ante ese desafío resuelto, Clara Petacci comenzó a ser ya, para la capital y la nación, la descarada que iba llevando su descaro a un éxito insolente en que la hembra, libre de su túnica también se liberaba del natural recato ante el Imperio. Se la estimó como a una presuntuosa ególatra, dispuesta a recibir a toda costa, sobre la piel en juventud perfecta, lo adicional y reflejantemente ornamental de aquella inmensa llamarada humana prendida por el Señor para el favor y resplandor de Italia. Era aquella fatídica mujer la repetición de un pájaro especial, la urraca, que según la noción zoológica asegura, lleva siempre entre su pico, hacia el nidal, cosas y cosas rutilantes. Y llegó al clímax el escándalo. Pero, por el creciente miedo general a Mussolini, era de dientes apretados, casi sangrante, aquel escándalo.

Mas va llegando para Italia, no la hora cero, sino la hora bajo cero. El Eje Roma-Berlín-Tokio tiembla y desespera. En esa Italia lo ilusorio estructural se va haciendo un ascendente crujimiento desde lo norteño, por el Alto Alivio hasta Sicilia donde George Patton, en unas penetraciones triangulares, va luchando con su fusilería de América del Norte, con su estrategia singular de "¡hacia lo imposible siempre, y rápido!". Se va apagando el poderío del Faccio, mero relumbrón de unas metáforas ligeras como de fuegos de artificio. Huyendo a la tempestad, se van las águilas romanas, renacientes

y lucientes, recién salidas de unas fábricas verbales. El gran aparente sol de esos remedos imperiales se desploma con el trasmonite en el proscenio. Es el ajustamiento eterno sobre el orbe, ley de equilibrios en los pueblos.

Los guerreros que antes pasaban en los desfiles de espectáculo con elevaciones de su diestra al recién llegado César imponente, ahora aprietan los puños ante él, en negación rebelde de último momento. Los serviles, doblados anteriormente a su presencia, hoy le dejan en soledad, porque quien ayer tenía tanto que ofrecer, hoy nada tiene. Y hasta Rachel, la esposa virtuosísima, le dice tartamudeantemente, en Villa Como, por teléfono, que no puede acercarse a su refugio sólo a ochocientos metros de distancia, porque la prole quizás caiga, por descuidos, en el peligro circundante. ¡Pobre el Benito Mussolini! Nunca advirtió él anticipadamente, como nunca lo advierte ningún amo, que el esclavo arrastrador de sus cadenas con exhibición de regocijo, cuando llega la hora del azar entonces, en otro regocijo reemplazante, pega sin compasión, con las viejas cadenas rotas por la suerte, sobre la espina vertebral del amo.

La Historia, cuando se hace vuelco, como acontece ahora por Italia, va presentando en páginas seguidas desde lo inversíml hasta lo aún más inverosímil. Ya Mussolini, con la cohorte celosamente vigilante, va siendo conducido, desde Dongo, por los senderos más solitarios y recónditos. Y aquí el nuevo sacudimiento de la Historia, lo superlativo de esa Historia en un capítulo violento. Clara Petacci llega a ese camino abruptamente, y es ella allí la aparición de lo increíble en formas de mujer, lo advinente como un deslumbramiento que brota de un alucinógeno. Dice al "Sargento Pedro" — sobre nombre encubridor— con unos términos precisos: "¡Debo acercarme a Mussolinni!" Asperamente le responde Pedro: "¡Yo lo prohíbo!". Pero Claretta salta prohibiciones; se va con ímpetu al amado, y su sonrisa extraordinaria ante él es de bálsamo sedante; certeza del amor donde no existe una esperanza; beso temblante de la pasión sin declinar frente a las doce bayonetas rígidas.

Ya por Menaggio, y a la media noche, hacen entrar al detenido a albergue montañoero. Ella: "¡Exijoirme yo con él!" Sargento Pedro: "¡No lo hace usted de ningún modo!" Pero la decisión de esa mujer es una fuerza doblegante. Y en el recinto campesino, el pecado se torna excelsitud, noche nupcial esa noche última. Mas no ha terminado aquí lo inusitado que ahora ascendentemente va hacia lo supremo. A la mañana, el "Coronel Valerio" —sobrenombre expreso— va leyendo en alta voz la lista de los ya próximos a su hora. Claretta: "¡Usted omitió mi nombre, y dígalos!" Valerio: "¡Pero si no

está su nombre entre los reos, señora!” Ella otra vez, con esa vibración que presta siempre la voluntad alzada hasta lo máximo: “¡Nada me importa que no esté ni nombre, y yo me voy con él y su destino!” Y aquí en este terminar, se hace una realidad el tierno y clásico decir con el cual se esboza algunas veces a los idilios empezantes:

“Como hermana y hermano,  
se van los dos cogidos de la mano...”

Por el trecho fatal, Clara Grasiella, así mano apretante de la mano, expresa cariciosamente a Mussolini: “Vade con ti a l’ómbra. ¿Questo tí piace?” (me voy contigo hacia las sombras. ¿Ello te place?). Pero en Mussolini es la respuesta del silencio, ya prologal de todos los silencios. Y cuando caen juntos los dos, esa sonrisa singular que tuvo iniciaciones en Claretta cuando el encuentro súbito por la vía de Dongo, todavía está intacta allí sobre el inerte rostro pálido como signo vital de amor hasta en la muerte.

Leda Rafanelli —repito que la segunda publicación es póstuma— murió por el setenta y dos, y hay una cruz determinante sobre su túmulo en Salerno. Pero en cuanto a la Petacci, nada se sabe de su tumba. La Rafanelli quiso perpetuarse con unas páginas eróticas. Y Clara Graziella no redactó nunca una sílaba sobre la pasión del árbitro de Italia y de ella para ese árbitro. El bullicio sobre la Leda pronto pasará, pues la mediocricidad siempre es efímera. Y, contra ello, la majestad creciente de Claretta, la mujer más iracundamente despreciada en la centuria veinte, comienza a ser, en cuanto al redentor final de su existir humano, como una imposición en los espíritus selectos. Porque rompiendo moldes de las tragedias habituales, desde William Shakespeare hasta O’Neil y Kaufman, esa Clara Patacci, con su propia sangre y sus propios nervios, valiéndose de su vida y su sonrisa como elementos primos del portento, ha creado la tragedia de sencillez y dulzura, o sea lo maravilloso y nuevo de lo alegre-trágico. Además, Clara Pettaci, frente a la opacidad de Leda Rafanelli, con la infinita comprensión de Dios para la muy risueña mártir espontánea, flotando en una inmortal ingravidez, está por siempre en la gloria...

Claridad, sábado 17 de abril de 1976.

### DON LUIS HORACIO MORENO

Acaba de pasar por Claridad, rumbo a Coclé, don Luis Horacio Moreno, uno de mis íntimos. Por una conexión de ideas, voy repasando ahora su existencia, junto a mis páginas en blanco. Y he aquí esa vida de don Luis, o de don Lucho Moreno:

Pueblo natal, Penonomé. Y al terminar en la primaria, puesto máximo. La beca para secundaria, que como galardón le da el Estado, resulta escasa en lo económico, y la familia tiene que ayudarle pese a que hay en ella, por total, seis párvulos. Luis Horacio comprende el sacrificio, y a su vez realizar esfuerzo ingente en pizarrón, en libros, en cuadernos, en tareas caseras. Leí en su hogar, en Panamá, frente a café retinto, sus credenciales de la muy prestigiosa escuela de La Salle. Y reza así esa credencial dicente: "Perito Mercantil, Bachiller en Ciencias y Artes. Sobresaliente en todas las materias con un porcentaje nunca igualado en el plantel. Día catorce de febrero, año de Dios cuarenta y seis". La Salle fue establecida por el año seis. Cuarenta años de existencia cuando Luis Moreno obtuvo el título. Y a lo largo de todos los cuarenta, ese Moreno, el superior en todo, según esa credencial. Quien haya hecho algo semejante en el país, haga el favor de levantar el índice.

¿Y después? A vender, como dependiente tras mostrador de tienda de artefactos, por la Central, en cercanías de Calle Jota. El ahorro de céntimos y céntimos. Y con el ahorro, a California. La Berkeley University. Terminación de la premédica. Magna Cum Laude. Pero se le han acabado ya sus reales panameños. Y a San Francisco, a una hora y cuarto de la Berkeley. En San Francisco, a preparar "hot dogs", quizás con delantal, por quioscos de la Market, de la Powell, de la Mason, de la Geary Street. Y a vocear el San Francisco Chronicle, y el Los Angeles Examiner, por la Unión Square, bajo los pinos coníferos. Con los "hot dogs" y los periódicos, ya sonante la alcancía. Y hacia París...

La Sorbona. Medicina tras la premédica de Berkeley. Pero le viene inesperado obstáculo económico más grande que el Everest, en el Tibet-Nepal, con sus ocho mil ochocientos ochenta metros de tamaño. E imposible traspasar ese Everest. Porque Luis Moreno anda por Saint Honoré y por la Vendome con los zapatos algo rotos y por tanto inútiles para dominar al monte del tropiezo grande. Tras año y medio de Medicina, con todo éxito, la Sorbona — pese a ser tan rigurosa como han de ser las Facultades auténticas— le entrega un certificado con los siguientes términos precisos: "De notas sobresalientes, y con derecho a todos los estímulos". Y con esa recomendación hacia la patria...

El Palacio Presidencial, con esa recomendación de la Sorbona sobre aquello del estímulo. Su excelencia lee el papel de la Sorbona. Su Excelencia mira a los ojos de Moreno y encuentra en ellos una luz de independencia. Luis Moreno no servirá jamás a Su Excelencia de satélite ni acólito. Su Excelencia, a Luis Moreno: "¡Le felicito, jovencito. Siga usted estudiando mucho, jovencito. Y que vaya a

usted bien siempre, ¡jovencito!". Baja Moreno la escalera con la testa baja. Pero en el patio presidencial, a la salida, nuevamente hacia lo alto la cabeza indómita.

Hay que apurarse. Monta lavandería barata en Calidonia. Y, al mismo tiempo, es ayudante de plomero en Plomería "La Nacional", cerca a la fábrica de pan "Flor Panameña". Nuevos centavos y centavos. Y en dirección al Brasil, donde vida y escuela son más baratas. Pero en Brasil no encuentra un cupo ni uno solo para Escuela Médica. ¿A doblegarse? ¡No! Entre Derecho y Medicina hay una distancia enorme. Pero no queda otro camino. ¡Y a lo jurídico! Por las mañanas, Facultad Pontificia para leyes. Por las tardes, a ganarse unos cruzeiros. Y por las noches, desde las ocho hasta las once, Facultad de Leyes, Universidad del Brasil, o del Estado. Empate de dos Universidades diferentes. Empate de la noche con el día. Y aquí, sobrepongámonos al resentimiento y a la envidia verde. ¡Aceptémoslo! Lo de Luis H. Moreno es un caso único.

Pero nuevas dificultades económicas, ahora mayores que el Everest, el Godwin Austen, y el Kauchenyunga, uno sobre otro. Y ante el obstáculo fantástico, hacia su país, para hacer en él de la desesperanza otra esperanza. Y la esperanza se le vuelve fe. Porque el Punto Cuatro —ahora el AID— de Norteamérica, abre en Panamá torneo para estudiar agronomía. Don Luis Horacio Moreno, invicto en el Concurso. ¿No ha podido ser médico o jurista? Pues a la Agronomía, en la Arkansas University. Y tras cuatro años, un Ingeniero Agrónomo de Arkansas. Puesto de honor, como resulta a él siempre.

Acá don Eduardo Healy, desde el Chase, está revolucionando lo bancario en Panamá y dando vitalidad al Interior con los novísimos préstamos agrícolas. El Ingeniero Luis Moreno a las provincias para examinar aquellas tierras y enviar dictámenes a Healy. En sus pocos momentos de descanso, a leer de todo, bajo cedro o roble. Por lo cual se sabe él ahora en el setenta y cuatro, de memoria, a León Felipe, el español, y a Neruda, el de República de Chile. Sobre todo éste en su "Canción Desesperada". Y también, bajo los árboles, páginas psicológicas y sobre todo sociológicas. Por lo que conoce bien del "Zoo Humano" —Desmond Morris— a "La Escuela Social" de G. Aranzadi. Pero resulta que su trato frecuente con Eduardo Healy le crea un interés muy especial por lo económico. ¿Qué hace en esa circunstancia? Ya ha ganado algún dinero en el Chase Bank —ahora The Chase Manhattan Bank— y con ese dinero, a Cornell University, New York. En Cornell, brillantemente, "Master" en Ciencias Económicas. Y como no está aún satisfecho,

ahora a esa Sociología que comenzó a leer en Panamá bajo los cedros y los robles. Y otro "Master" de Cornell, ahora éste en materias sociológicas. Y hacia Tocumen.

Por el sesenta y ocho, cuando está como banquero por el Chase de David o de Chitré, le llaman de Norteamérica. Hacia New York, a la Central del Chase, con sus setenta pisos. En la terraza del setenta, las águilas del Chase Manhattan, atisbadoras de los Chase en cinco Continentes. El Presidente de las águilas: "Hemos seguido a usted paso tras paso. ¿Quiere usted ser Gerente General de los Chase de Panamá?". Y enseguida Luis Moreno con el "¡sí!", y sonriente, sin los balbuceos de la modestia falsa. Y otra vez para Tocumen. En estos Chase de Panamá, tras medio siglo, primer Gerente General istmeño.

Ahora, por julio de este setenta y cuatro, nueva llamada telefónica. Y hacia la terraza del setenta, por New York. El jefe de las águilas: "La economía de América Latina es bien compleja. Y en cada una de las repúblicas de allá hay que estudiar y resolver problemas fundamentales diferentes. ¿Quiere usted ser Jefe de Acción Ejecutiva de las ciento veinte instalaciones Chase en la América Latina?". Y la respuesta "¡sí!" como antes, y sonrisa, sin rodeos humildes. Don Luis Horacio Moreno partirá de Panamá a New York, para irse luego deteniendo en todas partes, de Brasil a México, el día veintiocho de este mes, octubre. Pero seguramente volverá él a la tierra patria dentro de dos o tres años, con nuevos planes y creaciones nuevas. Y se le verá otra vez por los caminos panameños que tanto transitó él, y amó, y seguirá amando y transitando. Cuando el recién llegado pase entonces por allí, dirán los de las bancas de los parques, los del taburete echado a la pared, los que durmieron una siesta de dos horas y tres cuartos, en la hamaca: "¡Regresó este sujeto molesto, de la buena suerte y de la vida cómoda!". Dirán todos los ecuanímes, que felizmente son aún de notoria mayoría: "¡Retornó un modelo de hombre!". Y me diré yo entonces, en silenciosa convicción, mientras le abrazo fraternalmente en Panamá, o en esta Claridad a donde volverá sin duda alguna para ejercitar más su vieja práctica de llevarse —como ahora— todos los limones de mis cuatro limoneros extraordinariamente pródigos: "Independientemente de obras oficiales, esta nación tiene mucho apremio por contar con unos dos mil panameños como es éste, tan tesorero e intrépido. Con esos dos mil istmeños como Luis Moreno, ¡qué gran forjar para el país! ¡Y qué progreso y qué cultura para grandes! ¡Qué gran República...!".

Claridad, Noviembre-1974.

## ***Sentido y Misión de la Personalidad Individual en el Estado Panameño***

**(Conferencia de José Isaac Fábrega en la Universidad de Panamá)**

Señor Decano de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas; Honorables Miembros de la Corte Suprema de Justicia; Señor Procurador General de la Nación; Señores miembros del Cuerpo Diplomático; Señores Profesores; Señores estudiantes universitarios; Señoras y Señores:

La Constitución del 46 no es de fundamento o inclinaciones socialistas: Ni socialismo utópico del estilo Tomás Moro. Ni socialismo a lo Proudhon. Ni tampoco el socialismo que se esboza en el Manifiesto de Marx y Engels y que luego, en "El Capital" se ubica en la categoría de socialismo científico.

Esa Constitución del 46 es de tipo intervencionista. Mas, pese a tal modalidad, no llegó a suprimir las libertades individuales, y mantuvo éstas en su esencia.

¿Por qué quienes, en una forma o en otra, laboramos en la Constitución del 46 levantamos un Estado intervencionista?

Porque, dentro de nuestras urgencias colectivas, no podíamos conformarnos con las constituciones clásicas, limitadas a la típica sección dogmática — declaración de derechos o libertades individuales — y a otra sección — la orgánica — destinada a las funciones de los poderes estatales, hoy denominados "Organos", con un vocablo más técnico. Porque, para hoy y el futuro, requeríamos un Estado que llenara, en beneficio colectivo, los vacíos que el individuo, por sí solo, no estaba en la capacidad de nivelar, por no contar con lo económico, con el personal colaborador indispensable ni con las

fuerzas coercitivas oficiales. Y porque — como posición ante el problema— si no buscábamos, como he dicho, la institución de un Estado socialista, tampoco nos amedrentaba el Estado intervencionista en cuanto ese intervencionista resultaba indispensable al bienestar panameño. Independientemente del aporte espiritual de cada uno, es verdad incuestionable que, en el proceso formativo de la Constitución del 46, tuvo mucho auge el pensamiento central de J.D. Moscote sobre un Estado contemporáneo, amoldado a las exigencias nacionales. Y ya Moscote, desde 1934, había expuesto en sus “Orientaciones a la Reforma Constitucional”:

**“Nosotros bien sabemos que intervencionismo solo, no es socialismo... La industria reglamentada; el comercio reglamentario, eran cosas características de la economía de la Edad Media, del antiguo régimen de Francia y Alemania hasta los últimos tiempos, y de la Inglaterra de los Tudores y los Estuardos. Si el intervencionismo fuera socialismo, el mercantilismo habría sido un sistema socialista, y el mundo habría vivido bajo el régimen socialista la mayor parte de su Historia”.**

Y esa idea capitular de Moscote implica lo que ya he manifestado anteriormente. Si los artífices de la Constitución del 46 no buscábamos, alegremente, una fórmula socialista, tampoco desechábamos, temblorosamente, una fórmula intervencionista:

## **NUEVAS MODALIDADES EN LOS DERECHOS INDIVIDUALES**

Se requería, para el bien común, la extirpación del viejo concepto de la propiedad privada e intangible, abarcadora no solo de “*jus utendi*”, sino también del “*jus abutendi*”. Y en el artículo 45 de la Constitución se estableció que la propiedad privada implica obligaciones para su dueño, por razón de la función social que le atañe.

Se quiso, para bien de todos, que no existieran extralimitaciones en las relaciones obrero-patronales. Y en el capítulo constitucional sobre el trabajo se estatuyó la intervención del Estado para regular esas relaciones con un criterio firme y abarcador sobre justicia social.

Se estimó que existía un interés estatal directo en la cultura colectiva. Y en los artículos 79 y 81 del instrumento fundamental se estipuló que el Estado penetraría en el antes sacrosanto predio de la enseñanza privada, para que ésta fuera cónsona con la eficaz formación de los educandos, y para preservar el tesoro social de nuestra Historia, nuestro idioma colectivo, y nuestra cívica.

En la apreciación de que a la sociedad le era indispensable una garantía permanente en cuanto a los servicios y precios de los



artículos de primera necesidad, se dio al Estado —artículo 227— los poderes para su ingerencia en los citados aspectos, hasta entonces tradicionalmente venerados.

Y en el juzgamiento de que la economía nacional requiere a veces reajustes, guías, o ampliaciones y equilibrios justicieros, se estatuyó —artículo 225, del cual me declaro responsable sin excusas ni arrendimientos— que las actividades económicas corresponden primordialmente a los particulares, pero que el Estado intervendrá en ellas con el fin, entre otros, de acrecentar la riqueza nacional y asegurar sus beneficios para el mayor número posible de habitantes.

Y así fue lo mismo en otros ángulos. Se creó el intervencionismo estatal donde la exigencia de hoy, o la visión del mañana, reclamaban tal creación. Ello implicó restricciones a no pocas de las libertades clásicas del hombre. Pero no había el goce de exagerar tales restricciones. Se procedió más bien quizás, en todo caso, con esa “angustia vital” de que nos trata Max Scheler. Y tal angustia vital, o tal necesidad sin euforias, no se encontraban —ello es obvio— contradictoriamente mezcladas con el deseo de asesinar los derechos individuales, para contemplar, hechos cadáveres, esos derechos que nacieron hace ya tiempo dilatado, entre ilusión y heroísmo.

### **POR QUE SE PRESERVARON, EN LO FUNDAMENTAL, LOS DERECHOS INDIVIDUALES CLASICOS.**

¿Por qué esa Constitución del 46, siendo francamente intervencionista, contenía la preocupación de no lastimar, más allá de la medida exacta, las libertades o derechos clásicos? Van en seguidas las razones:

Ante todo, por un motivo que podríamos denominar de lógica, y que surge, prístinamente, de lo expresado hasta ahora. Si nuestro Estado resultaba intervencionista por necesidad, y el, a través de la Constitución, restringía algunas de las libertades clásicas sin miedo, pero también por necesidad dependiente de tal intervencionismo, venía a ser lo adecuado, o lo que he calificado como lógico, que tales libertades resultaran intocadas donde no era inevitable tocarlas. Y la prueba del ánimo que abrigábamos los Convencionales del 46, es que, pese a las cortapisas obligadas, al mismo tiempo establecimos modalidades atinentes a derechos o libertades que antes, por lo general, no se registraban en nuestras normas jurídicas. Ejemplos:

Las pautas del 46 trajeron como consecuencia la liquidación definitiva del arraigo, o mandamiento de *ne exeat*, con los cuales anteriormente el individuo podía resultar físicamente paralizado por sus obligaciones económicas en mora.

La Constitución en vigencia —artículo 21— eliminó la desigualdad jurídica de sexos. Y así la mujer se yergue por la primera vez entre nosotros con el prestigio de una persona humana en definitiva integridad, y con los mismos derechos o libertades que poseemos los varones...

La Constitución suprimió —artículo 58— las antiguas distinciones entre los hijos legítimos y los hijos naturales. Y hoy, el que nace en nuestro Estado, por el solo hecho de nacer es en seguida un ser humano, con los mismos fueros legales que los otros seres humanos, y con todas las facilidades para desarrollar e imponer su personalidad, en airosa ostentación de sus derechos intactos.

Y —va aquí el último ejemplo— en el artículo 49 se consagra que las manifestaciones o reuniones no se encuentran sometidas al permiso oficial previo. De tal suerte que fenecieron las disposiciones anteriores sobre tal autorización que traían frecuentemente negativas constrictoras para las libertades del hombre.

Así, con esa lista de creaciones a favor de la persona individual, se confirma plenamente que no estábamos los Convencionales del 46 dedicados placenteramente a tronchar, a tajos locos, los derechos o libertades del hombre, puesto que creamos otros de ellos allí donde nuestros afanes al respecto no afectaban al Estado que íbamos levantando con su acción interventora, porque estábamos todos decididos a levantarlo. Y, por otra parte es lo cierto, que nosotros no podíamos cancelar, de la noche a la mañana, todo ese haz de libertades que constituyeron grata tradición de nuestros antepasados hasta llegar a la Cartilla fundamental de 1904, texto éste en el cual cada uno de nosotros mismos había leído, y absorbido, al abrir nuestro espíritu al Derecho o la política, esa lista de garantías humanas ofrecidas a los panameños por la República en albores. Las tradiciones requieren su amputación quirúrgica cuando ellas equivalen a estancamiento o estorbo. Pero las tradiciones son respectables cuando, como en el caso del 46, ellas, en vez de molestar, pueden ser utilizadas para la inyección de nuevos gérmenes de vida.

Recordad —es oportuno recordarlo— que a los panameños nos tocó el legado del individualismo español, férreo allá, y podría decirse intransigente. A tal extremo que ofrece una idea del mismo aquella célebre admonición que se lanzaba a los príncipes aragoneses como previa condición para ceñirles la corona:

“Nosotros, cada uno de los cuales vale tanto como vos, e que todos juntos valemos más que vos, vos hacemos rey si fisiéseis derecho o si guardáis nuestros fueros y libertades. E si non, non!”

Rufino Blanco Fombona, el escritor venezolano, exalta ese amor a la libertad individual en Aragón, en todos los reinos de España, en la unidad estatal de Isabel la Católica y Fernando, a través de su libro permanente "El Individualismo Español en el Siglo XVI"... Según expresa Fombona, con su maestría en el lenguaje, ese fue el individualismo que se importó a nuestra América. Según expreso yo ahora, en mi decir sin maestría, ese individualismo transportado floreció en el Nuevo Mundo, y echó profundas raíces, pese a los déspotas esporádicos que se han solido pasear por el solar americano sobre los textos jurídicos. Aquí, en las tierras panameñas, aquella siembra española encontró un medio fecundo. Entre nosotros se podía, y se pudo, en 1946, acondicionar ciertas libertades al intervencionismo estatal en advenimiento. Pero los Constituyentes del 46 no podíamos, mediante normas jurídicas, destruir súbitamente la idiosincrasia panameña, para la cual la libertad es oxígeno. El hacerlo, habría sido traición a nuestro pueblo. Por la traición, o como reacción contra ella, habría caído estrepitosamente, quizás desde su aprobación, la Constitución del 46.

## EL CIUDADANO EMINENTEMENTE SOCIAL

Pero precisa consignar que esas libertades o derechos constitucionales del 46 son de un sentido, o contenido, más completo o abarcador que los inherentes a las constituciones antiguas. Seré más claro, volviendo para ello a J. D. Moscote en sus apuntes sobre las Constituciones contemporáneas.

"En ellas —y para nosotros, digo yo, en la nuestra del 46— se contempla no al hombre abstracto de Rousseau, ni al individuo agresivo, frente al Estado, de Spencer, sino al ciudadano eminentemente social".

Con lo cual debe entenderse —gloso yo ahora a Moscote— que si nuestra actual Constitución ofrece al hombre todo un lote de libertades o derechos, no es solamente para que ese hombre se refugie en ellos. La misión y sentido de la personalidad individual en el Estado panameño son ahora muy distintos a lo que antes lo eran. Las actuales libertades exigen al individuo que llene a aquellas de vitalidad, que las eche a funcionar animosamente y sin descanso, en realizaciones empeñosas. No se trata de reducirse a hablar o a gritar orgullosamente "mi derecho", con la expresión de Emanuel Kant: "El meum jus!" No se trata, en el presente caso, de libertades para malgastarlas en bostezos perezosos o en andadas rutinarias. Los derechos individuales aún ofrecen el antiguo ángulo clásico que se puede traducir en esta frase: "No se debe hacer nada contra mí dentro del círculo de fueros que me ha dejado y consagrado la Cons-

titución del 46". Pero presentan, a la misma altura, y con surgente importancia, este otro ángulo nuevo que, a la vez, puede ser concretado en el siguiente término: "Yo debo hacer todo lo posible, en un sentido de afirmaciones productivas, dentro del círculo de fueros que me ha dejado y consagrado la Constitución del 46." De modo que el sentido y misión de la personalidad individual dentro del Estado que hoy tenemos consiste en no usar solo las libertades como escudo para defenderse, sino también, de manera primordial, como pala y azadón para hacer o fabricar en el propio bien, y en el de los otros. Es libertad de servicio. Es libertad para forjar. Es libertad para aplicarla en el sentido en que se expresaba Kennedy hace unos diez y ocho meses, con las siguientes palabras, aproximadamente textuales si no me falla la memoria: "Nosotros tenemos un gran país en que gozamos de una segura libertad, pero no tanto para dedicarla a aprovecharnos de él, como para consagrarla a que ese gran país se aproveche de nosotros." Y como se me puede y debe preguntar por qué esta interpretación que doy con énfasis, contesto inmediatamente:

1o.—La exaltación de los derechos individuales por escritores políticos y filosóficos, y la inserción de esos derechos en un cúmulo de constituciones nacionales, significaban principalmente, en las últimas centurias, una reacción contra los métodos despóticos: un enfrentarse directo al absolutismo monárquico. El absolutismo ahogaba al hombre: luego, había que levantar, de prisa, un cerco de libertades a favor del hombre y contra tal absolutismo.

John Locke se afana en Inglaterra, allá por 1700, por predicar el derecho natural que tienen todos los hombres.

Rousseau compendia su valioso aporte contra el despotismo reinante en el elogio intencionado y fervoroso de la "eminente dignidad de la persona humana".

Montesquieu manifiesta lo siguiente, que es una reafirmación de que se buscaba ansiosamente un valladar de derechos para el hombre: "La libertad es la tranquilidad que proviene de la opinión que cada uno tiene de su seguridad".

Jefferson escribe el 3 de julio de 1776: "Todos los hombres han sido creados iguales, y están dotados por su creador de derechos inalienables".

Los revolucionarios franceses manifiestan en 1789: "Los hombres nacen libres y viven libres e iguales. El fin de toda asociación política es la conservación de los derechos naturales e imprescriptibles del hombre. Estos derechos son la libertad, la propiedad, la seguridad, la resistencia a la opresión".

Las expresiones de Jefferson se incrustan en la Constitución de Norteamérica. Las declaraciones de los revolucionarios del 89 van a la Constitución francesa del 91. Y así siguen iguales transcripciones de libertades o derechos individuales en las excertas jurídicas fundamentales, con el mismo carácter de coraza, con el mismo corte, con el mismo numen. No importaba, en esa etapa desesperada de los anales políticos, que se sacasen o no jugos vitales a los derechos o libertades del hombre. Era asunto de protección, reclamada por la necesidad, contra el terco despotismo impuesto a título divino. La cuestión, la gran cuestión, que se fue traspasando bravamente y con apremio de un político a otro político, de un instrumento básico a otro instrumento básico, se encontraba plasmada, o estallaba, en una lucha de libertades: la libertad naciente, y creciente de los hombres contra la libertad engreída, secular e ilímite de los monarcas sagrados.

Pero ya está superado el tiempo en que las libertades o los derechos del hombre tenían mero carácter de muralla. En nuestra época, en nuestro Estado del 46, ese concepto valioso pero circunstancial es incompleto, y eficaz a lo sumo a medias. La exclusiva libertad-muralla ha dejado ya de serlo. La interpretación de nuestras libertades individuales para tenderse si se quiere —so título de que para ello se es libre— a dormir perpetuamente y sin temores detrás de aquella muralla y a su sombra, es anacrónica y falaz. O es falaz por anacrónica.

2o.—Toda Constitución obedece a una unidad fundamental, a un fin básico definido hacia el cual se dirigen todas las partes del instrumento. No puede haber, para dar un solo ejemplo, dentro de un mismo pensamiento fundamental político, una Constitución que sea al tiempo, híbridamente, monárquica y republicana. Y esa armonía sustancial entre las partes del todo constitucional no obedece a visión estética o a simple razón de eutimia. La génesis, el por qué raigal de un instrumento de derecho, cubren o nutren a todo el instrumento, dentro del rigor que encierra lo jurídico. Y además existe la realidad —válida sobre todo en cuanto a las constituciones— de que si éstas son elaboradas de una manera heterogénea o con sectores disímiles, esas constituciones se dislocan, se paralizan, y hasta estallan con una dispersión de piezas rotas: como elementos incoherentes de una fábrica mecánica.

La Constitución del 46 si, como ya se ha dicho, no es socialista, tiende hacia el bien social: hacia el hacer social, que es algo sustancial, aunque distinto. El Estado tiene en esa Constitución una misión activa con miras a lo colectivo. Y sería precisamente lo dislocado, lo desajustado, que mientras el Estado está obligado a la

actividad social, el individuo pueda complacerse dentro de su libertad, en estériles quietudes de parásito. El individuo es, en la Constitución del 46, "un ciudadano social", como dijo anticipadamente el gran maestro Moscote. Para ello, precisamente, el Estado en la Constitución, además de la función de interventor, tiene la otra, hasta donde ello sea posible, de un auxiliar de la vida individual, en cuanto a cultura espiritual, a la higiene y la salud, a la seguridad de los hogares, y al desarrollo económico. No es del caso considerar que el Estado no haya hecho por todos, o no haya hecho en todo, lo que ha debido hacer por todos, después del 46, en esa segunda misión que no es ya solo de intervencionismo, sino de ayuda al individuo. Solo estoy interpretando: Y digo así, interpretando, que si el Estado tiene que hacer para lo social, como interventor, y el Estado tiene que hacer también para mejorar al hombre, es preciso concluir que a ese hombre no le es permitido reducirse a la inercia libre, o sea a mantenerse ajeno a la menor repercusión en beneficio social.

### MISION POSITIVA DEL HOMBRE A TRAVES DE LOS MILENIOS

30.—Los pensadores que no han escrito con la angustia de poner a flote la libertad individual para hundir la de los déspotas; o sea los que han partido abstractamente de la contemplación del hombre en sí, como ser dotado de posibilidades positivas, han exigido a éste la perfección, la renovación, la actividad que va dejando siembras pródigas. Ello ha sido en toda época, a través de los milenios, independientemente de que, como ya queda expresado, ciertos políticos, filósofos y constituciones, en las últimas centurias, se han dedicado exclusivamente a contrarrestar, a favor del hombre, los efectos de lo omnímodo.

Así expresaba ya Aristóteles en su *Ética* a Nicómaco, Libro I, Capítulo I, estas palabras rotundas;

"Seamos en nuestra vida como los arqueros, que tienen un blanco".

Y decía después San Pablo en su Carta a los Efesios, en síntesis sugestiva y con un giro lleno de donaire:

"Así también nosotros andemos en novedad de vida".

San Francisco de Asís y Joaquín de Fiore emplearon con frecuencia, poco después de 1200, y aplicándolos al hombre, y a su vida, los términos "renovatio", "nova vita", "renasci", "Regenerari", que son un llamado a la intrepidez humana en un hacer y conquistar constantes.

Leonardo de Vinci, el polifecético incansable, al referirse a la necesidad humana de hacer y desbordarse decía estas palabras prácticas:

“Donde no hay nervios ni huesos, no hay tampoco fuerza capaz de manifestarse en ninguna especie de movimiento”.

Juan Pico de la Mirandola, el pensador neoplatónico, expresa lo siguiente, en su obra “De Omnis Dignitate”, que pone en labios del Hacedor Supremo al dirigirse ésta al sér humano:

“He dotado a todas las criaturas de una naturaleza definida, y las he confinado dentro de cierto límite. Tú no estás confinado en límite ninguno. Tú crearás esos límites a tí mismo, bajo la dirección que he colocado en tí, para que puedas degenerar, convirtiéndote en un bruto, o puedas elevar tu especie a la altura celestial, de acuerdo con tus deseos”.

Emile Faguete, en su obra “Política y Moralistas del Siglo XIX” estudia a Augusto Comte y expresa en ese libro, de su cuenta, lo que sigue:

“La libertad es algo negativo, lo que quiere decir que no es nada. La libertad es un nolo o un veto individual. Con un “yo no quiero”, “yo os detengo”, pronunciado con energía por millones de hombres, nada podría resultar más que una huraña inmovilidad. Se trata, sin embargo, de marchar, de actuar, de hacer algo en la existencia”.

Ralp Waldo Emerson, guiado por el pensamiento político de su tiempo, y persuadido de que debe existir la menor cantidad de Gobierno, o la menor intensidad de Estado, estaba, sin embargo, convencido de que el ser humano debe hacer, debe actuar continuamente, aun cuando sea de su propia cuenta. Del primero de sus “Siete Ensayos” titulado “La Confianza en Sí Mismo” es esta frase sentenciosa:

“Sepa el hombre conocer su valor y dominar las cosas. No ande ambiguamente, vagabundeando de acá y para allá, con apariencia de mendicante, de bastardo, de intruso, en un mundo creado para él.”

Y Emerson manifiesta en ese mismo Ensayo lo siguiente, que contiene un sano sentido de hacer y hacer continuamente, y no de decaer en anquilosis originada por la envidia, y que yo mantenía escrito, como guía, bajo el vidrio de mi modesta mesa de trabajo, en mi mocedad nutrida al mismo tiempo de penurias restrictivas y de proyectos audaces:

“El que aspira a ser un hombre, debe ser un inconforme”.

El viejo poeta norteamericano Sidney Lanier se lamenta de aquellos que no usan la libertad en su aspecto constructivo. Y exclama de esta manera despectiva:

"Toda su vida consiste solo en no morir....".

Y ahora, dando un salto, Martín Heidegger, filósofo, representante, junto con Jaspers, de la filosofía existencialista, para quien el hombre se encuentra como perdido en el mundo, lanza este grito de protesta contra el ser humano que no hace:

"La personalidad se pierde en la existencia banal...!"

José Ortega y Gasset, a veces fosforescente como luces de bengala, pero con un enorme e impercedero saldo favorable de pensamiento macizo, tiene en su "Ensimismamiento y Alteración" estos conceptos, muy propicios a la meditación remansada:

"El hombre es ante todo algo que no tiene realidad corporal ni espiritual: es un programa como tal; por lo tanto es lo que aún no es, sino lo que aspira a ser. Todo lo demás del universo consiste en lo que ya es. El astro es lo que ya es, ni más ni menos. Todo aquello cuyo modo de ser consiste en lo que ya es, lo llamamos cosa; la cosa tiene su ser dado y logrado. En este sentido el hombre no es una cosa, sino una-pretensión: la pretensión de ser esto o lo otro".

Y Luis Legaz Lacambra, el modernísimo profesor de Filosofía del Derecho, se expresa así en su obra destinada a su especialidad académica:

"La personalidad jurídica es una manera de ser de la existencia, que podríamos calificar como un estar en situaciones jurídicas. Pero un estar que implica su contrapartida activa y dinámica: el hacer, usando de la libertad, situaciones jurídicas nuevas.... El hombre tiene como destino dar una forma a su persona abstracta: No dormirse en los laureles de la dignidad que posee sino realizar una existencia digna".

Y después de las citas digo: Si a través de los milenios, y aún en tiempos en que había continuos ruidos de cadenas, al estudiarse a la personalidad humana en forma abstracta o aislada, con sus valores inherentes, su potencialidad característica, y su intrínseca excelsitud maravillosa, se ha estimado a esa personalidad como un ser para la perfección y la acción, para llenar toda su vida con perennes empresas animosas, con mayor razón ha de ser ello en los actuales tiempos en que han quedado liquidados, como sistema, los amos caprichosos y los monarcas ultra-centralistas. Ese milenario concepto



del ser humano mayestático, que tiene una libertad, antes que todo, para aplicarla a una labor de realizaciones casi milagrosas, es la única que cabe dentro de nuestro régimen presente, dentro del Estado que tenemos. Yo no afirmo, ni puedo afirmar —digo en otras palabras más concretas lo que ya antes he esbozado— que nuestras libertades para el hombre dejen de ser una reserva para oponerlas al intento de cualesquiera mandones de ocasión, que surgieran en nuestra patria con la abrupta animalidad de los zarpazos tigrescos. Pero además de la libertad como reserva, o con ella, y con más importancia que ella, está, en los tiempos pacíficos de nuestra vida democrática, la otra libertad primordialmente destinada a llenarla, por cada cual, de un rico contenido que se derrama hacia la sociedad para la dicha de todos. Si viene a nuestra República algún día —y yo confío en que nunca venga— un régimen de transgresiones anacrónicas, que entonces nos dediquemos, olvidando lo demás, a defender la libertad humana como cercado inviolable. Entre tanto, el trabajo constructivo. Nuestras libertades no son, a título de que vivimos confiadamente dentro de una paz jurídica, libertades de almohadones, o libertades de hamaca.

Sin que se pueda argüir a este respecto que por qué el individuo tiene que hacer si el Estado que se creó en el 46 se ha abstenido de hacer, o ha hecho poco. Por una parte —como creo que ya lo he dicho anteriormente— solo soy en este instante el intérprete jurídico del sentido y misión de la personalidad individual, o de lo que significan hoy sus libertades o derechos. Y no soy un funcionario de estadística, destinado al inventario, en números o en curvas gráficas, de lo que dejó de realizar, o realizó, nuestro Estado nacional, desde el 1o. de Marzo de 1946 a Mayo del año 1964. Y, por otra parte, si el hombre no hace dentro de su libertad, como está obligado, porque el Estado tampoco hace, o porque hace poco, caeremos en la fatalidad de un círculo irrompible: “Yo, hombre, no hago lo que hasta ahora me es posible hacer con los pocos, bastantes o muchos elementos que poseo dentro de mi libertad, porque tú, Estado, tampoco haces todo lo posible dentro de los imperativos que te marca la Constitución del 46”. Y “yo, Estado, no hago lo que debo hacer según mi obligación constitucional porque tu, hombre, tampoco haces dentro de la contemporánea interpretación de tus libertades y de acuerdo con los medios, aun cuando sean ellos escasos, que hasta ahora te he proporcionado, o que posees por tu cuenta”. Sería un equilibrio de inercias, como excusa o represalia. Sería la tragedia constitucional. Sería echar por la borda, al mismo tiempo y para siempre, los principios nutricios, para el Estado y para el hombre, jurídicamente plasmados en la Constitución que nos rige.

## HACER TRABAJO, Y HACERLO AHORA.

4o.—La Constitución estatuye expresamente que el trabajo es un deber del individuo. Y, mediante tal obligatoriedad, se consigna expresamente que no existe en Panamá una libertad vacía, sino una libertad que encierra un régimen para hacer, o trabajar, o para que la existencia del hombre sea un motor en movimiento. ¿Cómo ha de entenderse ese deber de trabajar? En nuestro léxico “trabajar” tiene una primera acepción, un poco apática: “Ocuparse en cualquier ejercicio, obra o ministerio”. Pero luego, como aclarando, o robusteciendo, ese mismo léxico define el trabajar de la siguiente manera: “Solicitar, procurar, o intentar alguna cosa con eficacia, actividad o cuidado”. Lo cual indica que en el hacer o trabajar humanos debe haber siempre nervio, tensión, ímpetu, afán de mejoramiento de la obra, o de las obras sucesivas. Y aquí viene la memoria del Miguel Angel inmortal, quien después de burilado su Moisés, y no satisfecho aún de su creación artística admirable, dio a aquella estatua un martillazo: ¡porque su Moisés no hablaba!

Y si este es el sentido del trabajo —actividad, eficiencia, cuidado— incluido en el léxico español, que es el léxico de la Constitución panameña, también se desprende el mismo sentido del artículo 63 de dicha Constitución, en armonía con el todo de la misma. La Constitución ordena trabajar, no por aquel castigo celestial de “ganarás el pan con el sudor de tu frente”. Lo dispone así, como una orden, porque la Constitución respeta al hombre, pero siempre dirigido éste a una tendencia social, ya que toda esa Constitución está ubicada en tal tendencia. El hombre debe trabajar para sí mismo. Pero su obra debe repercutir en lo colectivo. Y la suma de trabajos, de todos los hombres que trabajan, ha de tener influencia en la sociedad, mucho más si ese cúmulo de trabajos se realiza hasta el máximo que cada uno pueda ofrecer según sus posibilidades. Ese artículo 63 de la Constitución establece también que el trabajo es un derecho. Y el artículo 41 determina que el individuo es libre en el escogimiento del trabajo que le sea más conveniente. Pero, elevado al mismo tiempo, por la primera de la dos disposiciones, el trabajo a obligación ineludible, ya no puede ser entendida ésta como simple compromiso flojo de llenar una fórmula pasajera o de cumplir, por no dejar, con una mera apariencia. Tal obligación constituye, jurídicamente, una actitud permanente de eficiente actividad, en plenitud forjadora, para nosotros mismos, para los que dependen de nosotros, para bien de esa sociedad que es una preocupación asidua del Estado. E interpretada y aplicada esa obligación jurídica con sentido práctico, como precisa interpretarla y aplicarla, ella ha de consistir en un hacer ya, apenas esté plasmado en el cere-

bro el esquema íntegro del juicioso y gozoso planeamiento, y no en una cómoda sucesión de postergaciones apáticas. Recuérdese a Juan XXIII, cuando preguntó a uno de sus Cardenales si se podría inaugurar en 1964 el Concilio Universal. El Cardenal contestó: "Será imposible, Su Santidad". Y replicó el Pontífice inmortal: "¿Que no podremos comenzar en 1964? Entonces, si ello es así, iniciemos en 1963 ese Concilio Ecuménico!" Expresaba así Oscar Wilde: "Nunca hagas hoy lo que puedes dejar para mañana". Y el apotegma de Wilde, juguetonamente cínico como tantos de su pluma, es apreciado muy en serio por no pocos panameños. Pero en cambio Winston Churchill, en medio de los afanes circundantes de la contienda mundial, lanzaba continuamente esta expresión, como el grito estremecedor del conductor dominante: "Hacer, ahora!" Y lo entrañado en la Constitución del 46, para la obra individual que debe repercutir en lo social, no es, no puede ser, la fórmula abúlica y retardatoria del escritor inglés del siglo diez y nueve: es, y tiene que ser, la fórmula casi trepidante del estadista inglés del siglo veinte.

## EL TRABAJO HA DE VOLCARSE HACIA AFUERA

Precisamente cuando he expresado que la libertad no se puede concebir únicamente para la propia protección ocasional, sino también para el hacer, me he querido referir a un **hacer trabajo** en actuación constante, y hacia afuera. Todas las libertades o derechos como, por ejemplo, los de pensar, expresarse, trasladarse, y purificarse en la oración al Dios que el individuo escoja, están regidos por la exigencia de un trabajo que, desde luego, por corresponder ese trabajo a una necesidad social, debe ser realizado hacia afuera, con trascendencia a lo colectivo. Quien se encierra en sí mismo permanentemente para el meditar místico o silencioso, para las oraciones sin palabras, es respetable desde el punto de vista de su religión para la cual este mundo carece de importancia, porque es solo sitio de tránsito y de preparación para la vida eterna. Pero ese clausurado, o ese ermitaño, no está trabajando **jurídicamente**. Porque su santidad contemplativa no refleja en la sociedad como lo pide el Estado. Y, al contrario, quien se aquilata moralmente día por día, y sale a actuar en el medio colectivo, ese sí está trabajando en el concepto jurídico: y trabajando doblemente. Pues su perfeccionamiento ético, para vivir y actuar en la sociedad, hará que su trabajo sea más fecundo y eficaz, o sea más correcto y exacto. Y porque por ese contacto con lo exterior, el virtuoso activo será ejemplo continuo, y contribuirá a que los demás también se perfeccionen cada uno, y hagan todos reflejar su actuar limpio en el provecho colectivo.

Lo mismo pasa con todas las esferas del pensamiento, y no únicamente con el religioso o místico. Yo puedo ser, en hipótesis, un gran filósofo, un gran teórico de la política, un genial economista. Pero si me paso la existencia huraño, solitario, en una cueva, exclusivamente para mí, con mi pensamiento filosófico, con mis ideas económicas, o con mis tesis políticas, yo no estoy trabajando social y jurídicamente, pese a todos mis esfuerzos. Mas, en cambio, si lanzo hacia afuera mi pensamiento, por humilde que él resulte —como en este caso mío frente a vosotros— entonces estoy realizando trabajo, y trabajo verdadero, según lo quiere el Estado. Porque esa tarea de pensar, en uno u otro aspecto del pensamiento que yo he escogido libremente, una vez arrojada por mí hacia afuera, como realidad hecha y transmitida, tiene una trascendencia de índole colectiva: sirve para que piensen mejor que yo, para que los otros se dispongan a pensar, y a entregar a la vez su pensamiento. Y así la creación de pensamiento volcado hacia lo social, por pobre o equivocada que ésta sea, es un trabajo, en lo jurídico: Es creación, ya directa o ya indirecta, de cultura. Yo leí en un estudio, creo que de Henry Bergson, una disquisición interesante sobre si primero fue el pensamiento y después la acción, o si fue al contrario, y sobre qué vale más, si la acción o el pensamiento. Pero ello no tiene importancia por el aspecto presente. Lo importante es que el solo hecho de pensar —pensar pleno, hasta donde cada cual pueda hacerlo— se confunde con la acción, cuando ese hecho de pensar desciende a la sociedad: porque se hace realidad reproductiva, se materializa.

Henry David Thoreau abrigaba una gran rebeldía en cuanto al trabajo obligatorio. Hasta el punto de que en su “Ensayo sobre la Desobediencia Civil”, sostenía textualmente que el hombre “no estaba destinado a ser servidor útil del Estado soberano en el mundo”. Pero aquel hombre que vivía por las montañas, como un continuo vagabundo exótico, escribió y transmitió, desde sus breñales, aquel “Walden” que es un canto tonificante al mundo y a la vida, como el himno a la naturaleza, de Goethe. Después de ciento cincuenta años, ese Walden de Thoreau permanece fresco e intacto, transmitido a todos los idiomas del mundo. Y Thoreau, el aparetne gitano, trabajó para sí y para los demás, e intensamente, según lo quiere ahora la Constitución del 46 como deber para nosotros.

## LA “COSIFICACION” DE RECASENS

Luis Recasens Siches, quien ha sido profesor de la Universidad Autónoma de México, de Tulane, de Madrid, y de otras egregias, tiene en su “Tratado General de Filosofía del Derecho” un título completo sobre la vida humana “objetiva”. Y allí dice:

“Muchos actos de la vida humana dejan detrás de sí una huella, un rastro, y esto ocurre no solo con actos egregios, sino también con actos humildes. El Quijote, en el momento en que Cervantes lo escribía, era una peripecia de su vida individual, un pedazo o renguero de su propia existencia. Pero después de escrita esa obra, y aún después de muerto Cervantes, sigue allí el Quijote cristalizado, que puede ser repensado por cada uno de nosotros. Se presenta como un complejo de pensamientos objetivados, fosilizados, cosificados”.

¡Cosificar!: ¡Qué término tan atrevido, tan novedoso, y al mismo tiempo decidor! Qué vocablo tan felizmente inventado para manifestar la condición del trabajo que es trabajo verdadero, de un reflejo social u objetivo por su cosificación ante los ojos o el espíritu de una colectividad o del mundo. Para Luis Recasens Siches, en esa obra de la Filosofía del Derecho, las virtudes de San Francisco de Asís —quien no se encerró en sí mismo— han quedado cosificadas cuando, por el ejemplo, han resultado como un módulo cristalizado o como paradigma de conducta. Para él las actividades de Henry Ford se cosificaron cuando pasaron a ser un método industrial con el nombre de “fordismo”. Para él también el hacha de sílex resultó cosificada cuando quedó como guía primaria técnica. Y hasta la Venus de Milo se cosificó para Recasens, no porque se yerga ella todavía en el museo del Louvre, sino por el aporte que esa escultura significa como sentido estético inspirador de los siglos.

Y yo pienso que todo lo que se hace como producción afirmativa resulta en cosificación, o en trabajo verdadero por quedar cosificado, salvo aquello —moral o intelectual— que se guarda selladamente en las entrañas del ser sin que brote a la superficie. Pues hay trabajo verdadero, o cosificado, aun en aquello que sin tener la magnitud del Quijote, de San Francisco, de Henry Ford o de la Venus, o sea sin ser en sí cosificación inmortal, sino de tipo transitorio, ayuda a crear, en lo social, la elevación espiritual o material, a acrecentar los bienes existentes, a trascender hacia el futuro colectivo aun cuando sea en forma sencilla e invisible. Yo levanto una moderna residencia, cómoda y atractiva, para mi esposa, para mis hijos y para mí. He hecho esa construcción sin pensar en los demás, sino tan solo en mí y los míos. Y dicha construcción quedará en ruinas dentro de ochenta años o un ciento, mientras en cambio seguirán intactos por el mundo desde el Quijote hasta la Venus. Pero, al hacer mi residencia, yo he trabajado en trabajo verdadero. He cosificado: y, por ello, he realizado una tarea de condición social, como lo quiere el Estado. Porque ese edificio mío será un aporte —pequeño, pero efectivo— para afianzar nuestra civilización, en el sentido ésta de métodos

de vida de una colectividad o un pueblo. Y ese edificio será también —aun cuando ello parezca extraño— una cuota indirecta y diminuta, pero siempre cuota, para la cultura, que es ante todo el conjunto de las manifestaciones del espíritu de un pueblo. Porque quienes vengan tras de mí, en mi grupo familiar, tendrán más amplitud, o más placidez, para pensar y divulgar, en cosificación de efectos colectivos. Y porque, como dijo José Enrique Rodó, el gran uruguayo aquel de períodos armoniosos e ideas imperecederas, “sin el brazo que nivela y construye no tendrá paz el brazo que sirve de apoyo a la noble frente que piensa”.

Síntesis del presente punto 4o.: Las libertades del 46 no son solo libertades para proteger, sino igualmente para hacer, en labores positivas, como queda demostrado. Trabajar, en el sentido constitucional, es inflar la vela de libertad con el soplo de las acciones atrevidas, reflejadas éstas en la sociedad de que formamos parte. Y trabajar, en ese sentido jurídico, no es sólo realizar hacia dentro —con nuestra pulcritud ética escondida o nuestro pensamiento general incomunicado— sino además realizar hacia lo exterior, hacia la colectividad, con la virtud, con la idea, con la tarea de carácter físico. Las libertades panameñas exigen a la personalidad invidual, en otras palabras, un actuar cosificado, según el término del prestigioso catedrático de la Filosofía del Derecho. Así al cosificar, al hacer para nosotros, y también para los otros de una manera tangible, estamos no solamente proporcionando nuestro aporte, sino también coadyuvando a la armonía social en lo espiritual y lo físico. Porque, por ley que se podría denominar de equilibrio o reajuste en las creaciones, los otros se esmerarán por no ofrecer siempre lo mismo que nosotros, en repeticiones estériles y superabundancias inútiles, sino más bien por aumentar lo que aún es poco, por completar lo que está trunco, por mejorar lo imperfecto, ya sea a través del método de adiciones amigables, ya por medio de esa competencia que, si es leal, rinde un espléndido saldo para el avance de todos. De suerte que cosificar no solo resultará entregar nuestra cuota individual, sino también detener las realizaciones desordenadas o caóticas: o sea impedir, como dice Jacques Maritain en “Los Derechos del Hombre” que se registre en la sociedad “la anarquía de los átomos”.

De lo que he expresado fluye, en mi concepto, el sentido y misión de la personalidad individual dentro de un Estado que es intervencionista, pero que deja, sin embargo, al hombre, las libertades que no ha necesitado restringir, y otras libertades adicionales a fin de que, con todas ellas, se luche contra cualesquiera transgresiones y también, en trascendental categoría, se luche en la acción permanente afirmativa. Y todo eso que he expresado representa

igualmente el sentido y misión de la personalidad humana en cuanto ésta se encuentra dentro de un Estado que, además de ser intervencionista, tiene la tarea constitucional de ayudar a esa personalidad, hasta donde sea posible, para ascender en la vida.

## **¿HEMOS CUMPLIDO CON EMPLEAR NUESTRA LIBERTAD EN HACER?**

En cuanto a valernos de las libertades o derechos individuales como un cerco defensivo, todos los panameños cumplimos, o estamos listos a cumplir, con ese objeto específico. Por estar acostumbrados a la vieja herencia del individualismo español, y a las antiguas cartillas constitucionales de libertades clásicas. Y porque, además dentro del carácter panameño en sí que es definido, nadie sabe resignarse, en nuestro medio, a “dejarse pisar la manta”, como reza una expresión vernácula de singular colorido.

Pero en cuanto a usar la libertad como instrumento de hacer, no solo para nosotros, sino también en derivación a lo social, considero que los panameños con posibilidades al respecto no hemos cumplido totalmente nuestra misión o destino. En Panamá hay un número de unidades que han triunfado —ha habido y hay bastantes en esta Universidad— para sí y para lo social, en múltiples actividades provechosas, surgiendo por sí solas de la hondonada a la cumbre, validas únicamente de su talento y su conciencia permanente sobre el destino tangible de la personalidad humana. Pero hay también cantidad considerable de unidades nacionales que, poseyendo ese talento y esa capacidad de conciencia, se han quedado estacionadas, y no producen trabajo fundamental al grado de las otras mencionadas, y ni siquiera a grado parecido: permanecen en apenas tenues actuaciones, de un mínimo rutinario, como si su círculo de libertades fuese alambrada de púas paralizante del hombre. Más todavía: hay un número crecido de unidades panameñas, que, además de su talento, y sus posibilidades de conciencia para captar su obligación individual y colectiva, tiene ya sea por herencia fácil, o por motivos adventicios, elementos adicionales de los cuales disponer para hacer de la existencia una victoria rotunda. Y, a pesar de ello, no triunfan para sí, y mucho menos para el medio. Su libertad es virginal. Pero de una virginidad carente de virtud y, por el contrario, pecadora.

¿Cuáles son los motivos por los cuales tantos que pueden hacer, y hacer mucho, no hacen como los otros que poseen iguales o inferiores condiciones? Ellos son múltiples. Y merecen un ensayo separado y hondo. Pero yo solo esbozaré aquí, a la ligera, algunos de esos motivos:

Nosotros hemos pasado épocas de abundancia, no provocada por nosotros, o no debida a nuestro mérito. Las ferias de Portobelo; las minas de California; la construcción del Ferrocarril; las espléndidas erogaciones en los intentos del Canal Francés; la construcción del Canal por Norteamérica; el gran auge económico que trajeron las dos contiendas mundiales; y las obras adicionales de la Zona canalera, han sido fuentes espléndidas de bienestares temporales, en que el oro nos ha llegado en profusión extraordinaria. Y ese pretérito de auge, golpea aún en nuestros ánimos. No pocos esperan aún otras rachas de fortuna, obtenidas sin el menor sacrificio. No pocos sienten que Panamá es otro Israel bíblico, preferido por el Señor, quien no deja perecer a sus hijos predilectos. En medio de una libertad lánguida o negativa, hay quienes siguen aguardando el maná descendido de los cielos. Y así algunos suelen rehuir la libertad positiva de inclinarse para sembrar el maíz que se produce en la tierra.

Por ello, y otras razones, muchos no hemos aprendido a sentir las emociones del crear. A esa noble emoción de crear sobre la tierra, la denominaron, "Renacimiento", en cuanto a los siglos XV y XVI, para distinguirla de la actitud contemplativa prevalente en el medioevo. Pero todo lo que hay de grande sobre el orbe se ha debido a una serie de nacimientos, o renacimientos, en que el hombre se ha solazado en hacer obra espiritual para lanzarla a lo externo, o en vencer los tropiezos físicos, construir en lo cercano, y dominar lontananzas. Osvaldo Spengler denominó a esa intrepidez "el sentido fastuoso de la vida". Pero nosotros, o algunos de nosotros, tomamos el sentido fastuoso de la vida por un aspecto distinto. Dentro de una libertad desfallecidamente manejada, queremos esa libertad para aceptar el fausto como un don gratuito. No queremos el fausto de la vida como una permuta razonable entre la intensidad del ímpetu que ofrecemos y el valor de la obra que hacemos por nosotros mismos con energías y orgullo. Libertad pasiva para que nos den. No libertad activa para hacer y para dar lo que hacemos.

Algunos de nosotros abrigamos, como una contradicción, o como una ambivalencia en cuanto a ciertos sentimientos. Tenemos generosidad para con el fracasado o el inerte. Y regalamos a éstos, desprendidamente, todo el pan de nuestra alacena y hasta el único traje presentable que poseemos. Pero, pese a esa generosidad, solemos, no pocos, ser hoscos y severos con todo aquel que sobresale en algo, sobre todo en lo económico. Ello por más que el triunfo en lo económico se haya efectuado a base de honradez y sacrificios. Y por más que aquel que alcance la victoria proporcione trabajo a cien familias, cumpla sus prestaciones sociales con largueza, y haga repercutir sus realizaciones en otros varios aspectos del bienestar colectivo.



No se trata, en este caso, del resentido que abriga un odio general, para todo y contra todos. Es un modo particular de reacción especialísima, que resulta inexplicable, pues se registra hasta en hombres de común nobleza. Pero explicable o no explicable, aquella extraña reacción conduce a motejar al hacedor victorioso —sobre todo si es creador de empresas múltiples— de “potentado insolente”, de “absorbente y codicioso”, de “individuo que quiere todo para sí y nada deja a los otros”. Y se le tiran pedrejones, si se puede, para que ellos atraviesen su camino. Y si llegara a morir, no se intentaría escribir sobre su tumba esta inscripción justiciera: “Aquí yace un gran benefactor de la República”. Le dirían en el epitafio: “Aquí yace un despreciable acaparador impenitente”. Y esa actitud enerva y amedrenta. Hay panameños de visión y energías que podrían dedicar su libertad a actividades magníficas. Pero se detienen. Sienten miedo por el rencor, por los epítetos, por los pedrejones en la vía. Y sienten temor también quizás al epitafio....

Algunos —ya lo he expresado— ahincados en el pretérito, estiman a Panamá como la antigua Israel mimada por el Ser Supremo con un amor especialísimo. Pero otros, como reemplazo, se han creado otra ilusión o pretexto, por el cual se ha venido deteniendo a la libertad, en su sentido dinámico, desde antes de la Constitución del 46, y más aún después de ella. Esos otros han arribado al pensamiento de un Estado que ha de ir a los extremos de la acción sin que tenga nada que hacer el individuo. “¡Que lo ejecute el Estado!” “¡Que lo ejecute el Gobierno!”; “¡Esto no me toca a mí sino al Gobiesno!”, se suele manifestar en ciertas zonas panameñas. Y ese Estado, ese Gobierno, ese “Gobiesno”, son así los encargados del maná; de que caigan los muros de Jericó; de que se abran las aguas del Mar Rojo; de solventar todo problema del país, o provincial, municipal, familiar, o individual, mientras bosteza el individuo para que actúe ese ente estatal, misterioso y taumatúrgico. Y no puede existir una completa libertad activa, donde todo ha de constituirse en un deber del “Gobiesno”.

Ese concepto fatal lo hemos prohijado los políticos. En todas nuestras propagandas ante el pueblo —y yo no quiero constituirme en excepción impoluta— los políticos hemos prometido que al llegar al Ejecutivo o a la Cámara, transformaremos repentinamente a Panamá en un paraíso, con sombras y frutas para todos. Y se nos ha creído, o no se nos ha creído. Pero como ninguno de nosotros, con el deber de conductores, hemos dicho la verdad de que si el Estado ha de hacer su parte, la mayor contribución corresponde al individuo, así se ha afianzado la perniciosa idea esencial de que el Estado es como un mago de cuyo cubilete ha de salir una dicha general en

variedades fantásticas. ¡Que trabaje el mago en el escenario! ¡Y que yo, individuo, permanezca en mi butaca, solo mirando y recibiendo, con mi libertad pasiva o quieta!

## LOS HOMBRES HACEN LA GRANDEZA DE LOS ESTADOS

Mucho amamos a la colectividad, pero sin nuestra intervención particular, como con un idealismo a la distancia. Y deseamos fervorosamente que ella se afiance y progrese, pero, eso sí, sin considerar indispensable para ello ni los jugos de nuestros espíritus ni el sudor de nuestras frentes. Pues no captamos adecuadamente que en las colectividades más pujantes de la Historia son los hombres con la suma de sus acervos personales, en las generaciones sucesivas, quienes han edificado la mayor parte de su grandeza. Ello ha sido así, y continúa siéndolo, dentro de todos los Estados, de cualquier tipo o esfera. Atenas fue lo que fue por la calidad pasmosa de sus hombres, y no de una manera principal por las medidas oficiales aun cuando arribara a su Gobierno un rector excepcional como Pericles. Roma también fue lo que fue por el sentido político de los romanos, por las tácticas guerreras de aquel pueblo, por su tesón para construir ciudades con un plan de permanencia, por su pensamiento que aún conmueve y por su verbo que aún resuena, y por ese su común forjar de pautas jurídicas asombrosas que se mantienen casi intactas ya transcurridos veinte siglos: No fue por la reyecía. No por los Cónsules. No por la fórmula de la República. Tampoco por el Senado. Tampoco por la estructura del Imperio.

Y para no seguir sintetizando Historia, me traslado en la Geografía y en los milenios: En los Estados Unidos los hombres han inyectado y continúan inyectando por su cuenta, a la libertad de cada uno, un febril hacer personal, sin cobijarse engreídamente bajo las faldas del Estado. El Estado ha hecho indiscutiblemente desde los días en que, bajo Hamilton, se discutía en Norteamérica si se debía o no dar protección a la incipiente industria nacional frente a la industria foránea. Mas las realizaciones estatales han sido y son allá muy poco ante el empuje colosal de millones y más millones de hombres intrépidos. Yo estoy, todos estamos en desacuerdo total con la política exterior de Norteamérica. Pero no me hallo apreciando aquí a ese país en sus relaciones oficiales e internacionales, sino en el exclusivo campo de su acción individual como pueblo constructor, en que se han realizado y se realizan transformaciones portentosas. Desde los tiempos del Mayflower fueron y son allá los hombres, no el Gobierno, quienes con fuerzas mitológicas han triunfado como cíclopes sobre la tierra, sobre el mar, en el espacio, con la piedra, con el hierro, con los laboratorios particulares para la Ciencia, con las universidades privadas para la preparación académica. Y, en cuanto

al arte, han sido así también con sus museos no oficiales, con sus galerías no oficiales, y, en estos últimos tiempos, con su Lincoln Center fantástico, que es forja individual únicamente, y en el cual comienzan a concentrarse todas las posibilidades estéticas del Universo. Se suele hablar a la ligera de la conquista del Oeste. Pero la conquista del Oeste no fue un exclusivo y grato trasladarse a California, que recibiría a los inmigrantes con imaginarios regueros de oro por los suelos y con ilusorios jardines paradisíacos. Las trece Colonias de los finales del diez y ocho eran embrionarios establecimientos de las cercanías del Atlántico. La conquista del Oeste fue la dominación de toda una increíble inmensidad territorial, hosca y bravía, por los centauros de esas colonias, contra la fiebre, contra el áspid, contra la flecha envenenada, ante el abismo, frente a las cumbres hendidoras de los cielos y los torrentes insalvables. Rememórese, como ejemplo, la conquista de Oregón. Según Nevins y Steele Commanger en su "Biografía de un pueblo libre", por las abruptas vías hacia Oregón nacían los niños, fallecían los nacimientos y eran éstos enterrados sin que siquiera hubiese tiempo de colocar una cruz sobre su túmulo. Para los que encontraban indios, leopardos y mal tiempo, o eran víctimas del cólera, aquel viaje inverosímil resultaba una terrible agonía. Y sin embargo —sigue la "Biografía de un Pueblo Libre"—al aparecer cada día el sol en el horizonte desértico, desde los carretones en reposo transitorio se escuchaba el grito "¡Arriba! ¡Arriba!" Y en 1849 Oregón se encontraba ya organizado como territorio. En 1964 tiene más, mucha más riqueza, y más cultura que nuestra República. ¿Por qué? Porque los hombres, no los decretos oficiales, daban el grito de "¡arriba!" ¿Cómo? Bajo el imperio de una constitución de fundamentos clásicos, en que solo se plasma una libertad pasiva, o meramente protectora de los derechos del hombre, que éste transformaba por sí solo en libertad de ejecutar construcciones milagrosas. Y si nosotros que tenemos una Constitución en que la libertad no es solo de protección sino también de un realizar obligatorio, sin embargo no hacemos, no producimos, cada cual a altura máxima, a la voz de "hacia adelante", o "hacia arriba", esta nación panameña no prosperará a pesar de todos los deseos, o a lo sumo prosperará con paso lento como de bueyes cansinos.

## PREOCUPACION Y DESAHOGO

Y oídme ésto que os diré como preocupación y desahogo: El Estado tiene que hacer como interventor en la justicia social, y como auxiliar del individuo, sobre todo para ayudar y levantar al enfermo, al mal nutrido, al ignorante, al que vive todavía en una vida primaria, y no realiza libertad activa porque no puede realizarla. Pero el Estado es solamente una persona jurídica, como sus entidades

autónomas y de descentralización física o geográfica son, de la misma manera, unas personas jurídicas. Y las personas jurídicas solo hacen, en los hechos prácticos, a través de las personas naturales, con el cerebro de éstas, con su sangre y con sus nervios, con su voluntad y su entusiasmo. Ese Estado, y todas esas entidades, requieren, para su actuación positiva, o concreta y palpitante no cincuenta hombres, ni cien hombres, sino muchísimos hombres, sobre todo en un medio democrático donde, para los servicios oficiales, hay un turnarse constante. Y si los hombres que podemos hacer en la vida cotidiana plenamente, no lo hacemos hasta el máximo posible; si no nos sabemos, y si no sabemos dirigir; si no sabemos planear, y ejecutar con rapidez lo planeado; si no contamos con la agilidad y experiencia que nos brinden nuestro ejercicio individual continuo, no formaremos el idóneo y gran equipo disponible para llenar, en nuestro turno, al Estado en sus Organos y entidades, y llevar a ese Estado, con nuestro esfuerzo o nuestra técnica, a cumplir esa tarea doble y difícil de interventor acertado y de auxiliador con eficacia. Y así el sentido y la misión de la personalidad en el Estado panameño es, en total, y hasta donde a cada cual sea posible, ser para sí, ser para la colectividad, y ser para que el Estado sea lo que, en la Constitución, ha de ser o hacer ese Estado.

Yo esta noche he sido, he hecho, he trabajado, aun cuando esta exposición no merezca vuestro aplauso. Porque al entregaros mis ideas para que las rectificuéis, las ampliéis, o las mejoréis idóneamente, he realizado libertad de carácter positivo, o sea que he "cosificado". Y como una de las características de las libertades positivas es una superación infatigable, yo os prometo que, la próxima vez que ascienda a la tribuna universitaria, lo hare bastante mejor. O algo mejor, por lo menos....

## *Elogio de Justo Arosemena*

Discurso pronunciado por

JOSE ISAAC FABREGA

en la ciudad de México, el 23 de Febrero de 1955, al entregar al  
Gobierno y Pueblo Mexicanos, a nombre del Excmo.  
Sr. Presidente, Ricardo M. Arias Espinosa, y de la  
Nación Panameña, la estatua del ilustre patricio.

(Edición del Ministerio de Educación Pública con motivo de la fecha  
del 9 de Agosto de 1955, aniversario 138o. del nacimiento  
de Justo Arosemena).

PANAMA, REP. DE P. — 1955

Excelentísimos señores Representantes de la Nación mexicana  
y del Distrito Federal;

Excelentísimos señores Jefes de las Misiones diplomáticas;

Señores:

Justo Arosemena, en su vivir de acción y pensamiento, siguió la misma trayectoria de otros grandes de la América. Primero, como en un maravilloso otear del mundo, el poderoso ideal ramificado en proyecciones ecuménicas. Después, como en un recoger de alas despacioso y reflexivo, la cuna, la región, la nación, a las cuales se va sirviendo desprendidamente, en un consorcio equilibrado de prácticas realizaciones perentorias y de ilusiones románticas. Y luego —o al mismo tiempo que ese darse a los trajines solariegos— nuevamente la ampliación: pero no ya como al principio, hacia todo el universo, sino exclusivamente hasta cubrir, en plan preciso, la extensión del Continente. No ha sido ni parvedad, ni súbita timidez, ni desaliento y derrota, lo que ha llevado a muchos de los americanos superiores —y a Arosemena en esa pléyade— a abandonar un poco o mucho lo universal para discurrir principalmente, en ir y venir

fecundos, entre la patria y América. El oportuno replegarse solo ha tenido como origen, para tales hombres, una plena conciencia del deber exacto; un sentido de adecuada ubicación para rendir mejor trabajo; una creciente convicción de que sembramos mejor los americanos, para el futuro del mundo, cuando ponderadamente echamos la semilla por los caminos que cruzan el nativo lar y siguen por los valles y collados del Hemisferio de Occidente.

### **El hombre universal en las primeras actividades del espíritu.....**

Observad a Arosemena cuando, en esos preliminares movimientos despreciativos de fronteras, siente y piensa con medidas de universo. Es 1837. Y a los veinte años de edad, es recibido en Nueva Granada de doctor en Jurisprudencia. Su nueva meta académica es la República de Chile, a la cual llegará un día en revalidación de su título, para que se diga noblemente en el Consejo de los ilustres claustros santiaguinos: "Arosemena no ha venido a someterse a un examen, sino a enseñarnos cosas que no sabemos". Pero ahora, en la mocedad apenas inicial y entre los frescos lauros granadinos, se lanza, en mesurado estudio de jurista, contra la arbitrariedad prevaleciente sobre el orbe al definirse y clasificarse los delitos. Todavía, pese a Beccaria y a Bentham —escribe el mozo con dolor— la antipatía y la simpatía rigen las pautas penales. Todavía —sigue diciendo— no ha penetrado en la conciencia universal que hay principios que consultar en la legislación penal de las naciones. Y se adentra el casi imberbe pensador por laberintos de problemas básicos, con una entusiasta fe en que amanecerá un día sobre la tierra en el cual resultará extinguida la maldad humana por los recursos de la ciencia.

Es 1839. Y a los veintidós años solamente, publica su tratado sobre "El Gobierno, los Gobernados y los Poderes Políticos". Y cuando aún prevalece en los espíritus la tesis del contrato como origen del Estado y el Gobierno; cuando Tomás Hobbes y Juan Locke y Juan Jacobo Rousseau han reafirmado, en sucesión de siglos y cada cual por un aspecto, esa triunfante tesis etiológica, he aquí que Arosemena, sin juvenil pedantería y siempre meditando frente al mundo, exalta y aquilata la doctrina, todavía brumosa, de que el fenómeno estatal no tiene nacimiento en el contrato, sino en complejas fuerzas sociológicas que se entrelazan misteriosamente, por incesante devenir histórico, en las entrañas colectivas.

Es 1841. Y con rara serenidad, a los veinticuatro años no cumplidos, edita en Nueva York sus "Apuntamientos para la introducción a las Ciencias Morales y Políticas" —que con manos y espíritu afectuosos repasé hace pocos días en la biblioteca universitaria de Tula-

ne, en Norteamérica— como si ya su vocación definitiva fuese situarse sobre cumbres máximas, donde domina lo integral y hay un desdén por los límites.

Y, luego, es la preocupación ante una Europa y una América y un mundo en que, pese a las Cartas de Derechos de 1776 y 1789, y a las Constituciones escritas en las tierras nuestras a la lumbre de los unánimes incendios iniciados en el 10, la vieja fuerza material ataca a los dominios del espíritu, y a las fórmulas de libertad se opone la falacia de la seguridad que a individuos y naciones ofrecen las dictaduras. “La libertad en política —clama entonces Arosemena en ensayo sustantivo— no es sino la seguridad de ejercer nuestras facultades benéfica e inocentemente”. “La seguridad no es sino la libertad de ejercer esas facultades contra toda restricción abusiva”. “La libertad y la seguridad no encierran, pues, antagonismos y ellas son complementarias”. “No hay seguridad sin libertad. Y la libertad sin la seguridad no es nada....” Al sustentar aquella fórmula de seguridad en libertad, contemplaba el panorama universal de aquellos años undívagos. ¡Pero quién sabe si también avizoraba este escenario del presente en que la democracia sigue con su fe tensora, brindando empeñosamente sus libertades remozadas como la base más segura para emprender la redención de individuos y naciones!

Y sigue así en su pensar y actuar de proyecciones ecuménicas....

Y así, siempre en su inquietud abarcadora, traba amistad en Europa con Gladstone y Thiers, con Herbert Spencer y Stuart Mill, y con ellos transcurre gratamente, de las concepciones filosóficas a las creaciones políticas. No hay tesis económica naciente, no hay un aserto precursor de advenimientos jurídicos, que él no capte, analice y envíe a América, como carga de pensamiento por los mares, en una síntesis magnífica. No hay cruzada salvadora del decoro humano en la cual él no intervenga con acción y verbo. Como Procurador de Panamá, se constituye en defensor de los esclavos panameños. Como parlamentario de la patria grande, participa directamente en la ley 21 de 1851 sobre libertad de los esclavos granadinos. Como mente y corazón siempre agitados en un plano orbicular, realiza propaganda en beneficio de los esclavos africanos, y en Noviembre del 55 es designado Presidente Honorario del Instituto de Libertad para el Africa. Como Ministro Plenipotenciario de Colombia, se dirige el 4 de Enero de 1873 al Ministro de Relaciones de la nación francesa, y el 16 de Febrero al Ministro de Relaciones de Inglaterra, y les dice, en alegatos que golpean y alumbran, que el decoro universal está exigiendo la gestión de las dos grandes potencias para que cese la esclavitud en Cuba y Puerto Rico. Y son tan propios de su espíritu esos sueños de hermandad y dignidad de la

familia humana, que cuando publica en Bogotá su "Código de Moral Basado en la Naturaleza del Hombre", ya en lo cimero de su vida, puede advertirse todavía, junto al preciso análisis científico, el antiguo vagar de su ilusión por una tierra de paz y amor en que los hombres extraigan de su propio ser una fórmula de convivencia fraternal sintetizada en espontáneas normas éticas.

### **El espíritu se posa en el solar nativo....**

Pero el panameño que ha volado con tal ímpetu, lleva en sí, como latente sentimiento que con el tiempo se hace ley, el recuerdo de la infancia en que vio al progenitor, don Mariano Arosemena, en ajetreos de consolidación de independencia con José de Fábrega, y José de Vallarino, y otros patriotas principales. El supo bien, por referencias de cuna, cómo el padre, pluma en mano y vida en juego, desafió la iracundia del Virrey de Sámano que huyó de Santa Fe de Bogotá para agitar en Panamá sus odios, cuando toda Nueva Granada ardía por doble lumbre de las aldeas en llamas y de las glorias de Bolívar. El aprendió —mente precoz, captadora del ambiente en el hogar procer— por qué el Istmo, roto ya el lazo con España, se acercó a la Gran Colombia, conducida en sus caminos incipientes por el índice del Genio. El contempló, con atónitos ojos inexpertos, cómo ese Genio se iba hundiendo en una tumba a las orillas del Atlántico, bajo unos tamarindos centenarios que comenzaban a arrojar desde el primer momento sobre el túmulo una sombra luminosa, y cómo también su Gran Colombia se iba hundiendo, ya sin guía, en el abismo de los tiempos. Y comprendió, rota ya la unidad ecuatoriana, venezolana y granadina, que el Istmo debía seguir con Nueva Granada por doble imperativo de geografía y política. Y así para Justo Arosemena el Istmo llega a tener un aspecto y un sentido de casona solariega. Y Nueva Granada, o sea Colombia, es como el huerto largo y ancho —gran pedazo de la heredad bolivariana— que ofrece gratos horizontes a la casona dilecta. La casa es modesta y pobre, y él siente afán de prestigiarla. El amplio huerto secular es a veces azotado por vendavales rugientes. Y, con otros colombianos de animoso espíritu, él va rehaciendo con amor cuando pasa la tormenta. Por ello, precisamente, el hombre de concepto universal traza un repliegue intencionado, para pensar más en el Istmo y en Colombia, y ya entonces oscilar acompasadamente, como un péndulo de luz, entre la patria y la América.

En el departamento del Istmo, o en la patria chica, da servicios irrestrictos como Juez, como Fiscal, como miembro del Cabildo, como letrado de Hacienda, en la función administrativa, en menesteres de cátedra. No hay un aspecto del posible adelantar istmeño



al cual él no se aproxime con su seria reflexión y su esperanza alegre. Desde América o de Europa, desde cualquier punto en que se encuentre en su gestión multiforme, vuelan al Istmo sus epístolas cargadas afectuosamente de consejos pródigos. Dicta afanoso, para el Istmo, preceptos sobre comercio y sobre industrias. Reajusta los aranceles. Escribe códigos que son modelo de arquitectura jurídica. Y cuando, al fin de una jornada vespertina, camina lento y todavía gallardo por las entonces retorcidas rúas de la ciudad capitalina, liberales y conservadores panameños se descubren ante el eximio liberal, aún en los días de intransigencias hoscas, en esa como inconsciente y noble inclinación común de los hombres ante el símbolo.

### **Y Justo Arosemena era, en efecto, un símbolo....**

Y es un símbolo —el de la patria que precavidamente observa los horizontes del tiempo— cuando en 1844, en su estudio sobre “Una Comunicación Intermarina”, sin desdeñar la conveniencia de un futuro canal interoceánico, nos advierte a los panameños del ahora, con asombrosa profecía, que la base principal del bienestar de los istmeños se hallará en los propios ímpetus de su biceps y su espíritu, y no en foráneas construcciones o en circunstancias adventicias.

Y es igualmente un símbolo —símbolo ahora de la patria istmeña en el proceso para el vivir independiente— cuando el 10. de Febrero de 1855 publica en Bogotá su estudio “El Estado Federal”, de trascendencia taumatúrgica. El 27 de ese mes, al impacto de ese estudio, es reformada la Constitución unitaria granadina de 1853, y el Istmo de Panamá recibe fueros especiales como excepción a la general centralización jurídico-política. El 15 de Julio de 1855 se posesiona Arosemena de la nueva investidura de Presidente del Estado Federal del Istmo. El 28 de Septiembre —apenas han pasado algunos meses— renuncia al solio panameño. ¿Por qué presenta su renuncia? Afirma que por motivo insoslayable de moral política. Pero hay algo indicador de que el patricio deja el mando porque, al fundar con sus esfuerzos el nuevo Estado Federal istmeño, ya cumplió para ese Istmo de su cuna y sus mayores, quizás sin darse él cuenta en el preciso instante, la misión inexorable de colocar el primer hito decisivo en los caminos a la República libre....

### **Del solar nativo a la extensión neogranadina....**

En Nueva Granada o Colombia —en el glorioso e inolvidable huerto común de aquellos años— vierte él también toda su mente y corazón en los servicios nacionales. Su amor al Istmo no amortigua su inclinación a Colombia. Como el fervor por Colombia no amengua-

rá tampoco un ápice su devoción por América. Es Senador de la República: y su oratoria de preciso corte, en que hay un desplegar de silogismos, es insistente lámpara discreta para alumbrar en los problemas colombianos. Es Presidente del Senado: y en esa augusta rectoría, tiene la doble autoridad de su oficial investidura y su presancia de repúblico. Asiste a la Constituyente de Ríonegro: Y aquella junta egregia lo destina a dirigir los históricos debates en que refulgen las ideas, bajo el influjo del verbo, como espadas que se cruzan bajo el sol del trópico. Trabaja para Colombia en leyes, en informes, en proyectos, en libros reafirmadores de su talento preclaro. Le imparten la orden de trasladarse a Lima en especial plenipotencia, y triunfa allí con su tacto, y retorna a Panamá para seguir modestamente sobre la mesa cotidiana, en sus labores de sabio. Se le confiere una misión a Chile, y su rápido actuar en La Moneda es un consorcio armonioso de simpatías y argumentos. Cuando descansa en Panamá, entre seres predilectos y recuerdos caros, se le urge de Bogotá para el traslado a Inglaterra, y allí presta eficaz ayuda en el ajuste ventajoso de la deuda colombiana. Cuando surge inquietud en Latinoamérica por posibles intromisiones en controversia del Pacífico, Colombia le da un pliego de consignas delicadas y con él la credencial como Ministro en Washington. Y cuando el Presidente Guzmán Blanco frunce voluntariosamente el ceño en Venezuela por el problema fronterizo, y hay amenazas de guerra, Arosemena va a Caracas y, en una agilidad escalonada, va domeñando día por día la intransigencia del tirano y los peligros se disuelven en un pacto de arbitraje trascendente para los fines colombianos. Su triunfo allí es inesperado. Y en una noche caraqueña de regocijos diplomáticos, en que se oyen los brindis por las dos repúblicas, expresa él a su auxiliar, ya en las clásicas calles coloniales, bajo la luz de las estrellas: "Ya he hecho todo lo posible por Colombia. Hoy he terminado mi carrera pública!"

### **Carrera de mente y pluma, de desinterés y probidad....**

¡Su carrera pública! Carrera de mente y pluma, de desinterés y probidad, en que el talento se destaca con actividades poliformes, y en cambio lo moral es uniforme, fuerte como coraza, agresiva unas veces como espada, invulnerable a negociados fáciles y concesiones elásticas, podría decirse orgullosa y quizás terca, siempre ella —su moral— fielmente dentro de él, en altura y hondonada, desde los años juveniles a la fecha inexorable. Por esa moral que cubre lo público y lo privado, cuando en 1880 se le ofrece, por segunda vez, la Cartera de Relaciones Exteriores de Colombia, responde que él no puede ayudar al Gabinete bajo una Constitución que es instrumento transitorio, querer de un solo partido, y nó creación de la

República. Por esa moral así, cuando en 1884 se le asigna la Cartera de Instrucción Pública de Colombia, él —flor y nata de cultura— contesta en brote de conciencia que la ignorancia popular exige, como rector de educación, a un colombiano preparado en los problemas pedagógicos. Y por esa moral única, cierta vez que se le ofrece la candidatura presidencial de la patria colombiana, comenta que es difícil gobernar con la entonces notoria corrupción de su partido político.

Y otra vez... ¡qué vez aquella para ejemplo de la ambición sin órbitas ni frenos de algunos hombres de la América! Su secretario, Julio Borda, le entrega en la ciudad del Avila una carta del Presidente Rafael Núñez, ya entonces casi omnipotente en los destinos colombianos: “Yo cuento —le escribe Núñez— con los votos del Congreso. Y he resuelto que ninguno como usted para asumir la Presidencia”. Y Arosemena dicta a su secretario, en la siguiente esencia: “Para el doctor Rafael Núñez: Agradezco profundamente la inmerecida deferencia. Pero tengo un nombre que perder y principios que respetar. Y no acepto que SE ME NOMBRE Presidente de Colombia”.

### El espíritu vuela ahora sobre América...

Este es el hombre del mundo, y del Istmo, y de Colombia. ¿Y el de América? ¡Oh, qué desvelo, y qué ilusión, y qué pasión, por esa América que en el tremedal político del siglo guarda escasas semejanzas con el sueño de sus héroes! Escribe en Francia su “Estudio sobre las Constituciones de la América Latina”, en varios tomos que se agotan en ediciones sucesivas, y a la serenidad científica del sociólogo y jurista se junta una inquietud iluminada por dotar a nuestros pueblos de sillares firmes, sobre los cuales sea posible un reajuste de repúblicas. Da a la luz en Inglaterra —y en el idioma inglés, que domina con maestría— su “Institución del Matrimonio en el Reino Unido”. Y mientras la crítica de Londres atribuye a Spencer ese volumen rebelde, Arosemena escribe a América que su obra no es solo para los ingleses, sino también para todos los americanos que entiendan la libertad como se entiende en Inglaterra. En el 61 envía un proyecto de Constitución para Bolivia como ayuda —explica— a una hermana nación del Hemisferio. En el 78, se yergue en el Senado Colombiano, y obtiene que sea ley de la República su proyecto por el cual Colombia reconoce beligerancia a los patriotas cubanos. En el 86, en una carta escrita a Panamá desde Caracas, le consulta Antonio Leocadio Guzmán, progenitor del Presidente Guzmán Blanco, si Venezuela debe adherirse a Chile y al Perú en la defensa contra intentos españoles, o más bien ha de reservarse para ocasión más propicia. Y le contesta Arosemena en síntesis: “Es preciso robustecer la alianza general de la Asamblea de Lima. Pero

primero urge unirse a Chile y al Perú, para extirpar las actuales amenazas y libertar luego a Cuba y Puerto Rico. La América no será libre y unida mientras el pendón de España esté flameando en el Golfo de Méjico. Así pensó Simón Bolívar...”

### **En la ciudad de Lima se adelanta a un siglo....**

Y pues él pensaba siempre en la unidad como Bolívar, de allí que en el 63 coincide con los peruanos en la urgencia de reunir un congreso de la América en la ciudad de Lima. Chile muestra su renuncia, y Arosemena corre a él, y persuade a los chilenos. Su propio Estado colombiano se manifiesta confidencialmente temeroso por lo extremado del proyecto, y en oficio de Agosto del 64 rebate Justo Arosemena el argumento de los suyos, e impone su concepto sobre una alianza categórica. El Congreso Interamericano de Bolívar de 1826, —dice rotundo— se disolvió en el fracaso. El Congreso limeño de 1847 —continúa— fue un fracaso semejante. Precisa —añade— que la experiencia del pretérito nos guíe para una fijación de alianza práctica... ¿Por qué la nerviosa urgencia en aquel ánimo sereno? Porque las islas “Chincha”, del Perú, se encuentran inesperadamente dominadas por la escuadra de los Monarcas Católicos. Y en el Caribe hay persistencia de dominaciones anacrónicas. Y en el bastión mexicano, Maximiliano y Carlota han entrado imperialmente el día 12 de Junio por las vías de Tenotchtlan histórica y rebelde, a la sombra de bayonetas napoleónicas, mientras anda Benito Juárez, cejijunto y encorvado, llevando la República a la espalda....

¡La alianza firme de Gobiernos! Y Arosemena presenta en Lima su proyecto de una alianza americana. Y tras otras presentaciones sustantivas, comienza a caminar hacia el futuro, avanzando en más de un siglo, y logra la aprobación, en ese gran Congreso americano del año 64, de su moción tendiente a que la residencia en cualquier punto de la América apareje derechos de ciudadanía para todo americano. Por algo escribe luego a Bogotá, desde Lima: “Me retiro con la persuasión de haber servido a mi país y a América”. Y por algo, años antes, le había escrito a Panamá desde Santa Fe de Bogotá Manuel Murillo, el 7 de Noviembre de 1855: “Si granadinos, ecuatorianos y venezolanos, reconstruimos a la Gran Colombia —como lo espero antes de tres años— trabajaré para que usted sea el primero en ocupar el solio de Bolívar...”

### **Arosemena y Morelos: dos símbolos convergentes....**

¿Por qué un decir tan minucioso sobre este hombre panameño cuya figura está aquí inmóvil por los rigores de la estatua, como lo estuvo muchas veces por predominio del cerebro? Yo nací en su

misma patria. Pero comprendo bien que no existe ni prudencia, ni prestancia, en andar por caminos y ciudades en un no solicitado relatar de glorias íntimas. Y soy de su misma sangre. Mas no me ha movido pobre vanidad a expresar las excelencias del abuelo, pues sé que, en muchas ocasiones, del frondoso árbol secular brotan retoños escuálidos. Lo he presentado como él fue, y como sigue siendo todavía, porque el ilustre Presidente Constitucional de mi República, don Ricardo Manuel Arias Espinosa, me dijo con precisión que, al entregar a Justo Arosemena en lineamientos de símbolo hiciese alarde fraternal de que donamos al Gobierno mexicano —representado en el preclaro Mandatario don Adolfo Ruiz Cortines— y al noble pueblo de México, lo mejor y más amado que guardamos entre valores panameños.

¡Y qué bien quedará aquí ese nuestro hombre superior, en tierras del Anáhuac legendario en que los ojos del pensador se favorecen con inmedibles horizontes físicos y lontananzas de milenios! ¡Qué adecuada para él esta gran nación axial de nuestra América, llamada como ninguna a reunirse en un solo plano espiritual el ayer y el presente americanos, y a formar con nuestros grandes hombres del pretérito y del hoy una gran federación de cerebros permanentes! Recibid, pues, Excelentísimos Señores, a nombre de mi Gobierno y de mi pueblo, a este Justo Arosemena, estadista y soñador, que por ley de espiritual ecología encuentra suyo este ambiente en que el inmortal Nezahualcoyotl forjó normas de gobierno para su nación y versos para los cofres milenarios de la cultura mexicana. Recibidlo en reciprocidad por aquella hermosa estatua veneranda del gran Morelos salvador, que México ofreció un día a los panameños en afectuoso gesto inolvidable. Allá está en su pedestal don José María Morelos, junto al Pacífico istmeño, con su impetuoso porte, lo mismo que cuando iba desde Charo hasta Carácuaro, con sus dos criados, su escopeta y sus pistolas de arzón, en arrojado comenzar de redenciones fabulosas. Allá, junto a ese mar, causa Morelos la impresión de que ha logrado resurgir físicamente del martirio de San Cristóbal, y, traspasados lindes mexicanos, anda ahora preguntando cómo se hallan las libertades por tierras del Continente. ¡Y que acá Justo Arosemena también provoque la impresión de que dejó al Istmo panameño, y ha caminado hasta México para inquirir, en el país pujante de las creaciones generosas, cómo se halla la unidad continental que fue el central de sus sueños! ¡Y qué símbolos más perfectos a través de la distancia! Arosemena acá, y allá Morelos, en altas preocupaciones convergentes: ¡Al fin, la espada y el cerebro americanos en servicio exclusivo de la América...!

## *¡Por esa Vida!*

### Capítulo V

Según ya he referido, había oído en mi hogar, y también leído un poco, sobre unas capitales grandes y fastuosas, ya de Europa o ya de América. Y así, este Panamá, cuando lo vi por la primera vez, no me causó mayor asombro. Pero sí lo encontré muy limpio, podría decirse que brillante, de una gran simpatía que penetró en mí desde el primer momento. No dejé de pensar frecuentemente en mi Santiago de Veraguas, del cual, como ya escribí, traje diez años de recuerdos. Y todo aquello de allá solía llegarme a la memoria, desde las conversaciones en mi casa hasta la jaula de bambú y aquel caballito negro que yo llamaba siempre "mi automóvil". Pero aquello era el ayer. Y yo me encontraba ahora en este hoy de la ciudad de Panamá, donde estaría —lo sabía bien— la base primordial de casi toda mi existencia. Comprendo ese muy sentimental y casi doloroso "no me hallo aquí", de aquel poblano o aldeano que nunca meditó en la posibilidad de abandonar su rúa tranquila y silenciosa, el pomarosa viejo, y aquel cuadro vital del campesino que al descuajar breñal y chumicales echa al espacio su saloma larga y temblorosa que brota como una voz de lo terrígeno.

De allí, de eso de encontrarme como en vida distinta pero en centro propio, resultó que esa expresada simpatía que experimenté al llegar a Panamá fuese una simpatía como de orgullo, simpatía de cariño que se hacía gozosa. Yo había leído allá en Santiago de Veraguas, en no sé qué revista bogotana, aquellas frases de Salvador Camacho R., según las cuales el Panamá que él visitó por el decenio

del ochenta era una ciudad muy sucia, pobre, abandonada, próxima a la ruina. Sabía también, por las conversaciones que escuchaba en casa de mi abuelo, que la frustrada obra del canal francés, con las distintas prórrogas habidas, sólo había dado a Panamá un restringido auge ocasional, como a puñados esporádicos que no causó ningún realce estable y apreciable. Y conocí igualmente —lo conocía también cualquier muchacho como yo, de once años— que la llamada Guerra de Mil Días había barrido con todo asomo de lo próspero y había hundido a este país, y sobre todo a esta capital, aún mucho más en la miseria casi sin remedio. Así, esto que yo veía ahora jubilosamente, me daba una sensación de repentino amanecer, lleno de luz, de erial de pronto convertido en huerto pródigo.

Es cierto que ya en aquellos días de mi llegada José Domingo de Obaldía, nuestro Ministro en Washington, había enviado al Gobierno de la Casa Blanca aquella nota escrita por Morales en que se hacían muy graves advertencias sobre las interpretaciones del Tratado Hay-Bunau Varilla. Pero ello era sólo preocupación muy bien fundada de nuestros altos y entonces reducidos círculos con preocupación intelectual idónea para apreciar estos problemas. Y en lo general, la colectividad se hallaba bien impresionada con el mensaje halagador que personalmente trajo el Secretario Taft en representación de su Gobierno. Y más impresionada estaba todavía porque el propio Teodoro Roosevelt, desde las gradas de la Catedral, había dicho a Amador Guerrero lo siguiente ante multitud que oía con optimismo: “Yo os empeño mi palabra, y en nombre de esa palabra protesto a vos y a vuestro pueblo las seguridades de mi cordial apoyo y de un trato mutuo que se funde en las bases de una completa y generosa igualdad entre las naciones”, aquello era, en realidad, un aliciente, y grande.

Fuera de esa seguridad que Taft y Roosevelt ofrecieron, había una exultante sensación de un respaldo universal para nosotros. Pues salvo el caso de Colombia —muy explicable por aquellos años— todas o casi todas las naciones habían reconocido nuestra independencia de manera explícita. Nuestro escudo nacional aparecía por todos los despachos públicos. Flameaba nuestra bandera nacional, abierta al sol y a los vientos. El “Alcanzamos por fin la victoria” de nuestro himno panameño era la esencia de lo que se sentía en esta capital en esos días cargados de entusiasmo. Y junto a ese Himno Nacional, la fe elevaba cantos optimistas mientras se iban forjando planes y más planes con certeza de éxito. Corría el oro del Canal. Y una abundancia hasta entonces nunca conocida corría también por todas partes como el oro, y parecía adentrarse en los espíritus.

La fe, la ya expresada fe siempre risueña que había en esta capital, era observable en todas partes, en los humanos y en las cosas, por las avenidas y las plazas, hasta en el último recodo. En la Avenida Central y la Avenida B —esta ahora casi sin comercio— iban haciendo tiendas y más tiendas con lo mejor de Norteamérica y París, de Roma y Viena. Abría la buena y bien surtida sastrería de Justiniani, por la Calle Octava. Abría la sastrería Rodríguez, el español de trajes a la inglesa, cerca al Hotel Central, en Calle Quinta. El polaco Podolski vendía y compraba perlas en su concha detrás de un mostrador, en el extremo de la Calle Sexta, cerca del Pacífico. Otro polaco, el Lázaro famoso, muy parlanchín, inquieto y apoplético, ofrecía por todas partes “los diamantes que él adquirió una vez de un príncipe de Africa”. Y don José Misteli, gran caballero suizo, de Lucerna, establecía cerca a Catedral su joyería en que mil filigranas de oro refulgían con zafiros, rubíes, topacios, perlas y diamantes. Era en esta capital un muy razonable anhelo como de desquite de los recién pasados días tristes e ingratos: “¡Hoy es mi día!” podía decirse cada panameño como por otra razón lo dijo Jorge Washington.

Antes era únicamente aquel viejo Hotel Central, establecido en la última mitad del siglo diecinueve. Ahora prestaban sus servicios adecuados los pequeños hoteles: el Corcó, el Europa, el Español, y el Italiano, siempre muy llenos de extranjeros llegados a esta capital por atractivos talismánicos. Y sobre todo, se había abierto el Metropole, al frente de Santa Ana. Ese Metropole tenía recámaras bien puestas, comedores gratos, club nocturno, un bar surtido y espacioso, de todo lo deseable como hotel en esta capital ansiosa de olvidar penas y agravios. El administrador —no sé si el propietario— de ese Metropole era Charlie Cantor, norteamericano como su mujer, y, como ella, de un aspecto facial entre sajón y árabe. Los dos eran gordísimos, infinitamente gordos. Por las tardes solía salir esa pareja conyugal a dar paseos por la ciudad en coche abierto, tirado necesariamente por dos caballos grandes y potentes. Conocían a todo el mundo en Panamá, y así iban los dos dando con la mano saludos y más saludos a diestra y a siniestra con una gran sonrisa entre los labios. Los dos hoteleros Cantor se sentían casi panameños. Y siendo así, yo habría puesto a la pareja, a tono con los tiempos “¡Panamá Contenta!”, como nombre o símbolo. Creo que habría sido un símbolo perfecto.

Comenzaron a funcionar el Teatro Aurora— donde ahora se halla un billar público— el Amador, el Dorado, el Variedades con cintas de Búfalo Bill, el peleador contra los indios; del detective célebre Nick Carter; del cómico francés Max Lender; de la italiana Pina Menichelli, una romántica muy triste con aire de una reina que había



perdido el trono y la corona. Llegó alborotosamente el afamado circo Sharp and Doodley con sus diez trapeacios, dos enanos, una jirafa, un león y un elefante. Empezaron las noches del domingo las retretas por Catedral y por Santana; las de Santana dirigidas por Máximo Arrieta Boza, el célebre Chichito, el del también célebre "Pescao", y las de Catedral por Alberto Galimani, quien solía dar inicio a sus conciertos con la overtura de vale y Aldeano, y terminarlos con Francisco, un pasadoble muy popular de aquellos días. En la Avenida Central, donde después fue el Teatro Cecilia, se estableció el fino "Le Jardin", un club nocturno de un francés, en donde había el imán de unas francesas y rumanas gentilísimas, de la música insinuante, de la champaña Mumm y Viuda de Cliquot, y de un salón bastante penumbroso. Se inició el Panamá Athletic Club donde Francisco Arias Paredes y Domingo Díaz Arosemena, dos magníficos muchachos, fueron campeones del base-ball como serían después campeones de otras lides de mayor alcance. En la sección de Vista Alegre, en las afueras, se inauguró el Casino para juegos. En esa misma Vista Alegre se construyó la Plaza para toros, que bautizó Agustín García, llamado "el Maya", y donde después actuaron El Gallito, el As Belmonte y otros, de modo que la alegría española se fundió en la plaza con la alegría del alma panameña. Paz, prosperidad, confianza y júbilo creciente eran en la ciudad de Panamá los signos dominantes ¡ la dicha en Panamá iba de ronda!...

Llegó a nuestro Teatro Nacional la compañía italiana de opera Bracali. Llegaron a ese teatro los actores María Guerrero, Virginia Fábregas, Ernesto Vilches, éste un insigne de lo trágico. Y nos visitaron Rubén Darío, José Santos Chocano, y Francisco Villaespesa, éste un español, poeta y dramaturgo. Villaespesa había llegado a Panamá para observar aquí la presentación de sus dos dramas "Granada de los Rubíes" y "Leona de Castilla". Permaneció por ello aquí varias semanas. Por ello seguramente se dio cuenta del magnífico presente y gran futuro de la ciudad de Panamá, y extendió él su visión a toda nuestra patria. Con su impresión de la ciudad y su mirada en la República, Villaespesa forjó un bellissimo poema, que me aprendí muy pronto casi de memoria. Transcribo aquí una estrofa del poema a Panamá del gran Francisco Villaespesa:

"Siempre ascendente prosigue el vuelo  
hasta que cumplas tu último mito  
y saciar puedas tu sed de cielo  
en lo infinito de lo infinito"

Lo que yo he escrito en estos párrafos sobre el Panamá que vi y que conocí como una grata realidad y una brillante perspectiva, lo ha dicho mucho mejor el español preclaro en cuatro versos solamen-

te. Por ser así, muy respetuosamente hago yo míos los cuatro versos a fin de determinar airosamente este capítulo sobre la ciudad que vi, que conocí, y por la cual desde el primer momento yo tuve tantas simpatías....

## Capítulo XI

Cuando murió el forjador de empresas y filántropo, don José Gabriel Duque, le siguió su hijo don Tomás Gabriel como Director de La Estrella de Panamá y del Star and Herald, y copartícipe en múltiples industrias. Por ello, y porque tenía plena confianza en don Jerónimo Avilés —ya afianzado en nuestro medio— don Tomás iba al periódico con frecuencia bien nutrida, pero no lo hacía de un modo cotidiano. Así creo que nunca se había dado cuenta don Tomás de quién era este tal Fábrega cuyo nombramiento para reportero había él autorizado hacía no mucho.

Sin embargo, un día cualquiera ya casi al anochecer, uno de mis compañeros en el oficio de buscar noticias me dijo en alta voz y repentinamente: “¡Fábrega a la Dirección!. Te espera en esa oficina el señor Duque.” Sentí extrañeza. Me fui a la Dirección y tras el saludo hubo este diálogo:

—¿Usted es Fábrega, el que con mi autorización fue ascendido por Avilés a reportero hace algunos pocos meses?.

—Sí, señor Director, para servir a usted en lo que pueda.

—Agradecido. Y dígame una cosa: ¿Usted corrigió una vez un editorial que Avilés había hecho bastante mal, y después usted prestó ayuda a ese Avilés con otros editoriales que él hizo aparecer en el periódico?.

—No, señor Duque. No ha habido nada de eso.

—¿Que nunca ha habido nada de eso?.

—Ya se lo he dicho, señor Duque.

—¿Por qué no dice la verdad, como es lo propio? Jerónimo Avilés me lo ha contado todo, espontáneamente, y con detalles.

—Don Jerónimo Avilés, mi jefe inmediato, me dio implícitamente un voto de confianza. Me pareció una traición, y hasta una indebida ostentación, contestar con sí ante su pregunta, señor Duque. Ahora expreso ese sí sin el menor reparo. Le adiciono que ahora son ya escasísimos los editoriales o proyectos de editoriales en los cuales ayudo a don Jerónimo. Porque, como usted sabe mejor que yo, a más de que se cuenta con algunos colaboradores para la columna, ya don Nicolás Victoria J., quien mejora de salud, está empezando a

enviar de nuevo, de cuando en cuando, sus artículos. El último editorial lo escribí hace mes y medio aproximadamente. Ahora estoy en la labor de reportero, o sea en mi oficio actual en el periódico. Ya he dicho a usted todo, señor Duque.

"Comprendido", me manifestó él con rostro grave, como si tuviera aún cierto desagrado por la negativa que le había yo dado al comenzar la plática. Y después del "comprendido" me añadió, siempre con cierta gravedad: "Quisiera que me hiciese ahora un proyecto de editorial, mesurado pero firme, sobre el desorden existente en las oficinas del Juez Ejecutor de Panamá. Me detalló punto por punto en qué consistía el desorden. Le expliqué que me esperase un rato para poner en orden las ideas sobre el asunto, y para luego redactar debidamente el respectivo editorial. Le llevé lo producido. Lo aprobó. Me dijo algo secamente: "Gracias, y lléveselo a Avilés". Y me aparté del escritorio del señor Duque, con las cuartillas en la mano, diciéndome lleno de optimismo: "Espero no tener que ver nunca más a este señor. ¡Cuánta severidad!; y ¡qué tensión he sentido allí dentro, en su despacho! ¡Ya salí de eso, gracias a Dios!".

¿Ya salí de eso? En aquella ocasión sí. Pero después tuve que volver a entrar. Porque pasados dos o tres semanas, don Tomás Gabriel Duque me hizo llamar de nuevo a su oficina. Y me pidió allí que le escribiese un proyecto de editorial sobre algo que era muy urgente y de una enorme trascendencia. Después de un momento de silencio le expresé: "Yo no quisiera escribir eso, señor Duque". ¡Para qué fue aquello!.

—¿Que usted no quiere escribir eso que le ordeno?

—No quisiera escribirlo: líbreme de eso, por favor.

—¿Usted sabe bien con quién está hablando aquí en estos momentos?.

—Sí, señor Duque, estoy hablando, comedida y respetuosamente, con el Director de La Estrella y del Star and Herald, con el Presidente de la Compañía Unida de Duque S.A., miembro de varias asociaciones de importancia, hombre conspicuo en Panamá, y ciudadano de quien se dice que llegará a ser algún día designado Encargado del Poder Ejecutivo, y hasta Presidente titular de la República. Pero insisto atentamente en suplicar a usted que no me someta a esa orden que me ha dado. Tengo mis razones, y me haría usted un gran servicio al retirar esa orden.

Y apenas terminé, me dijo el señor Duque un "váyase" rotundo. Y me fui sin saber si debía irme a mi mesilla de trabajo de reportero en el periódico, o a la calle para siempre. Pero habría yo dado unos

seis o siete pasos, cuando retrocedí inmediatamente, porque el señor Duque me hizo una llamada con un "tenga la bondad de regresar y de sentarse en esa silla, cerca a mi escritorio". Y hubo la siguiente plática:

—"Perdóneme usted, Fábrega. Me contrarió con su negativa. Pero en seguida recordé una recomendación que me hacía mi padre, quien con frecuencia me solía decir: Acostúmbrate, antes de proceder contra alguien que te adversa, a tratar de ponerte en el lugar del otro'. He fallado con usted. No puse con usted en práctica esa máxima. Ahora se da usted cuenta de por qué le he vuelto a llamar y le he pedido que se siente".

En seguida me preguntó por la razón que yo tenía para que me molestase el escribir el editorial solicitado. Le contesté que lo que él quería de parte del Gobierno a través de una nota editorial, ni era "urgentísimo", ni era de "enorme trascendencia" y que eso todo el mundo lo sabía muy bien, y que en Panamá habría, ante ese artículo, la sensación de un interés personalísimo, ajeno al interés de la República. Y al final de esa exposición, le adicioné, ya como en sello, que ojalá se olvidara de ese editorial porque a él, a don Tomás, y al periódico, podría causarles enorme desprestigio el publicarlo. Hablé sencillamente, sin arrogancias de maestro sabio, de una manera expresamente comedida y cada frase. Y luego me quedé en silencio, y en espera de la reacción del señor Duque.

Se levantó él rápidamente de su asiento. Me echó un brazo sobre mi hombro. Y me manifestó en seguida lo que aquí transcribo:

—Oye esto, José Isaac: En adelante tú serás para mí únicamente José Isaac, como te acabo de expresar. Y yo seré para tí Tomás Gabriel, familiarmente. Nada de usted entre los dos. De tú a tú, desde ahora y para siempre. Queda convenido.

Sentí un enorme asombro.

—¿Y esto por qué, Tomás Gabriel?

—¿Sabes por qué? Porque ya estoy bastante fastidiado de que tanta gente conteste con un sí a lo que yo diga sobre esto o sobre aquello. Me quedo numerosas veces en la duda de si ese frecuente sí es insincero o es sincero. Y tú, un muchacho que es reportero de La Estrella, me has contestado con un ino! que es producto de tu alma o tu conciencia, ¡Y ahora, José Isaac, un fuerte abrazo!.

Nos abrazamos cariñosamente. Y yo, tras aquel abrazo, me sentí a veces raro por el cambio. Pues cuando él pasaba por la oficina general, iba saludando con un gesto amable de la mano. Y como excepción, al caminar frente a mi mesa de trabajo, surgían un "cómo

estás, José Isaac” y un “cómo estás Tomás Gabriel”, que causaba perplejidad a todos los presentes. Sucedió así continuamente. Pero esa nueva vinculación no se redujo a mera fórmula social ni a nada semejante. Existió entre los dos una amistad íntima y auténtica que es una de las agradabilidades más intensas de la vida humana en los dominios del espíritu. Y mediante esa amistad, aprendí a conocer muy bien a Tomás Gabriel en múltiples aspectos.

Al principio él, cuando impartía sus instrucciones, parecía bastante brusco. Pero en seguida, al explayarse con respecto a esas instrucciones, la palabra mesurada se hacía generalidad para todos. No poseía una gran cultura intelectual, pese a que se había graduado en Norteamérica, pero su cerebro era abarcador y penetrante, y captaba los conceptos de manera rápida. Tomás Gabriel nunca odió a nadie, ni se valió de represalias. No creyó en la división de razas o de clases, y conservaba en tono igual con el Presidente del Club Social y con el labriego de su finca que le hacía la cosecha de tomates. Desde luego, había en Tomás Gabriel condiciones o acciones negativas, porque muy pocos son los santos en los siglos. Pero sobre lo negativo en don Tomás, lo positivo era de una superioridad muy llamativa. Era de gran acierto y honradez en los muy altos cargos públicos que desempeñó no pocas veces. Y la generosidad era su virtud sobresaliente, y él practicaba esa generosidad sin la ostentación común en los ricachos, y más bien, por lo general, en forma oculta y en silencio. Conocí, por la intimidad ya antes mencionada, de esa generosidad llevada a grado de nobleza. Conocí, por esa misma vinculación con él, la lista de familias de esta capital que habían caído en mala situación de orden económica, y a las cuales él les remitía privadamente una mensualidad oportunísima. En su muy amada población de Chepo socorría constantemente a viudas, huérfanos y ancianos, uniendo a aquella ayuda su cariño. Cuando uno de los empleados del periódico se encontró peligrosamente enfermo, hizo que la esposa de ese empleado trasladase a éste al Panamá —un hospital magnífico de entonces— lo instalas en cuarto privado con enfermeras especiales, y lo mantuviese allí el tiempo necesario, por cuenta particular de don Tomás, no de la empresa. Y casos como éste se multiplicaron varias veces. Y cuando don Rodolfo Chiari, lleno de deudas de índole política, se retiró a su ingenio de Aguadulce tras haber perdido la campaña Valdés-Chiari, Tomás Gabriel se iba a ese ingenio cada diez o quince días para saber qué necesitaba don Rodolfo, acompañarlo e inculcarle aliento pródigo.

Yo nada le pedía en dinero, ni en mis momentos de mayor urgencia. Y los ascensos que recibí en La Estrella de Panamá, hasta llegar a Jefe de Redacción y Director temporal de ese periódico, fueron

todos consultados y discutidos con la Junta Directiva de la empresa, de modo que no hubo canonjías a favor mío, sobre todo cuando Tomás Gabriel no sabía ser un otorgante de prebendas. Todo entre nosotros fue afectivo. Nada sórdido. Y así fue siempre hasta su muerte. Cuando esa muerte advino casi repentinamente, miles de panameños lamentaron mucho aquella partida de un ciudadano meritísimo.

Hoy, en la sección urbana de Punta Paitilla, hay una hermosa vía que se denomina oficialmente "Tomás Gabriel Duque", y en la cual, también oficialmente, se ha levantado un busto de ese compatriota. Es lo justo que quienes pasen por allí y miren esa efigie experimenten una sensación de simpatía hacia ese panameño que debe figurar en los anales del presente siglo. Fue él un hombre de gran mérito. Un mérito de verdad, y no ficticio como hay no pocos por el mundo.

## Capítulo XXV

Los candidatos presidenciales para el período comprendido entre mil novecientos treinta y dos y mil novecientos treinta y seis, eran dos panameños sin ninguna tacha y ambos resaltantes. Por una parte, como candidato del Partido Liberal Renovador, figuraba don Francisco Arias Paredes, o sea "don Pancho", hombre de innata simpatía, de especial caballerosidad, de un talento natural bien conocido, y un industrial infatigable en sus quehaceres especiales. Por la parte contraria, como abanderado del Liberal Doctrinario, figuraba el doctor Harmodio Arias Madrid, campesino nacido por humilde caserío denominado Río Grande, levantado por su propio esfuerzo únicamente, graduado con ese esfuerzo como jurista, en London University, muy famoso como profesional más tarde, Profesor que fue de la primera Escuela de Derecho, como ya lo he dicho. ¡Dos campeones que se enfrentaban en la lucha cívica!

El doctor Ricardo J. Alfaro, pese a sus contactos personales con don Harmodio y con don Pancho —y sobre todo con el último— se había propuesto observar neutralidad absoluta en toda la contienda. Para ello cambió desde Ministros hasta Alcaldes por ciudadanos de imparcialidad total y así aceptados por los dos partidos. La neutralidad de Alfaro fue tan estricta que hoy todavía se ignora a favor de quién fue su voto personal el día de las elecciones. Y aquí cabe exclamar con un anhelo sincerísimo: ¡Cómo volvieran esos tiempos!

Dentro de esa situación fue escogido don Enrique Geenzier, un poeta celebrado, como Ministro de Relaciones Exteriores en reemplazo del doctor J.J. Vallarino, un "panchista" decidido. Don Enrique

Geenzier regresó así de Caracas, donde era representante de nuestra patria panameña, y se encargó del Ministerio. Y yo, después de aquella escena en la Presidencia de la República, cuando aquello de mi renuncia comentada en otras páginas, seguí como segundo, o Subsecretario, con el señor Geenzier ya mencionado. Y lo hice así porque yo, debido a criterio muy particular, simpatizaba especialmente con la candidatura de Harmodio Arias, pero todavía calladamente, es decir, sin realizar actividad política alguna.

Pero empezada ya aquella campaña, recibí de Harmodio Arias una nota informal, firmada en la Chorrera —él iba hacia Coclé en menesteres del Partido— nota que decía casi exactamente: “Querido José Isaac: He pensado mucho en estos días, y lo he confirmado al meditar con calma durante el presente viaje, que lo necesito a usted como Diputado a la Asamblea en el próximo período, si la victoria presidencial es mía, como así lo espero. La situación económica y fiscal es pésima, como usted lo sabe, pues ello viene más o menos del año veintinueve, por una repercusión universal. Y los aprovechadores se valdrán de esa situación para formar escándalos en la Cámara, hasta derribar quizás a mi Gobierno o entorpecer todos los planes redentores que yo tenga. Por ello, como le he dicho, lo necesito a usted en esa Cámara como un buen soporte. No se preocupe por su elección. Yo lo haré meter en alguna papeleta, y será mía la propaganda. Espero que me acepte. Gracias y abrazos. Harmodio”.

Mi conciencia me decía que no podía expresar un “no” ante aquella carta grata y sorpresiva. Contesté al doctor Arias con un sí. Renuncié mediante explicaciones claras y prudentes ante Geenzier y ante Alfaro, y me lancé abiertamente a la política, con afanes plenos.

El doctor Harmodio alquiló un cuarto privado en el Hotel Central, calle de por medio con el Directorio Nacional de su Partido, o sea, el Partido Liberal Doctrinario que ya he citado anteriormente. A ese cuarto se entraba por la parte posterior del mencionado hotel, únicamente. Y sólo conocíamos el lugar, a más del doctor Arias desde luego, el Ingeniero Tomás Guardia (padre), don Enrique A. Jiménez, el doctor José Antonio Sosa Jované, don Manuel María Valdés, don Rogelio Navarro, y quien escribe las presentes páginas. Allí hacía Harmodio Arias todos sus planes de campaña, y nosotros casi siempre nos limitábamos a observarlo, para intervenir en eso o en aquello por muy pocas veces. Harmodio Arias parecía muy frío, calculador de sus proyectos, ajeno a los discursos, salvo unos dos que pronunció en Penonomé y en la provincia chiricana. Su rostro no demonstra-

ba por lo común sensación de ninguna índole. Su nombre iba corriendo por las ciudades y los campos como "el candidato de los pobres" o como "El Cholito de Río Grande", y esos apodos servían mucho de propaganda en la campaña. Averiguaba por los jefes políticos, o caudillos de cada pueblo y cada aldea, y se acercaba a ellos sin ninguna compañía, manejando él su automóvil, éste de un par de pasajeros solamente. Llevaba una cuenta exacta acerca del número de cédulas que había a su favor en cada aldea. Tenía en el Central un mapa de la República, hecho por él a lápiz, con todos los detalles necesarios. Y ponía una banderita roja en cada sitio donde esperaba su victoria, y otra de color verdoso donde él se sabía perdido. Era, pues, meticulouso hasta el extremo y sus palabras no eran muchas. El domingo de las elecciones, como a las tres o tres y media de la tarde, ya se sabía con gran certeza que de Harmodio Arias era el triunfo en casi toda la República. Y no sé si ese mismo día, o al día siguiente, don Pancho Arias remitió al vencedor su efusivo mensaje de felicitaciones, que contribuyó sin duda a hacer a ese don Pancho Arias un gran señor de la política.

Y para que se vea bien claramente lo cuidadoso y lo mental que era Harmodio Arias en sus cálculos: De las ciento cincuenta y seis banderas rojas —las del triunfo— que había ido colocando Harmodio Arias en su mapa, únicamente había perdido éste en siete caseríos, o sea que allí había debido hallarse la bandera verde. ¡Enorme habilidad!.

No hubo grandes celebraciones ese domingo de victoria. Harmodio Arias recibió a un grupo de sus amigos en su casa, una de las primeras del barrio de Bella Vista, y a las diez y media de la noche ya todo había terminado en esa casa y en nuestra urbe.

Al día siguiente, lunes, Harmodio Arias se fue primero a su bufete denominado entonces "Fábrega y Arias", y luego se encerró de nuevo en su ya mencionado cuarto del Hotel Central, a meditar en los problemas patrios, sin esperar siquiera las credenciales para Presidente, pues éstas le fueron entregadas una semana después aproximadamente. Pasé unas dos horas con él, allí en el Hotel Central, en aquel lunes. La conversación, entre los dos, resultó para mí muy interesante. Trataré sobre ella en un próximo capítulo.



## El Tema de Oro

*Discurso pronunciado por José Isaac Fábrega en la convocatoria de la Academia Panameña de la Lengua, para dar la bienvenida al nuevo académico Leonidas Escobar Arango. Esta disertación tuvo lugar el día 7 de diciembre de 1977, y constituye, sin lugar a dudas, uno de los trabajos literarios de mayor calidad del Dr. José Isaac Fábrega.*

Yo saludo con mi unción al señor Director de la Academia, y a mis muy apreciados compañeros, y a las muy prestantes damas y distinguidos caballeros que amablemente se hallan con nosotros en esta noche especialísima.

Y os doy la bienvenida a vos, señor Leonidas Escobar, nuevo Académico de Número, que desde hoy lo sois por vuestro gran merecimiento intelectual y ético. Y a vos os digo aquí, señor, con alborozo y gratitud a un tiempo, que de vuestra magnífica oración reciente, para mí ha surgido el tema de oro, muy propio de esta tribuna casi secular, tan prestigiosa y prestigiante.

Y el tema de oro está en el pensamiento humano, éste en su aparecer y, florecer, y en su decaimiento y su dolor, y en su intrepidez, su júbilo y victoria. Y un adecuado ordenamiento ante todo me lleva a meditar un poco si el gran misterio del pensar humano, en cuanto a imán, es superior o es inferior al otro gran misterio de la vida con su imposición sobre la tierra. Con apreciación cuantitativa, se debería quizás decir que existe una seducción mayor por el misterio de la vida que por la cuna o el principio del pensar del hombre.

Porque la vida suele ser por todas partes más abundosa y repetida, y suele ser también más varia o poliforme sobre el proscenio del planeta. Esta mi apreciación, tan categórica, no viene de lucubraciones hondas y complejas. Mi estimación proviene de lo simple. La está ofreciendo la óptica.

Pues la vida se va imponiendo aquí y allá, con mucha seguridad en demostrarse, en su expansión continua, en sus andares fáciles, confiada en que para ella no hay la frontera ni el obstáculo, con algo así como una certidumbre firme de que ella es indispensable en todo el orbe, y para el orbe, y sobre el orbe. Y ello es así en la entera realidad, pues si la vida está fundida con el hombre, ella también está regada en el gredal que el hombre pisa con su planta. Sin esa vida múltiple y feraz, no observaríamos nunca aquellos leños que se hacen llama en el bohío, ni a este fruto de aquí, en su madurez, que ante nosotros cae sobre la grama, ni a esa gaviota solitaria que se fugó quizás de un verso de Miró y ahora va por esos cielos sin saber a dónde. Y así la vida, tan fundamental y tan elemental, tan efectiva y absoluta, es siempre vibración y calidez en lo hondo del océano, en la cumbrera, y en el cedral, el matorral, el colmenar, y en la crisálida. La vida está callada y soterrada en este peligroso tremedal cercano al río. La vida está, golpeante y resonante, en este potro que por allá va galopando para desbaratar al horizonte con su crin revuelta. En el cenit, anda ella en inquietud, indócil y traviesa. En el nadir, la vida anda de ronda....

¡Cómo no ha de creerse, pues, con apreciaciones del vistazo o golpe, que el continuo misterio de la vida ha de ser siempre, para siempre, de fascinaciones primordiales, de jerarquía no comparable, ya que ella es así tan adpatada y adaptable, tan rodeante y tan próxima y distante! Por eso se ha inquirido sobre su origen en no escasas veces. Y, tras esa inquisición, algunos dicen que surgió la vida repentinamente, en generación o brotes espontáneos. Y dicen otros que a la vida hay que tenerla sólo como a una sucesión de vida, que en su decurso va trayendo en sí los gérmenes de otra y de otras reemplazantes vidas, en dirección a lo infinito. Mas nadie se conforma con una u otra explicación, no aclaratorias, sino confundientes. Pues cada una de esas versiones, cómodas y fáciles, más que un onírico puente establecido encima del abismo, es un abismo echado a la ligera sobre un puente onírico. Y, entre tanto, sigue la vida indiferente, en su expansión tenaz, en su carrera rápida, llevándose ella siempre en sus entrañas la invariable incógnita.

Mas, pese al permanecer de ese misterio en cerrazón total, sobre el origen de la vida, por aquella notoria condición de ser la vida tan universal y de hallarse esa vida tan omnipresente, nos solemos olvidar

a veces de lo tremendo de su arcano, y la tomamos sonreídamente como a una callejera, montañera, caminera, que nos saluda con “qué tal”, frecuentemente, como un amigo viejo y estimable. Por lo cual experimentamos menos la impulsión existente, como he dicho, y llevada a investigación, como también he dicho— por conocer la fuente de esa vida que por la verdad del pensamiento humano en cuanto a su extraño arranque o a su ignota génesis. No deja de reincidir, de cuando en cuando, la ya expresada voz inquisidora de “por qué la vida”. Pero es más recia, y es más alta, y de mayor asiduidad, más ilusión y más pasión, aquella otra voz humana que interroga siempre: “¡Por qué este espíritu!”.

Y es que nosotros, todos los humanos, ponemos subconscientemente un interés mayor en conocer sobre lo nuestro, porque es nuestro, que en inquirir sobre lo ajeno, o lo que siendo para nosotros o en nosotros, también es para todos y de todos en una propiedad comunitaria. Siempre rastreamos la ya lejana credencial en relación con nuestro huerto viejo, porque, abundante o pobre, es nuestro huerto. Siempre nos vamos al arcón añoso para saber quién fue el antepasado, humilde o principal, que nos dejó su nombre, porque precisamente es este nuestro nombre. Y el hombre está bien enterado de que, a diferencia de la vida, el pensamiento es suyo, y solo suyo, y de más nadie, ni en lo adventicio ni en lo cierto, porque ello es ley de inexorable cumplimiento.

El pensamiento en el yo humano corresponde a la silente imposición de aquel Sancta Sanctorum del extraordinario templo salomónico, siempre ese sagrario allí escondido a las miradas, bien resguardado por las siete llaves, pero sentido, o conocido, pese a aquella vastedad y a aquellas lujosas formas de oro y de plata, y de alabastro y mármol, y de nutridos cedros del cedral del Líbano. El pensamiento humano es en nosotros una aguja de luz, constante en lo sensible sin causar herida, y es como una ave en cautiverio grato, denotativa siempre de su estar porque ella, constantemente, roza con sus alas la prisión orgánica. El socavón de minería no sabe nunca que el diamante está escondido dentro de él en oquedades hondas. El hombre, en cambio, sí conoce que en las intimidades de su ser se halla enclausurado el pensamiento, siempre aguardante de surgir y de lucir al sol, o contra el sol, su rutilancia más que diamantina. Y tan suyo, tan trascendental es en el hombre ese pensamiento que le da su tono y le hace esencia de su esencia, que, cuando morimos, los que dejamos en la tierra nunca se preguntan cómo sería, o en cuál instante, nuestro postrer palpito vital, sino, exclusivamente; para quién sería el apagado adiós de nuestro pensamiento al éste desprenderse de lo material para irse, como en una flotación, en el decurso eterno.

De allí esa predilección tan radical y natural, pese a toda importancia de la vida, por el problema del pensar, en esa aparición sobre la tierra, extraña como lo imposible que se cambió de pronto en lo posible, o como el vacío que se hizo plétora de pronto. De allí también, del gran afán preferencial, que Zoaga, Darwin, Dubois, Sheleimann, Gordon Childe, y ocasionalmente Harnold Toynbee, y muchos más en lista selectiva, se hayan esmerado tanto, con diferentes vocación o ángulos o vías, en conocer en dónde y cuándo, y por qué, y cómo aconteció el prodigio de la idea.

Aquí este Desmond Morris, maestro actual en cátedra y en libro, sin abandonar del todo al rumbo darwiniano, comenta que quizás un día un grupo de unos seres, todavía inferiores, se llenó de miedo porque venían los lobos en tropel aullante, y el núcleo, en brote defensivo, se organizó contra el ataque próximo, y de esa organización urgente y necesaria vino la idea en su gran alumbramiento. Y entonces aparece, ante el decir de Morris, una sonrisa respetuosa, pero siempre una sonrisa, porque tiene algo o mucho de risueño que el pensamiento de los hombres probable y directamente tenga su origen en el pánico.

Y acá ahora Henry Lipton, también un contemporáneo muy preclaro como Desmond Morris, en su obra "Estudio sobre el Hombre", parece hacernos la feliz promesa, mediante el nombre sugestivo "Orígenes" —o sea el nombre de un capítulo— de que será él un buzo denodado que se irá hasta el fondo y subirá de allá la concha madreperla en donde está el secreto preciosísimo. Mas de aquí que Lipton se arrepiente muy pronto del buceo, deja escafandra y vara de tantear la hondura, y se detiene en un braceo superficial y fácil sobre sus propios y agradables párrafos undosos. Y tras este Henry Lipton siguen las teorías, una hipótesis reemplaza a la anterior hipótesis, y todo es como una sucesión de ensueños inconexos.

Así, ahora, este otro explorador informa que primero fue el Homo Erectus, y tras éste el Homo Sapiens, y apareció después el Homo Faber. Pero no dice tal explorador lo que anhelamos tanto que nos digan, o sea, por qué y cómo al ser erguido advino repentinamente el prodigioso parpadear de ideas. La enunciación de los problemas es una previa condición para, atinadamente, resolverlos. Mas los problemas no se resuelven de por sí, solo enunciándolos. Y la manifestación de que hubo el Homo Erectus, Homo Sapiens. Homo Faber, precisamente es una enunciación sin solución ninguna.

Ahora aquí expone este fisiólogo que en un día desconocido, de unos tiempos también desconocidos, millones y más millones de diminutas células nerviosas fueron acumulándose, fueron ajustándose

en pasmosa técnica, y de aquella admirable precisión apareció la maquinaria o factoría de pensamiento humano. Pero falta al científico que añada cuándo nació, cómo aprendió su ingeniería, el pensamiento previo y especial que diseñó, forjó, y movió aquella fábrica genial que elaboró para la tierra al pensamiento humano en proporción masiva. En medio de las sombras del misterio, siempre ellas circundantes, ese previo pensamiento, realizador de la mecánica, sigue perpetuamente allí, entre aquellas sombras.

Y pues nada se encuentra y siguen dunas, dunas, y más dunas, por más que se ande en el desierto como un beduino que se pierde, entonces solemnemente se declara que todo en el Cosmos viene del acaso, y que de este acaso originó también el casi sobrenatural espíritu del hombre. Pero ningún fenómeno se cumple sin que haya, con antelación, la causa del fenómeno. Y el acaso no es equivalente a causa, sino, por el contrario, negación de causa. Y además aquello del acaso, del azar, de suerte, o del destino, generalmente es expresión del que se rinde y que formula esa invocación en la hora crucial de su desánimo. Siempre, siempre, y mientras más se intenta el avanzar, más y más se va alejando el pertinaz arcano con relación al germen de la idea. Y ese arcano es por lo tanto como la fémina engreída, que va apartándose en esguinces, con esquivéz siempre mayor mientras ella se sabe inspiradora de mayores ansias.

Entonces, ya fracasados y cansados, nos vamos hacia Dios, como sucede siempre cuando ya una gran desesperanza inerte necesita cambiar en esperanza inquieta. Vamos nosotros hacia Dios como Alex Carrell, en su desazón ante el enigma médico insondable; como Alberto Einstein —muy bien recuerdo sus palabras— cuando él tuvo que saltar en un segundo todos los vacíos frente a enormidades impasables en matemáticas y en física; como Henri Bergson y Jacques Maritain en sus crecientes agonías inútiles por no encontrar jamás la exacta relación de Ser a Cosmos. Y podría contestar Dios a las interrogaciones suplicantes: “Yo hice al hombre con mi imagen, y yo le proporcioné bastante de mi espíritu en el día del Génesis”. Pero Dios, ese de verdad, no es espectacular, no es de jactancias, como lo son los dioses de la tierra. Y entonces Dios, ese de verdad, guarda silencio...

Mas ya que no hay la clave nunca y que hasta el mismo Dios, por ser quien es, nos la rehuye, dejemos para siempre la infructuosa búsqueda. Y como un sedante, y sin ningún “por qué”, vayamos con aproximaciones razonables y visión ideal hacia las fases sucedidas necesariamente para que el pensamiento llegue a pensamiento. Dentro de tal visión, muy concordante con un proceso ajeno al artificio, sucede que un ser viviente por el mundo, como tantos y tantos

seres todavía instintivos, por la primera vez experimenta no definible admiración ante una estrella, temor no calificable frente al vórtice, regocijo igualmente imprecisable porque afuera está cantando un pájaro en el alba. Y allí, en esa sensación rudimentaria, es el anuncio, quizás el punto de partida, del increíble viaje hacia lo insólito.

Luego, —¿cuándo? inadie sabe!— va despertando en ese ser una certeza de que hay en él temor por ese vórtice que sigue allí como amenaza, una certeza de que existe en él asombro por esa estrella que otra vez asoma. Y esa percepción así sobre su miedo, sobre su admiración, sobre su júbilo, o esa certeza así sentida y repetida, es una iniciación de la conciencia, o el comenzar del pensamiento humano. Ese hecho de pensar es todavía impreciso, pero ya es el hecho más trascendental para los tiempos. Cuentan que los milagros suelen advenir con mucha rapidez, de pronto, como en la atmósfera el relámpago. Pero, por ser excepcional, o por ser único, se va desarrollando lento este milagro.

Y ahora aquí, con esa misma lentitud, pero con logro exacto, el pensamiento humano va aumentando su capacidad y calidad, se va afianzando, se va nutriendo de cualidades cooperantes, hacia lo mejor y superior, con dirección a lo perfecto. Y continúa así ese pensamiento realizándose, ahora en plenitud segura, haciéndose de completa percepción, de memorización, de vinculación, y de abstracción, para el dominio en el análisis preciso, para las generalizaciones atrevidas, para llegar a la universalidad sin detener su audacia, y sobre poniéndose inaudito con un desdén de circunstancias, y más allá del tiempo y del espacio. Y ahora ya ese pensamiento, echado a lo absoluto, resulta con idoneidad para escoger semillas apropiadas, trazar los surcos paralelos, propulsar al hecho, fabricar los pueblos, esbozar doctrinas, dirigir los rumbos, acoplar los ritmos, ir impulsando a la Historia. Siendo unidad, se va hacia la eficaz diversidad prolífica; siendo central apretujada, se hace sin embargo elástico para lograr lo heterogéneo. Su dominio tiene algo divinal: nada sobre él, todo bajo él, parece ser su condición ingénita.

Pero he aquí que en esas graderías mentales ascendentes hay un instante, un tramo o un peldaño, que no es posible ubicar bien en esa escala tan parecida a prematura escala de Jacob, pero que está sin duda allí por algún punto del proceso mágico. Es el peldaño, o es el punto, o el instante, en que el humano, en su evolución mental maravillosa, no se reduce ya a pensar en lo exterior, en lo que afuera ven sus ojos, palpan sus manos, oyen sus oídos con fervores cándidos. ¡Es el instante singular por su intensidad conmovedora, no superado en el proceso, en que el hombre se percata, tenso en sus asombros,

de que dentro de él se encuentra el pensamiento como un enorme privilegio extraño. Instante de la gran revelación, sin medición pese a que solo es un instante, en que, por la primera vez, y para siempre, el hombre piensa que él piensa!

El hombre piensa que él piensa, y un día vendrá con las edades en que otro hombre, éste muy genial, cuyo nombre será René Descartes, lanzará a lo universal su "¡pienso, luego éxito!", con un muy hábil silogismo de premisas tácitas. Pero este hombre, en este instante, con su exaltación porque conoce ya de su grandeza nunca por él soñada y nunca presentida, va anticipándose a René Descartes y dice en su interior, con inocente orgullo, en previa y oportuna variación del silogismo clásico: "Yo soy el hombre, y soy lo superior, porque yo pienso".

"Yo soy el hombre, y soy lo superior porque yo pienso!", y crec él allí, con alegría, que el sol transita por los cielos para que a este ser del don extraordinario le sean más fáciles sus pasos por caminos claros. Y cree él también que si en unas ocasiones la luna de dulce luz asoma por los llanos, ello es así para que esa suavidad lunar le sea un sedante de su sueño, y pueda él expresar después, al advertir ya al alba comenzante, como un millón de años más tarde dirá un preclaro del pensar que se llamará Fitzgerald Scott, por una región del mundo que se llamará la América del Norte: "¡Oh noche que se va, tierna es la noche...!"

Y este hombre que ya tiene en este instante un pensamiento, y sabe que lo tiene, experimenta aquí la urgencia de ir desbordando a lo exterior esto que hay como un fuego en su cabeza, como un palpito en su tórax. Recurre él, en ese desahogo, a elaborar imágenes en troncos, sobre la piedra del recodo, sobre el barrial recién endurecido, en la bajera de ópalo aún innoble, por la pared de la caverna, y por la mole, y en el túmulo. Y así inconsciente, pero idóneo, este hombre da impulsiones iniciales para que otros humanos, en los siglos, hagan después mejor extraversion en signos gráficos, en los papiros babilónicos, en desenvueltos pergaminos griegos, con el punzante stilus del romano sobre cera blanda, con la pluma quitada al águila del cerro, con esta otra nuestra pluma de hoy, invicta por las páginas.

Pero al mencionar a nuestra pluma de hoy no traigo alegorías, no forjo aquí expresión genérica o unívoca. Porque esta pluma de hoy, la que yo digo, es especialmente la efectiva, la sucesora última y real de la gubia bronca, esa gran pluma verdadera de metal recio, de asidero idóneo, de muy esmerada punta para el trazo. Es esa misma pluma que vi tanto entre las manos del doctor Eduardo Chiari, de Julio Fábrega Arosemena y Harmodio Arias, y de Ricardo

Alfaro y J.D. Moscote, y la de Octavio Méndez, y a la cual he sido y sigo siendo leal toda mi vida para copiar, siquiera en algo material, a esos grandes varones panameños, todos mis bienamados profesores ínclitos.

¡Animosa y de agilidades esa pluma, para dar un servicio competente y pronto! Ella es rotunda en rasgos y perfiles cuando la idea que escribe es ya definitiva. Temblorosa ella, y no muy poco, en sus andanzas, cuando en cambio la idea desciende desde arriba con unas inseguridades oscilantes. Y si el pensamiento sigue en su tarea, aunque ya el véspero comience, y sea ya el tiempo para encender la lámpara esquinal, causa la pluma amable una impresión de intencionado transcurrir enérgico a fin de que la testa fatigada tenga emulación, y así la extraversion se tome en unos renovadores ímpetus creativos. Y si al amanecer, cuando la nueva luz ya cruza la ventana y corre por la estancia, y ya otra vez está la mano cerca del rimerio de hojas esperantes, he aquí que ahora, casi como en plan, esa acuciosa pluma se va empapando mucho con el sol naciente. Para que así este hombre pensador, forjador, madrugador, comience el día con la ilusión alzante de que en esa alba despertó su idea con tanta brilladura que a quella idea chorrea sobre el papel en borbotón de lumbre. Noble esa pluma así, casi porción de nuestro yo mental, prologación estilizada que se alargó de nuestro propio espíritu. Y si el primer humano aquel en el instante aquel en que pensó "¡yo soy el hombre, y soy lo superior porque yo peinso!", hubiese podido guiar la portentosa pluma de hoy para una versión feliz de su delirio, seguramente habría llegado entonces a nosotros el más valioso aporte psicológico la más cualitativa síntesis del júbilo, cápsula de asombros, cifra del orgullo, poema perennal y universal de gloria muy superior a cualesquiera glorias dadas hasta hoy al mundo por el verso.

Mas pese a la eficacia de esa extraversion con las imágenes aún toscas, con el signo aún burdo, un sentido cabal de realidad indica que antes que el método visual, quizás unos momentos antes solamente, la primera interpretación del yo del hombre es la expresión verbal. O es la palabra. Probablemente esta palabra primigenia es solo de unas confusas sílabas de alarma por la ola que va a estrellarse y diluirse, entre sangrar de espumas, dando contra el contiguo acantilado impávido. O es una dura exclamación de cólera y espanto por este rayo rápido y fatal que destrozó a su árbol preferido. O es, esta palabra elemental, en este humano elemental, una expresión de temblorosos balbuceos en el primer amor deseante por esa mujer que viene entre las breñas, dichosa porque ya ella tuvo también recientemente un pensamiento, coronado de flores montaraces el cabello suelto, trajeadada aún con el originario traje albar y de resoles



tenues. Y así acontece aquello de "y primero fue el verbo", o la palabra, que el Evangelio pone en el Creador Supremo, y que descien-  
de al hombre y para el hombre.

Y esa palabra, o ese verbo del sér humano así rudimentario, después y pronto se afirmará con mucha precisión para la interpretación exacta del espíritu sobre la tierra y en los tiempos. Así viniendo por los tiempos, alcanzó esa palabra hasta nosotros, hombres de este siglo, como nave espacial carguera de la idea, como trajinera de caminos largos que va trayendo a nuestros lares pensamientos de otros y va llevando a la distancia pensamientos nuestros. ¡Y qué prodigio multiforme palpita en esa excepcional palabra, que conozco en algo porque la oí en ilustres pueblos de Occidente, hecha un decir de cosas estupendas, y la oí también por graves pueblos del Oriente vertida en reclamantes voces de silencio!

Esa palabra es difícil y es elástica, y ella es serenidad, más claridad, en disertación de cátedra o tribuna. Por una acción de contracción verbal, lleva en sí misma esa palabra mucho de dolor en expresión de despedida cerca del ciprés, frente a la cruz de tumba con el terrón apenas removido. Esa palabra es de donoso giro en galanteo a la novia; corta, y cortante, si ella es transportadora de la chispeante sátira atrevida; digna, y escueta, y despaciosa, ante una toga magistral, para el análisis jurídico. Y si por el ocaso es hora de plegarias en hogar o templo, en ese instante la palabra humana se hace suavidad, se torna ingrátida, y es un par de alas de paloma para llevar las preces hacia lo alto, como lo dijo Víctor Hugo, como aún mejor lo repitió don Andrés Bello para así hacer, de esa creación francesa, estrofa americana. Pero si en cambio la palabra está en el parlamento libre, entonces ella, lejos de suavidades o murmullos leves, va con esa libertad más allá de columna y capitel, atravesando al muro y la techumbre, dominando ella a la ciudad, la aldea, la ranchería, reventando y resonando en todos los solares, estremeciendo a la república o al reino, cambiando al reino en la república. Qué detenido, y qué angular reultó Arquímedes, el griego aquel de Siracusa, cuando expresó su "¡dame algún punto, como apoyo, y yo con mi palanca alzaré al mundo!" ya que él pudo añadir con mucho acierto: "¡dame la palabra para apoyar allí mi genio, y efectuaré, con dirección al bien, la mutación del mundo!". Y cuán completa la verdad dicha en el presente siglo por Baldomero Sanín Cano, maestro para tres generaciones y de cuatro pueblos, cuando él exclamó a los vientos, férvido y vidente: "¡Ay de aquella nación que pierde la palabra!".

Pero he aquí que el pensamiento humano, poseedor de la pluma y la palabra como instrumentos de divulgación feliz y espléndida, con tanta intensidad en su valor intrínseco, y cuya luz es conjunción

de soles tropicales en la mitad del día y de aurora boreal en medio de la noche, ese mismo pensamiento humano ha padecido muchas agonías, ha sufrido él muchas crisis de un gran dolor innmerecido.

Es la primera crisis esencial cuando el proceso contra Sócrates, tan bien descrito ese proceso por Alfredo Ernesto Taylor, maestro actual en aulas de Edimburgo, quien se vale de Jenofonte y de Platón, y de Aristófanes y Esquines, para ir tejiendo con su enorme habilidad de Historiador y de Psicólogo todos los complicados hilos de la urdiembre trágica. Son aquí ahora, en Tribunal, aquellos quinientos jueces populares. Junto a los jueces es, como Fiscal, Melito, el hijo de Melito el Viejo, quien con voz oficial acusa a Sócrates de predicar una moral ajena a normas estatales, de corromper con sus principios éticos socavadores del Estado, de negar y despreciar a la legión de dioses del Estado. Los quinientos juzgadores oyen a Melito con esa solemnidad que la mediocridad impone frecuentemente en quien actúa. Sócrates escucha aquello, y solo se defiende con expresión irónica y aguda: "¡Esto de aquí es únicamente un juicio criminal en contra del ingenio!". Los quinientos juzgadores dicen su voz condenatoria, y Sócrates, ya en la cárcel, bebe entonces el vaso de la muerte. Y la terrible admonición de que el pensamiento alzado habrá de ser en el futuro el sometido pensamiento humilde, va como grito escalofriante a las ciudades griegas, por el Mar Egeo, por esos pueblos costaneros de Africa y del Asia, y alcanza hasta esa Roma que está ya evolucionando para ser Imperio, más aún que por el poder de sus legiones bélicas por el poderoso y casi increíble genio que hay en el romano.

Ocurre la segunda crisis, la más trascendental, la más tremenda de la Historia humana, en Jerusalén, de aquella sometida Palestina, encima de un montículo. El pensamiento humano, hecho doctrina de las almas es condenado, y es abofeteado, y es escarnecido, allí en ese montículo como un montículo cualquiera. A las tres de la tarde de tal día, único en el mundo, sucede la consumación del sacrificio máximo. A esa hora, que hoy nos resulta por lo magna como una hora intemporal, todo se hace oscuridad, advienen los relámpagos, y hasta se rasga el velo de los cielos según relatos apostólicos. Pero el eco de la tragedia sucedida, es decir, la voz del trueno en esa tarde, parece circunscrita únicamente a Jerusalem, a aquel montículo, a aquellos aldeaños pobres donde hay un huerto con unos cuantos árboles de olivo. Aunque ese trueno constreñido, el trueno de la crisis, después irá con gruesos retumbares por anchos ámbitos del orbe desde el Oriente hasta Occidente.

Y hay nueva crisis capital, tiempos después, surgida ella extrañamente del grado de importancia de los astros que andan por lo có-

mico. El hombre siempre había creído que su tierra -la tierra del galardón por tener él un pensamiento constituía la dimensión y la función suprema en el sistema planetario entero. Y Tolomeo de Egipto había auspiciado esa teoría, o acrecentado el sueño humano, cuando en Alejandría puso en los cielos, por las noches, ojos escrutantes, y declaró a la humanidad que ésta su tierra era eje y centro universal de lo que existía y brillaba en los espacios. Pero pasan centurias, y Copérnico proclama, con marcada exactitud en cálculo astronómico, que la tierra solo es un súbdito pequeño alrededor del sol, y que sigue a ese sol, uniéndose a su séquito como un paje humilde. Y hay una conmoción en el espíritu del hombre, que de pronto se siente rebajado al rebajársele su tierra, su propiedad, su hogar y pedestal, y su proskenio. Y el gran pensamiento humano, confundido, amengua la intensidad de sus creaciones. Porque es ya la nueva crisis. Y, en la crisis, no pocos hombres de superioridad en el pensar van doblegando la anteriormente siempre levantada testa.

La crisis por el proceso contra Sócrates tiene un propicio desahogo en la sagrada cólera platónica, cuando Platón, ante aquel eco criminal de la sentencia contra el hombre sabio que anhelaba definirlo todo, y hurgar en todo la verdad suprema, categórico y airado, y con mucho desdén, y con decir rotundo, dicta a la inmortalidad su libro *La República*. Y tal crisis, con los años, va remansándose en fervores místicos cuando Erasmo de Rotterdam, ansioso de que el pensar humano sobreviva intacto, alza los ojos a los cielos, y expresa aquella inolvidable invocación de ruego: ¡O Pater Sócrates, ora pro nobis...!

La crisis que inició Copérnico, sin él buscarla ni quererla, se hace de pronto una nueva exaltación de los espíritus sensibles aquel día en que Blas Pascal, tan elogiado luego por Martín Buber, el gran filósofo israelí, expresa repentinamente a aquellos deprimidos, como en una inesperada ráfaga de aliento: "Verdad esta primacía del sol, y esta minimez de nuestra tierra. Verdad también, por una conexión, la pequeñez del hombre en relación con la pequeña tierra en donde habita. Pero igualmente es la verdad que este hombre, así tan reducido, es el único ser con una capacidad casi divina para medir tamaños, conocerse a sí mismo como brizna, examinar la relación, establecer la proporción, y distinguir lo mínimo y lo máximo. De tal modo que así — pregonaba Blas Pascal — ¡el hombre es grande por su gran espíritu!". Y entonces, por el eficaz decir de Blas Pascal, hay un efluvio por el mundo. Sonríe otra vez el hombre pensador. Pone los pies encima de la crisis. Va él irguiendo de nuevo esa cabeza que era doblegada, y el pensamiento humano vuelve a la aupadora seguridad de su especial grandeza.

Y la otra crisis, la más profunda de los tiempos, la que adviene tras de Sócrates -aquella crisis del montículo- hace que aquel apenas adormido trueno ahora otra vez retumbe por los ámbitos. Al principio, aquel enorme estruendo andante solo ocasional indiferencia. Después suscita él un desagrado, como un rechazo de mensaje adverso. Luego viene una reflexión naciente, y un apunte de aurora en la conciencia humana. Y aquella crisis sin igual, por medio de transformaciones sorprendentes, se va convirtiendo en huerto florecido, de perdón y amor, cuyas frondas se alargan a abarcar la tierra. Y es ya de tal intensidad la rectificación ahora positiva, que el signo de esa crisis, el signo de un doble travesaño al tope de un montículo cualquiera, hoy se levanta por lo más austral del mundo americano, entre Chile y Argentina, con dimensión visible a todos los humanos, sobre una cumbre de los Andes, y desde allí es, para los ámbitos del orbe, un perpetuo mensaje fraternal de América.

Pero entre una y otra crisis, y tras otras nuevas, hay lugares y períodos en que, como un trasunto de catástrofes, como en un resurgir de viejos gérmenes nocivos, aparecen las fauces del león, haces de leños crepitantes, dogal al cuello, cárcel y cadenas, maquinaria infernal que entre un gritar de libertad y de igualdad echa a rodar cabezas y cabezas porque hay en ellas pensamiento adverso, tralla oficial tendiente a que el penar corpóreo duela en las ideas, paredón de la izquierda o la derecha frente al cual los fusiles andan a la carga entre un himno triunfal para el Estado Nuevo. No son los potros de Sargón, no son los carros de Ramsés Segundo, que aniquilan hombres por ganar las tierras y fundar imperios. Aquí es solo el pensamiento humano intransigente, fijo y angular, con un ángulo estrechísimo, siempre fanático y dogmático, organizado ese pensamiento para extirpar hasta la muerte al pensamiento libre cuya fuerza está solo en su valor intrínseco, y levantar sobre el despojo espiritual el dominio brutal del criterio único.

Millones de esos pensamientos libres van a la pelea con decisión heroica. Otros se van esquivamente hacia el quehacer intelectual sin huellas, igual, superficial, y fastidioso con el fastidio que las desilusiones ponen en los ánimos. Otros se dan para que un victorioso los maneje, y conseguir así la paz mental, o más bien la paz del leño y de la piedra. Y otros echan su ideal a los zanjones, para vender su ser espiritual a algún señor de valimiento y conveniente paga. Son distintas posturas, o actuaciones. Pero en conjunto es allí el drama, es el gran drama.

Hace ahora cincuenta años, frente a los vencidos que lastimosamente dicen lo de ayer, lo de mañana y siempre, sin moverse un momento con la acción creativa, manifestó Unamuno con sus modos

caústicos: "Se copian a sí mismos diariamente. Son los fecundos en el auto-plagio".

Hace ciento cincuenta años escribió más o menos Fedor Dostoyevski en su imperecedero Gran Inquisidor, con la visión terrífica de los que rinden su pensar al fuerte para gozar la inexistente dicha del vacío inmutable: "Te he encerrado, Señor, en esta cárcel porque has regresado al mundo intempestivamente para insistir aquí en tu dignidad y libertad cristianas. Vete de aquí, Jesús, y no perturbes otra vez a esta humanidad tan amansada y sosegada. ¡Deja que yo, el Gran Inquisidor, mantenga al hombre y a su idea en calma y felicidad bajo mi látigo!

Y hace ya dos mil doscientos años, ante el pensar trocado en mercancía de tráfico, Publio Terencio, el de Cartago y Roma, puso en los labios de su imaginario y real Gnatón, el sórdido, como la esencia de una de sus sátiras: ¡Se él dice sí, yo digo sí; si el dice no, yo digo no; y siempre así resultan buenas mis ganancias!

De modo que estas crisis que acontecen para que vengan otras crisis; esto del pensamiento humano que se encuentra inerme contra el otro pensamiento de lanza y yelmo y de coraza, sujetando éste a aquél bien sujetado con el cordel de normas asfixiantes, golpéandolo con las macanas aborígenes, cegándole los ojos con su propio llanto, metiéndole y ahogándole en su propia sangre, esto del pensamiento erguido y soberano que en la pelea se vuelve pensamiento mártir; del pensamiento libre que se da al final, y se retracta, para que el no pensar por sí le proporcione la desolada paz completa de la nada, o una paz de dependencia, proporcionada gota a gota en dosis homeopáticas; del pensamiento libre que no crea como antes, y se reduce el monorrímo, y con la desilusión se vuelve rutinario; esto del pensamiento humano libre que después se vende mísero para quedar, con sus monedas y sus joyas, en miseria espléndida; esto del fragor, esto del horror y del dolor, y de unos gritos atrevidos, y de otros gritos desgarrados, todo esto no es solo de hoy, ni del ayer cercano, sino de siglos extensísimos en que, con perversidad de recurrencias tercas, es incendiada aquí o allá esta o esa porción del maravilloso bosque espiritual y universal de la cultura humana. Y yo he pensado, algunas ocasiones, que si caminara hacia adelante, por los tiempos, aquel hombre primigenio que se sintió, en aquella vez, dichoso y orgulloso porque le adivino repentinamente el pensamiento como un don, como un prodigio o sortilegio, y este hombre así de los cándores prístinos contemplara este cuadro cruel de las ideas que se consumen para ser escombros, entonces él se acercaría para adicionar de la siguiente suerte a Jorge Luis Borges en su Aleph, en esa Letanía genial de Los Felices: "¡E infeliz - añadiría él con brote agónico - to-

dos nosotros, hombres que pensamos, pero feliz la bestia de mis montes que no piensa nunca!" Se arrepentiría él después, quizás, de lo así escrito. Pero allí continuaría ese hombre candoroso, con su sorpresa y desencanto, tenso y atónito.

Mas ya se va atenuando un poco la visión de Atila y Gengis Kan, quienes conferenciaban antes en la cumbre, viendo siempre hacia abajo y ambos sonreídos, con un alegre sonreír de salvajerías aprobatorias. Ya hay ahora esparcida por la tierra, cada día con más vehemencia, una común señal para el retorno del pensar humano hacia aquellas libertad y dignidad conque advino al mundo el hombre primitivo, en distinción excelsa. El pensamiento sojuzgado está inconforme como nunca, con una inconformidad que es ya beligerencia dispuesta a irse victoriosamente hasta el final, al último reducto. El pensamiento reducido y siervo exige la devolución de toda su dimensión y toda su realeza. Los trozos, hechos una incitación en dramas de Grass Gunter, alemán rebelde, se van en un millón de copias —yo le he visto— al fondo de las valijas y los fardos, más allá de la alambrada y barricada tras las cuales se inicia lo prohibido. Ya la sumisión espiritual se fuga de las cárceles, planta su tolda en territorio libre, y cambia en una agitación de acción aglutinante. Ya se está oyendo y repitiendo, como un tónico propicio, la palabra de Lao Tse, el filósofo aquel del multimilenario libro del "Sendero y Línea Recta", en que decía ese hombre previsoramente, con su oriental clarividencia: "Y en la lucha de dos púgiles, vencerá el púgil del pensar más ágil". Ya está otra vez sonando y resonando aquella rimada voz anunciadora, de aquel lírico sureño: "Tras de cada nublado hay un lucero, y tras recia tormenta sacudido florece más y más el limonero". Este fenómeno mundial naciente es sobre todo americano, y se viene imponiendo más y más, con una gran rotundidad dentro del ser de nuestra América. Y vos, señor Leonidas Escobar, nos habéis presentado aquí esta noche la halagadora realidad con acertado ejemplo.

Con este ejemplo, traído en frases atinadas, de don Gil Blas Teixeira, el panameño altivo que moldeó él, y sólo él, a su exclusivo arbitrio, su pensamiento honrado y sus sentires libres de turbiezas; que fue dominando cuestras y más cuestras con un vencer de todos los obstáculos, que subió a las cumbres sin esperar el empujón de manos poderosas; que divulgó su credo liberal de formas democráticas sin desviarse jamás a soplos convenientes; que escribió sobre el país, con un acento de égloga nativa, únicamente aquello que él quería, porque nadie mandaba nunca en sus quereres; que para seguir los tonos de sus páginas calladamente interrogaba sólo a su conciencia; y que fue dando y esparciendo su libre luz por esta vida, para que tal

luz, la inapagable de su ideal intacto, continuase alumbrando siempre como ahora mismo está alumbrando para todos, triunfalmente sobrepuesta al tiempo y a la muerte.

Y vos, señor Leonidas Escobar, a quien reitero aquí la bienvenida de esta Casa al llegar hasta nosotros como Académico de Numero, vos, sin quererlo ni buscarlo, con sólo vuestra presencia evocadora, habéis arribado aquí como una prueba personal, y adicional, de que el pensar mundial, y sobre todo el nuestro, el de la América, el del Istmo, está tomando a viejos resplandores, porque para ello hay sobre el orbe una totalidad de convergencias pródidas.

Ello de ser así, como sois vos, representativo de valores altos, muy notoria unidad de cambios favorables, acontece porque lleváis mucha riqueza y entereza en vuestro espíritu, abierto éste siempre sin temores, y no en bolsa resguardada con hebilla o nudo. Siempre lo habíais sido vos así, señor Leonidas Escobar, y por algo don Luis Carlos Echandía escribió sobre vos, muy justamente, cuando estabais en la temprana mocedad, y ya entonces ibais andando hacia adelante, lleno de sueños de conquistas nobles, certero, intrépido y bizarro: "Este Leonidas Escobar surgente -decía entonces Echandía- no anda jamás por nocturnal escala de atrevidos, sino continuamente por la senda clara, abierta por sus propias manos a la luz del día". ¡Y qué bien, en esto de Echandía, vuestra exacta figura de tesón y fe, y de cerebro y alma!

Pues sólomente conocéis del estudiar nutricio; de plática cordial en que el intercambio de cultura se va tejiendo en modos cristalinos; del forjar brillante sin buscar el brillo; del quehacer cotidiano que, más que ser gota de sudor bajante, es un sello de honor encima de la frente. Y cuando en la noche, ya avanzante, finalizáis la brega del diarismo junto al montón de partes noticiosos, entre cuartillas, entre lápices, entre ruidos de máquina impresora, y recibís vuestra soldada ajena siempre a la prebenda innoble, os vais entonces al hogar en donde es siempre —la expresión no es mía— sabroso el pan, reparador el sueño, fácil el bien y limpia la conciencia.

Es entonces allí, en la total serenidad sagrada, donde vos redactáis con trazos antológicos vuestra "Muerte del Pastor" donde las ideas, al descender, se van tornando en lágrimas que cuajan, y vuestro "Destino Ecuménico del Istmo", en que se llama a que el esfuerzo sea un precipitante para que muy pronto advenga ese destino. Allí, en oasis familiar, lo de la "China Libre", "Mirando hacia Alemania Occidental", "Mirando a Venezuela", en reafirmación de vuestra creencia —y de mi creencia— de que más y mucho más que mentes dirigidas, planean y llevan al hacer feliz las mentes libres. Allí aquel vuestro "Don Carlos Lacerda", que de La Estrella de Panamá

voló al Brasil con el mensaje de que solo en la lucha contra el mal se forja el hombre verdadero. Y allí vuestro "Colombia y Panamá" fraterno; vuestro "Catalino Arrocha", en el elogio a su labor histórica, y allí también vuestro "Samuel Lewis Arango", en que cada expresión es trozo de buen bronce que aportáis para realizar la merecida estatua al recordado panameño ilustre. Y si tanto así, y con tanta intensidad, habéis hecho espiritualmente en vuestro hogar, también tenéis desde ahora, para el crear fecundo y solitario, a esta Academia de la lengua en que el alero parece dar una intensa y segura inspiración, vertida en luz, al ofrecer su sombra. Entonces, estando aquí, y laborando aquí en propicia calma, comprenderéis muy bien, por experiencia propia y repetida, que efectivamente, como advirtió el filósofo Lao Tse, ya está venciendo el púgil del pensar más ágil, y que como dijo el lírico del Sur, ya encima de la nube está el lucero.

Esto de referirme a vos directamente, me hace presente en este instante que vos nacisteis por solar de Antioquia. Vinisteis desde allá tras el amor de moza panameña, plena de gracia y de virtud, y entonces os quedasteis para siempre aquí, con la mujer y con la tierra. Y os hicisteis, tras aquello, un nacional de Panamá, por una ley de vuestro corazón, por otra ley de la República. Mas nacionalizarse no es renunciar a las viviendas viejas sino juntarlas con las nuevas, como en un gran crisol de sentimientos cálidos. Así, al rememorar lo de antes, lo de aquel lugar de allá que aún guarda vuestras huellas, recordaréis seguramente a Gregorio Gutiérrez G., cantor de los maizales antioqueños, a Epifanio Mejía el de aquellas coplas para esos montes antioqueños altos, agudos y azulencos. Y escuchad, que acentuaré en vuestra memoria algo de Mejía, pues lo aprendí de unos abuelos míos que unieron mucho corazón a un ambicioso pensamiento:

"Yo que nací altivo y libre  
sobre una sierra antioqueña,  
llevo el hierro entre las manos,  
porque en el cuello me pesa!"

Seguid pues vos, como hasta ahora, como en los versos de Mejía, con el hierro entre las manos, porque el seguir así para vos es fácil por costumbre y por razón congénita. Y que ese hierro, entre las manos, continúe por siempre allí en condición de acero, y que el acero continúe a su vez siendo la pluma redactora de pensares dignos. Y que si el hierro asciende a vuestros labios, en ellos sea él como candencia roja y crepitante, y ésta refleje en mucha rutilancia para ayudar a los istmeños a que vayamos sin desvío, con penacho de honor en el espíritu, por unos caminos claros, rectos y anchurosos.



Porque precisa que en esta tierra panameña se diga siempre con soberbia como aquel hombre primigenio: "¡Yo soy el hombre, y soy lo superior, porque yo pienso!". Precisa que en nuestro afán de panameños por la idea espontánea y nunca claudicante, el pensamiento humano constituya siempre el tema de oro, como él ha sido tema de oro para mí esta noche. Necesitamos que quienes ahora somos, y mañana sean en esta nación de Panamá, nunca tengamos que exclamar desosegadamente, como Erasmo de Rotterdam en su oración para el pensar humano comprimido: "¡O Pater Sócrates, Ora pro Nobis!". Y necesitamos que ni los de hoy, de esta nación, ni los de mañana aquí en esta nación, por las generaciones sucesivas, hasta el final del mundo y de los tiempos, tengamos nunca que exclamar, con una imitación de la expresión de Baldomero Sanín Cano, el gran maestro de la América: "¡Ay de esta nación de Panamá, que sólo tiene un pensamiento inútil como si no tuviese ella pensamiento, porque ya perdió la pluma, y también ya ha perdido la palabra...!"

## ***Billete de Banco.—Papel Moneda.—Papel Moneda de Curso Forzoso***

### **Memorándum para el Banco Nacional**

Ultimamente se ha lanzado en Panamá la muy infundada especie de que el Gobierno Nacional proyecta hacer una emisión de papel moneda. Esa falsa información ha llegado hasta el exterior. Y como el Banco Nacional, a pesar de que él está bien enterado de que el rumor no cuenta con base alguna, quiere saber mi opinión sobre el sentido auténtico de aquello del “papel moneda”, presento a la Institución el siguiente análisis:

a) El **papel moneda** es un documento que emite el Estado, y al cual dicho Estado le **otorga todas las características del dinero**. Puede ser que al emitir el Estado el papel moneda, éste se encuentre respaldado, para darle alguna solidez, con dinero depositado en efectivo en alguna entidad oficial, en cantidad equivalente al veinte, al cuarenta, al cincuenta o al sesenta por ciento de la suma representada en el papel moneda emitido. Es posible, en otras palabras, y para citar un ejemplo, que al hacerse una emisión de un millón de balboas en papel moneda, se guarden al mismo tiempo en depósito oficial, como respaldo de tal emisión, trescientos mil, o cuatrocientos mil balboas en efectivo. Pero ello no sucede siempre, porque el Estado, al realizar la emisión, **no se compromete a la conversión del papel monedado en la correspondiente cantidad física de moneda metálica** cada vez que así lo desee un tenedor de unidades de dicho **papel moneda**. Por ello en algunos Estados, y sobre todo de la América Latina (lapso de la revolución mexicana, en tiempos de Pancho Villa;

y lapsos correspondientes a algunas de las guerras civiles neogranadinas o colombianas del siglo pasado) ante el apremio del Tesoro Público por tener manera de hacer sus pagos, se ha recurrido al expediente de **imprimir papel moneda**, no ya con poco respaldo, sino sin respaldo de ninguna naturaleza, en la misma forma en que se imprime la página de alguna revista o el programa de algún teatro.

Y ello ha llegado a suceder así porque —repito lo dicho al principio— es característica del **papel moneda** que sea lanzado a la circulación como si fuera dinero en sí mismo, sin que el correspondiente tenedor tenga derecho a que le devuelvan, a la presentación, en dinero metálico sonante, la cantidad de cien pesos, o balboas, o quetzales, o yens, estampada en el pedazo de papel litografiado. El Estado, al echar al seno de la economía nacional un cuadrilátero de papel moneda que tiene marcado, por ejemplo, **cien balboas** (B/.100.00), se limita a expresar simple y llanamente: “Aquí van a ustedes cien blaboas”. Y en ningún caso expresa: “Aquí va a ustedes un documento que representa cien balboas; que traerá a ustedes facilidades para manejarlo; que es solamente un instrumento o medio fiduciario; y que yo me comprometo a cambiarles en cien balboas en metálico efectivo al momento en que ustedes hagan, para ese cambio, la presentación de este documento a la Tesorería Nacional”.

b) El **billete de Banco** es un documento totalmente respaldado en efectivo y que contiene la promesa oficial de que será convertido en igual cantidad de dinero metálico a la simple presentación que haga a este respecto el tenedor. Se le suele denominar “billete de Banco” porque la correspondiente emisión es hecha generalmente por un **Banco Central del Estado**, o por otra entidad Bancaria oficial. Pero el Estado se encuentra siempre detrás del billete de Banco para cumplir su compromiso de conversión total e inmediata apenas ésta sea exigida. De tal manera que el **billete de Banco**, a diferencia del **papel moneda**, no encierra el elemento o la modalidad de pretender el constituir dinero en sí mismo, sino que corresponde a un certificado de que el tenedor tiene en depósito y a su orden la cantidad metálica equivalente a la suma especificada en tal certificado. Los billetes norteamericanos, por ejemplo, son **billetes de Banco**. No son **papel moneda**.

c) La diferencia ya anotada (que formula, como he dicho en otros términos, no con simples fines teóricos o académicos sino para llegar a conclusiones prácticas) se encuentra establecida en múltiples tratados, y entre ellos, para citar un solo ejemplo, en la modernísima obra del economista W. Heller titulada “Diccionario de Economía Política”. Y así dice Heller a las páginas 242 y 243 de su citada obra:

**"Papel moneda son medios de pago en papel que no solamente representan al dinero, como billete de Banco, o ayudan como éste al tráfico, sino que poseen todas las propiedades del dinero. El papel moneda no es, por tanto, un medio de pago acesorio ni provisional, sino definitivo, en el sentido de que no es reembolsable en metal, como los certificados en oro o plata de los Estados Unidos, son billetes del Estado, pero no papel moneda, puesto que son billetes emitidos por el Estado que representan el oro y la plata."**

d) Las características del papel moneda, de las cuales la principal es, como ya se ha visto, **que no es redimible, o transformable en metálico cuando lo quiere el tenedor**, hace que dicho papel moneda resulte sumamente peligroso y de consecuencias muchas veces desquiciadoras para la economía del país, cuando el Estado lo hace de **aceptación obligatoria o sea de curso forzoso**.

Por lo expuesto en el párrafo anterior los distinguidos juristas doctor Educardo Chiari, doctor J.D. Moscote y doctor Ricardo J. Alfaro, insertaron en el anteproyecto a la Constitución de 1946 el artículo 227 que decía así en forma tajante:

**"Artículo 227.—No habrá en la República papel moneda de curso forzoso".**

También por lo ya expresado, en la nueva Comisión que revisó ese anteproyecto —y en la cual figuraba yo como uno de sus miembros— se dejó intacto el texto ya transcrito que habían redactado los doctores Chiari, Moscote y Alfaro. E igualmente por lo ya expresado, al aprobarse la nueva Carta Magna de 1.º de marzo de 1946, por la Asamblea Constituyente de la cual también fui unidad, hubo un total respeto por este artículo 227 del anteproyecto, que cambió sólo de número, y quedó siendo, con su mismo texto inicial, el artículo 214 de esa Constitución actualmente en vigencia.

Por lo tanto el Estado panameño **puede crear el papel moneda. Pero no puede hacer obligatorio a nadie** la aceptación del papel moneda, porque tal condición de **obligatoriedad** está expresa y reflexivamente prohibida por la Constitución Nacional.

En Panamá hay, desgraciadamente, una gran confusión entre a) papel moneda; b) papel moneda de curso forzoso; y c) billete de Banco. Por esa confusión, y por razón de método, he tratado de cubrir, para el Banco Nacional, todos los aspectos sobre esta materia.

Panamá, 14 de agosto de 1961.

**JOSE ISAAC FABREGA,**  
Abogado Consultor del Banco Nacional de Panamá.

## *Don Mariano...*

**(Disertación del 13 de Noviembre de 1971, al recibir la Medalla de Oro al Mérito que le fue conferida en esa fecha por el Sindicato de Periodistas de Panamá)**

Señor don Pantaleón Henríquez Bernal, Presidente del Sindicato de Periodistas y señores Periodistas;

Exmo. Señor Ministro de Agricultura y Ganadería, representante del Gobierno Nacional;

Exmo. Señor Obispo de Panamá, Representante de la Iglesia Católica;

Excmos. Señores Miembros del Cuerpo Diplomático;

Señor Alcalde del Distrito de Panamá;

Señoras y señores:

Tuve un antepasado —era Mariano Arosemena— tan adverso al reposo innecesario, que en aquella su imperecedera obra “Apuntemientos”, cubridora de medio siglo diez y nueve, se dolía de que el panameño, su paisano, dedicase indolentemente más de cien días en el año a las carreras de caballos y peleas de gallos, para luego descansar, y seguir con más gallos y caballos, sin dejar la frivolidad siquiera en parte, y sin alzarse en algo con mayor hombrada. Y si he dicho —debo advertirlo ante vosotros sin perder segundos que ese don Mariano así fue mi ascendiente, no lo expresé con inclinación, siquiera tenue, a darme tono. Pues es mi credo, y muy raigal, que descender de gentes de valía es provechoso en cuanto los vástagos quedan constreñidos para seguir por huellas de sinceridad, de acuciosidad, de honorabilidad, de libertad, de amor de patria, y de un amor de surco en tierras y en cerebros, sabiendo siempre que si aquellos viejos destrozaron los chumicales a machete para abrírnos caminos de rectitud, en afanes sin paréntesis, no podemos los sucesores, en

traición, estar después en desmayo poco varonil; ni en caída de iniquidad; ni tampoco en zigzaguo ni en tropezón de componendas turbias e ímprobos; de oportunismos sórdidos.

Y en cuanto a mí, en lo personal —y necesito ser bien claro— entre mis culpas, con ser muchas y no chicas, jamás he pretendido ni en asomo leve, transformar mis agrietadas tumbas venerandas en escaño para el ascenso grande o mínimo, ni he invocabo jamás añejos proceratos como razón de privilegios. Sino que he estado andando, y sigo en ello, con la exclusiva credencial de mi bien resguardada dignidad humana, terca e incólume.

### **TRADICIONES E HISTORIA**

¿Y entonces? Pues resulta entonces que he mencionado aquello de mi vínculo con un istmo superior porque ello ofrecerá la clave de por qué, al referirme yo a don Mariano Arosemena en este círculo propicio y en esta hora, para mí trascendental en que la evocación del panameño aquel es de surgencia idónea y espontánea, diré sobre algunas cosas que ya conoce más o menos mi país, pero también sobre otras de adición, venidas por el tiempo en lo verbal, y no en las páginas. Pues eso así, que no está en libros, se ha venido relatando entre los míos desde aquella generación a la siguiente, y de esta a la otra, y así siempre. Como una tradición en las veladas hogareñas íntimas, austeramente patriarcales, bajo la vieja lámpara heredada, de boca en boca, y corazón a corazón siguiente. Y aquello como una delgada linfa del sentir sencillo, apenas ligeramente rumorosa, y no con la soberbia alborotosa de río grande y prepotente que viene, en su transcurrir, por torrenteras máximas.

### **LABOR OCULTA**

Y digo así con tal sentir muy mesurado, que ese don Mariano Arosemena era de una tan bien traída desazón fecunda que contra aquello de afanarse sólo en lo de gallos y caballos, solía irse, por los finales del diez y ocho y sobre todo al empezar el diez y nueve, por el Magdalena, a bote y remo, hasta Santa Fe, de Bogotá, dizque en quehaceres ordinarios. Portaba desde allá al retorno, en lo más escondido de su alforja, los ejemplares de la Carta francesa de Derechos, traducida furtivamente por Nariño. Y entonces repartía aquello sigilosamente por acá, en nuestro solar, para prender candelas de independencia y libertad en nuestras gentes coloniales.

### **EL HOMBRE EN PREPARATIVOS**

Como venía él de vascos con no muchas letras, y quería beber adecuadamente en las primeras fuentes de cultura con intenciones

penetrantes, pese a no ser hombre religioso se acercó a los clérigos de Panamá y del Sur, y absorbió con perfección a los latinos clásicos. Necesitaba también conocer directamente lo que en aquellos días acontecía en el mundo y apreciar las ocasiones con mejor acierto. Y así aprendió además, con el vascuense original de sus abuelos, el portugués, y el francés y el inglés, y el italiano. Y ya entonces, empiñándose, observó sin dificultad los horizontes políticos. Requería ser militar, siquiera un poco, para su secreto afán libertador. Se arremó a los cuarteles españoles en el Istmo. Se instruyó en milicias. Alcanzó a Capitán y a Coronel de Dragones. Y con esa personalidad que historiador panameño, muy querido para mí, me ha calificado con sus palabras categóricas como la más imantada y fuerte del país, se iba ganando para la causa americana no solamente a nuestros criollos impávidos, sino también a peninsulares que vivían aquí, cuando ya andaba galopando Simón Bolívar con sus guerreos milagrosos.

### PANAMEÑO IRREDUCTIBLE

En 1819, por Septiembre, llegó a nuestro Istmo Juan de Sámano, el Virrey, tembloroso de cólera y terror, por aquello de Boyacá, en que ganó la América. En la ira de ese señor todavía tan poderoso —así lo cuentan los anales— y al mismo tiempo tan cobarde y sin piedad, una noche Mariano Arosemena, muy rodeado por fusiles, fue a la cárcel. Y el mismo día en que salió él de aquella cárcel, y pese a que los amigos le advertían que en el horizonte de las rúas había cadalsos, don Mariano comenzó, sin dilación ni titubeo, a levantar ánimos istmeños contra ese gran señor don Juan de Sámano. Firmó el acta de Independencia del veintiuno —no fue el primero en esa firma, sino el sexto, pero solo ello así por circunstancia perentoria con gran fervor de ese don Mariano hacia Simón Bolívar, como centro éste, y guía y seguridad de la tan soñada y tan amada libertad istmeña. Pero vino un día, de lo sureño, Antonio Leocadio Guzmán, trayendo el nuevo documento que confería al libertador americano unos poderes con escasísimos límites. Y Leocadio Guzmán no había dejado aún nuestra bahía para el retorno, cuando aquel don Mariano cambió su ánimo, y no embozado, sino en público. Así el ferviente de ese Bolívar que había donado libertad, se transformó repentinamente en adversario intransigente de este Bolívar que restringía la libertad. Más que cosas de los tiempos, eran cosas de don Mariano con su ser humano de excepción muy rara, sólido y único, irreductible como baluarte colosal, hecho con nervio y espíritu.

### Y LLEGO ALZURU...

José Domingo Espinar, rector entonces en el Istmo, demostró sus simpatías por este Simón Bolívar, ahora de exagerada facultad

en los poderes públicos. Y don Mariano se enfrentó a Espinar, con esa su no mudable voluntad indómita. Entonces José Eligio Alzuru vino a Panamá, con su cohorte de soldados de Venezuela y Ecuador, rezagos inconvenientes de la pelea libertadora, y se constituyó aquí en dueño y señor de los hombres y las tierras. Don Mariano le hizo frente. Y fue otra vez a la cárcel. Y en seguida el Coronel Alzuru lo embarcó, con otros de mi mismo nombre, para tirarlo sobre las costas chilenas. Y ya andando por las aguas, don Mariano, con su labia mágica, logró ganar al Capitán, quien echó hacia atrás la proa hasta pasar por Punta Mala, y entrarse al Golfo de Montijo. Y por allá, con otros míos animó a la cholada veragüense, y a algunos rústicos más de caseríos de Azuero, hasta formar sus filas militares. Cuando llegó don Mariano Arosemena desde abajo, con otros pocos comandantes, y con soldados de unos rifles herrumbrosos, y de pies descalzos, ya el General Tomás Herrera, con batallón capitalino, acababa de fusilar al Coronel Alzuru tras encuentros en Vique y Río Chico. Pero de haber llegado a tiempo don Mariano, el Coronel Alzuru no habría padecido así, con venda sobre los ojos, muerte de fusiles. Porque Mariano Arosemena no era de tales procederres. Y él, sin árbol y sin sogá, y apretando, y apretando más las manos, habría estrangulado al déspota. Así era ese hombre....

## EN LOS AFANES DE COMERCIO

No contaba con recursos económicos para tantos quehaceres redentores. Y se fue entonces a Jamaica en un velero para establecer comercio con el Istmo. Pero no se conformó con su éxito. Y tomando a su país como almacén de tránsito, amplió el negocio mercantil, que fue haciendo y haciendo más, ya desde México hasta abajo, en la Argentina, pese al fangal traidor, y al mar colérico, y a cerros broncos, y al abismo negro, y a los vientos bravos y a todo lo demás adverso de aquellas primitivas latitudes hoscas. Ya entonces, tras esa especulación, no le era necesaria más fortuna personal, pues había allegado no poca. Pero quería ahora el bienestar, no para él, sino para esta tierra de su amor inquieto. Y como en Santa Fe de Bogotá, por una ley número 20, se otorgó al Istmo la libertad para el comercio, pero sujeta esa regla burladora a condición futura, gritó así aproximadamente don Mariano a aquellos hombres de la ley:

“¡Primero un ferrocarril o un canal, y después el comercio libre como vosotros disponéis, eso así no! Porque es irónico y absurdo. Transfórmese en el Congreso Granadino esa norma tan ajena a realidades. Porque en primer término ha de ser la libertad arancelaria en Panamá, para que el mundo se dé cuenta de que este país es convergencia de los pueblos. Y después, cuando adviertan las naciones que esta tierra es, en la práctica, el centro natural para su tráfico,



entonces con toda espontaneidad, como secuela de los hechos, vendrá esa vía que juntará Pacífico y Atlántico". Y lo decía él de esa manera con su muy resonante voz de tempestad de trópico.

## CANAL ISTMEÑO

Y mientras así clamaba categórico, como en todo era varón de precaución aguda y acción rápida, analizaba al mismo tiempo, para el Gobierno de Inglaterra, las facilidades de un canal por Chepo —así dicen los documentos conocidos al respecto— porque al norte de la región chepana está Mandinga, con bahía magnífica. Y porque al Sur de Chepo se halla la boca de un río con el nombre de Bayano, ancha esa boca, e idónea. Siempre su cuna panameña, para la guerra y la paz. Siempre viendo él las lontananzas de su patria para captar ésta en sus problemas, para avizorar la libre y próspera. Siempre en sus planes esbozados fervorosamente para que su país natal fuese trepando, y trepando más, hasta cumbres bien altas. Siempre él allí con sus sueños...

## LA ACCION SALIENTE

Pero ¿qué fue lo más saliente en el istmeño múltiple? Pues todavía nada de lo que he dicho yo esta noche gratísima, que será en mí recordación de permanencia. Porque lo primordial de don Mariano estuvo en su vocación, su devoción y su pasión por el periódico. Y así cuando llegó a Panamá nuestra primera imprenta y se fundó "La Miscelánea del Istmo", Arosemena estaba allí, con otros más, en el taller, frente a cuartillas con pluma en mano dispuesta e intelecto en arco de tensión continua.

Cuando después apareció "El Gran Círculo Istmeño", llenó él allí no pocas páginas. Cuando surgió más tarde "El Istmo", allí Mariano otra vez, con regocijo intrépido. Y poco después en el "Comercio Libre", con ese mismo ímpetu continuo que parecía ya en él como el espíritu en unidad perfecta con el ser orgánico. Y luego en "La Libertad", con entusiasmo por los muy bien definidos rumbos del periódico. Y nueva brega en "El Indice". Y así en "La Crónica". Y otra faena en el "Noticioso del Istmo Americano", ahora en forma muy particular, con aportes resaltantes sobre cosas panameñas. Pues si don Mariano poseía muchas ideas de latitud mundial, en cambio, en lo sentimental, por contrapeso —y sucedió lo mismo a otros varios de los suyos— se iba él recogiendo poco a poco, e inconscientemente, para concentrar en el país su palpito. Como sucedió en sus escritos "Los Viajes a California", en que no había ni viajes ni viajeros, y en que desde acá, inmóvil en el

terruño, analizaba lo muy nuestro, con orla de galanas fantasías para atractivo de sus párrafos, diseccionando, criticando, sugiriendo rectificaciones y reconstrucciones apropiadas, tratando de irnos echando hacia adelante y hacia arriba con rudos empujones cariñosos. Como cabe a los periodistas de verdad, que observan los lodazales para secar y nivelar con interés patriótico y que hacen escombros para enseguida levantar sobre ellos, amorosamente, la arquitectura triunfal.

## EL MOVIMIENTO

Era el tiempo en que el heredero suyo, Justo Arosemena, de veinticinco años de edad, había ganado en Santa Fe su doctorado en leyes, con unos lauros estupendos, y se preparaba, aquí en los lares, para después allá en el Sur, por la República de Chile, poner asombro en catedráticos. Y en esa tregua en que el renuevo promitente reposaba transitoriamente de su estudio aquí en sus predios, don Mariano fundó "El Movimiento", cuyo nombre caía muy bien con el sentido de esas páginas. Se llevó a laborar con él a su hijo mozo. Y habría sido cosa muy buena de observar a tronco y a retoño con el hacer, en ese nuevo periódico. Allí, el progenitor, trazando sus renglones rapidísimos, según la condición de su carácter. Y allí el vástago don Justo Arosemena llevando por el contrario, remansadamente, su pluma sobre cuartillas, en el gestar muy cuidadoso de pensares básicos. El mayor, como era intrínseco en él, echando unas fogatadas móviles y ardientes. El menor, empezando ya, como en ligero resplandor, anunciador de aurora, con esas luces tan discretas y al mismo tiempo tan diáfanas que más tarde despejarían neblinas en Colombia y alargarían reflejos beneficiosos por América. El viejo, mientras redactaba en sus papeles, haciendo más atrevida su mirada siempre en desafío. El otro sólo surgiente, echando serenamente líneas, entre tenues parpadeos de aquellos grandes ojos luminosos que Méndez Pereira describía tan bien, y que según escritora de Inglaterra, la Baronesa de Wilson, tenían un algo o mucho de nidal de idea. Don Mariano encarándose, allí en ese semanario "Movimiento", sobre la cresta de las olas incansablemente undívagas. Justo, apartando oleajes esmeradamente para meterse a lo profundo. Aquel como el ave criolla montañera, de plumaje ya un poco descolorido por añoso, pero fuerte todavía en el inquieto músculo ágil. Y el Justo que sólo se ensayaba ahora en el periódico paterno, como un apenas comenzante cóndor que poco a poco se iría alzando a unas muy altas inmensidades serenas. Pero los dos, por sobre toda diferencia anímica, allí juntos en ese "Movimiento", con el común amor de sangre, y del hogar, y de la patria, y del periódico, que no es un escaso amor para soldar, en el espíritu, a dos hombres.

## Y EL PERIODISTA MIRA A AMERICA

Pero he aquí que ese don Mariano, de quien dije antes que, si miró a lo universal, en aquello otro del sentir fue especialmente de nosotros, ya años antes de fundar su "Movimiento" impuso lo cerebral sobre sentires vernáculos. Y se le metió el pensamiento de un diario de calidad continental, como sillar y brújula. Era por el ochocientos treinta y cinco. Y desde el Canadá, hasta lo sureño, es decir, en las dos Américas, había ya entonces, es verdad, tres diarios. Pero dos eran impresos en Brasil, y aparecían en portugués, y desde luego no eran para todos. Y el tercero era El Mercurio, de Valparaíso, en Chile, que si bien después se hizo de justa nombradía, aún por este treinta y cinco carecía de golpe. Entonces don Mariano Arosemena se fijó, desde acá, en Lima. Porque Lima constituía, por diferentes causas, ancho y alto escenario americano. Y, sobre todo, porque existía ya en Lima, hacía más de una centuria y casi dos, San Marcos, la Universidad, segunda en ambas Américas, pero primera en trascendencia. Pues la otra de Santo Tomás, Santo Domingo, que había en el Continente, mucho mayor en cuanto a edad, no poseía los timbres de la limeña de San Marcos, y se hallaba en las lejanías de su retiro isleño. Lima era el punto.

Y siendo así, cierto día, como al finar el ochocientos treinta y siete, aquel istmeño hecho a la actuación veloz, que no descansaba nunca porque siempre los descansos le ocasionaban cansancio, tomó desde Panamá bajel hacia el Perú, con su esposa doña Dolores Quesada conducida del bracero, y con su plan de diario continental en el hondón de la testa.

Allá, en casona de csas muy alongadas rúas que los limeños denominaban "jirones", y que siguen llamando así siendo ahora vías contemporáneas, el peregrino don Mariano se encerró, en no pocos días, con sus sobrinos, los Miró Quesada, a platicar de este y aquel proyecto sobre periódico grande. Y echó la familia Miró Quesada, por los jirones limeños, el primer número de El Comercio —ese mismo diario de hoy— el cuatro del mes de Mayo de mil ochocientos treinta y nueve, una mañana en que el sol tenía mucha palidez por su dolencia de niebla, como aún acontece allá frecuentemente, y en que sin embargo, por contrastes, en la interioridad de don Mariano iba alumbrando un sol bien despejado, y bien alegre y rutilante. Allí escribió él, con entusiasmo, en algunas ediciones primerizas. Y al retornar después, muy satisfecho, a su país natal, continuó desde acá con sus artículos para El Comercio de Lima, como siempre. Pues sin ser de su efectiva propiedad ese periódico, lo tenía él como muy suyo. Ya que es ley natural que la ilusión de un hom-

bre, hecha ya una realidad, relacione a aquella con ésta. Y hasta otorgue fueros...

## AHORA EN LA ESTRELLA

Parecía ahora él, tras tanta lucha, reposando por la primera vez en el hogar vernáculo. Pero era mil ochocientos sesenta y uno. Y la Estrella de Panamá, que había advenido tras el Star, y también tras el Star & Herald, en medianías de la centuria, requería un primer redactor de competencia que conociera bien ese oficio de escribir, oficio que a los intonsos parece fácil de hacer, y es muy difícil. La Estrella se acercó hasta don Mariano, con la oferta de una soldada halagadora, para el cargo. Pero él no reparó en lo de monedas. Sino que revolviéndose otra vez en su índole, fue todavía más rápido en decir que sí que en el oír de la propuesta. Y desde entonces, y por años, fue don Mariano el redactor de La Estrella de Panamá, hasta ese día inexorable en que no pudo él ya más ver sus cuartillas ni agarrar su lápiz. Y esto último lo trae aquí ahora, en recuerdo del corazón —pues el corazón guarda en muchas ocasiones más memoria que la mente— otra anécdota de muy intacta tradición v. además, de unos anales escritos, ya estos pálidos de tiempo. Viene la anécdota. Se relaciona con esa Estrella de Panamá. Y encierra un signo, o un símbolo.

## PRESENTIMIENTO

Fue cierto día en el hogar de doble piso, hecho de adobe y teja parda, sin portales, y levantado por nuestro Parque Catedral —ahora de la Independencia— y en vecindades de lo que fue y es hoy aún nuestro Cabildo. Escribía él, como diariamente, un artículo de fondo para el día siguiente llevarlo él personalmente, como siempre, hasta La Estrella, y entonces seguir allí con sus arreglos del periódico. Se hallaba en su biblioteca personal, desordenada con tanto libro y tanto opúsculo, y tanto periódico de canje, con diferentes idiomas. Iba él trazando párrafos y párrafos con la acostumbrada prontitud. No se había percatado, en su quehacer, de que muy cercanas a él se hallaban allí callada y afectuosamente, doña Dolores Quesada y María Dolores Arosemena Quesada Rice, ésta la hija predilecta. Volvió los ojos al fin. Levantó con lentitud la frente, suspendiendo el redactar, con creciente gravedad, en don Mariano muy excepcional. Y expresó a las dos mujeres así con la pluma quieta y suspendida, y dando énfasis de solemnidad a sus palabras: “Yo quiero que cuando muera depositen en mi mano, para irme así hasta el más allá, alguna Estrella de Panamá o algún Comercio de Lima”. No añadió nuevos vocablos. No se oyó allí nada más en el posterior silencio largo. Aun cuando se habría podido oír. Porque un fatal

presentimiento, dando pasos no disimulados, se hallaba allí por esa biblioteca, en vigilancia, de ronda...

## EL CUMPLIMIENTO

Ese decir testamentario aconteció —casi lo puedo decir yo con precisión— del dos al cuatro de Mayo de mil ochocientos sesenta y ocho. Y el treinta y uno de Mayo exactamente, o sea unos días después apenas, cuando aún no se había iniciado la solana en esa Plaza Catedral, y el astro empezaba sólo a echar sus primeras glorias en las puntas de las dos torres coloniales, don Mariano Arosemena, de setenta y cuatro años de edad, pero pletórico de vitalidad espiritual y física, al abrir en el piso alto una ventana para que entrase mayor luz de esa naciente, con el ímpetu perdió la estabilidad. Se fue hacia abajo. Chocó contra el empedrado de la plaza, hecho de piedra de los ríos. Y sin agonizar, murió entre púrpuras...

Y arriba, con su dolor, María Dolores rememoró el reciente encargo paternal, tan sentencioso. Si encontró, en su natural perturbación, en cercanías a la recámara mortuoria, un número de La Estrella o del Comercio, no lo sé bien, pues ni lo he leído, ni me lo han dicho los míos. Pero sí sé que halló uno de los dos. Y lo llevó María Dolores, temblorosamente, al atáud. Y lo apretó con su cariño triste entre la antes peleadora garra de la diestra, todavía no rígida. Para que don Mariano se fuera de la vida, como lo quería y lo había pedido, con sus páginas de imprenta, en muy justa prolongación de su tan profundo afecto de periódicos. Su predilección con él en la existencia, y su predilección con él, en el ya no existir más. Anteriormente en la luz, y ahora en las sombras. En la inquietud constante y en la quietud de permanencia eterna. En el todo y en la nada. Sobre la tierra, bajo la tierra, con sus páginas, en comunión infinita...

## EL BUEN EJEMPLO

Esto fue lo que me enseñaron escritos ya amarillentos por el tiempo, y sobre todo, como he dicho, ese continuo traspasar de tradiciones íntimas, venidas hasta el ahora por el cauce de los míos como un muy ligero arroyo largo de sentires quedos. Y la figura que he esbozado ante vosotros de una manera propicia, pues don Mariano Arosemena es y será, como el genio tutelar de los hogares romanos, protector e inspirador para nosotros, hoy y siempre, en la familia periodística, conduce a los siguientes comentarios, meditaciones u orientaciones, y conclusiones precisas:

Dado que, como ya expresé, lo que hicieron los antepasados bien, merece ejemplo, me explico muy claramente que en mi infancia se

me metiera con tozudez, entre cerebro y alma principiantes, el ser más tarde, lo mismo que antecesores de mi vida, un hombre de tareas jurídicas. Como lo he sido y lo soy, supliendo la escasez mental con el continuo esmero concienzudo en leyes. Y se descifra así también cómo, por mi adolescencia, de tanto oír la relación de aquello de don Mariano con la pluma, me ganó súbitamente y para siempre la idea obsesiva de ser yo un luchador en los periódicos. Y con esa tozudez en mi ánimo, me fui a la Estrella de Panamá. Pedí una plaza cualquiera, sin importarme la que fuese, siendo ella de ese diario. Y me sentí periodista, al igual que don Mariano. Pues me dieron esa plaza así pedida...

Mi cargo aquel, cuando yo andaba por edad de diez y siete, fue de mandadero. Para que caminase de continuo, por las noches, desde la calle Demetrio Brid hasta la All America Cables, por Angelini, en la estación del tren, ganando callos para mis pies muy andadores, y quince balboa al mes para mi bolsa, tan escuálida. Y con sólo ser portador de unos papeles del periódico, por aquí, y por allá, y por más allá, en ese transitar seguido, por las sombras, ya me sentía, con mi ilusión juvenil, muy animoso y satisfecho. Lo mismo que si estuviera de verdad en el trajín de imprenta, como aquel mi don Mariano. Porque así es el ejemplo limpio. Da muchas fuerzas. Pone alegrías. Conduce al norte...

## TECLADO Y MUSICA

Cuando venía algún intervalo, me iba, corriendo escalera abajo, a los talleres. Y colocando a un lado mi valija de guardar papeles, muy desgastada ya ella por el constante manoseo, aprendí de Jeffers, a cambio de tres o cuatro cigarrillos que me iba consiguiendo yo de aquí y de allá, a fijar velocidad exacta; y a ajustar resortes; y a mover palancas, para mecánica de prensas, chica y grande. Recuerdo, y con claridad, al largo y encorvado Joe, un hijo de un antillano, con corazón muy nacional de santanero clásico, quien me enseñó bastante sobre ramas de cuadrilátero de planas; sobre lingotes de a seis puntos, divisorios verticales de columnas rectas; y sobre aquello de una plica, o dos, o tres, según cada circunstancia, en separación de los párrafos. Y recuerdo lo mismo, y con cariño grande, a Romerito, y a Bissot, y a Cañizales, tres maestros de la tipografía y de la bondad. Me permitieron ellos, echándose la responsabilidad por los peligros, hacer ensayos de tecleo en los linotipos. Yo allí, dando con los dedos, sentía el fogaje de mi júbilo, y del potente foco eléctrico. Pero seguía y seguía golpeando más en el teclado, y con la lectura en el atril de acero liso. Porque sentía yo, en mi muchachez, la muy exaltante sensación del artista frente al piano. Y que estaba —así

segua la sensación aquella— ante un pentagrama hecho con los plomos de las galeras calientes. Y que así; con teclado y pentagrama, y el golpeo de manos, me hallaba yo allí forjando la canción triunfal de una música de ideas. ¡Y qué gloriosa esa música!

## **CAMBIOS Y CAMBIOS**

De mensajero me cambiaron un buen día — ¡y qué día aquel para risueño! — a corrector de pruebas, un menester en que no perdonaba nunca, en esas tiras, coma de más, ni de menos, y en que me agarraba yo al diccionario como un náufrago, para una desesperada evitación de hundirme en el dislate. Y al ver mi ahínco pronunciado, mis superiores me echaron a trabajar de reportero, en recompensa. Me designaron, en ese nuevo oficio de la Estrella, para ir a entrevistar a muchos de esos que algunos denominaban los “notables”, y algunos otros “los conspicuos”. Y como el término “integérrimo”, tan sonante, se hallaba entonces muy de moda, todos esos notables y conspicuos recibían ese adorno de integérrimos, lo mismo que en lo tribal se coloca a los caciques, en la testa, la muy policroma pluma de ave, como un símbolo.

En mi faena entrevisté a algunos preclaros de verdad, y a algunos de mentira. Y al observar y al calificar a unos y otros personajes, y al apuntar contestaciones, me reafirmé, en esas mis entrevistas, en importante realidad, para mí trascendental, que me ha servido mucho por la vida. Y es que hay en mi país — como en todos los parajes — los prominentes de médula y esencia, y los otros prominentes de impresión, de falsedad o fantasía, pura fachenda. Como unas prendas de joyería que son legítimas, y como esas otras prendas que en el léxico mercantil del mundo denominan de “plaquet”. Brillantes estas afuera. Pero que en cualquier momento, y al primer golpecillo ocasional — y en aquel caso mío, de realizar entrevistas, a las primeras respuestas — dejan caer el oropel, y dan el cobre. Por lo cual, pese a mi poca perspicacia natural, ese ejercicio de La Estrella de Panamá, en realizar entrevistas, con ojos y almas frente a frente, me ha adiestrado en la gimnasia de calar valía de hombres y de mujeres que he encontrado por esos mundos de Dios. Porque a muy corto plazo me he comentado en mi interior, y con bastante acierto: “¡Este es plaquet!”. “¡Esto es auténtico!”.

## **EL SEÑOR INSPECTOR**

De súbito me trasladaron, por alzarme, a inspector de los reporteros de La Estrella, para revisar allí lo escrito por los otros. Pero no quise el oficio. Porque me daba desazón esa tarea ante los otros compañeros íntimos y de mi mismo nivel, en conseguir información particular o de oficina pública. Y al ser yo muy tozudo en la renuen-

cia, cuando esperaba mi despido sucedió al contrario. Pues me nombraron Jefe de Redacción en el periódico, para sentirme yo de un solo golpe levantado a lo muy alto, hasta la gloria. Allí, intentando trocarme de mozo de veintidós en señor serio, de cuarenta, hice lo que estuvo en mí que no fue mucho, por sentar el orden cuando había desorden. Hice esfuerzo superior para cambiar, aun cuando fuere en algo, mi pluma lerda en la pluma ágil. Por ir prestando a mi escritura tosca siquiera un poco de donaire. Por estudiar, matando sueño con café, cosas del mundo y, sobre todo, los problemas del país, y así, en mis editoriales cotidianos, ir transformando, con ansia desesperada de hacer posible lo imposible, superficialidad y ligereza en médula. Así, de Jefe de Redacción de aquel periódico, me hallaba siempre en tensión. Pero yo no rechazaba esa tensión continua. Y más bien la mantenía, y con beneplácito. Porque José Martí dijo una vez que el mundo es de los nerviosos. Y ello puede ser de exactitud en lo genérico. Pero, en lo particular, el periodismo no exige nerviosidad, sino muy necesariamente la tensión alta. Y, aun cuando yo haya sido en ello una excepción, en cuanto a la imprenta el mundo no es de los nerviosos sino exclusivamente de los hombres tensos.

## RECTORIA

Presente está, como si me hallara yo viéndolo, aquel momento en que en su nombre, y de los suyos, don Tomás Gabriel Duque —rostro unas veces severo, pero con un corazón hecho de pan tierno y vino cálido— se me acercó repentinamente hasta mi mesa del periódico. Y me dijo él así, sin más ni más: “Es usted desde esta fecha Director de La Estrella de Panamá, sin condición, ni restricciones”. Le di mi mano en gratitud. Y sentí como que a mí me daba la suya, desde lo eterno, don Mariano. Y dominando con voluntad y dientes apretados mi flaqueza de ánimo, intenté ser de justicia en esa rectoría. No dejarme llevar nunca por entusiasmos alocados ni rencores tóxicos. No derribar estatuas merecidas, ni tampoco, por acomodo o sordidez, tomar barro de lodazal y convertirlo en pedestal de mármol. Y respetar a aquellos árboles de buena producción para el país. Y no hacer leña de los árboles caídos. Y amar la honestidad, la serenidad, la libertad, y ante todo y sobre todo, la lealtad a la República. Y sé bien que en mi cargo de Director no hice a La Estrella. Ella me hizo. Yo no la prestigíé. Me prestigió. No fui el modelador de su renombre. Ella fue molde de mi espíritu. No pude seguramente realizar con mis esfuerzos lo que yo quería. Pero sí realicé lo que yo pude. No gané, por lo mismo de no poder hacer lo que quería con mi ilusión, laureles para mis sienes. Pero sí gané la paz de mi conciencia. Y así me fue muchísimo mejor. Porque



aun cuando haya muchos laureles, si la conciencia está maltrecha, esos laureles, según cuentan, dan dolor como un apretado círculo punzante.

## ULTIMO DIA

Hasta que un día, tras trece años y algo más de dirección, encontré de pronto que, por cosas de la vida, era yo una unidad —no la más alta— en oficina para leyes, ella con renombre. Y catedrático. Y Director de mi periódico. Y, por remate, un Ministro con Cartera en el Gobierno. Y esto último, entre otras cosas, para gastar el tiempo en aplacar, no con garrote sino con palabra, unas huelgas que se extendían por la República, impulsadas por ignoras. Pues la ignorancia, en contubernio con ambiciones políticas, siempre ha tenido engendros demagógicos. Mi responsabilidad me decía, a grito callado, que no podía yo con cuatro menesteres. Y renuncié a la Dirección de mi periódico, La Estrella, para seguir en lo otro. Soy hombre de ojos muy secos. Pero el día de la separación de mi periódico, sí tenía los ojos húmedos entre tanto abrazo. Me surgieron varias lágrimas. No bastante numerosas, pero gruesas. Y las dejé correr a libertad por mis facciones pálidas. Las respeté así, porque eran lágrimas legítimas. Pero me las habría quitado de inmediato, poniendo sobre pena y depresión goce y levantamiento reemplazantes, si hubiera avizorado entonces, desde lejos, que llegaría en los años una noche —esta de ahora, en que estamos— en que otros escritores militantes se acordarían de mí, con mis andares de periódico, y me otorgarían esta medalla de oro al mérito, que más que cosa de justicia, es prenda de mi gratitud, orgullo real para mi casa, y un timbre democrático en mi nombre, y prueba de sensibilidad delicadísima en periodistas magnánimos. Si don Mariano estuviese aquí, diría con su mano en mi hombro, y mirando sonreído hacia vosotros: “¡Qué gentes tan generosas estas que hubo y hay por los periódicos!”

## SIGUEN SECUELAS

Y lo que hacía Mariano Arosemena— y dejando ya lo que de él gané, y continuando en las secuelas— el actuar con el regocijo y el impulso que él ponía en páginas, demuestra para vosotros, y para los que vendrán tras de vosotros en la brega, que cuando el escribir es una honradez, y una justicia, y un fervor por el país, y un hacer por la cultura de los pueblos, y un empujar para el bien, y un atajar el paso al mal, y un buen capricho de nación eterna, entonces el periodismo no es tedioso, sino placer y encantamiento. Y que en esa circunstancia, el sudar entre las prensas es de agradabilidad como un rocío. Y que eso que llaman tantas veces el peso agobiador de los

periódicos, no es el tal peso sino un airón que ofrece mucha gallardía y que no molesta en nada, por ingrátido.

## LO PERMANENTE, Y NO LO EFIMERO

Las páginas de don Mariano, las que él fundó y en que ayudó —unos jalones del devenir de este país— constituyen en sí la negación rotunda de eso que dicen por allí, de que el periodismo es intrascendente, y flor fugaz, fresca en el amanecer y ya marchita por la tarde, o antes. Pues quien quiera profundizar en acaeceres panameños, está forzado a recurrir a don Mariano y a sus hojas. Y ello pese a que sus impresos fueron múltiples y de corta duración, y a que cuando algún periódico le sucumbía de pronto en lo total, allí inmediatamente, con distinto nombre y hasta con otros rumbos, echaba él a la vida otro periódico, seguro de lo que hacía, para esta patria, con esa gran tenacidad. Pues los números de los periódicos son efímeros por índole. Y hasta el periódico en sí mismo, con su raíz de empresa y con su fronda, se acaba y queda en lo anónimo. Pero ello es sólo en la hoja, o en lo palpable con las manos, como cosa física. Pues la idea estampada en esa hoja no es eventual, y queda allí escondida y lista a resurgir, y repetir con el tiempo lo que ya antes dijo. La página se va, y el pensamiento se queda. La página cae en canasta, y lo mental, que hubo en ella, se detiene en los espíritus. Hay horas en que la idea de los periódicos tonifica inmediatamente, como un licor de efectos rápidos. Y hay horas en que las ideas de diario o semanario se acumulan como el mosto de un tonel. Pero ese mosto que esta allí, guardado y quieto en ese continente de madera vieja, es una esencia de reservas pródigas para que luego, al tiempo del apremio salga del mosto aquel nuevo licor maravilloso, de mayor fuerza y de mejor calidad para prender los ánimos. Don Mariano conocía muy bien ese secreto del licor y el mosto. Por ello aquella terquedad de hacer periódico. Y enteraos también vosotros del secreto. Así como él.

## TRASCEDENCIA

Lo mismo que conoció bien don Mariano que no bastan ni libros, ni cuadernos, ni maestros en la escuela, para sembrar ilustración y para mover debidamente cuando es preciso estremecer las almas con un bien recio estremecer. Suprímase los periódicos, y no pocos ánimos creadores quedarán impávidos. Suprímase los, y habrá poca cultura de país. Suprímase los, y quedará la Historia dividida en dos. Benjamín Franklin escribió Memorias y volúmenes científicos. Pero también se fue al periódico. Y Simón Bolívar no se acercaba a hojas periodísticas porque no había imprentas por sus marañas primitivas y sus toldas guerreras trashumantes, aunque sin duda le habrían placido

las columnas, allí en los campos de pelea, para imprimir en medio tiroteo esas proclamas, tan muy suyas, que hacían audaces a los tímidos y como toros embestidores a los hombres débiles. Y Sarmiento, aquel del Sur. Muchos tomos, mucha tarea de gobernante, mucha cátedra. Mas él se iba directamente a los periódicos cuando quería que alguna cepa de un pensar o un sentir penetrase hasta los pueblos, en sus entrañas de futuro, y reventase en la épocas. Y aquel otro, José Martí. Iba Martí echando por Nueva York, o por Tampa, o Guatemala, un verbo tal que enloquecía. Pero así, dejando a veces ese verbo, se acercaba él a los periódicos. Y escribía relámpagos. Porque el periódico fue así en tiempos de don Mariano. Y lo fue antes. Y lo es después. Y será siempre.

## EL PERIODISMO ANTE TODO

Y don Mariano demostró también —y por algo conté yo aquí de sus quehaceres diferentes— que se puede poseer habilidades múltiples, y hacer cosas muy distintas, e ir del afán común hasta el heroico. Pero que si hay entre todo ello la afición para escribir en imprenta, ya esto se vuelve entonces reclamación, y preferencia, y hábito. Y siempre, aun cuando se deje la cuartilla, a ella se torna. Y si se tiran al rincón los lápices, se vuelve inconscientemente a recogerlos. Y hay otra vez en lo interior un clamoreo, cuando se pasa de nuevo al frente de talleres viejos, como si aquella tinta de la imprenta que había caído allí antes por la piel, se hubiese hundido en las arterias como sangre revuelta con la propia sangre. ¡Y no me digan que no! Porque yo dejé el diarismo hace ya tiempo, como sabéis muy bien. Y, sin mebargo, cuando no he comenzado aún mi labor profesional del día, y de la biblioteca de mi casa no puedo todavía ver mi limonero por las sombras, o de la otra biblioteca de mi pequeña finca solitaria no se divisa aún, entre lo negro, al mar pegando con su golpe inútil a la roca inmóvil como la mala suerte al hombre estoico, allí me encuentro ya, mientras los otros duermen, redactando cosas muy mías, como si afuera hubiese una abundante luz, por mi antigua sensación muy recordada de que hacer periódico es hacer Génesis. Como pasó a Mariano Arosemena. Como pasará a vosotros, pese a cambios y nuevos cambios, en quehacer privado o público. Pues quien se amarra al periódico una vez, amarra a ese periódico su vida. Tal sucede con la vuestra. Y con la mía también. Lo cual no es malo, sino bueno. Pues esa cadena gruesa no mortifica y causa gozo, por alígera.

## LA JORNADA ULTIMA

Y vuelvo, por conexión, al Mayo de sesenta y ocho, en ese hogar de don Mariano, en Catedral, y en cercanía del Cabildo. Porque eso

de sugerir don Mariano en esa casa, y a los comienzos de ese mes, que al fallecer le aprisionasen un periódico en la mano, nos parece hoy en esta sala como un símbolo dicente, con un sentido profundo. No sugirió él a los suyos una oración con el elogio de sus luchas por libertad frente a los déspotas. Ni de su afán por hacer de este país centro mundial para el comercio, y por abrir un canal interoceánico. No pidió que le llevasen en cortejo señorial, con marcha de trompetas fúnebres sonoras. Ni insinuó que con haberes de su fortuna limpiísima en negocios desde México hasta el Sur, le llevasen en ataúd de una caoba muy bruñida, y levantasen sobre su tierra sepulcral un bronce o mármol. Ni que a sus pies le colocasen sus arreos de Capitán de las Milicias y Coronel de Dragones, como signo de su tan ágil preparación silenciosa para futuro plan heroico. No reclamó que le dejasen junto a él su volumen preferido entre aquellos que leía con sus facilidades de políglota. No exigió que acercasen a su cuerpo aquella Declaración francesa de derechos que traía él desde Santa Fe de Bogotá hasta su país entre dos filas de peligros. Ni que le envolviesen en la bandera gran colombiana o ganadina, como muy digno de sus méritos. Quiso un periódico, ya La Estrella o ya El Comercio. ¡Y sólo un periódico!

Y yo, que no soy un hombre muy echado a cosas fúnebres sino por el contrario a lo iocundo, y que nunca pienso mucho en el morir

## ***Se va Produciendo un Cambio en la Psicología del Panameño***

**(Ensayo presentado a la concentración de funcionarios del Banco  
Nacional de Panamá, celebrado en el Hotel Panamá)**

En exposición que formularé dentro de pocos días en centro universitario, tendré que hacer la revisión de la vida nacional en múltiples aspectos y ángulos. Pero permitidme que ahora, sin conferencia ni ensayo, examine rápidamente al hombre de nuestro país por aspecto especialísimo. Pues de tal observación se desprenderán conclusiones provechosas para la acción común en nuestro Banco.

### **ADVENIMIENTO DEPRIMENTE**

Los panameños advenimos desde hace muchos tiempos a la vida con un complejo trágicamente estancador de inferioridad o deficiencia innatas. Nos habíamos venido considerando a nosotros mismos como la debilidad o la nulidad casi absolutas con la secuela del fracaso inexorable. Y en cambio, en comparaciones afianzadoras de ese sentido de impotencia casi congénita, habíamos estimado siempre que todas las perspectivas de la realización abundante habían sido puestas por el Señor de los Cielos en el espíritu y las manos de los extraños que pisaban nuestra tierra. Y no me romontaré a los tiempos de los tres siglos de colonia, pues tendría que efectuar entonces un extenso recorrido innecesario. Ubicados en el siglo diez y nueve, se advierte inmediatamente una serie de circunstancias traídas por la Historia, o por los hechos, que vinieron coadyuvando, una tras otra, a esa impresión de nuestra propia ineptitud insacudible. Hicimos la independencia de 1821. Y una triste necesidad indiscutible,

que golpeó indudablemente en el espíritu individual del panameño, nos condujo a renunciar inmediatamente a la alcanzada libertad y a fundirnos modestamente en la Gran Colombia para encontrar el amparo que no podíamos proporcionarnos por nosotros mismos. Durante el período departamental pasaban por el Istmo hombres valientes que iban como aventureros a la búsqueda del oro en el Oeste de Norteamérica. Y nosotros estimábamos a aquellos hombres llenos de osadía como factores de una leyenda, que iban sin vacilaciones hacia el centro de esa leyenda fabulosa. Y cuando ellos regresaban de California, pasando siempre por el Istmo victorioso y orgullosos con su carga metálica fulgente, desde nuestra pequeñez y nuestra humildad mirábamos a aquellos triunfadores con el tamaño de los cíclopes. Los de afuera constituían para nosotros el todo. Nosotros mismos éramos la nada.

### **FERROCARRIL... CANAL...TRATADO DE 1903**

Desde los comienzos del 19 suspirábamos por la unión de nuestras costas atlánticas con las del Pacífico. Y fueron unos foráneos rubios quienes, desde el 28 de Enero de 1855, comenzaron a asombrarnos con el traqueteo de sus vagones y el resoplido de sus locomotoras. Bogotá fue para nosotros el centro lejano y maravilloso de donde emanaban todo el brillo intelectual que sustituía a nuestra ignorancia y toda la sutil habilidad que reemplazaba a nuestra torpeza política. Los franceses, al llegar a nuestro país, en los intentos de construir el Canal, acentuaron en nosotros la persuasión de nuestra miseria connatural irremediable, con sus formas exquisitas en la vida cotidiana y con su clásico y pomposo atuendo parisiense. Norteamérica, con el triunfo en la obra colosal, nos dio un mayor incremento a la sensación de que nosotros no éramos nada ni podíamos hacer nada, y de que sólo desde afuera venían los que eran todo y los que podían hacer todo. Nosotros éramos, por nacimiento, lo tristemente negativo. Los demás veían la primera luz de la vida trayendo dentro de su cuna el signo de lo positivamente victorioso. En la cláusula primera del Tratado General de 18 de noviembre de 1903 pusimos temblorosamente nuestra independencia bajo el ala resguardadora de los Estados Unidos. En la cláusula séptima de aquel tremendo pacto bipartito, y en el artículo 136 de la Constitución del año cuatro, auspiciamos el que la América del Norte podría intervenir en nuestro país para restablecer la paz y el orden público, consignando así el reconocimiento de nuestra incapacidad hereditaria en disposiciones jurídicas nacionales e internacionales. Y en no pocas ocasiones fuimos a Washington con una lastimosa naturalidad, solo explicable por la seguridad en nuestra tradicional e invariable ineptitud absoluta, a solicitar la intervención de Norteamérica,

declarando, con nuestros ruegos quejumbrosos, que carecíamos de idoneidad para la vida democrática. El no ser, el no tener, el no poder nunca jamás, constituían en nosotros un fenómeno psíquico permanente.

## **NI SABIAMOS NI INTENTABAMOS**

Más aún: Nosotros no sabíamos, ni intentábamos saber, porque lo encontrábamos innecesario, del ajeteo comercial en escala considerable, de las labores de agencias o representaciones, ni de la polea para el taller, ni de las turbinas para la fábrica. Aquellos eran altos menesteres propios únicamente para los hombres de la China, o de Norteamérica o de Europa. Nos concentrábamos reducidamente en los fáciles negocios de cantinas, o de casas de arrendamiento para los antillanos dedicados a las labores canaletteras. Muchas de nuestras legumbres nos venían de Costa Rica y nuestras naranjas de California. Y millares de toneladas de granos nos llegaban del Ecuador o del Asia. No es exagerado manifestar que la ortiga y el chumico eran el símbolo más cercano a la realidad de la producción de nuestra tierra panameña. No podíamos hacer más, ni esperar más, por aquella estancadora certeza nacional de que lo mínimo, lo absolutamente mínimo, constituía el exclusivo signo tozudo y fatal de nuestras vidas. No quiero significar que los que los otros hacían por nosotros, o traían para nosotros, se debía siempre y directamente a nuestras súplicas originadas en un complejo de inferioridad. Pero sí digo que todo lo que por necesidad imperativa solicitábamos que se nos diera o se nos hiciera, aumentaba más y más nuestro complejo. Nosotros no éramos todas las veces la causa fundamental del desaliento. Pero aquello de que dependiéramos indispensablemente de lo extranjero para todo, aumentaba sin duda nuestra depresión y nuestro sentido de incompetencia, que venía de una génesis casi telúrica. Y permítame una anécdota.

## **EL MITO INDIGENA Y BELISARIO PORRAS**

Yo recuerdo, entre mis lecturas, algo que sucedió creo que en el Istmo y creo que siendo Vasco Núñez de Balboa el principal factor del episodio. Había cierta porción territorial de no poco número de hectáreas por las cuales, según concejas indígenas, nadie podía atravesar nunca. Pues quien por ellas daba un paso, caía muerto instantáneamente. Pero Vasco Núñez de Balboa, o el conquistador que fuese, picó un día con las espuelas a su caballo y cruzó la tierra vedada llegando intacto y sonreído al otro extremo. Los indios quedaron atónitos. Pero había resultado roto el sortilegio con el golpeo de los cascos. Y tras Balboa siguieron poco a poco caminando los nativos, cada vez con mayor confianza, y adueñándose de

aquel suelo, hasta entonces intocado, para transformarlo en región fructífera y habitable. Para mí el Vasco Núñez de la existencia republicana panameña fue por un ángulo muy particular el doctor Belisario Porras, sin que con ese ángulo quiera referirme a la totalidad de las variadísimas actuaciones del histórico Dirigente. Dijo él del 14 al 15: "Nosotros no tenemos por qué seguir sumisamente ceñidos a codificaciones extranjeras". Y en 1917 pusimos en vigencia nuestros propios códigos que en no pocos aspectos se apartaban de las tradicionales matrices colombiana y española. Hubo sorpresa notoria. Pero se dio el primer mazazo al mito de nuestra ineludible incapacidad atávica. Sin embargo, esa demostración sugestiva de Belisario Porras con los Códigos esencialmente panameños, estuvo todavía lejos de ser suficiente para arrancar de sus raíces profundas la vieja seguridad de nuestra imperfección ingénita a grado máximo. Con la excepción del ilustre Augusto S. Boyd como cirujano, estimábamos, en Panamá, que no podía existir aquí más hombre de bisturí que el indiscutiblemente valioso Mr. Herrick, ni más clínico que el seguramente meritorio Mr. James, ni más unidades que la gratamente inolvidable de Mr. Getz en el ramo patológico. Los liliputienses no podíamos ser adición a los gigantes. Cuando en 1929 pensábamos en levantar nuestro Palacio de Justicia actual, trajimos por segunda vez, de Italia, como la cosa más natural del mundo, a aquel arquitecto e ingeniero Ruggieri que había ya coadyuvado tanto en la construcción de nuestro Palacio Nacional de hoy, al irrumpir la República. El Superintendente del Hospital Santo Tomás era el Mayor Bockock. Y hubo un gran grito general de alarma cuando Bockock anunció que se retiraría de Panamá para siempre. Pues estábamos seguros de que quedarían sin asistencia nuestros enfermos y aumentaría el porcentaje de nuestros muertos. Actuaban Adison T. Ruan y Mr. Morrel como Contralor y Sub-Contralor Generales ¡Y en qué abandono tristísimo y frente a qué perspectiva deprimente nos encontramos cuando Ruan y Morrell aliñaron su equipaje para dejar nuestro país! Era consejero y guía de la Policía Nacional —hoy la Guardia Nacional— aquel imborrable Mr. Lamb a quien observábamos con curiosidad los muchachos de ese tiempo, por su bien cuidada barba florecida y su porte artístico que nos causaba la impresión de figura cinematográfica. Y cuando los panameños nos dimos cuenta de que Mr. Lamb se nos iba, la expresión fue unánime: "¡Se acabó la Policía!" Pero pasaron el signore Ruggieri, y Mr. Herrick, Mr. James, Mr. Getz, Mr. Ruan, Mr. Morrel, Mr. Bockock y Mr. Lamb. ¡Y no vino ninguna catástrofe! La urgencia nos empujó a entregar esos servicios a la rectoría de compatriotas nuestros, quienes comenzaron a dejarnos perplejos con sus pruebas de habilidad inesperada. Y ello ayudó un poco más a aminorar la



leyenda que ya Porras había comenzado a destruir con el atrevimiento de sus Códigos.

## SE SIGUE DESTRUYENDO LA FABULA

Pese a ese decaimiento de la fábula enervante, la verdadera afirmación rotunda para ser y hacer por nosotros mismos se fue afincando más o menos a partir de 1932. Harmodio Arias expresó desde el solio presidencial: "Es vergonzoso que gran parte de ese arroz que constituye nuestro plato básico cotidiano lo traigamos del extranjero". Y comenzaremos del 33 al 34 a producir más y más nuestro arroz y otros granos, nuestras frutas, nuestras legumbres, nuestros tubérculos, aun cuando nuestro verdadero empuje para la creación se afianzó más o menos del 48 al 50. Y mientras así empezábamos a la forja de la confianza interna en nosotros mismos, se quiso atravesar de nuevo el territorio misterioso e intocable del episodio indígena, esta vez en el plano de nuestra vida internacional que habíamos venido considerando resignadamente como intangible. Harmodio Arias, Ricardo Alfaro, Narciso Garay, Carlos L. López, Demóstenes Arosemena y yo, todos ellos en sus corceles potentes y yo sobre mi jamelgo cuyo lerdo pasitrote no se acompasaba al ímpetu veloz de mis inconformidades juveniles, atravesamos por los predios estimados como intransitables del Tratado de 1903 que parecía ya establecido para lo eterno. Manifestamos a Norteamérica: "Los panameños estamos dispuestos a valernos por nosotros mismos, y no queremos intervenciones en nuestros asuntos domésticos". Y el 2 de Marzo de 1936 resultó cancelada para siempre la injerencia norteamericana en nuestra vida, que luego borramos también de la norma constitucional en adecuada consonancia. Expresamos igualmente entonces: "Los panameños no deseamos más el resguardo de Norteamérica para nuestra vigencia, en el mundo, como un respetable Estado libre". Y se redujo a la nada, para siempre la cláusula primera del Tratado de 1903 en que los Estados Unidos garantizaba nuestra independencia. Nos quedamos, pues, así, intencionalmente solos con nuestra exclusiva personalidad para lo interior y ante el universo. De la secular noción fantástica sobre la incapacidad inherente a nuestro propio ser, habíamos pasado así, en ángulos variados, a la otra noción opuesta de la capacidad latente. Y vinieron la extensión de nuestra agricultura y nuestra ganadería, la creación de corporaciones industriales y de empresas panameñas de comercio, y la formación creciente de muy idóneos profesores nuestros, y profesionales nuestros, para los distintos ramos de la ciencia humana. Contra la añeja inseguridad en cuanto a nosotros mismos, con su secuela de parálisis, hay pues ya ahora la seguridad en nosotros mismos con sus consecuencias bienhechoras. Y dejadme, apreciadísi-

mos compañeros míos en el Banco Nacional, que os presente algunos atisbos, ya situados en este plano de que ha surgido una medida nueva, radicalmente rectificadora en cuanto a nuestra raigal inhabilidad panameña.

### **NO HAY AUN LA TOTAL REDENCION ESPIRITUAL**

Todavía no todos los panameños, y posiblemente no todas las numerosas unidades colaboradoras en el Banco, han arribado a esa naciente convicción de la potencialidad esencial panameña. Por el contrario, es todavía minoritaria, y posiblemente muy minoritaria, la cantidad de compatriotas que han anulado completamente aquel prejuicio retardatario. La apreciación razonablemente optimista del propio valer innato, radica sólo hasta ahora en algunas zonas humanas. Pues es difícil despojar completamente a todos en sólo unos cuantos años, de lo que se había venido acumulando en los espíritus con amargos y espesos aditamentos de centurias. Y a todos nosotros corresponde ir inculcando la buena nueva por todos los ámbitos del Banco Nacional en la República. Precisa ir con la saludable transmisión a esas unidades que son honradas, puntuales, con cordialidad y magníficas intenciones, pero que, sin culpa suya ni de nadie, llevan aún escondido en las entrañas el añoso cuento de nuestra incapacidad con su resultante de malsano apocamiento. La palabra de todos nosotros, comunicante de entusiasmo, será elemento para la fe de los incrédulos o vacilantes que aún existan. Pero el factor principalísimo será nuestra acción común tesonera, y podría decirse trepidamente, en la faena bancaria. Porque de toda acción cotidiana infatigable se desprenden continuamente, hacia las vecindades humanas, increíbles irradiaciones taumatúrgicas.

### **LA CAPACIDAD NO DEBE SER ELEMENTO AISLADO**

No hay que interpretar nunca mal, y peligrosamente, ninguna de las realidades que se someten al análisis. El hecho de que existan panameños —y vosotros entre ellos— que hayan aprendido y comprobado que la capacidad no es para nosotros exclusivamente artículo mercantil de importación, está lejos de significar que las posibilidades de creación latentes en la colectividad vernácula contra lo que se creía penosamente, son por sí solas prendas seguras y únicas para alcanzar nuestros éxitos. La capacidad original o consustancial es el continente. Y el conocimiento y la experiencia son el contenido. De poco o nada nos sirve la habilidad que traemos como un germen al nacer, si no la echamos luego a andar con adecuados instrumentos. El Gerente General don Jorge T. Velásquez, con el respaldo de la Junta Directiva, ha creado cursos de desarrollo personal para los empleados nuevos y los antiguos que cubren continuas

conferencias destinadas a Cajeros, Contadores, Secretarios y otros empleados análogos. Y la Institución está recurriendo con frecuencia a regiones exteriores para la especialización de no pocas unidades jóvenes y para solicitar consejos generales de carácter técnico. Y debemos seguir así continuamente. Sería absurdo que nos limitáramos a decir cómodamente: "Ya contamos con la revelación de que somos hombres capaces". Y nos quedáramos sentados con esa capacidad, que equivale a disponibilidad oportuna y que es la base indispensable para la posterior construcción de la obra, pero que no es ni puede ser, por sí misma, la propia obra. Hago énfasis en que hemos puesto en evidencia que los panameños poseemos las mismas ejecutorias vertebrales que los extranjeros. Pero también hago constar que no debemos encerrarnos por tal motivo en una estrecha muralla nacional, y que estamos obligados a aceptar que las fuentes supremas del saber, nutricias para esas ejecutorias nuestras, residen todavía en los más desarrollados centros extranjeros, por un almacenamiento de cultura y práctica milenarias. Nosotros **podemos**: pero ese "podemos" aislado, constituye una mera expectativa por sí sola intrascendente.

## NO SEAMOS ESPECIALISTAS EN TODO

No creamos que el que hayamos venido al mundo con capacidad primordial significa que todos somos capaces para todo, o seamos como aquel curandero gitano al cual encontré hace dos años en el camino de Sevilla a Córdoba, y que ostentaba en su trashumante carretón este letrero lleno de errores ortográficos: "Dotor de la medicina, especialista en todas las especialidades". La especialidad en todo es la superficialidad en todo. Y lo digo porque a veces, con nuestra eficiencia natural, nos solemos lanzar por atajos extraviados que no conducen hasta el sitio en que es aplicable provechosamente esa eficiencia, ya que ésta es, en cada individualidad, de tipo o corte personalísimos. Y expresaré aquí una idea mía, y que no sé si comparten el Gerente General señor Velásquez, y los otros elementos de nuestra rectoría institucional, pero que expongo bajo el auspicio generoso de la comprensión de esos altos funcionarios, y respaldo por mi muy leal devoción al Banco Nacional y por mi cédula de ciudadano libre: Quien no se sienta en el Banco con condición para Cajero, o para los libros de Contabilidad, o para las labores de la estadística interna, o para examen de créditos, o para afanes semejantes, está llamado, en mi opinión personalísima, a pedir honrada y prontamente su traslado a otro departamento conveniente, para su propia ventaja y la de la institución bancaria. Y quien no tenga una íntima vocación para ningún ramo de actividades bancarias, debe buscar—también es mi opinión muy personal— otros rumbos más armónicos

con su auténtica inclinación espontánea. En esa índole de mutaciones no hay ninguna humillación, sino un reajuste natural e inteligente. Yo poseo la autoridad para referirme a esos reajustes. Sufrí hace algún tiempo un descalabro político equivalente a una hecatombe personal. Pero no me sonrojé, ni me quejé, ni me amilané, ni me desahugué con el proceder de un amargado. Hice premioso y minucioso examen introspectivo. Comprendí que por características condiciones personales no reunía en mí los factores para entusiasmar a las masas, las cuales —ello sea dicho de paso— resultaron seguramente perspicaces en no escogermme como Presidente de la República. Y apliqué inmediatamente todo el juego de motores que el buen Dios me concedió, exclusivamente a la práctica de la jurisprudencia y, por adición, a la Cátedra universitaria. Aquí estoy con todo el conjunto de motores en continua agitación veloz. Y algunas veces, mientras ellos siguen dando sus rápidas revoluciones, yo miro por curiosidad o distracción a aquel pretérito de mi ruina temporal. Y me digo entonces sonreído: ¡Qué lección, qué introspección, qué cambio tan oportuno y qué posterior victoria! Estoy a muy larga distancia de ser un hombre ejemplar. Pero en esto del cambio ágil, sin temor, sin dolor, sin rencor y sin soberbia, sí puedo presentarme ante el personal del Banco como ejemplo.

## NO SOMOS NACION DE ARCANGELES

La mayor parte de los panameños son de índole moral magnífica. Pero tampoco lleguemos a los extremos de pensar que los nacionales constituimos un gran congreso de arcángeles establecidos en una sesión permanente. Y así esa bondad corriente tiene sus excepciones, y no pocas. Hay istmeños que, por una trabazón de complicaciones psíquicas, se han dedicado sólo a construirse dentro de la boca una diminuta pero potente y rápida fábrica de venenos. Si un desconocido comete contra otro desconocido una apropiación indebida o una estafa, viene el rutinario proceso judicial, pero las fábricas no se mueven, pues a sus propietarios no les interesa lo acaecido. Pero las fábricas bucales mantienen un departamento de astuta y anhelante vigilancia para todo aquel que surge y tiene nombre limpio o economía que perder. Y si, por ejemplo, el acto delictivo se comete en una resaltante institución de crédito, comienzan en seguida a funcionar a toda producción esas empresas particulares dedicadas a causar perjuicios con el instrumento principal de sus diabólicas lenguas. Se dice lo sucedido al oído o en sordina, con la táctica de despertar un más intenso interés y de conseguir que la noticia circule. Se multiplican por diez o por veinte y hasta por ciento los montos de lo que ha sido base aritmética de aquella acción indebida.

Se envían por la Agencia Postal, a todas las direcciones, cartas anónimas con la sarcástica advertencia de que ellas contienen datos confidenciales. Y se habla, con fingidas lamentaciones de comediantes, de un supuesto pánico que se está iniciando y hasta de una imaginaria próxima catástrofe. No expreso esta realidad ni por vosotros, ni por los demás actuales empleados que no se hallan en este Congreso, ni por mí entre todos. Pues desde hace ya tiempo considerable hasta el presente la selección de nuestros elementos se viene haciendo con cada vez más intenso rigor, particularmente en lo ético. Hablo con la mirada hacia el porvenir ya que el Banco, por su índole, está llamado a una vida permanente y sin intermitencias. Y sería lástima que con el nuevo conocimiento de que los panameños sí gozamos de una destreza natural, alguno o algunos tuvieran en los años del futuro la infeliz idea de aplicar en el Banco esa destreza a algún menester punible. El Banco Nacional es entidad primordial de la República. Y quien en su recinto decidiera ir contra él en cualquier época del mañana, cometería la doble insensatez de dañarse a sí mismo en su honra y su libertad, y de dañar en sus intereses a la República. Y todo ello, desde luego, mientras funcionarían a todo empuje las máquinas individuales originadoras de tóxico. Yo sé bien que por lo general mis ideas escritas o verbales tienen la mala suerte de morir olvidadas el mismo día en que ellas nacen. Y estoy ya acostumbrado a ello con resignación muy cristiana. Pero quisiera, sí, que esto particular de que en el futuro nadie debe caer en el doble absurdo de emplear su habilidad natural en detrimento propio y del Banco, constituyese como un taladro que fuese horadando poderosamente en el macizo de los futuros decenios.

## **EL ENORME JUBILO DEL HACER**

Nuestro Banco Nacional, con su naciente estructura cuatripartita de Banca Comercial, Banca Hipotecaria, Banca Agro-Pecuaria y Banco para el Crédito Industrial, y con las sucursales y agencias que va abriendo más y más por los predios de la República, es un campo cada vez mayor para que asciendan con su seguridad en sí mismos, y sus nociones y experiencias aquellos titulares de credenciales adecuadas. Pero la espera no debe ocasionar jamás disminución de energías. Cuando el artista remata el día de su jornada, se goza a solas en lo ya efectuado, sin pensar en premios. Cuando el jurista termina su dictamen con la persuasión de que ha usado método, lógica, análisis, filosofía y agudeza penetrante, siente en seguida un gran gozo interno inenarrable aun cuando sepa que aquel esforzadísimo trabajo sólo será leído por el cliente interesado que lo guardará en sus anaqueles. Pero hay siempre ese placer de la creación. Pulverizando herencias psicológicas los empleados, o muchos de los empleados de

este Banco, hemos perdido "ese miedo de vivir" que analizó Henry Bordeaux en páginas definitivas. Manteniendo cada cual dentro de su sitio en el Banco, cualquiera sea ese sitio, el ímpetu para realizar, mantendremos también el empuje de nuestra institución y ganaremos la fórmula para que nuestra vida, ya sin miedo, sea, además, una vida constantemente jubilosa.

## **NO HAY EN LA VIDA CUMBRES MAXIMAS**

Y, por último, escuchadme lo siguiente: Ni nuestra connatural dote de habilidad, recientemente descubierta y antes perdida, ni conocimiento teórico y práctico, deben significar jamás para quienes laboremos en el Banco que hemos llegado a la cúspide de los aciertos productivos. Toda la existencia humana debe conducir a un proceso de mejoramiento. Y ese proceso encierra su atractivo mágico en que él corre y corre siempre hasta lo infinito. Pueblo, institución u hombre que creen haber alcanzado la cima, envuelven en esa creencia el dramático empezar de un inmediato y rápido descenso. En la geografía existe el pico del Everest, en las montañas Himalayas, como la más alta de las cimas, y así seguirá él perpetuamente con su magnitud inigualable. Pero no hay dimensiones máximas en la extensión de la vida. Olvidémonos de la medida de cumbres en el ascender de nuestro Banco. Se va subiendo y subiendo siempre. Y la institución no tiene un tope en el ascenso.

## **SIRVE MUY BIEN, Y SIRVE MUCHO**

Y he terminado, después de haberme extendido bastante. Pero resulta que todos en el mundo poseemos nuestros pequeños o grandes egoísmos. Yo hace tiempo no me encontraba con muchos de vosotros. Y abrigaba vivo interés, aun con el sacrificio de vuestro tiempo, de conversar un rato con vosotros sobre motivos nobles. Discutid ahora vosotros sobre los problemas teóricos y prácticos cotidianos, y yo estaré aquí a vuestro lado todo el tiempo para enterarme calladamente, sin la intromisión del intempestivo. Pero reducido ya en este momento a mi solo círculo de abogado Consultor del Banco Nacional, comenzaré a saborear una gran satisfacción al pensar, en mi silencio, que os habré ofrecido algún aporte si llego a lograr que penetren y se graben en el espíritu de todos los componentes de nuestra amada institución bancaria estas verdades sencillísimas: No es cierto que el panameño nació lisiado de enfermedad irremediable de espíritu o voluntad, copartícipe de su ser orgánico. El panameño no ha advenido con facultades fundamentales inferiores a las del extranjero. El panameño sí sirve. Y cuando él se ayuda con la preparación teórica o práctica, no sólo sirve bastante. ¡Entonces el panameño sirve muy bien, y sirve mucho!

6 de Noviembre de 1966.

*¿Es Panamá una Nación?*  
(Conferencia en la Universidad de Panamá)

SEÑOR RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE PANAMA;  
SEÑORAS Y SEÑORES:

Al comunismo no le interesa la nación como entidad permanente, pues la nación se explica sobre todo como base y esencia del Estado. Y, como dijo José Stalin en su discurso ante el Congreso comunista de Julio del año treinta, “el máximo desgaste del Estado con el objeto de preparar la desaparición del Estado: tal es la fórmula marxista”.

El anarquista científico —independientemente de su lucha física que llega hasta los extremos de Bakunine y sus puñales— pretende y vaticina una especie de retorno al Estado de naturaleza, en que los hombres se engarzarán amablemente, sin coacción y sin Gobierno, en hermosa profusión de células hermanadas. Y dentro de ese sistema, la nación no tendría razón de ser, pues resultaría ella únicamente, tras el feliz advenimiento, institución anacrónica, sin fines y sin sentido.

Para Crosman —el de Oxford— la nación es solamente un fenómeno adventicio, que existe como tal únicamente mientras se siente sobre ella un Gobierno poderoso que la mantenga intangible frente a injerencias extrañas, y deja de ser nación cuando sucumba el Gobierno. Para Harold Laski —el fenecido catedrático de Londres— la nación, en su actitud contemporánea, es un peligro en relación con el concierto del mundo. Y para el simple soñador, no vinculado a una doctrina específica, la nación es tan solo como un tránsito hacia una hermosa humanidad pareja, igual en lengua, y en costumbres, y en el nivel de la vida, sin división de voluntades ni división de fronteras.

## ACTITUD PERSONAL FRENTE AL PROBLEMA

¿Y mi actitud personal frente a esas tesis o tendencias? Las niego con un respeto temperamental y reflexivo por las ideas de los otros. Pero no estoy ante vosotros para análisis que tendría las dimensiones de un libro. Y así expongo simplemente, a manera de premisas y sin ánimo axiomático, determinadas realidades, conformes con el pensar y el sentir de quienes creemos en la nación como valor en sí y como eficacia, como status de convivencia general, y como fórmula nutricia para la vida espiritual, y podría decirse física, del Estado que en ella se alimenta. He aquí tales realidades, expresadas de una manera metódica:

### PRIMERA REALIDAD

Frente a la escasa posibilidad de que el fenómeno nación desaparezca en el mundo, el panorama de los tiempos nos está diciendo que ella —llegada a su floración con la victoria del pensamiento liberal, en la centuria diez y ocho— se sigue reafirmando en el presente y echa nuevas raíces que ya se adentran a la hondura de los siglos próximos. Luego, no es lo razonable despreciar, o soslayar, a la nación como un hecho permanente.

### SEGUNDA REALIDAD

Las experiencias manifiestan que no todas las naciones constituyen un peligro para la paz en la tierra. En otros términos: El nacionalismo, en su acepción común de orgullosa predestinación o de tarea mesiánica, no es condición esencial de la nación en sí misma. Se puede conducir a la nación hacia el extremo del nacionalismo intransigente, por un soplar continuo y malicioso en el brasero del sentimiento colectivo. Y así el nacionalismo hitleriano se acentuó con la estridente repetición del clásico "**Blut und Boden**" (sangre y suelo) lanzado como un "slogan" sobre las masas alemanas con intención que rebasaba en mucho los linderos de una inocente síntesis política. Y en lo jurídico estalló —si lo bárbaro cabe en lo jurídico— en la bárbara definición de Rosemberg: "Derecho es para nosotros únicamente lo que sirve a la grandeza germánica". Pero ha habido y hay en la tierra todo un acervo de naciones, sin peligrosas reacciones de nacionalismo psicótico, que han cumplido noblemente su misión para la paz y la cultura del orbe. Y ello es así sobre todo en las naciones pequeñas, como sería precisamente nuestro caso panameño. Pues, salvo raras excepciones, muchas naciones como Suiza, Noruega Bélgica en Europa, y el Uruguay en América, al afianzar lo nacional, solo han dado la resultante de una cuota para el progreso del mundo. Y así cabe la insistencia en declarar que una cosa es la nación, y otra



cosa es la hinchazón nacionalista. La hipertrofia del corazón es peligrosa. Pero la posibilidad de la hipertrofia no amengua la importancia del corazón como motor de la vida. Resumen: la nación —motor vital del Estado— no es, como tal, un peligro.

### **TERCERA REALIDAD**

Si la nación se puede traducir en un haz de voluntades concordes, o en una unidad de espíritu —como dijo Ernesto Renán en “¿Qué es la Nación?”, aquel estudio todavía vigente— allí donde hay una nación, hay una tácita cooperativa para el bien común: todos y cada uno se interesan por lo que a todos pertenece. Y además en la auténtica nación resulta siempre este fenómeno de un doble juego de fuerzas centrípetas y centrífugas: Esa auténtica nación se esmera por su Gobierno; lo selecciona cuidadosamente; lo vigila; lo inspira; lo respalda; lo impulsa; lo tonifica, en una acción inacabable, que va de la periferia en dirección hacia el centro. Para que entonces ese Gobierno así ajustado, y reforzado por una savia vital, deje de actuar únicamente en el gotear perezoso que algunas veces constituye su faena restringida, y se derrame desde el centro por toda la periferia —como el Nilo en las crecientes desde Junio hasta Septiembre— y pródicamente la fecunde con un hacer torrentoso. Y así se puede expresar en una síntesis: la verdadera nación, en las naciones-Estados, es el resorte principal del ímpetu del Gobierno. O el resorte principal de la grandeza del Estado.

### **CUARTA REALIDAD**

Con el nacionalismo hiperbólico, la nación se torna en amo, y el individuo en esclavo. Pues allí la nación es en sí fin exclusivo, y el individuo un aporte, anónimo y encorvado, para servir a ese fin. Pero en la nación equilibrada, la situación es diferente. Y lo diré con las palabras del catedrático español doctor Luis Legaz Lacambra en su novísima obra “Filosofía del Derecho”: “La nación asegura, a través del tiempo, la continuidad de los bienes sociales necesarios al individuo. La nación inserta al hombre en un medio nutricio en que se alimenta física, intelectual y moralmente, después de haber recibido en él la vida”. De tal modo —expreso yo— que en la nación no deformada, si el hombre da, el hombre recibe. Y entonces concreto así la realidad que vengo comentando: ien la estrecha relación de la nación con el hombre, la nación es un ambiente de bienestar para el hombre!

### **QUINTA REALIDAD**

No importa si la democracia es antes que la nación, o, por el contrario, la nación da el ser a la democracia, aunque yo creo en lo

segundo. Estas son cosas sutiles de prioridades genéticas. Y lo importante es lo siguiente: Si la nación es —como lo es— una armonía niveladora entre los hombres, y si ella es —como lo es— participación continua y esmerada de absolutamente todos en el todo, mientras sea más intensa la existencia nacional, será también más intensa la existencia democrática. Y presento lo mismo por otro ángulo: Hans Kelsen escribe en su obra magistral “Esencia y Valor de la Democracia”, al criticar la posición marxista por la cual la democracia está fundada en la igualdad económica: “Es el valor de la libertad, y no el valor de la igualdad el que define en primer lugar la idea de la democracia”. Y ahora comento yo, al margen de las palabras del ilustre austríaco: Nadie puede negar que la nación encierra, por su carácter intrínseco, un ambiente natural de respeto y dignidad para los seres que la forman, o sea un venero generoso de libertades humanas. Lo cual permite resumir en la siguiente forma esta quinta realidad que he presentado ante vosotros: Si la nación nutre y amplía a la libertad; y si la libertad es la idea — o es el nervio primordial— para toda democracia, como sostiene Hans Kelsen, allí entonces donde hay una nación hay un sillar y un impulso para la vida democrática. Nación, dice libertad. Nación, dice democracia.

## SEXTA Y ULTIMA REALIDAD

Donde palpita la nación auténtica —ya lo he dicho anteriormente— hay siempre una tendencia general, en los hombres que la integran, a mantenerla, mejorarla, ennoblecerla, y conducirla con acierto máximo. De modo que la plenitud de la nación envuelve una garantía de defensa del Estado que en ella se constituye. O sea que, donde existe la nación auténtica, las reservas humanas nacionales se imponen vigorosamente sobre toda contingencia, para que el Estado salga victorioso frente a la crisis jurídica, ante el peligroso obstáculo económico, contra el trastorno moral y contra el caos político. Pero he presentado esta ansia de supervivencia nacional del Estado, teniendo en cuenta sobre todo la actitud interna. Y aquí aclaro que en lo exterior, viendo hacia afuera, el fenómeno es idéntico. Pues si la nación cuida al Estado, o mejor dicho a su Estado y supervivencia—que es la propia nación más su Gobierno—contra el germen disolvente que aparece en su sistema biológico, del mismo modo y por igual impulso ella resulta además, para ese Estado, como un celoso centinela que acompasadamente se pasea, de día y de noche, por la región fronteriza, o a manera de un ojo clínico que se abre siempre dispuesto a prevenir la aparición de lo exógeno.

Y no hablo así con el propósito de hacer un juego literario. Lo que digo, es extracto de la Historia. Tomo al desgaire un caso: el

de Polonia. Pues como ella logró esencias de nación desde hace ya muchos siglos —desde el octavo o noveno— su vida se sintetiza en la hazañosa aplicación de sus vigos para salvarse a sí misma; para salvar a su Gobierno como fórmula polaca: para salvar, en consecuencia, al Estado de Polonia. Fue desmembrada en 1772, en 1773, en 1795, y repartida esas tres veces, como una fruta comestible, entre Rusia, Prusia y Austria: ¡Y superó a su destino! Fue entregada a los prusianos en 1807 como ducado o provincia. ¡Y se refugió en su propio ser irreductible para esperar con calma dolorosa los momentos de resurgir como Estado! Pasó en 1805 a ser porción de la influencia rusa. ¡Y siguió en su latente rebeldía! ¡Perdió en 1863 hasta el último vestigio de autonomía administrativa, y se mantuvo impertérrita! Y si tras su última resurrección como un Estado soberano —del 18 al 19 de la presente centuria— es una víctima actual del despotismo soviético, allí está todavía, tras la Cortina, aherrojada pero intacta, con la boca amordazada pero el pulso firme, segura, en su admirable tozudez, de nuevos días de libertades y glorias.

Lo cual conduce a la siguiente observación precisa: Los Estados nacionales sin una gran potencia física, pueden perder en ocasiones su condición o calidad de Estados. Y ello resulta aún más posible en la presente etapa universal, en que el impulso heroico de los hombres puede poco ante el golpe frío y metódico de las modernas máquinas de guerra. Pero hay también este hecho cierto en que concreto la sexta y última de las realidades enunciadas: Mientras vive la nación, la denominada muerte del Estado es casi siempre un tránsito pasajero. Y en los Estados pequeños —como en el caso del nuestro— no es el ejército, no es el arsenal, no es la escuadra de aeroplanos: es la nación en sí misma, con su potencia espiritual eterna y portentosa, la única fuerza doble, defensiva y ofensiva, para que el Estado continúe pese a todos los paréntesis una centuria tras otra, triunfando con gallardía sobre el dolor y la muerte.

## LA GRAN CUESTION FUNDAMENTAL

Y ya aquí irrumpe la gran cuestión, fundamental para una mente panameña: si la nación tiene importancia como un fenómeno estable; si la nación no es un peligro; si ella implica libertad; si es silla de democracia; si su clima es provechoso a la salud de sus hombres; si sus ímpetus vitales vigorizan al Gobierno; si la nación es vértebra y credencial en la existencia del Estado, ¿podemos decir nosotros que contamos con ese acervo nacional de virtudes y efectos milagrosos? En una forma más concreta y también más apasionante: ¿Panamá es una nación? ¿Panamá es una nación en todo su panorama, del Darién a Chiriquí, desde San Blas hasta Bocas? ¿Panamá es una nación

aseguradora, por sí misma, de que esto, es decir nuestra tierra libre, nuestra colectividad libre, nuestro Gobierno libre, permanecerán y seguirán andando con sus propias energías, bajo la fórmula de Estado, domeñando bravamente los embates de lo interno y de lo externo para nuestra tranquilidad, la de nuestros hijos, y los hijos y los nietos de nuestros hijos, por los caminos del tiempo?

Eusebio A. Morales —mi maestro inolvidable en las aulas de Derecho— volcaba en un discurso del 16 su depresión ante el problema, para enseguida dominarse y decir a la juventud su palabra de esperanza. Octavio Méndez Pereira —mi gran amigo, el gran apóstol— desbordó su preocupación ante el hecho nacional en un ensayo del año 46, cuyo título resulta como un amargo compendio de su propio contenido: “Panamá, país y nación de tránsito”. Y ahora Ricaurte Soler —un valor juvenil y una promesa— advierte en un estudio sustantivo la nota del pensamiento nacional a lo largo del siglo diez y nueve. Y todo ello, en su conjunto, demuestra una oscilación entre optimismo y pesimismo, entre lo que es, y lo que no es y debería ser en el futuro. Por lo cual es imperativa una nueva observación, buscando por otras vías. Sin que valgan como elemento decisivo o principal, en esa búsqueda afanosa, ciertas aisladas actitudes panameñas en un minuto fijo de la Historia, que se han solido invocar algunas veces para decir alegremente: “Aquí se halla la nación, demostrada con los hechos”. Así se han citado en ocasiones la independencia del 30, la del 31, la del 40, el Convenio de Colón en el 61, para arribar rotundamente a conclusiones eufóricas. Y no se puede soslayar ninguna de aquellas fechas como indicios gratamente afirmativos. Pero si yo contara con tiempo y vosotros con paciencia, quizás podría demostrar —para citar un ejemplo— que en los brotes separatistas del 30 y el 31 convergieron circunstancias y factores que, en análisis estricto, les restan mucho de un desbordado y común arranque nacional para erguirse como Estado. Gustavo Le Bon —el forjador de la psicología positivista— analiza sabiamente cómo entran muchos elementos pasajeros —y entre ellos el del contagio— en algunos momentáneos arrebatos colectivos. Lo cual hace pensar en lo siguiente por explicable asociación de ideas: El salto ágil, la voz recia, el golpe rudo, dan agradable impresión de plenitud orgánica. ¡Pero la ciencia médica, para saber la verdad interior del organismo, toma al hombre que gritó, golpeó y pegó, y lo lleva al laboratorio!

## HAY QUE ENTRAR AL LABORATORIO

¿Entramos al laboratorio? Para la Ciencia Política, en definición ordinaria —véase entre otros a John Burgess— la nación es unidad de hombres sobre unidad geográfica. Y como esa unidad de hombres

—sin mengua de la importancia del elemento geográfico— constituye nervio y vida de la estructura nacional, el investigador político pregunta con interés apremiante: ¿Y dónde está la argamasa que reúne a los hombres en ese haz de caracteres específicos, distinto a los otros haces nacionales existentes en el orbe? Y la respuesta general que suele darse, es más o menos la siguiente: En el idioma común y la común literatura; en la religión común; en las tradiciones seculares; en las iguales costumbres concretadas en un modo de ser y hacer frente a la vida cotidiana; en los capítulos de Historia realizados, y vividos, y grabados sobre el suelo nacional como una huella perenne, y volcados como inquietud en el presente, para seguir al porvenir como un viaje hacia lo ilímite, y hasta en la tierra física donde se hallan, hechos cruces en las tumbas, miles y miles de árboles que fueron, y miles de árboles que son para tornarse en cunas, en todo ello —dicen los tratadistas— está el gran aglutinante que da unidad y fuerza, y permanencia a la nación por el aspecto colectivo. Donde no existen tales vínculos, o varios de ellos por lo menos —se declara de modo casi unánime— la nación es sólo forma y deleznable apariencia. Donde se hallan tales nexos, o varios de ellos por lo menos, allí sí está —se asegura— la nación por el aspecto de la unidad en los hombres, categórica y precisa, diferente a las demás unidades nacionales, lista y armada para seguir en los siglos.

Y aquí caben, en seguida, estas dos observaciones necesarias: La primera es que sería caprichosa negación el no aceptar la verdad de que en el medio panameño sí existen, visiblemente, un número plural de aquellos nexos indispensables a la nación como unidad en sus hombres. Y la segunda observación, que viene de la primera, es que —quienes en una u otra forma nos hallamos en condición para hacerlo— debemos afianzar continuamente esos nexos o instrumentos, y hasta crear con paciente habilidad algunos otros que nos faltan, como un sistema elemental de precaución razonable. Yo declaro que ello ha sido en mí inquietud de pluma y de palabra, e igualmente con la acción en mis tránsitos fugaces por los estadios del Gobierno.

Sin embargo, esos factores de cohesión, examinados con esmero, sólo dan al analítico severo la limitada sensación de lo extremo o lo objetivo. Idioma, ritos religiosos, modalidades del vivir, huellas marcadas en la tierra, todo ello, y lo demás, tienen mucho de lo que está, de lo almacenado, de lo que se encuentra allí para nosotros, pero no se halla necesariamente dentro de nosotros. Esos motivos de la unión, puestos en orden de lista, son unas cosas de valor, pero cosas de inventario. Ellas están, y son, para juntar. Pero no juntan por sí solas a los hombres, si entre éste y aquel hombre, entre tú y yo,

no existe la convergencia espiritual en captar y poseer esos motivos o cosas. Hay un fluido misterioso que recorre los espíritus y les da un clima común en un momento preciso, cuando un grupo contempla, en absorción, el sol que cae sobre el paisaje, la cascada que se hace muselina, o la mujer que exhibe su esbeltez como pidiendo una corona. Pero el ciego o el cretino que ocasionalmente se hallan en el núcleo, no tienen participación en esa cita acercadora. Están allí, sin embargo, la mujer, la cascada, el sol poniente. ¡Pero no están para ellos!

## ERNESTO RENAN Y GEORGE JELLINEK

Lo atisbó Ernesto Renán cuando dijo, en expresión ya citada: "La nación es unidad de los espíritus". Y lo sostiene gravemente el maestro universal George Jellinek en su "Teoría del Estado". Para el genial alemán, es aceptable la existencia de los factores externos que se forman complejos y confusos, y van andando y sumándose por el turbión de la Historia. Pero ellos no son nación, o no producen nación, mientras no entran al espíritu del hombre suficientemente culto. La nación, para serlo, no puede quedarse afuera: tiene ella que penetrar en nuestro yo personal, asimilada plenamente por nuestra propia cultura, e instalarse en la conciencia. Por ello dice Jellinek con frase nítida: "La unidad subjetiva de la nación es, por su naturaleza, el resultado de una cultura elevada". También por ello manifiesta en una forma clarísima: "La nación es más bien algo esencialmente subjetivo: esto es la característica de un determinado contenido de la conciencia". ¿Está basada la apreciación de Jellinek en la tesis del idealismo filosófico, por la cual la realidad última de las cosas radica en el espíritu del hombre?. Puede serlo. Pero esa tesis es también de un total sentido práctico. Hay los factores, las cosas, la materia prima que se han ido elaborando misteriosamente sobre la tierra nacional como un producto de la Historia. Pero eso que hay, ese inventario de que hablé hace un rato, no tiene categoría, no es nación en cada hombre, mientras éste no lo tenga como nación, no lo piense como nación, no lo vuelva una nación en la fábrica de su espíritu. Y la nación existe así, exclusivamente, en la medida en que existen hombres que la contienen en lo íntimo. Y la nación no tiene vida, **no es todavía**, en cuanto al número de hombres fincados en el predio nacional, que no pueden captarla y recibirla. Hay quizás, en tal o cual unidad geográfica, ocho millones de hombres que allí moran ante un paisaje común, con su lengua, con su modo de vivir, con sus trajes semejantes, y hasta con cierta identidad de rasgos físicos. Pero si solo hay dos millones que lo saben, porque lo han aprehendido y lo mantienen en lo interior de su mente, la nación está compuesta sólo por el suelo

más los dos millones de hombres. Y si —en hipótesis extrema— no mora allí ni un solo hombre que comprenda a la nación, la reciba y la mantenga, entonces, pese a aquella muchedumbre situada en el territorio, no hay nación, y el territorio está solo. ¡Eso es todo!

## PERO LA TEORIA NO ESTA COMPLETA

¡Pero no! He dicho mal: Eso no es todo. Y con humilde atrevimiento adiciono la tesis del maestro diciendo que, además de existir la percepción de la nación de manera total y permanente, es preciso que en la conciencia receptora haya un ambiente sentimental acogedor por el cual experimentemos, afectuosamente, que esa nación es la nuestra, y nos gozemos en tenerla, como también nos gozamos en ser nosotros para ella.

¿Me permitís un ejemplo? Voy a Italia. Mi cultura espiritual, con su aceptada medianía, me presta el mecanismo suficiente para captar los prodigios del escenario italiano. Aquí, en esta ruina del foro, está el verbo de la República. Aquí, en esta columna de Trajano, está la gloria del Imperio. Estas ciudades tendidas en la extensión de la península, me recuerdan las cartas de libertad que Roma iba proporcionando a esas villas en aumento, para que fueran luego todas ellas —sin los romanos presentirlo— lentas fábricas silenciosas de la unidad italiana. Aquí se hallan las catacumbas, de las cuales surgió la fe de Cristo para ser vínculo de luz entre los hombres de Italia. He aquí las tumbas de Dante, y Ariosto, y Torcuato Tasso; las de Boccaccio y Petrarca; las de Manzoni y Leopardi; la tumba de Gabriel D'Annunzio, y la apenas recién cerrada de Papini: ¡todas las tumbas inmortales de aquellos seres inmortales que dieron vida y esplendor a la expresión italiana! Entre palacios florentinos, entre muros agrietados, y antiguas rúas empedradas por las cuales sigue pasando la gloria; entre cuadros de Rafael y estatuas de Donatello, advierto la presencia de Nicolás Maquiavelo, quien grita, frente a invasiones extranjeras, la necesidad de la unidad italiana, desde el siglo quince. Y —ya en el siglo diez y nueve— observo la vigencia de Cavour que da forma a la unidad con el talento político, y la de José Garibaldi que perfecciona esa unidad con el buril de su espada. En medio de todo aquello, contemplo millones de hombres y mujeres, desde el Po hasta Córcega, que tienen en sí a su Italia con orgullo y alegría, y la piensan y la sienten, y la dicen y la cantan. Y exclamo en un arrebató de admiración y simpatía: “¡Aquí en todo esto, en esta firme unión maravillosa, capto y comprendo a la nación italiana!”.

Pero al tornar de mi viaje, sólo me queda la memoria grata. Porque Italia penetró en mí para dejar esa huella de admiración

y simpatía. Pero Italia no entró en mí para actuar a la manera de realidad permanente. Y mucho menos entró en mí —que es lo importante en este ángulo— para que yo la tuviera como mía, y a la vez me sintiera parte de ella, en perenne complacencia y plenitud de afecto. Lo cual dice que no sólo resulta suficiente limitarse a comprender a la nación, sino que es insuficiente comprenderla aun con la adición de un brote —como en el caso de Italia— de admiración y simpatía. La simpatía por la nación que comprendemos, para que ésta sea nuestra nación en nuestro ser interno, no es simpatía de turistas. Es una acumulación de simpatías, que va formando lentamente un depósito afectivo en nuestro espíritu. Es una sucesiva toma de querencias, desde la infancia hasta el sepulcro, y ellas forman el calor con que guardamos a la nación en el espíritu. No se trata de una dramática reunión de las llamadas “emociones-choques”. Es el caso, por el contrario, de la: “emoción delicada” que define William James, y que los otros psicólogos denominan “sentimiento”. Al sentir a la nación en el dominio afectivo, si ella está dentro de nosotros, al mismo tiempo nosotros nos encontramos en ella. Y hay una tácita cohesión con todos los demás hombres que la sienten. Pero si no la sentimos afectuosamente, y llega hasta nosotros en tenencia, pero no en una jocunda propiedad espiritual, no hay un vínculo con ella, no nos hallamos a la vez en ella, no formamos hermandad con los demás que también se hallan en ella: la nación, sin la “emoción delicada” de William James, es como el número aritmético que tenemos en la mente, pero no se vincula con nosotros, a pesar de ese hecho frío de encontrarse en nuestra mente. Conocimiento o conciencia, más atracción afectiva, y en ninguna circunstancia indiferencia, y mucho menos rechazo: ¡he aquí la fórmula!

### ¿Y LA PRUEBA DEL LABORATORIO?

Diréis vosotros ahora: Lo expresado es aceptable. Pero, ¿y la prueba de laboratorio? La prueba del laboratorio se iba haciendo, implícitamente, al mismo tiempo que iba fijando las normas. ¡Ya está hecha! Y el resultado es el siguiente:

### EL TIPO A

**Panameños que no captan, y no reciben a la nación porque no pueden entenderla.** Son una parte apreciable de los 57.634 panameños radicados en jurisdicción de la República y especialmente en Panamá, Colón y Bocas, más los miles de panameños radicados en la Zona del Canal, que se expresan en inglés, y transmiten a sus hijos el inglés que recibieron, y absorben la cultura en el idioma inglés, y sólo saben de tradición, de historia, de arte, y de manera de vivir aquello que se halla impreso en los volúmenes ingleses. Porque



no sólo hay la circunstancia de que tales panameños no aportan, en lo objetivo, su cuota de aglutinante o argamasa para una misma lengua nacional, sino que ellos, además, y esto es aquí lo importante— no tienen el instrumento interno primordial para captar a la nación en sus líneas y su esencia. Y no se diga que los suizos se dividen en regiones con idiomas diferentes y que allá, a pesar de ese hecho, todos comprenden a Suiza. Desde los días de la advenencia que hizo el Barón de Monesquieu, no es permitido realizar ese cómodo trasplante de los fenómenos de un medio a otro medio diferente. Ni nuestra nación es la Suiza, ni el grupo a que me refiero está formado por suizos. Ya lo dijo el talentoso Jorge Westerman al referirse al problema panameño de asimilación de ese grupo: “Enviaron —los que vinieron al Istmo— sus hijos a pequeñas escuelas particulares, usualmente conectadas con una iglesia, y en donde aprendieron Historia inglesa, geografía y cívica, contaron en libras, chelines y peniques e ignoraron completamente el hecho de que estaban viviendo en Panamá”. Aclaro yo ahora que he mencionado a “parte muy apreciable” de ese núcleo que se vale del inglés como idioma cotidiano, y no a la totalidad, para dar margen adecuado a los que son bilingües por naciente inclinación hacia lo nuestro y ya tienen facilidad fundamental para captar lo panameño. Y advierto que no formulo inculpaciones ni a ese grupo rehacio ni al Estado. Yo no estoy determinando responsabilidades de nadie. Sólo estoy dando a vosotros el resultado de un análisis.

Son también, en el Tipo A, muchos de los 3.184 indios chocoes que moran en el Darién; de los 1.334 kunas que viven en Panamá y los 13.389 kunas de San Blas. Y en cuanto a indígenas guaymies, son igualmente muchos de los 1.122 que hay en Veraguas, y los 6.620 que hay en Bocas, y de los 10.294 conque cuenta Chiriquí. Y si se afirma, en contra de mi tesis, que esos indios sí comprenden a la nación, yo contesto que algunos de ellos —y sobre todo unos del núcleo de San Blas— sí tienen un incipiente elemento intelectual para captar lo nacional aun cuando sea en sus contornos. Pero la mayor masa de los indios está encerrada en sus dialectos. Y su imagen exclusiva, en lo interior de su espíritu, es —sin que otra pueda ser— la propia tribu en su presente, más la visión retrospectiva de lo suyo únicamente lo suyo, representada por su mito regional, sus fórmulas cabalísticas, su medicina yerbática, y sus cantos y sus danzas, que no son lo seccional en un engarce, con tonos de variedad, a lo total de la nación, sino lo seccional como un islote separado, en la verdad objetiva y la verdad del sujeto. Cuando surgen físicamente a la extensión del panorama nacional, son meros excursionistas automáticos que van al trueque de lo agrícola por mercancías elaboradas, y retornan con éstas en la mano, pero sin la más mínima impresión

de la nación en la conciencia. Piensan hoy como en los tiempos coloniales. Piensan hoy —más todavía— como en la edad precolombina. Y yo, que los he visto muy de cerca, en sus querencias nativas y también fuera de sus límites, he sentido la triste sensación, de que su mente y la mía, mi captación y la suya, es la total separación entre lo restringidamente seccional que se encuentra en su cerebro, y los ampliamente nacional establecido en el mío, categóricamente dividido por murallón de centurias.

¿Y hay más todavía en ese tipo A? Hay muchos más todavía! Pues la República contaba en 1950 —según el último censo— con 64% de elementos rurales, o sea con población rural de 515.588 habitantes, de la cual toda —y descontando únicamente al núcleo de los indios— está formada por el campesino interiorano. Y de ese campesinado —400.00 más o menos— hay en una sola provincia, o sea en Veraguas, 42.188 analfabetos, y en el total de la República 133.466 analfabetos rurales. Y todos aquellos seres que no conocen las primeras letras, no conocen a la nación, no captan a la nación. No esencialmente porque a la nación sólo se la aprehenda sabiendo leer y escribir, sino más bien por la verdad fundamental de que los que han mantenido por los siglos una cerrada y trágica bastedad en el espíritu, necesitan de las letras como elemento primordial para el milagro de transformar el primitivo mecanismo intelectual en el fino instrumento por el cual es captable la nación como unidad en tiempo y en espacio. Y no expreso yo con esto que solo esos campesinos que no conocen las letras, son entre ellos, los ineptos para aprehender a la nación y tenerla en la conciencia. Mis reflexivas incursiones múltiples por nuestro medio panameño, me permite asegurar —yo lo he visto, lo he observado, lo he sentido— que miles de agricultores del país, que asistieron a la escuela por los años de la infancia, han perdido poco a poco el rudimiento de su cultura inicial y han vuelto a la bastedad, como en dramática ataraxia de la mente que ya había dado sus primeros pasos por las sendas espirituales de la vida. ¿Producto ello de los males físicos que trascienden al espíritu? ¿Deficiencia en los programas de la enseñanza rural? ¿Consecuencias del alcohol a grandes dosis periódicas? ¡Quién lo sabe! Ha podido ser también la falta de resistencia —por no insistir en el estudio— ante el reclamo de lo bárbaro con su potencia de siglos. En la novela “La Vorágine”, de José Eustacio Rivera, la montaña se traga a los caucheros. ¡En el caso panameño del basto que empezó a dejar de serlo, y retornó a la bastedad, es posible que la montaña se haya tragado al alfabeto!.

Yo sé que en estas circunstancias se acostumbra sostener que la intuición reemplaza a la inteligencia. Pero no hay que jugar con las palabras cuando ellas han de envolver conceptos trascendentales.

Psicológicamente, la intuición es el rápido conocimiento, o la visión de una cosa, sin un previo raciocinio. Pero la intuición acontece a la medida de la capacidad del intelecto. El radio en que maravillosamente surge la intuición, coincide exactamente con el radio —y no suele ir más allá— que cubre la inteligencia. Y así para cubrir a la nación, y captarla aun cuando sea de una manera imprecisa, la inteligencia ha de tener previamente una extensión que va mucho más allá del abarcar campesino. Las intuiciones de Newton y de Einstein, y de Enrique Poincaré, guardaban correspondencia con un acervo de ciencia. Y Bolívar tuvo la intuición —en su carta de Jamaica— sobre el futuro de la América, porque su mente tenía ya la proporción del Hemisferio. La mente municipal, sólo produce la intuición municipal. El agricultor de nuestros campos, sólo forja la intuición sobre cambios en la trampa para cazar los conejos. El vaquero de nuestros campos sólo forja la intuición sobre una más cómoda postura para ordeñar a su vaca. Para el ilustre colombiano don Hernando Téllez “en muchos de esos taciturnos y humillados colombianos que avanzan con la frente vencida, por todos los caminos de la montaña o el valle, la totalidad de la Historia va resumida y concentrada en el bello nombre sonoro del Libertador”. ¡Y ojalá ello sea realidad, y no un festón literario! Porque los más de nuestra gleba panameña, no tienen —ni pueden tener— la intuición de la nación, a través de nuestra Historia, ni del nombre del Libertador Simón Bolívar, ni de ningún otro nombre. Captan su roza, su bohío, sus aparejos, y la venta del camino en que se embriagan sábado y domingo, hasta los límites del cerro. Y en cuanto a nombres se refiere, captan el del Alcalde por temor. ¡Y el del curandero regional, por esperanza!

Unidades atrincheradas y encerradas en un idioma extranjero; unidades clausuradas correspondientes a las secciones indígenas; unidades campesinas, de mente opaca, del solar interiorano: Estos son los del Tipo A. ¿Cuántos suman? Pueden ser trescientos mil, o trescientos cincuenta mil, o mucho más todavía. Pero ya en este número o en otros, ellos no captan la nación; ellos no son la nación. ¡Y en cuanto a ellos, nuestra nación, no es nación!

## **EL TIPO B**

Son aquellos que captan la nación, pero no la mantienen con agrado. Van ellos de la indiferencia hasta el rencor, y del rencor a la indiferencia. Y existen entre los indios ya letrados, que observan a la nación y la reciben en la mente, pero sólo para decirse “esto no es mío, porque es sólo de los blancos”, y experimentan a veces la amargura de su estable desamparo. Existen, los de este tipo, entre

los llamados criollos —jamaicanos— que ya hablan en español, y al captar a su nación, y querer entrar en ella, han sufrido la depresión —que observó el ya citado Jorge Westerman— por la repulsa panameña, despreciativamente concretada en el término “negros jamaicanos”, o en el vocablo de “chombos”. Son también del Tipo B, los hombres campesinos del interior de la República, que al mantener y fortalecer el inicial aprendizaje de la enseñanza primaria, han visto, con su mente y despierta, los cuadros de la nación, y han comprendido con dolor y protesta silenciosa, que esa nación no es de ellos o para ellos, porque han sido únicamente en su existencia obligada humildad para el patrón, recreo para los parásitos, ganancia del cantinero, amenaza del corregidor, granjería de los caciques, anónima unidad circunstancial inyectada con alcohol, para acercarse a las urnas. Son de ese Tipo B, los hombres de las ciudades panameñas que han captado a la nación, y comenzaron amándola, y han desgastado ese amor al mendigar desesperadamente año tras año, de puerta en puerta de oficina pública, o a la entrada de la casa del jefecillo político, una inclusión, siquiera transitoria, en las planillas del Gobierno. Están también, entre este núcleo, los que saben que existe la nación, pero saben igualmente que ellos tienen un valor intelectual y ético. Y al sentirse constantemente postergados por el núcleo nacional, se han enfrentado a esa nación que llevan en el cerebro, como ante un monstruo armado de injusticias. Y están, además, los que, al observar en varios lapsos los arreglos delictuosos realizados en mengua del Tesoro Público, si han entendido a la nación, la han entendido únicamente como una feria gitana. Y están igualmente todos los que nacieron sin hogar: los miles y miles de hombres panameños que viven esa tragedia. Conocen a la nación por labor fría del intelecto. Pero no la buscan jamás en lo íntimo afectivo. Y, al contrario, la rechazan como explicable reacción del pesar acumulado, o a modo de un desquite natural por su fracaso, al caminar hacia atrás en una búsqueda infructuosa de dos nombres misteriosos.

Porque precisa no olvidar que el sentir, o el amar a la nación, es consecuencia de un proceso de simpatías acumuladas. Lo agradable y lo desagradable son dos extremos entre los cuales se mueve el péndulo de la vida. Y cuando todo circunda al hombre de efectos desagradables; cuando esto— lo desagradable— es lo que el medio nacional impone al hombre con persistencia invencible, éste capta únicamente a ese medio nacional, o a esa nación, como el más débil capta la presencia del más fuerte que lo injuria con terquedad sistemática. Viene entonces la acumulación de antipatías por la nación. Viene entonces, con la antipatía, esa impotencia reprimida —podría decirse mordida— que Max Scheler determina, en su famoso “Re-

sentimiento en lo Moral”, como una de las causas o antecedentes del fatal resentimiento. Este se halla, precisamente, en el espíritu de muchos de esos panameños que captan a la nación, pero sólo para hacerse una cuenta rencorosa de las miserias y dolores que padecieron en su ambiente. Y si acaso se me da, para negar el fundamento a lo que podría denominarse “resentimiento urbano” un cuadro capitalino de avenidas, y de cines, y de sitios de paseo, yo contesto, para citar un solo dato, que en lo urbano de la República, y especialmente en Panamá y Colón, hay 43,409 viviendas de un sólo cuarto que sirve de dormitorio, comedor, sala, cocina, y en el cual se hacinan hombre y mujer, y tres, y cuatro y más hijos. Y si a la vez se me presenta, para negar su fundamento al “resentimiento rural”, las risueñas pinceladas del extraordinario panameño doctor Belisario Porras en su agradable “El Orejano”, y yo respondo que ello fue noble entusiasmo —sin rigores de epopeya— del generoso compatriota por dar color a lo terrígeno. Y añadido que en el metódico estudio de Ofelia Hooper, está la verdadera sombra espesa en que se incubaba, en nuestros montes, el natural resentimiento. Pues ese resentimiento es así natural —o es humano y explicable— en esos muchos que hoy lo llevan en las ciudades y los campos. No es el complejo resentimiento, casi patológico, que Gregorio Maraón ha examinado en Tiberio. No es tampoco el anormal resentimiento del que anhela fantásticas conquistas, y siente sorda hostilidad contra el medio que las niega. Esa perturbación, esa **anormalidad** del resentido panameño, es más bien normalidad, porque vosotros, y yo, y todos, absolutamente todos, la crearíamos en nosotros, si al ir llevando nuestra vida por los parajes nacionales, mientras andamos y andamos, encontramos continuamente, más que sorpresas amables, cerrazón en el horizonte y espinas en los caminos.

Y así, en este Tipo B, se encuentran todos —los de las ciudades y los montes— que captan intelectualmente a la nación, pero con una natural indiferencia: o los que captan a la nación, pero con un natural resentimiento. ¿Cuántos son? ¡Son muchos miles! Y ellos no son la nación: ¡y la nación, tampoco es ellos!

## EL TIPO C

**Panameños que captan a la nación, y la mantienen con afecto.** Sois vosotros, y soy yo. Son aquellos profesores, y maestros y profesionales, y estudiantes universitarios, y comerciantes e industriales que, al captar a la nación en una mente cultivada, la guardan con la memoria permanente de lo que ella les brindó, o con la lámpara votiva de su fe en lo que ella brindará mañana. Es el labriego mentalmente preparado para el cultivo moderno, que da a la nación, recibe de la nación —en ese fluente intercambio de la nación con el hom-

bre— cuando consigue crédito y semillas, y va ampliando su tierra, y calcula gratamente las lejanías nacionales tras su horizonte de mazorcas. Es también el aldeano plácido que labora diariamente, con ahorros para su bolsa, en su segura fábrica casera. Y al ir por esos caminos para vender sus productos, encuentra en cada nueva aldea de la República la grata repetición del escenario en que se forja su dicha. Y como no todos los trabajadores de las urbes panameñas, que captan a la nación, son torvos o indiferentes, el Tipo C se halla también en el garantizado obrero del comercio; en el permanente y bien pagado empleado de la fábrica; en el dueño del banco del mercado; en el plomero, el sastre, el zapatero, que, en esa “áurea medianía” ensalzada por Virgilio, abren, en las veladas del hogar, el periódico o la radio, y gozan cuando la nación advierte alguna buena perspectiva, y les duele su nación cuando ella sufre la inundación o la epidemia. Y pues no he dicho —ni podría decirlo— que absolutamente todos los indígenas o los criollos que han logrado entender a la nación la tienen con brusquedad o sin apego, el Tipo C, que muestra el laboratorio, cubre igualmente a ese llamado criollo y ese indio que, por motivos personales de su propia vida, sienten hacia ella el interés que la nación mostró por ellos. No expreso que el indio excepcional, el criollo excepcional, el maestro, el profesional, el comerciante, el industrial, el estudiante, el labrador, el artesano, que sienten favorablemente a la nación, experimentan esa complacencia porque ella les ha brindado un paraíso. El hombre ante la nación, ni exige ni podría exigir una continua felicidad paradisíaca. En la ya antes expresada oscilación entre lo agradable y lo desagradable, no hay una vida, no hay un medio nacional, en que el hombre no reciba su porción de desagrado. La simpatía por la nación que lleva al clima de lo afectivo permanente, solo exige que no haya ese desagrado persistente y circundante, bravío y ceñudo, en que la nación parece saborear la enemistad hacia el hombre, y el hombre paga con igual moneda. Y los hombres que están libres de ese cerco, y han recibido en el vivir, su razonable porción de paz y dicha, son los únicos hombres que, al captar a la nación, constituyen como fuerza armónica, como fluidos convergentes, como unidad en el espíritu sobre unidad en la tierra, la exclusiva realidad de la nación panameña. Pueden ser cincuenta mil, doscientos mil, trescientos mil o cuatrocientos mil, ante los 803.000 que en 1950 tenía y ante los 890.000 que en 1957 tiene nuestra República. Pero ellos, los del Tipo C, cualquiera sea su número, constituyen hoy la nación de una manera exclusiva.

### **NI AUDACIA, NI DESEO DE ORIGINALIDAD...**

¡Sí! Ni el Tipo A, ni el Tipo B son la nación, y ella es y está exclusivamente en este último Tipo C que realiza por sí solo, con prescin-

dencia de los otros, sobre la tierra panameña el “plebiscito constante” de que habló Ernesto Renán, ya citado por otro ángulo. Yo sé que mi teoría será atrevida para muchos, y constituirá para no pocos un escándalo. Pero advierto que no intento ser audaz ni original, sino solo presentar la realidad cuya honrada aceptación es primer requisito indispensable para orientarnos y salvarnos. Yo sé que se me dirá, con el afán de destruir mi tesis, tan contraria a la fácil y a la falsa presentación de una nación panameña retocada por la hipérbole: “Esta división de tres tipos diferentes es inexacta e inepta. Hay elementos panameños que no están en ningún tipo. Por ejemplo —se seguirá manifestando, siempre en ataque a mi tesis— el mercader que capta a la nación, que debería llevarla en sí con regocijo porque ha recibido de ella muchos bienes, y que sin embargo vendería en cualquier momento a esa nación por unos cuantos centavos, ese mercader no está ubicado en el Tipo A, ni en el B, ni en el C, de la tesis tripartita. Y el político vernáculo, habilitado y logrero, que tiene toda la sutileza espiritual para entender a la nación, que se ha aprovechado de ella día tras día, y que a pesar de todo ello solo contempla a esa nación como instrumento o pedestal para su propio beneficio, ese político gitano —se expresará igualmente en contra de mi tesis— tampoco puede ser catalogado en ninguno de los tipos presentados como síntesis del fenómeno relativo a la nación panameña”. Pero respondo a esas palabras: El mercader y el político de inteligencia clara y alma sórdida, deberían figurar en el Tipo C de los que captan a la nación y la mantienen con agrado. Pero ellos tienen la deformación moral de quien no sabe agradecer los favores recibidos, o del hijo que no reacciona frente al amor de un padre siempre desvelado por ayudarle y protegerle. Por ello tales especímenes no están en el Tipo C. Y por tal deformación se encuentran ellos en el B, o sea en el tipo de los hombres que captan a la nación porque tienen el talento para aprehenderla plenamente, pero no mantienen a la nación, no la sienten con halago, y experimentan hacia ella antipatía o indiferencia. Yo sé que se expresará también en otro aspecto de la crítica: “Pero esto de que hay seres que no captan a la nación, y también seres que la captan pero que nunca la acogen con tenencia cálida, esto pasa en todo el mundo y no tan solo en nuestro medio, y por tanto no debe preocuparnos”. Y yo contesto: Lo que suceda en otras latitudes nada resta a la trágica gravedad del problema panameño. “Mal de muchos consuelo de tontos”, expresa un sabio refrán que tendría exacta aplicación en la presente circunstancia. Y, además, cabe aclarar que la cuestión no está en que aquí, o allá, existan o no existan elementos del Tipo A, o del Tipo B, que resultan negativos para el todo nacional. La cuestión primordial consiste en si hay o no hay, en relación con ese todo na-

cional, un grande o un pequeño porcentaje de unidades humanas de Tipo A o de Tipo B, que no captan a la nación o que, captándola, no la aprehenden permanentemente y con afecto. Es asunto, pues, de números. Cuando esas unidades son escasas, no hay peligro. Y a medida que el número es mayor, el peligro va aumentando. En Inglaterra, en Francia, en Italia, en Norteamérica, hay sin duda algunas cuantas unidades que no entienden a la nación o que, luego de entenderla la contemplan con frialdad o la rechazan con violencia. Pero esas tales unidades son allá una inmensa minoría, frente a una vigorosa mayoría de Tipo C vinculada afectivamente a la nación, consustanciada con ella. Entre nosotros es distinto. Entre nosotros la notoria mayoría es del Tipo A y del Tipo B. y allí está, precisa-



Y, por último, como la nación está formada solo por el Tipo C, de hombres que la perciben y la sienten afectivamente, de allí que los empujes vigorosos, el aporte intelectual, la vigilancia constrictora hayan dado poco impulso a la acción de los Gobiernos.

### **TENEMOS QUE HACER NACION A QUIENES NO SON NACION...**

Y este último factor —el más trágico de todos— nos da la clave de lo que está frente a nosotros, en el problema estremecedor de una nación que es, y no es, o de una nación que es pero en islotes de espíritu. Pues quienes somos la nación, tenemos que hacer nación, a quienes no son nación. Y al expresar esta meta, no precisa ofrecer aquí recetas determinadas o fórmulas específicas de Gobierno. La solución de cada aspecto primordial sobre salud, sobre cultura, sobre progreso económico, sobre equilibrio social, sobre un orden político y jurídico, sobre todo lo que levante a todo panameño a una vida nacional de plenitud sin paréntesis, no cabe en muchas conferencias. Ni es necesario que quepa. Porque el urgentísimo deber de quienes contamos con la gracia y con la carga de constituir hoy nuestra nación, se compendia en lo ya dicho: a los que no son nación, hay que hacer que sean nación, o que la nación sea dentro de ellos. Lo cual exige que comencemos pronto a ser honorablemente cívicos, y dejemos nuestra práctica común de aprobar las actuaciones oficiales cuando el Gobierno es amigo nuestro, y de criticar y desalentar cuando él no es nuestro amigo. En esta situación que confrontamos sobre el reducido cuadro nacional, no podemos dedicarnos a ese jugar egoísta. Si la nación somos pocos en la unidad y la fuerza, hay que emplear aquella y ésta en empujar —no en insinuar— a los Gobiernos para que piensen en la nación, y actúen sin interrupciones en ensanchar la nación dentro del límite físico, como única garantía de eternidad del Estado. Ello ha de significar una actitud beligerante a través de los decenios. Los que tenemos la responsabilidad porque se capte a la nación, y se quiera a la nación, y ésta sea unidad de hombres de Panamá a Chiriquí, desde el Darién hasta Bocas, no debemos descansar, ni hoy, ni mañana, ni después, hasta que haya la plena incorporación de todos los panameños en la nación panameña. Actuar en plan de ir formando más nación, y por tanto más firmeza del Estado, y dejar como secundario lo que no sirva a ese plan: este ha de ser el pliego de exigencias ante todos los Gobiernos. ¡Frente a una ley que no refleje en beneficio de ese plan, nuestra palabra de alerta! ¡Frente a la acción gubernamental que no se vierta en la nación por anodina y efectista, nuestra protesta rotunda! ¡Frente al gasto innecesario, la repulsa necesaria! ¡Ante el programa nacional del auténtico estadista, el respaldo,

sin mezquindad, del ciudadano auténtico! ¡Ante el acto concreto y unánime! Y ello ha de ser así para que todos, el empresario y el obrero, el del campo y la ciudad, el blanco, el negro y el mestizo, el indígena guaymí y el criollo de Calidonia, reciban en su nación, y a través de su nación, una cuota sustantiva de paz, y de bienestar y de cultura, repartida con justicia. La justicia en sí misma es altamente meritoria: pero ella tiene, algunas veces, lo inasequible de las deidades abstractas. La justicia instalada en la nación, y repartida con la idea de que todos los hombres son de la nación, y todos tienen su derecho, es la justicia tangible y de eficacia práctica. Y todo esto que hay que hacer, debe hacerse sin una tregua si, además de que queremos afianzar la libertad, la democracia, la convivencia, la cultura, todo aquello que hemos visto que produce la nación, buscamos para nosotros y los nuestros una nación amplia y fuerte para un Estado amplio y fuerte, contra los golpes del destino en lo interior y lo externo. ¡Hoy, desde ahora! y no desde mañana, porque el destino puede echarse encima cualquier día y—lo mismo que Polonia—hay que estar listos a esperarlo. Aquello de la “cita con el destino”, es una frase de cartel. El destino jamás acepta citas, ni tampoco las concede, porque llega cuando quiere. ¡Que si llega contra nosotros algún día con intención aviesa y con el ceño adusto y ojalá nunca llegara!— no tengamos entonces el Tipo A, y el Tipo B, y el Tipo C, sino un solo hombre panameño, sentado sobre unidad de geografía, con la unidad de su espíritu. Y entonces a la pregunta “¿Panamá es una Nación?” podremos contestar concienzudamente, con júbilo y con orgullo: “Panamá era, en su elemento humano, una nación de retazos, o una nación parcial y trunca. Panamá ahora es la nación: ¡porque es la nación completa”.

16 de diciembre de 1956.

*Octavio Mendez Pereira:  
Idealismo Apóstolico y Acción Práctica*

Señor Rector de la Universidad de Panamá; Señora de Méndez Pereira y demás miembros de la familia Méndez; Señores Decanos, Profesores y estudiantes; Señoras y señores:

Méndez Pereira fue en su vida el equilibrio entre idealismo definido, de atinada ubicación y fórmulas adecuadas, y la creación tangible y práctica realizada para el hoy con urgencias palpitantes. Se pensará probablemente ante estos calificativos al idealismo de Méndez, que intento determinar la posición del panameño dentro de ese idealismo filosófico que transita de Platón a San Agustín, de Kant a Hegel, por dos mil quinientos años, entre variantes complejas. Pero yo no me refiero al idealismo filosófico. Menciono solo al idealismo de acepción corriente, que consiste en forjar y aconsejar proyectos redentores y en señalar, con índice de espíritu, la senda para conducir esos proyectos, y el tiempo de su futuro desarrollo en la nación o en el mundo. Y si pongo de relieve las condiciones específicas de Octavio Méndez Pereira en cuanto a planear, y predicar, y fijar rumbos, es ello así porque a veces —no pocas veces— ese idealismo soñador, pese a todas sus apariencias imantadas, está lejos de llenar fines salvadores por deficiencias genéticas.

**IDEALISTAS POR COMODIDAD O PASATIEMPO**

El urdidor de ideales colectivos corre el peligro de caer en lo que sería dable definir como una plácida comodidad. Porque el dejar que la mente vuele para forjar y sugerir lo que deben realizar en el mañana inmediato las generaciones todavía incipientes, y en el mañana mediano las otras generaciones no advenidas, sin que el mismo guía se obligue a comenzar ahora la obra, por compromiso inexora-

ble, con pacto de sudor y sacrificio, suele encerrar en sí mismo cierta grata facilidad auspiciadora de exageraciones ilímites. Si el apóstol no lo es de veras; si el ideal que se propugna no es como un desgarramiento del propio yo personal, que siente en su intimidad las injusticias, los vacíos, y los errores presentes, hay entonces una humana tentación para ir alegremente, fantaseando y fantaseando, en un inacabable delinear de perspectivas utópicas. Más todavía: Puede ser que, inicialmente, el creador y predicador de los ideales solo diga lo que brota directa y honestamente de su ser como un clamor imperativo. Pero bien se sabe que en psicología hay los “hábitos motores”. Y si no existen la vigilante responsabilidad, y el dominio de sí mismo para el freno oportuno, con frecuencia la creación de ideales convierte a algunos idealistas —sin que ellos mismos se percaten— en engranaje automático para la fábrica de sueños. Y el ideal cuantitativo y no cualitativo; el que viene de un cómodo ejercicio; el ideal hábito y fábrica, confunde con su cantidad y densidad, y desvía dañinamente por los errores de visión encerrados en el fárrago de proyecciones incoexas.

## IDEALISTAS POR VANIDAD

También puede acontecer —y acontece— que el fraguador de los ideales, además de sentirse cómodo en su faena exenta de fatigas, experimente halagos de grandeza en su misión apostólica. No es rara en la condición humana, la fruición por el papel de mesías. No es extraño que se goce orgullosamente en la actitud de un Moisés que lleva al pueblo a tierras de promisión, atravesando desiertos. Las estatuas de los grandes hombres no solo atraen por la figura que evocan y por el arte que ostentan. Ellas causan una especie de admiración respetuosa porque impresionan como signos de consagración y permanencia. Y no han faltado los hombres que han comenzado como sencillos sostenedores de sus ideales precisos, y van luego perturbándose vanidosamente, y parapetando luego su posición apostólica con nutrida sucesión de improvisaciones químéricas. Porque llegan a estimar su propio yo de guiadores como estatuas en formación que necesitan remate, y en las cuales se advierten ya la cabeza adivinadora, y los ojos oteadores, en un aseguramiento de la existencia sin término. “*¡Cherchez la femme!*”, suelen decir los franceses cuando los hombres caemos en actuaciones insólitas. “*¡Cherchez la vanité!*”, puede exclamarse algunas veces, cuando los idealistas se desbordan persistentemente sin atención a fronteras. Y quien predica ideales por vanidad, como el que los pregona por comodidad, no apunta casi nunca acertadamente hacia la tierra prometida. Corre el riesgo de que sucumban sus seguidores, de hambre y sed, entre idealismos desérticos.

## IDEALISTAS PARA LA DESTRUCCION EXAGERADA

Hay, además, idealistas que en la pasión que los enciende, en el afán de imponer sus sueños como una norma inequívoca, intentan prestar relieve a lo que según ellos debe ser, mediante una negación rotunda de todo lo que hoy es como reunión, aumento, y mejoramiento de lo que fue en el ayer. Se puede representar a estos apóstoles con su mano siniestra dirigida hacia el mañana en que radican su ideario, y con su diestra —la más apta— sobre el mango de enorme mazo metálico, para convertir en escombros las realidades circundantes. No consideran, no pueden considerar esos críticos integrales, lo que expresó Alexis Carrel en "La Conducta en la Vida": "El grupo social incluye no solamente a los vivos, sino también a los muertos: los muertos que nos rodean con su amor, su previsión, su pensamiento, y con frecuencia también con sus errores; los muertos sin cuyas casas que habitamos, sin cuyos campos que cultivamos, sin cuyos conocimientos que empleamos, y sin cuyas doctrinas y técnicas, solo seríamos unos bárbaros". Para esos apóstoles apasionados, es distinto. Para ellos la barbarie existe en lo que hicieron y nos legaron nuestros muertos, y en todo lo que añadimos los de ahora para aumentar esa herencia. Para hoy, el apocalipsis. Tras el completo cataclismo, vendrá el génesis de sus ideales apostólicos como una aurora inmortal. Y como el génesis ha de ser abarcador, porque el apocalipsis es total, sin que se salven una reputación, un valor, una estructura, ni un capitel, ni una piedra, entonces el apóstol se desboca en un conocimiento pedantesco sobre todos los problemas, con rápidas soluciones absolutas para salvar el porvenir. Así el apóstol desorienta. Así el apóstol engaña.

## IDEALISMO Y DEMAGOGIA

Y ello no es todo. Pues en cualquier apostolado hay una lógica inconformidad, aun cuando no sea ella la total e indeseable inconformidad iconoclasta de que he tratado en estos párrafos. Las eliminaciones y las creaciones que sugiere el guía apostólico para los días del futuro, implican una rebeldía correspondiente a realidades del hoy. El idealista más sereno y contenido, es un abierto o tácito rebelde en cuanto a la esfera en que concreta su tarea evangélica. Y siempre en el universo —y especialmente en el de hoy —el alma colectiva ha estado, y está impregnada por ansias insatisfechas, vale decir por rebeldías latentes, que han sido, serán, palancas para el avance social. De allí que la palabra del apóstol, al llegar hasta el campo humano pleno de gérmenes rebeldes, gane en tantas ocasiones un premio de simpatías. Si lo que el apóstol pide crear o cancelar en el futuro guarda directa relación de aspiraciones con el anhelo colectivo, desde las masas rebeldes va brotando, hacia el apóstol

rebelde, una creciente simpatía que se podría denominar de consanguinidad espiritual, en un símil comprensible. Si lo que el apóstol busca hacer, o transformar, no es de la misma esencia y orden de lo que sueña la colectividad en el momento preciso, desde las masas rebeldes hacia el apóstol rebelde aflora una simpatía de menor grado, pero siempre simpatía, que se podría denominar de afinidad espiritual, en la extensión de mi símil. Y cuando el apóstol que comenzó con prístinas intenciones de redimir por redimir, advierte esa simpatía, y la saborea golosamente, y capta en ella una gran fuerza —como lo es— aprovechable en su servicio, en ese apóstol, hasta entonces puro, puede surgir la tentación de valerse de esa fuerza como asidero político. No pocos han sucumbido en esa tentación del beneficio personal político, según relatos biográficos. Y apenas viene la caída, se comienza a preparar artificiosamente nuevos motivos apostólicos para afinazar y acrecentar el predominio personal surgente. Ya es la plena demagogia. Y el idealismo auténtico es lealtad: por su esencia, tiene que ser lealtad. La demagogia es traición, donde surja y como surja: y de modo particular, si está encubierta por una vieja y respetable túnica de apóstol.

### **MENDEZ PEREIRA FUE IDEALISTA PURO**

Méndez Pereira no fue así. No fue idealista por entretenerse alegremente en echar al espacio los ideales, como los niños que juegan con las burbujas polícromas. Su idealismo fue secuela de su conformación espiritual: quizás podría afirmarse que el idealismo le fue ingénito. Creyó en la cultura, sintió la cultura, vivió la cultura, murió pensando en la cultura. Y los ideales que predicó fueron como frondosas ramazones de esa cultura esencial, participante de su ser, que se extendían y se extendían en dirección al infinito. Por ello la vulgar comodidad y placidez de fabricar idealismo, fue en él algo muy distinto: necesidad, absoluta necesidad de exteriorizar sus ideales que presionaban en lo íntimo. Méndez Pereira silencioso, Méndez Pereira con mordaza, se habría asfixiado espiritualmente, o habría sentido, con dolor perenne, la trágica deformación de su personalidad y su vida. Méndez Pereira sin mordaza —como estuvo en todo tiempo— al hablar de sus ideales en la cátedra o la tribuna, en la academia o el congreso, en Panamá, Bogotá o Lima, ponía en sus frases, al impulso de esa necesidad inexorable, no solamente su cerebro sino también su sístole y su diástole, sus torrentes arteriales, la cordería de sus nervios, como si en él la exposición de ansias y consejos tuviera los caracteres de una función fisiológica. Y por no ser, como han sido otros, el alegre y entretenido productor de ideales en cantidad industrial; por haber circunscrito su misión de apóstol a solo aquello que era de él, y estaba en él, y amaba él con

fervor único, de allí que entre sus mensajes haya una convergencia o unidad troncal perfectas. De allí también que sus ideales no cunfundan ni desvíen, sino que sean hitos de luz en los caminos panameños.

### **NO QUISO APARECER COMO UN MESIANICO**

El no buscó ser un mesías; ni quiso ser un Moisés; ni pretendió ser una estatua erguida frente al horizonte. Y esa ausencia de vanidad en su labor apostólica, es una nueva explicación de por qué no se dedicó como otros, apresuradamente, a la citada fábrica industrial de ideales, desvinculados de la sustancia de su espíritu. Los escenarios habituales de sus reflexiones y sus prédicas —grupos de juventud, minorías de selección, profesores y maestros— indican, por su propia categoría, que él no calculó jamás aparecer ante la gran masa humana nacional como el enviado de Dios o el caudillo. Los temas, siempre restringidos, de sus admoniciones y consejos, más aún que el escenario, son también indicación de que él estuvo siempre lejos de la búsqueda de las aureolas mesiánicas. Jamás dio fórmulas económicas para aumentar los diferentes ramos de la riqueza nacional, y conseguir de tal manera, en el futuro, el bienestar mayoritario. Ni predicó reformas a nuestros métodos fiscales, para tener en el porvenir un erario fuerte y pródigo. Ni sugirió transformaciones técnicas en los órganos o funciones estatales, con la promesa de un mañana de perfecciones jurídicas. Presentó, sí, a esa cultura que fue su numen y su norte, como base fundamental indispensable para las próximas conquistas espirituales y morales, y aun de orden material, en la República y América. Y por ser él esa cultura una matriz eterna de valores, desprendió de ella, viendo hacia el mañana, su evangelio de amor y comprensión entre los hombres, arraigo para la nación, sostén para la libertad, resorte para la vida democrática, y guía para la juventud en su tránsito y sus éxitos.

Así exclamó tras la primera guerra universal, frente a la Europa desolada y al espíritu de los hombres intoxicados por el odio: “Solo la educación y el conocimiento mutuo, que crean la simpatía y el amor, pueden hacer el milagro de establecer la paz entre los hombres”.

Así dijo en “Panamá, País y Nación de Tránsito”: “Pocos países como el nuestro necesitan mantener encendido en la escuela un elevado y noble ideal de cultura, endilgado a formar la conciencia de los intereses y valores permanentes de la nacionalidad y de los bienes comunes de la humanidad: Lengua, religión, ciencia, arte y literatura”.

Y expresó el siete de noviembre de mil novecientos treinta y cinco, pensando en la personalidad y la libertad como esencias nacio-

nales: "En las naciones débiles y pequeñas como la nuestra, sobre las cuales se ciernen los nubarrones del imperialismo, cultura general, ciencia e investigación significan, más que en ninguna otra, autonomía, personalidad, y libertad efectiva".

Y advirtió a los universitarios que se graduaban en mil novecientos cincuenta y cuatro, refiriéndose a cómo debe ser la juventud armada de la cultura: "¡Una juventud que no esté minada por pasión crítica destructiva y negativa, ni por sometimiento servil a las dictaduras que envilecen; una juventud que está unida para crear, no para destruir; para avanzar y renovarse, no para sentarse en el camino y renunciar a la lucha; con la frente alta y el corazón más alto hacia el porvenir; no con la cabeza inclinada por el peso de los yugos o la nostalgia de las cadenas; una juventud, en fin, que tenga el impulso hacia arriba, desde donde se ven amplios los caminos de la libertad y, con ella, los del derecho y el deber y la justicia!".

### **NO FUE UN DESTRUCTOR POR METODO**

Si no fue apóstol por vanidad, o distracción agradable, tampoco se dedicó a arremeter con su verbo contra todo lo existente, para dar así mayor motivo y énfasis a sus planes del futuro. Seguramente él estimaba, con el investigador y pensador de Europa, que, desgraciadamente, "los medios de destrucción son muchos más numerosos que los medios para ayudar a la vida". Y atacó sin vacilaciones lo que, en su honrado juzgamiento, no era idóneo para auxiliar a la vida. Pero también exaltó justicieramente lo que, en el cuadro nacional, significaba para él un aporte de algún orden a nuestras fuerzas vitales. En mil novecientos quince, recién llegado de Chile, decía así sobre nuestra educación, sin mezquinos regateos: "Un país que se ha mostrado capaz de levantar su educación en el breve espacio de doce años, hasta el florecimiento actual, no puede ser acusado de retrógrado". En mil novecientos veinticuatro cuando, ya de Secretario de Instrucción Pública, envió a la Cámara Legislativa su primera Memoria sobre el Ramo, insistió en esa actitud noble y ecuánime de aceptar lo beneficioso realizado por los demás hasta entonces, para proporcionar consejos luminosos sobre lo que era necesario cancelar, o levantar, en el futuro educativo. Así fue en todo. Y lo fue, inclusive, cuando luego, al referirse a la nación que él soñaba sustentar sobre sillares de cultura, en vez de lanzarse, piqueta en mano, contra lo afirmativamente nacional que los demás acumularon, soltaba estas expresiones de valorización equitativa: "Si vivimos en la etapa de los errores o las vacilaciones — ¡quién no los tiene! — y atravesamos momentos de crisis, hemos dado ejemplo de que no hemos perdido nuestra fisonomía propia, ni el poder de resistencia, ni el sentido de cohesión nacional, ni la conciencia de nuestro destino en



el porvenir". Y es que él tenía una doble fe. Tenía una fe profunda en sus ideales. Y abrigaba también la fe en que ellos se impondrían en el país por su virtud intrínseca. Sabía él, con modesta convicción, que su antorcha de pensador se mantendría siempre encendida, despejando las cerrazones de los años, sin la necesidad de levantarla sobre montones de escombros.

## NO FUE APOSTOL PARA GANAR SIMPATIAS

Yo ignoro si Méndez Pereira aspiró al poder supremo. Pero, de todas maneras, ni cuando fundó un núcleo político, ni cuando su permanencia en el Gobierno lo vinculó directa o indirectamente a los afanes políticos, jamás puso en sus ideales ingredientes destinados a cautivar multitudes. Si yo sé, como ya he dicho, que los apóstoles, por ser rebeldes, despiertan la simpatía de numerosos rebeldes, con mucha mayor razón lo sabía él con su cerebro penetrante. Pero nunca insufló su prédica de rebeldías intencionales para afianzar, extender, o aumentar la simpatía popular. En la entraña de nuestros pueblos aún se guarda —consciente o inconscientemente— una porción de la vieja herencia del diez y ocho, de la libertad como fórmula exclusiva de redención para los hombres. Por ello la sabida exclamación de acento desesperado: "¡Oh santa libertad: cuántos crímenes se cometen en tu nombre!" Por ello dijo Marañón en un ensayo: "Vivimos todavía la etapa de los derechos, pero no de los deberes. Exaltamos la libertad, y nunca la obligación correspondiente". Pero Méndez Pereira no fue de los apóstoles que, saliéndose de su centro, se lanzan a la prédica sonora de la libertad sin contrapeso, para señuelo de intonsos. El, al contrario, dijo corajudamente, con la tácita renuncia a los aplausos fáciles: "El clima de toda actitud dirigente es también la responsabilidad, sin cuya conciencia la libertad se puede convertir en espada de dos filos o en patente de corso para fabricar reductos o torres egoístas y petulantes". Un hombre que hablaba así, no podía ser jamás el apóstol disminuido a demagogo. La demagogia esboza siempre paraísos inefables donde no hay responsabilidad, pues no hay en ellos preocupación ni sufrimiento.

Porque nunca, en la conexión de su bagaje espiritual con sus mensajes apostólicos, se separó del apotegma de Emerson según el cual "nuestros sueños son consecuencia de aquello que conocemos en estado de vigilia"; y porque su prédica le venía de adentro, como un impulso inevitable y un fuego inextinguible, su estilo —palabra y pluma— palpitaba y se encendía, con variante intensidad, en admirable relación con los motivos de su plática. Expresión verbal e idea, formaban en Méndez Pereira unidad inseparable. Y al evocar al Maestro en esta noche de recuerdos, aquella unidad tan suya —de

pensamiento y período— viene a nosotros, está entre todos nosotros, con milagrosa presencia. No es extraño que lo esté. Continuará estándolo en el tiempo....

## OBRA CREADORA Y MEDIO NACIONAL

Pero ya dije, al comenzar, que Octavio Méndez Pereira constituyó el equilibrio entre el que señala a los otros rumbos para hacer mañana, y el hacedor del presente. Y yo fui exacto. Porque ese evangelista fervoroso de los grandes valores del espíritu, constituyó un dínamo para la acción del momento, con el mérito excepcional de que esa actitud creadora surgió, y se mantuvo en él, a pesar de que en el medio nacional no hay toda la inspiración, o el acicate, o el tónico, para la forja permanente de construcciones inmediatas y de que, por lo común, los hombres —guías ven solo el hoy como un tránsito fugaz hacia el futuro a donde avientan sus sueños.

Y me explicaré sobre esa quizás parcial pero enervante ausencia de un ambiente colectivo inspirador para el hacer empeñoso. Y es que aquí, en nuestra nación, si se va con la corriente y no contra ella, con el hábito de los más —no hablo del hábito de todos— y no contra él, la postura natural conduce a realizar siempre lo mínimo, con un mínimo de preocupaciones y jadeos. No procedemos en exacta violación de la sentencia “no dejemos para mañana lo que podemos hacer hoy”. Pero hacemos hoy muy poco. Y también muy poco mañana. Y lo mismo al día siguiente. Y tenemos todavía, en muchas unidades nacionales, algo o bastante del musulmán que se instala resignadamente, o gratamente, en la puerta de su hogar, a ver pasar el destino.

Hay miles de hombres panameños cuya rutinaria producción no va nunca más allá de la propia subsistencia. Porque su anemia y su malaria, la ignorancia y la deficiencia de carácter trófico, los inhibe —sin su culpa— para ambiciones bullentes y producciones intensas.

Hay hombres bien equipados para la empresa industrial o mercantil que se reducen a actividades diminutas. Porque ignoran el goce varonil de dar un salto sobre vallas rutinarias. O porque temen imponerse a la quizás relativa realidad de que la generosidad del panameño se contradice a veces de manera extraña: mano abierta y fraternal para aquel que no vence a la miseria; garra cerrada, de enemigo, para quien doma a la miseria tras silenciosas jornadas de sacrificios heroicos.

Somos muchos los profesionales del bufete, de la clínica, de los laboratorios o los planos, que reducimos la tarea al horario inalterable. Sin que la lámpara nocturna, la cabeza que se inclina pensa-

tivamente, y el cuaderno en un trance de preñez sobre la mesa casera, converjan a la creación trascendental para el acervo panameño.

Son no pocos los que podrían dar, por su aptitud, una importante cuota de creación en las letras o en el arte. Y se reducen a decir: "Estoy pensando en un ensayo". O "quiero escribir ese poema". O "proyecto un óleo simbólico". Y nunca echan a la luz ni ensayo, ni óleo, ni poema. Pues se aplastan con la indiferencia general para las obras artísticas. Sin saborear el goce inigualable que la creación proporciona, aunque la gloria exterior venga tardía como lo dijo Víctor Hugo: "La gloria es el sol de los muertos..."

Y ha sabido, y hay todavía, no pocas figuras públicas que, al llegar a los cargos nacionales, circunscriben sus servicios a menesteres de fórmula. Pues dictan oficios en profusión sobre motivos baladíes; asisten con puntualidad a todas las ceremonias, y reciben visitas y más visitas, so pretexto de amplitudes democráticas. Pero ahí detienen su hacer, que no es hacer de alumbramiento. Y rehuyen las construcciones efectivas, rápidas sin precipitaciones, abarcadoras sin desvíos, que surgen como vigencia permanente, y dejan árboles y frutos, y cubren la ávida tierra nuestra como conquistas rematadas, y hacen correr a la nación hacia adelante y hacia arriba, sin consultar el calendario y al reloj, con esa alta y continua fiebre saludable que enciende, para la creación, a los grandes estadistas constructores.

## LA GRAN TAREA BIBLIOGRAFICA

Octavio Méndez Pereira —lo prueba su obra visible— no se plegó en ningún instante a la abstención infecunda. Comprendió que esa abstención de los demás, obliga al panameño constructor a triple actividad compensadora: A crear en la medida razonable de todo hombre laborioso. A crear de modo generosamente adicional para ofrecer, siquiera en parte, la cuota de quienes nada brindan al país como tarea de creación. Y a crear por la dedicación a proporcionar salvadora idoneidad, mediante alza de niveles, a aquella sección humana que no crea por falta de vitalidad para los ímpetus creadores. Tomó, de mozo, pala y azadón. Y los dejó solo en la hora en que su mano se abrió pálida por los rigores de la muerte.

Escribió y publicó, como obras vivas que cito sin engarce de materias y sin orden cronológico, sus ensayos sobre Bolívar; sobre Dante; sobre Leonardo de Vinci; su Gramática Elemental; sus Elementos de Educación Cívica; sus Memorias de Educación Pública; su Cervantes y el Quijote Apócrifo; sus Fuerzas de Unificación; sus Emociones y Evocaciones; su Historia de la Educación Pública en Panamá, su Historia de la Literatura Española; su Historia de Iberoamérica. Él estimaba que era hacer para la patria el agrandar,

a sus justas proporciones de símbolos o columnas nacionales, a las figuras panameñas escondidas en los recodos del pretérito. Lo sé porque, siendo yo mozo incipiente, me llamó —para mi asombro por ese escogimiento repentino— a su despacho de Educación Pública, para que me fuese a Colombia, a hurgar en los archivos bogotanos el pensamiento y la labor política de don Pablo Arosemena. Yo no pude aceptar —motivos íntimos— la estimulante oferta del compatriota que ya era, en relación conmigo, una cumbre nacional frente a un retazo de valle. Y nació, desde entonces, entre los dos, una amistad que sigue aún siendo para mí una lámpara votiva en la cual, con mi propia mano, vierto mi aceite para que ella constituya ahora una humilde contribución en su tumba iluminada. Pero lo importante es que, entonces, me dijo él como razón de su propuesta: “La nación, para serlo, necesita urgentemente la veneración general a sus valores representativos. Y precisa que traigamos a la superficie estos valores”. Ello explica por qué Octavio Méndez Pereira exaltó, con párrafos definitivos, a don Manuel José Hurtado en su prestancia de maestro insigne. Por qué, en su acción creadora permanente, rescató a Justo Arosemena de la admiración imprecisa y vacilante que le envolvía confusamente, para alumbrar con luz de inmortalidad la magnificencia de sus méritos. Y por qué, en el Tesoro del Dabaibe, fue trayéndonos, por las cuestas de la Historia, agarrados de la mano en su pasión amorosa, a Vasco Núñez de Balboa y a Anayansi, como síntesis de dos corrientes sanguíneas. Y en esas obras —en toda su obra bibliográfica— producía Méndez Pereira con una ilusión fresca y renovada, sin detenerse a examinar dubitativamente, al pasar de un libro a otro, si el país le había hecho ya, o le haría después, el merecido pago de laureles.

## **EL RECTOR Y EL SECRETARIO**

Como Rector del Instituto Nacional, su actuar prolífico fue igual al de Dexter y Moscote, en la difusión intelectual y en la mejora material, en las disciplinas pedagógicas, y en la amorosa y detallada vigilancia de ave mayor para el cuidado del nido. Como Secretario de Instrucción Pública, forjó planes y programas; dividió atinadamente la enseñanza elemental en la rural y urbana; celebró conferencias de Inspectores; adoptó textos escolares; dio existencia al “Día del Libro”; levantó casas para escuelas; aumentó notablemente la matrícula escolar y el número de profesores y maestros; hizo subir el presupuesto para la cultura nacional a porcentaje extraordinario; y, como él mismo lo declaró con expresión exacta, los rumbos que impartió a la educación “no fueron solo de conocimientos, sino también de adquisición de aptitudes”. El hombre de acción intrépida rompió entonces la tradición de mantener, en las dependencias

oficiales, subalternos anquilosados que se amparan en su vieja permanencia, como en una alegación de prescripción adquisitiva. La intrepidez buscó a la intrepidez para la colaboración en el servicio. Y al seleccionar, para su ayuda, a funcionarios ágiles, que supieran producir al ritmo a que él producía, siguió anticipadamente el apotegma feliz que Pierre Méndes-France insertó recientemente en sus reflexiones de político: "Gobernar, es escoger".

## **BRAZO Y ALMA DE LA UNIVERSIDAD**

Mas la creación de sus creaciones, fue la Universidad. Se le enfrentó, en masa ululante, el consorcio de inútiles o egoistas que temen a la cultura porque ella es encumbramiento y también desplazamiento. Y los cambió. ¡Y los venció!. Contó apenas con anualidades de veinte mil balboas —no podía ser suma mayor en ese mil novecientos treinta y cinco de Presupuesto reducido— y repitió el milagro bíblico de la multiplicación de los panes. No tenía suficientes profesores panameños. Y trajo, yo no sé cómo, una pléyade valiosa de catedráticos foráneos. Echó a andar la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas; la de Ciencias Sociales y Economía; la de Filosofía, Letras y Educación; la de Ciencias Naturales; la de Ingeniería y Agricultura; supliendo el oro que le faltaba con el hierro de la voluntad que poseía. Trazó, con J.D. Moscote, planes de estudios y programas cuyas líneas esenciales todavía perduran. Encontró que la Universidad padecía de asfixia física en la estrechez del Instituto. Y concibió, con su locura fértil, la ciudad universitaria que muchos denominaron "Fantasías de Méndez Pereira", con esa eterna ironía despreciativa de la mediocridad que no sabe hacer, frente a la superioridad que sabe y puede. Solicitando con virtuosa terquedad, tocando puertas y empujándolas si se negaban a abrirlas, fue consiguiendo los medios económicos para acoplar en este sitio edificios de estudios y administración, bibliotecas y laboratorios, muebles y vías, sin que nada se esquivase a ese portento de producciones taumatúrgicas. Si dio cuerpo material a la Universidad de Panamá, comprendió bien que ella no podía ser solo construcción, ni fríos programas académicos. E impulsó la ebullición; la difusión por ondas de amplitud creciente; la discusión atrevida de doctrinas, y el ahondamiento de problemas. Se percató de que la Universidad requiere, en lo espiritual, un engarce sistemático de variedad de objetos específicos. Y se consagró —léase a Alfredo Castillero C., brillante joven maduro, en su jugoso ensayo sobre el tema— a encauzar a la Universidad de Panamá hacia fines particulares convergentes, dirigidos a esa misión total que cumplen las universidades auténticas.

Pero no quedó satisfecho. Porque no se satisfacía nunca en hacer para la Universidad, o sea hacer para la República. Ideó la

Escuela de Medicina. Volvieron los retardatorios a entretejer sus alambradas de temores y prejuicios. Expresó Méndez Pereira textualmente en su discurso inaugural de aquella Escuela: "¡Yo dije que se abriría de todos modos!" Y se abrió, de todos modos, nuestra Escuela para médicos. Y sigue ella abierta y próspera, con la continuación indeclinable de los impulsos vitales que le infundió Méndez Pereira, como seguirán del mismo modo, por la virtud de esos impulsos, todas nuestras Facultades y nuestra Universidad de Panamá en su unidad espiritual, moral y física, como almacigo de cultura superior y torreón de vigilancia. Porque es característica de los creadores verdaderos que el aliento con que ellos crean siga después, por su vigor inicial, vivificando su creación, para su idoneidad y su vigencia eternas.

En él golpeaba la verdad de que el hombre "es homo faber, porque es homo sapiens". En él había el acicate de su propia creencia—expresada al referirse a la potencia creadora de la América del Norte— de que "no es la vida la que se hace por el pensamiento, sino el pensamiento el que debe adaptarse a la vida". Si en esa doble tarea continúa como apóstol y creador —tarea de vida y pensamiento— sufrió injurias y traiciones, nunca guardó rencores ni ejerció venganzas, no solamente porque en su alma, llena hasta el borde de bondad, no había espacio para el mal, sino también porque no tenía tiempo para odiar y realizar represalias quien se absorbió con vocación en la múltiple tarea conjunta del pensamiento y la vida. Prefería beneficiar a la juventud y a la República con el mensaje y la acción, que mantenerse en actitud guerrera frente a calumnias y acechanzas. Prefería allanar pacientemente el promontorio de interpretaciones malignas, a abrir zanjones de rencor para hundir a los adversarios. Yo estuve no pocas veces junto a él cuando, al recibir el golpe traicionero, se encrespaba y se agitaba, por ser él también de carne humana para tornar inmediatamente, como si nada hubiese acontecido, a la serenidad augusta de su ideal y al ritmo rápido de sus obras prácticas. Yo lo ví proyectando y construyendo, en horas de desajustes generales y contratiempos tormentosos, confiado y animoso como siempre, como si tuviese la persuasión de que las aguas tornan siempre a su nivel y vuelven a aparecer, tras la tragedia, los árboles que se plantaron esforzadamente, hundiendo bien las raíces, y las torres que se levantaron sabiamente sobre una base granítica. Y también lo pude ver cuando se fue un día de Panamá con su troja de ambiciones, por creciente constreñimiento de la política vernáculo; y regresó, ya canceladas las circunstancias adversas; y no se limitó, en ese retorno, a expresar en la Universidad el "como decíamos ayer" del episodio clásico, para exclamar con su actitud de estoico e invencible, "como decíamos, y como hacíamos ayer", y seguir diciendo y haciendo...

## EL ESPIRITU Y LA MUERTE

Una tarde del cincuenta y dos, en su casa del Valle de Antón, a la sombra de un pomarrosa secular que se extendía sobre el pequeño huerto, platicábamos él y yo, como tantas otras veces, sobre cosas nobles. Me refirió, en ese diálogo, que él tenía la costumbre de levantarse en plena noche, cuando en sus ratos de desvelo le irrumpía la fórmula de realización para una obras material, o alguna idea vertebral para su próximo discurso, y se iba apresuradamente hacia su mesa de trabajo para trazar una síntesis, y retornar a su lecho. El no sabía, ni presentía, en la noche de agosto trece de mil novecientos cincuenta y cuatro, que al día siguiente —el sábado en la mañana— vendría la muerte para cortar de súbito su cadena de acciones y pensamientos. Y me parece posible que, si se buscan en los últimos manuscritos de Octavio Méndez Pereira, se encuentre, entre aquellos papeles resguardados por manos femeninas amorosas, alguna hoja sobre la cual —en esa última noche del viernes trece— hubiese él esbozado a lápiz, con su invariable letra grande y clara, una doble anotación para una sentencia o parábola, y para una urgente mejora física en alguna de las secciones del Centro universitario. Esa pos-trera cuartilla, de tenerla aquí entre nosotros, sería, en sí misma, el más cabal y elocuente símbolo de lo que fue Méndez Pereira en su vivir, como apóstol y como forjador de creaciones inmediatas. A falta de esa página sugestiva, valga, pues, ante vosotros mi disertación sobre aquella equilibrada y asombrosa actividad que hubo en el hombre superior y múltiple. Ha existido exclusivamente el mérito de mi sinceridad, de una profunda y afectuosa sinceridad, al decirlo lo que he dicho de Octavio Méndez Pereira. Pero expresó el filósofo del Norte: “ ¡La palabra sincera, jamás fue del todo perdida!”

12 de Agosto de 1960.

## *La Bandera de la Patria: Compromiso Cívico...*

### **—DISCURSO EN EL CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE DON MANUEL AMADOR—**

Honorable Presidente del Consejo Municipal; Honorables  
Municipes; Distinguidos Miembros de la familia Amador;

Señores:

Celébrase hoy el centenario del natalicio de don Manuel E. Amador, un panameño preclaro, de concepciones felices y ejecuciones adecuadas, quien, plasmando en las interioridades de su espíritu y luego sobre una hoja de papel un magnífico símbolo dicente, nos entregó, con intención de eternidad, la bandera de la República.

Tener aquí presente ahora, en el recuerdo admirativo, a don Manuel Amador, es tener, por asociación clara y directa, a su creación majestuosa, o sea al emblema. Y el afianzar ahora en nuestras mentes la realidad, las formas, los colores de la enseña, es la manera natural y podría decirse lógica, de rendir nuestro tribuno al hacedor maritísimo. Y por ello, precisamente, yo quiero decir aquí ahora, en esta Casa Municipal ya prestigiada por la Historia, que ese legado que nos dio el ínclito Amador a los impulsos de inspiración trascendente, no debe seguir siendo únicamente, como lo ha sido hasta ahora de una manera general, elemento rutinario del desfile estudiantil; ornamento de fachada en el edificio nacional; prenda que va con la alegre cabalgata como elemento tradicional, vistosamente colorido, en los festejos colectivos. La enseña de nuestra patria puede ser, y ello se explica, acostumbrada nota de alegría o forma de solemnidad indispensable para los actos oficiales.



## UN SENTIDO HALAGADOR DE NUESTRO EMBLEMA

Pero la bandera de la patria no fue ideada por don Manuel Amador, el muy venerado artífice, especialmente para esos menesteres restringidos en que se hace necesario una nota de gravedad o un toque de lo risueño. Esa enseña nacional, con sus cuatro cuadriláteros y sus estrellas en azul y rojo, se identifica con la patria. La bandera va pasando por los espacios de la patria. Pero, ante todo, la patria está en esa bandera en la forma de una síntesis. Y por ser ello de tal suerte, debo expresar esta noche que la patria es halago y atractivo. Pero es también, y especialmente, compromiso cívico. La patria es el privilegio de poseer nuestro huerto y de andar cotidianamente por las veredas preferidas. Y de abrir nuestro suelo promisor con la ilusión de la cosecha. Y de ver, agradablemente, cómo corren las aguas espumantes por el riachuelo cercano a la heredad centenaria. Y de amar apasionadamente a la mujer preferida en la ciudad o el caserío lugareño. Y de ver amorosamente, con unos ojos de emoción, cómo va creciendo el hijo a la manera de la espiga recta. Y de tararear la canción vieja cuyos ecos se van perdiendo por nuestros ámbitos dilectos. Y de contemplar al árbol secular con cuyas ramas fue fabricada nuestra cuna. Y de observar también al otro árbol aquel, surgente apenas, que ofrecerá un día la madera para formar la cruz como un signo piadoso en nuestra tumba. Pero esto es lo sentimental y lo sencillo que hay en la patria representada en la bandera de don Manuel Amador, el panameño augusto. Esta es la patria de querencia tierna que cantó Ricardo Miró en aquellos sus perennes alejandrinos nostálgicos.

### LA PATRIA: IMPERATIVO CIVICO

Junto a esa patria delicada, y podría decirse sedante, o más bien quizás llamarse suave, existe el complemento inexorable de la patria dura o recia que necesita y que reclama. Y cuando flamea frente a nosotros la bandera que Amador nos entregó con una racha de inspiración que movió espíritu y mano, no está en ella solamente la generosa patria fácil sino también, en unidad, la que exige con exigencia perentoria. La patria da, pero ella pide. Y no ello en un sistema mercantil de trueque sórdido. Sino, por razón muy explicable, de compensaciones justicieras que podrían simplificarse en esta fórmula: "¡Para seguir dándote mi vida, yo, esta tu patria en que naciste, necesito imprescindiblemente que tú alientes y fortifiques a esa vida!". Y este último mensaje del emblema de Amador, que nos viene entre los pliegues y el ondear de nuestro lienzo desde hace más de seis decenios, es el que en nutridas ocasiones no hemos sabido recibir, o no hemos querido recibir, esquivándonos y escurriéndonos con gitanadas frecuentes.

La patria es suelo. Pero ante todo es hombres que moran sobre la costra de ese suelo. Es decir, que la patria es materia física, pero ante todo es espíritu. Y la actitud, más la aptitud, del espíritu de esos hijos de la patria, es lo que ofrece a ella su decoro; su prestigio; su progreso; su seguridad para evitar sacudimientos y caos, en cancelaciones abruptas. Y esto es lo que no hemos entendido, o no deseamos entender, o no podemos entender aún, los no pocos que contamos solo con la patria como elemento que nos fue donado para recreos y prebendas. En los primeros tiempos de República, había más comprensión de la verdad que es esa patria. Pero después, salvo en el caso de varones nobles y de lapsos gratos que se deben mencionar con honradez categórica, el recibir y el no entregar, el apropiarnos del goce con exclusión del sacrificio, han sido calladamente, para muchos, nuestro lema acomodaticio y nuestro porte funesto.

## AUSENCIA DE PLAN AUTENTICO

Pese a la preparación intelectual de no pocas unidades panameñas, raras veces nos hemos trazado un plan gubernamental abarcador, con un sistema de prioridades adecuadas que vayan desde el problema de más urgencia al que se puede postergar temporalmente. Un plan que vaya recorriendo intensamente de la ciudad a las aldeas. Un plan que sea preocupación en lo atinente a la salud del labrador y al mismo tiempo, al bienestar completo del obrero en las empresas de la industria. Un plan que corra sin ninguna intermitencia desde el relleno de la charca donde amenazan los insectos mensajeros de enfermedades trasmisibles, al sistema de regadío que infunda fertilidad, y dé el milagro de la siembra en pardas regiones secas. No hemos hecho labor para los más. Hemos tenido una cazuerra y egoísta reducción de números. No ha sido ello nota permanente. Pero sí ha sido, y bien se sabe, de una creciente frecuencia en la escuela, por ejemplo —y yo he sido Ministro de este ramo, y yo soy de los culpables— no hemos querido darnos cuenta de que la Educación es unidad eslabonada que parte severamente desde las aulas campesinas. Y de que sigue rigurosamente con una rígida y metódica enseñanza secundaria. Y se enlaza, armónicamente, con la Universidad, en que a lo especial de la profesión se adicionan, desde el humanismo progresivamente acumulado en los años de anterior aprendizaje, a la esmerada investigación nutricia de nuestro acervo cultural istmeño. He conocido, por rareza, en nuestros montes, algunos mozos con la práctica preparación indispensable para bregar victoriosamente por la vida. He tenido en la Universidad alumnos sobresalientes que son hoy prez de la República. Pero afirmo que, muchas veces, quienes se hallan en capacidad de reali-

zarlo, o podemos, como yo, proporcionar siquiera su modesto aporte para esa realización, no hemos fraguado aún totalmente en las escuelas nacionales al hombre en su plenitud, con la conciencia de su ser moral y su intangible dignidad, armado intelectualmente y con un sentido real para luchar en la existencia y ser aporte de creaciones redentoras, en vez de un desesperado, amargado y cabizbajo en su derrota y desaliento, frente a un muro de imposibles. Lo que digo no es una crítica a todo lo que se ha hecho en el pretérito. Lo que digo es la visión de mis ojos y mi espíritu retrospectivamente radicados sobre sección no pequeña en la extensión de lo que ha sido. Y he citado a la educación como un ejemplo, a manera de demostración de que hemos sido fragmentarios en la vida pública. Porque lanzarnos a lo angular es evitar el esfuerzo. E ir a retazos significa o incapacidad, o irresponsabilidad y pereza. Con una exagerada profusión de diplomas, y de fotografías sobre actos oficiales, disimulamos nuestra abulia frente a la obligación del actuar totalmente abarcador en beneficio público. Pero ni diplomas ni fotografías son en sí mismos, o por sí, exclusivamente, aportes a la patria panameña. Y ni en los unos ni en las otras hay un real homenaje a la bandera.

## EL DERROCHE

De mil novecientos tres hasta el presente presupuesto nacional ha sumado bastante más de mil millones de balboas. Y con el acervo económico de entidades estatales autónomas o semi-autónomas, el citado presupuesto asciende casi exactamente a dos mil millones líquidos. ¿Qué se hicieron los dos mil millones repartidos con desgüeño, cuando no ha sido con malicia? ¿Se ha construido para el país, se ha adelantado para este país, entre mano de obra y material y en los servicios públicos de resultados apreciables, lo concerniente a esa suma? No pocas veces las entradas correspondientes al erario público han sido manejadas con pulcritud absoluta y con felices aciertos. Más, pese a tales paréntesis habidos, de limpieza moral y de creación fecunda, yo expreso ante vosotros con vehemencia: Cuando pasa frente a nosotros la bandera que creó Manuel Amador con un impulso genial, no sigamos imaginando que ella nos dice cariñosamente: "¡Qué amor y qué gratitud siente para vosotros la patria que simbolizo!" Acercándonos a la realidad cruda y honesta, pensemos que la bandera nos expresa sin rodeos, con el ondear de su lienzo: "La patria ha sido defraudada. ¡Y yo lo expreso a nombre, de ella, por ser su síntesis y símbolo! Y como símbolo y síntesis os pregunto, ¡panameños!, si ese derroche, ya consciente o inconsciente, continuará como método!" Sí. Eso diría nuestra bandera en

severa interrogación y no con desbordes amables. No. No interpretemos habilidosamente su decir para nosotros de una manera distinta.

## LOS PARTIDOS POLITICOS

Ya he expresado, y es bien sabido, que la patria no es solo suelo sino también, y sobre todo, reunión de hombres asentados en sus predios. Tales hombres constituyen la gran familia de la patria. Y en la familia de la patria es imposible, humanamente, que existan unidad de pensamiento y sentimiento en lo social, en lo económico y político. Las diferentes inclinaciones sobre fórmulas gubernamentales para una patria dichosa, conducen a la creación espontánea y necesaria de los partidos nacionales, pues, siempre hay una diferencia: Los distintos programas como método para actuar desde el Gobierno en mayor beneficio de la patria, y hay también, al mismo tiempo, por razón lógica, una común vinculación pese a tales normales diferencias: El anhelo de cada núcleo en el acierto de gobernar con su programa propio para que esa patria, muy amada, sea más feliz y más próspera. Pero no habían pasado muchos años desde el surgir de la República cuando ya nuestros partidos comenzaron a iniciar combinaciones con intereses equívocos. Y vinieron entonces los partidos nuevos. Y se juntaron unos y otros por conveniencias del momento. Y hubo lapsos de separaciones y rupturas por razones secundarias. Y vinieron los juegos y rejuegos, hasta el punto de que ya hemos alcanzado, con el tiempo, más o menos a una docena de partidos en la política vernácula, cada cual con un nombre llamativo, cada uno con sus dueños, cada uno con una sigla debidamente estudiada para imprimirla en la memoria pública como una hábil propaganda. Esos partidos políticos —me refiero a muchos de esos que se han venido acumulando, multiplicando y transformando de manera rápida...

tancial que esos partidos de estas tierras, y de parte de Asia y de Africa, no han salido todavía de lo sombrío de la Prehistoria. Pero yo creo que los partidos panameños sí han salido de la torpeza prehistórica. Ellos han sido —no digo todos— unas cómodas y bien dotadas asociaciones de elementos perspicaces que forman combinaciones entre sí, para enfrentarse astutamente a similares combinaciones adversas. Cada conjunto, —ya lo he dicho en otra frase— ensaya por lo común llegar hasta la victoria sin una idea fundamental relacionada con la patria. Ha habido en esos partidos de tipo personalista, atomizados más y más según cada conveniencia, la creencia más o menos arraigada en no muy pocos de que la política es el arte de triunfar, y de que quien anda en tal empeño, puede ir saltando sin rubores todos los obstáculos ya sea el legal o ya el ético. El Istmo ha sido así una cancha en que los ojos penetrantes han escogido frecuentemente su boleto para apostar a aquel equino con mayor promesa de resultar el ganador en la carrera. Y así el proceso democrático en que la patria debe ser meta decisiva, se ha tornado en una escena jamelga. ¿Y esa patria? Esa patria ha sido un hipódromo para el torneo de los equinos. ¡Y la bandera nacional? ¡La bandera que trazó Amador en sus impulsos férvidos ha sido, en no escasas ocasiones, símbolo de ese hipódromo al cual hemos reducido indolentemente a la patria!

## UN CRISTIANISMO DE RENCORES

Nuestra nación fue católica, y lo sigue siendo aún. Pero ese catolicismo ha venido perdiendo más y más su pura esencia cristiana. Encendemos nuestros cirios en los altares de los templos. Y caminamos las procesiones por las calles y las plazas hasta llegar al cansancio por rendición de los músculos. Pero entre tanto en repetidas veces olvidamos al Señor del Tiberiades y del Sermón de la Montaña, y del Huerto de Getsemaní; y del Calvario que se erguía junto a los valles del Cedrón para perpetuarse luego como un signo de grandeza eterna en la mitad de los milenios. Y cumplimos el rito fácil y habitual dejando lo fundamental de la doctrina más severa y más profunda y más hermosa que se ha escuchado entre los hombres desde los tiempos del Génesis. Entre los signos de ese rito externo y ostentoso, odiamos sin misericordia, alimentamos resentimientos que ni fenecen ni declinan, con el esmero cariñoso con el cual mimamos a nuestras plantas predilectas. Y aguardamos, a largo plazo, con los dientes apretados y mirada torva, la ocasión de la venganza negra con una esperanza tóxica, irónicamente opuesta a la esperanza divina que predicaba el Mesías. Y así ese cristianismo fácil, distinto al del perdón y al del olvido que enseñaba el Galileo con su voz de dulcedumbre, ha venido con los años, haciendo más numerosas y

profundas las grietas sentimentales de la patria istmeña. Dentro de unos cuantos meses, al llegar las fiestas patrias para los días de Noviembre se harán los clásicos paseos con la bandera que trazó Amador como un hermoso brote férvido. Y cuando ella venga pasando, nosotros, los de esos odios cavernarios; nosotros estos cristianos que arrojaríamos a Jesús, si él viniera a nuestra tierra, como se arroja a inoportuno maníaco, doblegaremos la cabeza frente a esa nuestra bandera traicionada con frecuencia diciéndonos a nosotros mismos como en fórmula vacía: "¡Ya me incliné repetuosamente ante la enseña nacional que iba flontando por las vías. Ya cumplí con mi deber de panameño!". ¡Y seguiremos, no pocos, con el odio bárbaro. Y formaremos nuevas grietas anchurosas, aun cuando la patria se desmorone con estruendosa catástrofe y se hunda en ella nuestro emblema!

### **DISMINUCION Y DEFORMACION DE LOS VALORES HUMANOS**

Al pasar de los decenios y cada vez acentuando el mal, hemos venido confundiendo, o reemplazando, las escalas de los valores humanos. A la arrogancia del ignorante la denominan coraje. La picardía resulta hoy habilidad admirable. Pensamos —y lo pensamos no pocos— que la honradez consiste exclusivamente en no ponerse una máscara en las noches y en no abrir puertas ajenas con ganzúa. Y ya hemos olvidado muchas veces que la honradez total auténtica encierra múltiples facetas que van desde la lealtad a toda prueba hasta el cumplimiento inexorable de la palabra empeñada. Con una lamentable cobardía practicamos en precavido cuchicheo, cerca al hombre poderoso, la crítica del "sotto voce", para abrazar sonreídamente, a los minutos, a ese mismo potentado si él se acerca a nuestro círculo con su atuendo inconfundible dispensador de favores. Para muchos la política —ya lo he dicho en otros términos— es un afán de trastienda. Y no pocos, en lo oficial, nos doblegamos con servilismo repugnante ante el sol que está naciendo, y volvemos después tranquilamente las espaldas para siempre, cuando declina ese sol. Cuando antes desempeñar un cargo público significaba en nuestro medio nacional obligación insoslayable ante la patria y la conciencia, desde una época a esta parte —insisto en que hay no pocas excepciones— ese puesto oficial es un filón para tornarse rico en unos días con una especie de ambición desesperada y enferma. Pues ya no importa para nada el perder un nombre limpio si adquirimos, como pago, una hermosa mansión soberbia en que luego recibiremos la admiración comunal. Y para ser un personaje, con derecho a los tributos del respeto ilímite, muchos tenemos como medida pobremente peculiar algún carruaje de último modelo y de paño

inglés originado en los talleres de Manchester. La sencillez de exposición es ausencia de saber. Y la petulancia en la expresión tiene carácter científico. La polémica elevada es producto fastidioso de contendores sin ímpetus. Y los insultos soeces, y hasta de frases hilvanadas sin reglas gramaticales, tiene hoy, para cierto público sediento de truculencias, las condiciones de una atractiva lucha varonil. La caballerosidad indeclinable que practicaban antes los abuelos, se ha tornado, más y más, en cuantía de la ganancia adquirida. Abrigamos la malicia de que todas las cartas del jugar están marcadas, y nuestros dados cargados. Se ha destrozado mucho la confianza mutua, y se empieza tristemente a no creer en nada ni en nadie. La cuestión, para no pocos, es de hacer dinero y más dinero como meta exclusiva de la vida. Para muchos, el brillo de las monedas se confunde con el brillo de la gloria ilustre. Y todo ello significa el comienzo del derrumbe de los valores espirituales que han hecho fuertes a las patrias a través de las centurias. Nuestra bandera tiene un asta. El asta se apoya siempre en un firme pedestal que, mucho más que de mármol, ha de estar constituido por el espíritu social. Pero, pobre bandera istmeña, ésta que hizo Manuel Amador con un destino manifiesto de firmeza y afianzamiento permanentes! ¡No puede haber afianzamiento para el asta del emblema nacional, porque estamos en la pronunciada iniciación de una triste decadencia en el espíritu común, sano y fecundo, que ha de servir de pedestal!

### LA NINEZ Y LA ESPERANZA

En los niños están las esperanzas patrias. Están ellas en los hogares en que surgen los retoños de los cuales deberíamos aguardar esperanzados el reemplazo halagador de las actuales generaciones que declinan. Pero el ser que va abriendo su espíritu incipiente a los cuadros de la vida es un constante receptor que almacena en las honduras inconscientes las realidades circundantes. El ámbito hogareño entra en el niño. El párvulo, al parecer despreocupado, va absorbiendo insensiblemente lo que ve, lo que siente, lo que escucha entre los suyos, desde el nacer de las auroras hasta que en las primeras horas de la noche se echa al descanso de su cuna. Y cuando en la tónica familiar, como suele suceder ya con bastante frecuencia entre nosotros, está imperando diariamente la imagen groseramente inmoral del superhombre de Nietzsche, según la cual el aplastar y seguir hacia adelante sin detenerse ante ningún obstáculo es la fórmula completa para la vida perfecta, en aquel niño risueño, con el rostro de ángel, se está incubando peligrosamente el futuro ciudadano sin escrúpulos, para quien la talega rebosante de oro, venga el metal de donde venga, es el único sentido de la existencia humana y el exclusivo signo de victoria. Posiblemente ese infante esté inclinado, casualmente, sobre

un trozo de papel, con una caja de lápices, dibujando risueñamente con su manecilla aún temblorosa, los cuadros y los luceros de la bandera panameña. Pero mientras él acá en el exterior está trazando nuestro emblema, adentro, entre los repliegues del alma aún en formación, se está engendrando lentamente el deformado ser espiritual que después constituirá otro elemento disolvente para la patria del mañana. Quien no quiera aceptar tal realidad, que es un retazo acrecentado poco a poco en los años en el devenir de la República, o está flotando en una nube o, mucho peor aún, está ya él personalmente sumergido en ese mismo tremedal que hemos venido formando lentamente en nuestra patria con nuestras repetidas actitudes ya torpes, ya desidiosas, ya un poco ajenas al escrúpulo.

## EL RETORNO

¿Por qué hablo así en esta forma? Porque los tiempos que han sucedido poco a poco por un período acentuado no inspiran un alegre canto a la bandera, sino una voz de contrición. ¿Critico con la pasión del amargado? Yo no soy un margado, porque mucho me ha dado y me sigue dando mi país, que nada me ha debido nunca, y sin embargo me ha sido fuente de inmerecida distinción continua. No soy tampoco un predicador. No constituyo un ejemplo. No tengo misión de apóstol. Soy solamente un panameño que al recordar en estas horas especiales a don Manuel E. Amador, el autor de la bandera, se siente en el deber de repetir a tono recio, que repercuta en la República el clásico grito de Hamlet sobre las losas de Elsinor: "¡Ser o no ser es la cuestión!". Una vez fuimos. Una vez vivíamos todos llenos de esperanzas. Una vez en nuestra patria había un risueño porvenir. Y la mejor pleitesía a don Manuel Amadro está, más que en el elogio a su obra de unas formas inmortales, en el propósito formal, al cual yo invito, de que un espíritu limpio sea nuestro próximo rumbo; de que dejemos rencores por una sólida unión de los hombres de alma recta que existen en nuestra tierra; de que borremos



mano a esas reservas de una manera total con toda fe, sin vacilación y sin tardanzas. Y cuando llegue ese día —día que yo aguardo esperanzado— de la rectificación total, definitiva, se efectuará milagrosamente otro homenaje como una prolongación del de esta noche memorable. Pues, entonces, esa bandera panameña que en el ilustre compatriota fue creación y fue pasión, se agitará graciosamente en las ciudades y en los campos, en las avenidas y las rúas, en las llanuras y en las cumbres, orgullosa de ser el símbolo perfecto de una pujante y renaciente fuerza creadora nacional. Y podremos manifestar en ese día jocundamente: ¡Cumplimos ya con la República. Hemos cumplido con Manuel E. Amador, en forma plena. ¡Hemos honrado a este emblema de la patria en un completo cumplimiento de un muy sagrado y muy gozoso compromiso cívico...!”

25 de Marzo de 1969

Alfaro...

(Elaboración de José María Alfaro - Segunda I. Alfaro)

calleja secundaria, se halla surgiendo de una testa en anonimia la última escuela filosófica. Tal vez la transformadora técnica genial se está ahora completando, frente a una taza de café, en cafetería común de las riberas del Michigan, y no por una compulsión de Instituto Tecnológico. Y hasta quizás tras barrotes de Jarkov, o de Nanking, el poema definitivo de amor humano y alegría, y libertad y fe, se está revelando al mundo, en el minuto, con una estrofa muy rotunda de silencio en cárcel. Siempre, así, la imponente realidad del pensamiento señorial. Y siempre también allí el modo fraseológico igualmente parejo en este forjador o en este otro, para servir a su señor con una servidumbre noble.

## DIVERSIDAD EN LA UNIDAD

Pero nada de ello —y me refiero ahora sobre todo al sesgo de las frases— impide calificar de excelsitud a la multiplicidad en la expresión, dentro de un solo hombre. De suerte que los modos sean submodos, o el estilo se haga sub-estilos, en armonía no con el ambiente exógeno —y vuelvo a Taine— sino con el embrión interno, ya aspirante a ser el polen. Esa vinculación de ideas de un hacedor con variedad de lineamientos externos, sin que éstos pierdan por ello el signo personal, y se podría decir idiosincrático, significa, o es, un privilegio para una mano que escribe. San Agustín —tan elogiado por Moscote en un ensayo permanente— lleva en sus Confesiones, hasta el léxico, al pecado mortal ya hecho rescoldo. Pero en la Ciudad de Dios, frente a Roma destrozada y humanidad desorientada, lo arquitectónico de San Agustín, auxiliando a la sustancia, va estilizándose hasta lo alto celestial. Y ahora es índice. Rousseau, en su Nueva Eloísa, hace con la expresión mucho esfuerzo de ternezas. Y Rousseau, en el Contrato Social, es lenguaje de amplitud para los hombres que todavía andan por allí, deambulando prístinos. Pero allí, en esa elaboración, cuando él se va acercando al Pacto unánime, se hace, y sobre todo en su final, casi como árida demostración de la verdad buscada en el teorema matemático.

Leí a Poncio Pilato, del actual Roger Callois, el de la audacia psicológica. Cuando allí Judas Iscariote grita al funcionario que él —Judas— traicionó a Jesús de Galilea como un virtuoso y obediente cumplidor de los destinos humanos, allí el estilo de Callois merece el calificativo de idóneamente brutal. Mas el lenguaje se hace fascinante, y casi fantasmagórico, cuando Pilato va de noche, muy nervioso y en consulta, hacia Marduck, el adivino de Caldea. Pues mientras Marduck está profetizando cosas estupendas, y van entre las sombras del jardín, como secuelas del misterio, las luces verdes y errátiles, aquí lo literario de Callois tiene también un misterioso juego de luciérnagas. Y yo leí también al “Cuarteto de Alejandría”, del con-

temporáneo inglés Lawrence Durrell, gracias a Elsie Alvarado de Ricord, mentora eficazísima. Y, por los cuatro volúmenes, el fondo de la creación va hacia la redondez del mundo, por destino. Pero al mismo tiempo lo exterior, o sea lo gráfico, pese a una variedad acompañada a la temática variante, se vuelve una concentración para irse con lo multiforme espiritual de Lawrence Durrell a ese destino orbicular.

## **ARBOL Y RIO**

Vargas Llosa no es, en redacción de la Ciudad y los Perros, exactamente igual al de Diálogo en la Catedral, aquí de plática compleja. Pero siempre es Mario Vargas Llosa. Siempre es único. Jorge Luis Borges, como en Aleph es fantasía, y a pedazos hasta es mitología, vuela él en el idioma. Y ese Borges, por la clase del pensar en "Historia de la Eternidad", se acerca allí con remansada voz hacia lo eterno, y murmurando: "La eternidad: un juego. O una esperanza fatigada". Mas, ya en Aleph o en Eternidad, siempre allí el ciego alumbrante. Y todo ello de escritores con sub-estilos o sub-modos, sin perder carácter gráfico, es como lo troncal que estalla en ramas cortas, largas, y retorcidas o rectas. Y, sin embargo, es siempre el árbol. O como el río aquel, de velocidad que pasa a lentitud, de remolino tornado en agua resignada, de corriente con regularidad, de golpe contra el pedrejón con mucha rabia de espuma. Y sobre todo lo versátil, allí el río eterno. Río. Arbol y río. Y ello es Alfaro.

## **ARBOL Y RIO EN RICARDO ALFARO**

Este Ricardo J. Alfaro, con el entusiasmo del instante, es, refiriéndose a Bolívar, de la tonalidad enérgica siguiente: "Juega el Libertador con el destino, por el tablero gigantesco de la América, la colosal partida de ajedrez, donde la pieza que se mueve es la batalla que se libra, y la región que cambia de dominio". Escribe con Arosemena y Chiari en La Palabra —periódico no igualado todavía en nuestras polémicas— y su escribir es una punta que rasga la profundidad, mas sin derrames de sangre. Habla frente al monumento de don Pablo Arosemena, por el Palacio de Justicia —yo estoy allí, físicamente junto a él, para seguirle inmediatamente como su acólito en el verbo— y aquí tiene él, sin intención, el mismo estilo solar de aquel tribuno istmeño— colombiano, cooperador, en rutilancia de relámpago, para una época histórica.

En su exposición sobre su nueva exerta procesal, se abre la fraseología con suficiente anchura para que se pueda observar bien el pálpito jurídico. Sus mensajes presidenciales enseñan el por qué y el cómo un idioma de majestad no exagerada, porque hay allí —como siempre en Ricardo Alfaro— ese sentido de proporción, de relati-

dad, de comparación y de límite que sólo el hombre de talento tiene y ejercita. Sus esbozos biográficos suben la expresión cuando la idea realza al mérito. Sus alegatos y dictámenes jurídicos son el examen en que las frases van corriendo con el método creativo. Nunca, en aquello, esa coraza de lenguaje abstruso mediante la cual la mediocridad, en la pelea de leyes, y además en otras, intenta una protección a su ignorancia con miedo.

Está en su prólogo a la ley institucional número nueve, y año diez y siete —repetida después en otra igual— y allí lo fraseológico va atemperándose a una didáctica muy propia para que la receptividad del futuro aplicador se haga más fácil. Y como ahora está en su Vida de Tomás Herrera, entra a Ayacucho. Y en Ayacucho, cuando el Coronel José María de Córdoba “tan bravo como Leonidas y hermoso como Alcibíades” —escribe nuestro escritor— lanza a las tropas y a los tiempos el “armas a discreción, y paso de vencedores”, entonces este Ricardo J. Alfaro va casi hasta el frenesí. Con un bello desorden de los períodos en combate. Casi rompiendo las continencias idiomáticas, como se va rompiendo, en esta máxima batalla, a las banderas españolas. Trascendental en frase y en párrafo, como este encuentro bélico es trascendental para una América libre.

Cuidadoso hasta en el último vocablo de sus decires académicos. Sistemático en la búsqueda de la etiología del anglicismo. De magnanimidad y austeridad equilibradas, en su redactar de prólogos para volúmenes ajenos. Idóneo en términos de pluma, para el esquema biográfico. Y, sin embargo, no está agotado él todavía en esta multiplicidad de rasgos en el léxico. Porque de pronto irrumpe, con una prosa cantadora, para la presentación de nuestros frutos agrícolas, o del trópico. Y mientras se va pasando sobre letras, éstas llegan a ser como bateas autóctonas pulidas, para guayaba semiblanda todavía, y pintona. Para naranja del Boquete o Santa Fe. Para fresa terrígena, dulce o agridulce, grande y pulposa. Y ya, ahora sí. Ya observadas en su conjunto las sub-maneras de los trazos negros en las hojas, se impone al observador la sensación de un sortilegio. Mago, ese Alfaro. Mago que de una pluma hace bandera. De página de periódico, figura de ámbar. De esta otra redacción, martillo. De esta reunión de unos vocablos, broche de esmeraldas. Y al echarse él completamente hacia lo lírico, va de arpa tensa a vaso de Murano. En seguida, a ola del mar. De allí, a la orquídea. Y con mucha prontitud, la estrella cambia en paloma.

## ALFARO EN SU DIMENSION

Esta Academia de la Lengua es magna. Pero el existir completo de Ricardo Alfaro, largo y anchuroso, pletórico y desbordado del

anhelo inquieto y del realizar de tal anhelo, cubre y rebasa las magnitudes académicas. Por lo cual no se puede ni se debe contemplar a Alfaro únicamente aquí en este recinto, tan amado porque hay en él mucha ilusión de nuestras almas, y tan sagrado porque en la patria es tabernáculo. Sino también en toda la capacidad de un ser humano extraordinario que tuvo en sí, o que desbrozó, muchísimos kilómetros de horizontes amplios. Y para esa observación del hombre en su integridad, hay que ir recorriendo y observando la extensión vital del ser bajo el examen. Y hay, sobre todo, que sumergirse en la época, que respirar y aspirar su atmósfera, alumbrarse con su luz, adivinar en sus sombras. Es decir, que la clave del intérprete de ahora, no puede ser el escenario actual, sino aquel en que el humano va caminando su vida.

José Ortega y Gasset es acertador en cuanto a ambas condiciones de medición y sumersión cuando, en su "Interpretación de la Historia Universal", critica él a Harold Toynbee en relación con sus volúmenes "Estudios de la Historia". Pues este Toynbee —dice el español— va examinando pueblos y seres del ayer con un criterio greco-inglés intolerante, de índole Oxford. Y en cambio nuestro Diógenes de la Rosa —cuantiosa cifra panameña— no empieza a mediar a Alfaro con mediciones del sesenta y cinco, sino del año tres más aledaños. Es cuando la República en surgencia tiene todavía, por un decenio y medio aproximadamente, no muy poco de nadir, y escasas perspectivas de zenit. Se empiezan a abrir entonces las escuelas por urbe y monte. Pero la tónica nativa dominante no es de cátedra, ni de ambición de cátedra. La inclinación bastante general en eso primigenio, en que Tío Sam es todavía para nosotros Padre Sam, resulta paz, seguridad, comodidad, gustosamente novísimas. Corre el oro y corre el vino de orígenes canaleros, con una temporalidad que la ilusión eterniza. El regocijo es capitosa música nocturna. Y nuestros mozos panameños, confusos en el viaje comercial desde París, o Viena, o Estambul, cree encontrar en brazos de mujer hechos círculos mecánicos, nimbo de gloria máxima para hombre.

## SON LOS SURGENTES

Mas dentro de esa dejadez, o ser trivial, van irrumpiendo, con acervo aún reducido, Eduardo Chiari, Demóstenes Arosemena, Guillermo Andreve, Carlos L. López, Jephtha Duncan, Méndez Pereira, Catalino Arrocha, y Harmodio Arias, y Daniel Crespo, y Fermín Nodau, y otros análogos. Y entre todos ellos, en promesa y calidad, sobresaliente Alfaro. Van esos jóvenes, contra superficialidad y liviandad, heroicamente tozudos. Pisan la fiesta. Y rompen círculos ornados con farolillos polícromos. Parecen haber oído a Waldo

paseo no gana batallas". Al mismo José Martí con lo de "la tierra es de los nerviosos". Y quizás han escuchado a aquel Walt Whitman norteamericano, creo que en una de sus estrofas clásicas de "Hojas de Hier-

titud al cumplimiento del fallo definitivo. Interviene en el nuevo Código Civil, y dedica decisiva insinuación a la transformación audaz de nuestro Derecho Positivo Interno. Cuando Belisario Porras —la gran visión en gran acción— cancela desaliños heredados, y hace un Registro Público ejemplar por el sistema Torrens o australiano, allí Ricardo J. Alfaro con sus decretos idóneos, completa la obra registral arquitectónica y ajusta, y no muy poco, al mecanismo. Cuando el ejército norteamericano invade a Chiriquí —protección al terrateniente William Chase, por encima de la dignidad de una nación— las resonancias de Ricardo J. Alfaro quizás no conmueven la indolencia del Estado transgresor. Pero allí quedan, endureciéndose esas frases, y volviéndose unas piedras para el arsenal de la República. Jamás se detiene Alfaro en escalón, a descansar. Porque en Alfaro, descansar, es causa de cansancio.

Por su actuación en Asambleas Americanas, puede decirse, acerca de él, aquello sobre Pericles: “La verdad mora siempre entre sus labios”. En la preparación del Tratado General del treinta y seis —todavía leo con frecuencia los cuatro volúmenes de actas como a lecciones de dialéctica— Ricardo Alfaro, frente a Merrell, Castle, Hackworth, Dugan, Summer Welles y Cordell Hull, es defensivo, y agresivo, y sorpresivo. Un español y un autóctono. Con la armadura, o con la desnudez del torso. El arcabuz. Y la flecha.

En Ministerios, ya de Gobierno o ya de Relaciones, es decisión, no distracción para visitas inútiles. Con Eduardo Chiari y J. D. Moscote hace el anteproyecto para la nueva Carta básica, por un término no escaso. Son allí ellos, Licurgos en la austeridad; Solones en la tendencia democrática; Hans Kelsen, contemporáneo, de Austria, para engarzar la libertad con el sentido social, y para un muy real y muy efectivo Estado de Derecho. Ya después, en la Asamblea Constituyente del año cuarenta y cinco al año cuarenta y seis, Diógenes de la Rosa, Gil Blas Tejeira, José Dominador Bazán, Gaspar y Harmodio Arosemena, Domingo Turner —mucho más éste un Consejero que un Secretario General— y otros así, frente a aquel anteproyecto, atacan algunas veces, con una antítesis, para transitar así por el proceso intelectual que preconiza Jorge Guillermo Federico Hegel. Pero este Ricardo J. Alfaro, con esos otros dos juristas sabios, ha sido tesis para después de antítesis alcanza a síntesis. O como el principio. O el sillar. O como la cantera.

Tribunal de La Haya, Suiza, año sesenta más o menos. Y los fallos del Juzgador Ricardo Alfaro repercuten, más que por jurisdicción mundial, por valor intrínseco. Con anterioridad es San Francisco, mil novecientos cuarenta y cinco. Y es París, mil novecientos cuarenta y ocho. Y llega a San Francisco y a París la voz de Ricardo



Alfaro, defensor de los Derechos Humanos — ¡y qué bien Humberto Ricord ahonda en ello! — frente a un mundo aún bárbaro que desplaza dizque despreciativamente al Superhombre aquel de Federico Nietzsche, para entonces implantar allí, impávidamente, a nuevos Superhombres.

Y con más anterioridad Ricardo J. Alfaro crea, muy arrojadamente original, la institución de un Fideicomiso muy personal y panameño, y diferente del anglosajón y el de Roma. Lo adoptan Puerto Rico y México. Lo da al público, relevantemente, en libro, G. Hanse Voelkel, de la Corporación Legal de Nueva York. Sigue ese Fideicomiso Alfaro y nacional hasta el Instituto de Derecho Comparado, de Estraburgo, en Francia. Y allí, en el laboratorio y en la cátedra, lo muy desarrollado dentro de un país sub-desarrollado, gana el asombro.

### DESORDEN CASI LIBERINTICO

Pero he aquí que este Ricardo Alfaro, cuyo hacer corresponde a unas muy diferentes proyecciones del poder intelectual centrífugo, llega hasta parecer como un desorden, o un laberinto. Tal como sucede cuando por Washington —y Washington es Roma, con sus porciones de Atenas— se suscita, entre selectos del espíritu, discusión sobre una cristalería en exhibición abierta. Sigue y sigue la fina disparidad, ya ahora pública. Hasta cuando un día el “News”, de Washington, declara con esta esencia: “Esta vidriada es de Bohemia, y exactamente de Praga, por la segunda mitad, siglo diez y ocho. Pues así lo dictaminó ayer tarde don Ricardo J. Alfaro, primera autoridad en la materia, para nosotros y entre muchos. Conviene, así, que cese la polémica”. Y yo, con ese “News” entre mis manos, ni salto, ni me estremezco. Soy un orgullo panameño inmóvil.

### LA LUZ, LA SOMBRA

Thomas Carlyle, el de Los Héroes, atribuye a Oliverio Cronwell una mitad de demonio y otra de ángel. Lo cual después, con interpretación muy extensiva, mas no aceptable para mí, se aplica con nivelación a todos los humanos. Se dirá, con el recuerdo del inglés, que yo sólo expongo aquí lo positivo o lo superior de Alfaro. Y sé también que cuando dijo Dios “hágase la luz”, y la luz fue hecha, sin embargo dejó Dios bastante sombra, por contraste. Pero hay ya ahora demasiada sombra por la tierra. Y creo bien justificado que, en algo de compensación personalísima, al referirme a este Ricardo J. Alfaro panameño, trate yo de que su corazón y su cerebro y voluntad, sean esta noche con un algo de luz de mi maestro, por

mis labios, con una audacia mía, no de soberbia sino de mi admiración en espontaneidad reverberante.

## CUMBRE Y LLANADA

Bajo esa luz, de mis diez y siete a mis diez y ocho voy a su bufete, cercanías de la bajada del Mercado Público. Pregunto a Alfaro por inconstitucionalidad e ilegalidad de un muy transgresor decreto de Alcalde capitalino, doctor éste en jurisprudencia y picardía. Alfaro dice: "Escriba". Le contesto: "Doctor, no, yo escucho". Cuando termina su explicación clara y solícita, me advierte: "Quiero ver el borrador de la entrevista". Le respondo: "Me han ascendido de mensajero a reportero de La Estrella, y tanteo a veces como editorialista de trasmano o contrabando. Esto no es una entrevista. Es para un editorial que, por lo sólido que usted me ha proporcionado, pegaré muy duro a este señor Alcalde del Distrito". Me pone él la mano en mi hombro. Por la primera vez, y para siempre, y con su particular sonrisa de amplitud como los llanos antoneros, me expresa un "tú" casi paternal. Y yo le trato de "maestro" —para cambiar de cuando en cuando a "Profesor"— por la primera vez, y para siempre. No son, desde ese momento, las dos vidas paralelas, porque no pueden serlo. Pero son, desde ese día y hasta el final, las dos vidas de una vecindad estrecha y permanente. Lo cual no es de extrañar en lo geológico del mundo. Pues es común que la montaña, al terminal de su ladera, sea colindante con planicie. El así, por su existir, monte y cumbreira. Yo, la llanada limítrofe. Y hablo aquí esta noche en la tribuna ilustre. Pero también desde mi muy apreciado predio fronterizo.

## PASTOR Y HORNERO

En nuestra Escuela Nacional de Leyes —advertencia ésta, o señal, para que la Universidad de Panamá constituya en su porvenir siempre profundidad en reflexión, y nunca superficialidad en alboroto— corta él a veces repentinamente la exposición de catedrático. Y dice un justo elogio animador a Víctor Florencio Goytía, a Víctor de León, a Enrique G. Abrahams, o a Felipe Juan Escobar, Fabián Velarde, Galileo Solís, o a otros del núcleo. Y en cuanto a mí, a la salida de una conferencia: "Anda a mi biblioteca, aquí en mi casa, cerca al Instituto Nacional, y amplía mi disertación en Fernando Vélez y en Manresa". O "toma esta llave del Ministerio de Gobierno, y ahonda allí, sobre este tema, por los tomos de Sánchez Román y de Laurent. Dialogaremos este sábado". Según Homero, los monarcas griegos fueron "bravos en la guerra, laboriosos en la paz, buenos pastores del rebaño, prudentes en el consejo". El profesor Alfaro

no es rey de paz ni de guerra. Pero sí, en la Facultad, el consejero y el pastor. Y, sobre todo, es un hornero pródigo en un pan espiritual de calidad, y bien horneado, para diez y nueve mentes ávidas.

## **AHORA EN LA CAMARA**

La Cámara. Junto a la mesa Ministerial, con el tapete verde, Ricardo Alfaro, Ministro o Secretario de Gobierno. Entre semicírculo, el doctor Francisco Filós, el padre, autoridad jurídica del tiempo. Y yo en las barras. Filós aduce la inconstitucionalidad de un proyecto de ley escrito y presentado por Alfaro con su representación ejecutiva. Cuando Filós da término a su examen, Ricardo J. Alfaro se levanta, y expresa sin eufemismo o balbuceo: "Acepto con plenitud que el análisis del doctor Filós ha sido exacto. Me declaro convencido". Va a la mesa secretarial y exclama ahora: "Yo retiro mi proyecto". Y retorna con su legajo entre las manos, muy erguido, y dando sus acostumbrados pasos ágiles, ahora más rápidos, casi él triunfal. Y yo, entre la multitud, en la observación del Profesor, recibo allí una lección que va penetrantemente hasta la carne de mi vida: Que el reconocimiento público de error, ni es ni acarrea debilidad o merma. Es particularidad en hombres de valía. Fórmula de carácter más nobleza, no para menores. Igual a lo que se dice en los anuncios de escenario: "solo para mayores". Para mayores, como Alfaro.

## **PRIMERO Y ULTIMO**

La crisis económica mundial durante el lapso presidencial de Alfaro es, entre nosotros, un oleaje golpeador que casi tumba y barre a la República. El Tesoro Nacional cuenta por céntimos. El Banco Nacional se halla crujiente, ya en un prólogo de quiebra. Se deben, por acumulación desesperante, meses y meses de soldada a los empleados públicos. Alfaro dicta, en la Presidencia, su decreto de prelación oficiales. Primero, pago de mensajeros y maestros. Tras ellos, pago a los escribientes del Gobierno. ¿Y después? Yo no recuerdo bien todo el orden riguroso. Pero sí recuerdo que de último, y de manera muy expresa, el señor Presidente del Estado. Los últimos serán siempre los primeros, dice la Biblia. Pero aquí cambia la página sagrada. Y por disposición de un panameño con pulcritud y dignidad muy suyas, el primero en la Nación es ahora el último.

## **POR UN DEPOSITO**

En la miseria de ese tiempo no hay alimentos, medicinas, anestésicos, ni algodón ni gasa en el Hospital Santo Tomás, y la muerte por abandono obligatorio amenaza con añadir sus víctimas a las

ouas muertes. El Presidente me pide mi compañía por el teléfono. Caminamos a pie, por Catedral y la Central, él cabizbajo y silencioso, y yo con interrogantes de silencio. Llegamos a los depósitos farmacéuticos Van der Hans, por un recodo de la vía. Lee aquí él muchos apuntes en tono alto. Pide y pide lo más urgente para el servicio hospitalario. Le manifiestan cortésmente: "Nuestro crédito en el exterior está paralizado, y el crédito del Estado, en el comercio del país, alcanzó ya al cero. Pese al deseo, nos negamos con toda consideración, a proporcionarle estos artículos". Entonces Ricardo Alfaro clama sin equívocos: "¡Entreguénme, por favor! ¡Soy fiador personal de la República!". Y es la entrega. Y es aquí que el Mandatario constituye la garantía de su mandante. O que el apoderado, de inferioridad o supeditación por su índole, responde ahora, con su yo, por su poderdante o superior —el pueblo, o la nación, o el Estado— quien debería tener la responsabilidad total por el encargo. Con lo cual, en penumbroso depósito de tienda, se rompe la tradición mundial de relación entre el factor y el principal, en los negocios habituales, civiles o mercantiles, de actividades cotidianas. La Historia no recogerá la escena registrada en sitio tan común, de acumulación de droguería. Porque la Historia, en cuanto a lo anecdótico, echa frecuentemente en dirección al drama. Pero de todos modos es aquí, en un lugar de mercancías, la personalidad humana que se alza con magnificencia y con su rumbo propio y señeró. ¡O es aquí él!

## GRANDEZA EN RISA

Yo necesito, dentro de mi ubicación en el combate para el próximo cuatrenio ya en la cercanía, una opinión del Presidente Alfaro, ella legal escuetamente, pero en mi criterio y en el de otros, como una fijación contra una determinada y perjudicial dubitación jurídico-política. Esa opinión es importante por la capacidad, el nombre y el renombre, y la equidad en la contienda, de este opinante. Alfaro, ante mis preguntas, me habla con el entusiasmo que ofrece él siempre a su discípulo. "Maestro: Déjeme ir a la Secretaría veinte minutos para plasmar a máquina esta exposición, y observar si la he entendido". Vuelvo, y él revisa y la aprueba. "Maestro: Tenga la bondad de estampar aquí su firma". Me contesta: "Te he dicho que has sido exacto en la versión, pero ésto es para tí y para más nadie". "Maestro: Pero esto es opinión científica, y usted me dijo una vez que la creación científica no debe nunca aparecer con timidez y esquivaz de anónimo". Está el Presidente ahora un poco desabrido, y torna a leer. Y me comenta, algo punzante, con pluma alzada en la mano: "Me preocupa mucho, porque te encuentras ya en declinación mental. Aquí en esto que has escrito hay bastante subrayado. Y se dice que el mucho subrayar es merma de vigor intelectual para

expresar lo que se quiere". Replico, inocentemente y en seguida: "No creo en estos denominados apotegamas que dan vueltas por allí. Por ejemplo: Tampoco creo, como se afirma, que la letra hermosa es, por lo común, un atributo típico en mediocres". Irrumpe él, con una risa mientras dice: "Como tú lo sabes bien —y has demostrado aquí que bien lo sabes— yo tengo letra clara y elegante, y hasta se expresa que soy el primer calígrafo del Istmo. ¡Qué respuesta —me añade— para feliz y rápida! ...Contra mi golpe pequeño, tú con el golpe grande!". Me confundo por mi muy pobre ausencia de malicia y tacto. "Maestro: Usted conoce cómo le quiero y le venero. No me di cuenta. Esto ha sido casualidad originada en mi torpeza". Continúo con mi vergüenza, y él sigue y sigue con su risa alegre, sin atención a mis excusas: "¡Así se pelea, muchacho!... ¡Y me has ganado vertiginosamente en el encuentro!". Firma él su dictamen prontamente y, otra vez, un "¡magnífico!" jocundo. Y yo tengo un anterior conocimiento de grandezas hechas bondad, benignidad, austeridad, o equidad, y lo genial o heroico. Pero también me entero ahora de una adicional grandeza especialísima, hecha una carcajada jubilosa, que pasa como un torrente cubridor y arrasador de mezquindad, de solemnidad, y vanidad, y de prejuicios ególatras.

## GUAYACAN O ESPAVE CRECIENTES

Estoy, por Ricardo Alfaro, en cargo de confianza, dentro de mi transitar siempre corto y esporádico por la vida pública. El Presidente Alfaro me imparte orden telefónica. Por razón para mí básica —única disparidad fundamental con el doctor Alfaro, por la vida— previa explicación verbal niego obediencia. El Presidente me repite su instrucción, en un escrito personal mas con el escudo panameño. Y más explícito en motivos, contesto en carta de reafirmación, que remata en mi renuncia. Por la tarde, va hasta mí el doctor Alejandro Tapia, muy recordado matemático, jurista, y escritor y orador, Contralor General de la República. "El Presidente está hosco y áspero, y me comisiona para que lleve a usted ante él". Voy, y me dice el Presidente Alfaro, desde su escritorio, seco y sintético: "Transemos mediante una condición indispensable". Y tras su última sílaba, toma mi carta de renuncia, y la convierte en pedazos. Yo manifiesto, estupefacto: "Pero me anuncia usted una previa condición, y sin decirla rompe mi renuncia". Y él entonces: "¡Ah, sí! ... Se me había olvidado. La condición es que sigas siempre así como esta vez. Y que por nada cambies nunca". Y ahora, por un engarce, expreso yo en esta Academia de la Lengua, un poco familiar y confidente: Poseo una descendencia de unos pequeños intranquilos a quienes trato de aquietar en algo refiriéndoles anéc-

dotas. Y estoy pensando en una nueva historia para ellos que comience así: "Erase un hombre de muy gran tamaño, al cual me solía acercar frecuentemente. Y una tarde ese hombre, así tan grande, repentinamente creció más todavía, próximo a mí. Se alargó, así de pronto, más que a altura de guayacán o de espavé. Muchísimo más aún que cigua canelo, o amarillo, y que la palma real". Y ya me parece ver a esos mis párvulos, como yo pretendo, sin un solo parpadeo, allí inmóviles y atónitos ante la visión fantástica para ellos, y para mí muy verdadera, de ese árbol así grandísimo y que se va agrandando más aún, y muy extrañamente súbito.

## SOLO UNA FRASE

Ricardo Alfaro, frente al choque político empezante, manifiesta a la Nación que será él un supervigilante muy estricto de justicia democrática. Me encuentro, frente al Hotel Central, con Don Víctor Cruz Urrutia, mozo entonces como yo, recién graduado de ingeniero en Norteamérica. Me manifiesta Urrutia así: "El Presidente Alfaro mantiene en los puestos claves a unos de un bando, y a otros del contrario. Esto no es imparcialidad. Esto se llama compensación de arbitrariedades". Yo siento que la expresión esa, tan precisa, corresponde a una realidad. Dejo cálculos políticos, y con autorización de Urrutia, voy portando mi lealtad hasta la mesa de Alfaro. Le repito lo de esa "compensación de arbitrariedades", y doy el nombre del autor acertadísimo. Alfaro no hace comentario. Sólo se lleva su índice y su pulgar al borde de los lentes, como inconscientemente lo hace siempre en los instantes tensos. Y al fin me expresa, casi cablegráfico: "Enterado, y hasta luego". Pero cinco días después me llama a su Despacho. "Lee estas páginas". Decretos y más decretos en que se cambia, para toda la República, desde Secretarios o Ministros hasta Gobernadores, Alcaldes distritoriales y jefes y sub-jefes de Telégrafos, por hombres constituyentes de garantía rotunda. La compensación de arbitrariedades se ha tornado en la seguridad para las urnas. Y es ya ahora —como expresó Lleras Camargo para su propia circunstancia— la plena neutralidad beligerante. ¡Víctor Cruz Urrutia no ha sabido nunca que él fue factor muy importante, por frase única—! y ¡qué poder en una frase! — en la imparcialidad electoral auténtica. Ahora lo sabrá ya. Como él sabe también, desde antes, que la verdad aun cuando sea ella adversa, surte visible efecto en funcionarios con sensibilidad en la conciencia, como la piedra que cae conmueve al lago, por muy grande que éste sea, con una agitación de ondas concéntricas.

## TRANSCENDENTAL

Cuando Ricardo Alfaro llega de América del Norte para encar-

garse del poder, no faltan por allí algunos que rezongan: "Este, tan vinculado con los yankees trae, desde Washington, toda la cartilla de instrucción política". Acerbidad que no es para extrañeza. Porque lo dijo bien el dramaturgo norteamericano John Dos Passos en "Destination": "El odio es pleitesía habitual que el pigmeo rinde siempre a la grandeza". Pero es lo cierto que un familiar, muy querido para Alfaro, se encuentra transitoriamente en Washington. Y siguiendo él práctica istmeña hasta entonces natural, envía a los de su Partido, en Panamá, este cablegrama de esta sustancia, que se publica acá en órgano de prensa: "Por aquí todo magnífico. Felicitémosnos". Y en seguida declara Alfaro desde el Solio, pasando sobre los nexos, los afectos, y la sangre que es su sangre: "Quiero y debo entender que este cablegrama significa que está muy bien de salud nuestra familia residente o transeúnte por América del Norte. Porque tengo decidido que, desde ahora, la política del país se resuelva exclusivamente en el país, y nunca en Washington, ni en ningún lugar foráneo". Es voz de tumbas panameñas cuyos hombres viejos hilvanaron su ilusión de libertad con un tejido de centurias. Voz de istmeños del presente a quienes la humillación, fardo sobre hombros, hace protestantes. Voz de los que acaban de nacer, y quieren saltar ya desde las cunas para sus primeros pasos libres. Primera voz de la República que pone para siempre punto final a la intromisión de la política extranjera. Y a través de Ricardo Alfaro, la República presante y arrogante encarna en hombre para liberaciones irrestrictas.

## LOAS POR AMERICA

Voy escuchando en este predio o en este otro, de este tiempo o este distinto tiempo, los elogios de varones cuyos prestigios, más todavía que sus títulos, cruzan las patrias. De Don Ricardo Jiménez, Costa Rica, cercano a mí por mi admiración aun cuando distante por edades. De Carlos Lozano y Lozano, quien falleció después trágicamente en la cumbre, en Medellín, terraza del Nutibara. De Padilla Nervo, en un paseo por Xochimilco, frente a la copa de tequila, y entre flores de las orillas del canal indígena, y música de Lara. De Víctor Maurtua, penalista e internacionalista del Perú, en el Hotel Bolívar, Lima. De Don Arturo Alessandri R., tratadista superior, entre las arboledas de su hermano Eduardo, por el Sur de Chile, a mil cuatrocientas millas de Santiago. De Henry Holland, sub-Secretario de Estado, cuya distracción está en los autores españoles clásicos, en la ya histórica casa Blair, ciudad de Washington. De Milton Eisenhower, Presidente de Johns Hopkins, y mi compañero circunstancial en una reunión de América. Y últimamente, entre varios, como homenaje póstumo, hace año y medio, por Caracas, oigo esto de labios del chileno don Carlos Vicuña Fuentes, pro-

fesor de idioma y de sociología, y de leyes, y siempre tan rebelde que, ya en su ancianidad, mantiene una pelea entre fuego del pensar y nieve externa que hay en su testa: ¿“Me dice usted que murió ya Ricardo Alfaro? ¡Cayó un pilar del gran rancho americano!”.

## VIDA SIN TERMINO

Por febrero del sesenta y nueve, aproximadamente, Claudio Arrau, con su embrujada y embrujadora mano universal, da en nuestro Teatro Bella Vista sus versiones de Juan Sebastián Bach y de Beethoven. Y comenta allí Ricardo Alfaro: “Las centurias diez y siete a diez y nueve fueron para intensificación en la creación de música. Y la centuria actual es para extraordinaria ejecución de las creaciones clásicas. ¡Cómo gozamos y gozaremos este siglo!” En la expresión entusiasta está la posición anímica de Alfaro en relación con las épocas. Basta conversar con él como yo converso casi ritualmente por los sábados— para darse cuenta de que él hace unidad de ayer y de hoy con el mañana. Su vida, en su sensación, va corriendo sin un dique de años. O, para él, no son los años.

Quizás en ello influyan que hasta él —más desde luego, que hasta mí según la pleitesía extranjera ya esbozada— llega la elogiosa voz de los diferentes pueblos y hombres. El presidente quizás, con sencillez color de gloria, que tendrá esa perennidad que el mundo otorga en sus recuerdos. Y él así, con abandono en su ilusión, muy natural y explicable, nunca se dedica a examinar el factor “terminación”, ya que para él siempre hay la vida tras la vida. O todo es vida. Pero dos años después de lo de Arrau —febrero del setenta y uno— “soplan vientos inexorables”, según el decir del poeta transitante de Colombia a México. Por consecuencia del remolino fatal de aquellos vientos, aquí nos congregamos, con devoción, esta noche. Es aquí el primer brote cultural de eternidad para Ricardo Alfaro, o de que la vida continúe como la vida, según su ánimo. Pero, por una precaución muy conveniente, su producción intelectual completa debe ser catalogada por Rogelio Alfaro u otro descendiente. Y debe ir siendo ella repartida por los Gobiernos Panameños desde lo más alto de Canadá, hasta más allá del Nahuel Huapí y del Esmeralda, en lo del Sur. Para que, generación tras generación se mantenga, en homenaje a Alfaro, una americana lámpara perpetua. O para una inmortalidad asegurada.

## LA ESTATUA

Por ese viento inexorable del año setenta y uno, como otra reafirmación de pleitesía eterna comenzante, aquí hemos colocado el busto de Ricardo J. Alfaro en escultura de Yolanda Alfaro de Maddux —vástago dilecto— moldeada con el primor, y más amor, y más el



ideal de estirpe. Y bien ese busto aquí, muy propicio en su lugar, muy cobijado en su templo. Pero del busto meritísimo, precisa pasar ahora hacia la estatua entera, y por la calle, o por la plaza pública, bajo el sol. Las estatuas son ornato generoso. Gracia que llega al visitante. La ofrenda artística. Pero también muchas estatuas llevan en sí la insinuación, casi la orden, para la determinación trascendental. César lloró frente a la estatua de Alejandro por no haber ganado aquél la gloria del Macedonio, éste aún en juventud. Las líneas de Guillermo Pitt, resaltantes en el relieve de aquel grabado célebre de Holl, fueron después, sin duda, ímpetu de Palmerston, Gladstone, Disraeli, Churchill. Y así esa estatua de Ricardo Alfaro, alzada por lo muy abierto del país, probablemente traiga un día —un día de años o decenios y decenios— por un futuro mensaje a uno de tantos advinientes nuestros, propósito y ejecución para igualdad, o imagen o semejanza en relación con el varón supremo. Porque ello apremia. Porque cuando Alfaro nos faltó, nadie como él quedó. Nadie, como él, después lo reemplazó. Y ninguno otro, así como él, asoma aún por nuestros horizontes.

## *Don José Isaac Fábrega en el Recuerdo*

La extraordinaria trayectoria de hombre público de don José Isaac Fábrega permite expresar que era admirado por todos, inclusive por los que aún no lo habían conocido personalmente: catedrático de Derecho en la Universidad de Panamá; abogado de gran renombre; escritor que enriqueció la bibliografía nacional con valiosas obras entre las cuales se destacan las novelas premiadas **Crisol** y **La gaviota**; **Escritos varios** y otras más recientes; como periodista laboró desde muy joven, llegó a ser director del diario **La Estrella de Panamá** y fue por mucho tiempo su editorialista; fue sobre todo un orador que no tuvo rival por su capacidad expositiva, que triunfa sobre cualquier tema, desde el más sencillo hasta el más difícil; su vibrante voz registraba espontáneamente el tono preciso, la intensidad y el aliento que su verbo requería.

Perteneció a la Academia panameña de la Lengua y a la de la historia.

Fue un ciudadano integérrimo en quien se aliaron la brillantez del intelecto, la magnanimidad del corazón, una acrisolada honradez y esa gran perspicacia propia de quienes trabajan y se esfuerzan desde muy temprana edad, para detectar la calidad humana de aquellos a quienes trataba.

Por su talla moral, por su cultura y por su disposición a la política de altura, en una ocasión fue postulado para presidente de la

República, pero las circunstancias que han marcado el clima político istmeño nunca han sido muy favorables a los altos valores intelectuales.

Lo conocí personalmente en el recinto de la Academia Panameña de la Lengua. Llevo como una condecoración el recuerdo de que fue él, por su propia iniciativa, el proponente de mi ingreso como miembro de número a dicha Institución.

Entre las cualidades de don José Isaac Fábrega hay una que llama mucho la atención: su absoluta caballerosidad, en una época en que la cortesía parece haber perdido terreno, acosada por las urgencias y por el afán competitivo que caracteriza las relaciones personales en el mundo del trabajo. Don José Isaac siempre mantuvo incólumes la naturaleza y el gesto del caballero.

No lo vi en los días en que su salud mermó, pero siempre procuré informarme a través de los más allegados. Es presumible que la falta de salud hubiera afectado su estado anímico, y prefiero recordarlo como era en la vida activa: la sinceridad de su conducta; el noble ademán de cortesía que signaba todos sus actos; su palabra siempre brillante, justa y de una pulcritud de esencia y forma que podría servir como ejemplo en cualquier medio social.

Su amplia frente era quizá el rasgo físico más llamativo, el símbolo exterior de su nobleza. Su mirada frontal, radiante y vigorosa, nunca cedió a los embates de la edad y reflejaba una vida interior llena de optimismo, de fuerza y claridades.

Es muy difícil aceptar la partida de una persona como don José Isaac Fábrega: parece que se lleva consigo una estimable parte del mundo, o que un área sensible de nuestro ambiente académico ha sufrido una especie de deforestación espiritual irreversible.

Panamá, junio de 1987.

## *José Isaac Fábrega, Panameño Cabal*

La vida suele ofrecernos, a veces, compensaciones no exentas de profunda tristeza. Así en esta ocasión a mí, que no tuve oportunidad de asistir a sus exequias y a su sepelio, gracias a la deferencia de mi apreciado amigo y colega, el profesor don Pablo Pinilla Chiari, se me depara la honra de escribir algunas líneas de elogio en memoria del Licenciado don José Isaac Fábrega. Diré mi admiración por el desaparecido, ciudadano egregio, panameño ejemplar y, por sobre toda otra cosa, hombre de verdad, de rectitud, de bien.

A un año de su muerte se me hace difícil desprenderme de su presencia. Su afabilidad, su don de gente, su superioridad espiritual, han realizado a lo largo de muchos años de trato cordial en el Ministerio de Educación y en la Academia Panameña de la Lengua, el hecho singular de que aun cuando disentía, y en muy pocos casos, con su criterio, jamás se pudo entibiar siquiera la sincera estimación y respeto que me inspiró siempre la pureza de su intención y la generosidad de sus propósitos. Tenía la rara condición de saber atraer hacia sí y de unir voluntades: unía y no separada. Por eso fue cabeza, y la más alta, entre amigos y colegas, fue como un vigía que marca el derrotero. Jamás una violencia ni una intemperancia. No le oí una palabra dura para nada ni para nadie. Y todas esas cualidades superiores estaban, empero, adornadas de una firme voluntad, tan incorruptible, como fue incorruptible su espíritu.

Don José Isaac Fábrega fue, para quienes tuvimos el privilegio de conocerlo, un panameño íntegro. La vida de la nación encontraba en él, a toda hora y en toda oportunidad, un intérprete generoso.

Ninguna de las alegrías o de las penas de nuestro pueblo dejó su espíritu sin resonancia. Para todas tuvo un afecto alerta y una honrada y cálida comprensión.

Don José Isaac Fábrega fue ejemplo para sus conciudadanos por su constancia, por su denuedo, por su ecuanimidad. Sus decisiones no emanaban del impulso ciego, sino de la voluntad lúcida y acendrada.

En varios años de relación con este eximio ciudadano no le oí descender a un vocablo impropio, dictado por el rencor o envenenado por la amargura. Tenía la convicción de que el hombre es hombre, no por lo que se jacta de ser en la plaza pública, sino por lo que es su fuero interno, a la luz inviolable de su conciencia y por lo que alcanza a domeñar en sí mismo cuando consigue coordinar su comportamiento con sus principios, sus propósitos con sus normas y sus pasiones con su ideal. Sensible, cordial e, indudablemente vulnerable a los dardos de la censura, no reaccionaba a la herida con la violencia. Colaborador suyo durante su gestión como Ministro de Educación, hube de someter a su decisión buen número de asuntos desagradables. En cada caso su resolución fue la más desinteresada, la más piadosa, la más humana.

Hay en todos los países seres que, con la vida, se disminuyen. Otros, en cambio, incluso después de muertos, crecen ante nosotros. A estos últimos pertenece José Isaac Fábrega.

Todo ello, con ser mucho, no es sino un aspecto de su personalidad. Ella estaba integrada por una amplia cultura, resultado de su actividad múltiple que abarcó distintos aspectos de su vida pública y se extendió por más de medio siglo en el desempeño de altos cargos en el gobierno, la Universidad, las Academias e instituciones culturales.

Reunía en su espíritu las cualidades preeminentes del hombre de letras.

Desde sus producciones juveniles reveló su genuina vocación de escritor, dueño de los medios de expresión, una prosa ágil, viva, vigorosa y sugerente, con movimiento y color y una aptitud fina para analizar y reconstruir psicológicamente un cuadro brillante en el que desfilan sucesos y personajes.

Sus palabras corresponden plenamente a sus ideas, estas últimas siempre encendidas, preparadas para la acción.

Pero deseo detenerme ahora en algunas iniciativas que desarrolló el señor Fábrega desde el Ministerio de Educación.

El corto período de su tránsito por el Ministerio de Educación fue impresionante y trabajó para cimentar en sus líneas fundamentales el sistema educativo con intrépida persistencia y con noble espontaneidad.

Para él la educación era el servicio nacional de mayor importancia: el supremo.

Fue don José Isaac Fábrega un hombre disconforme; y por disconforme un iniciador.

El problema de buenos locales era, en lo material, el más apremiante de los problemas educativos de la República en ese momento. Salvo excepciones reconfortantes, muchos de los que existían o eran de particulares, contruidos originalmente para servir de habitación, e implicaban para el Estado un elevado gasto de alquileres que, en ciertos casos, no correspondían ni al precio de los inmuebles ni a su aptitud de real aprovechamiento, o, si eran propiedad del Estado, un buen número constituían adaptaciones de casas inadecuadas, arcaicos recintos mal ventilados e iluminados, con instalaciones higiénicas deficientes, sin espacio para bibliotecas, laboratorios y talleres, con aulas oscuras.

De inmediato, el señor Fábrega concibió un plan de construcciones escolares para un crecido número de poblaciones de las diversas regiones del país, nuevas escuelas cuyas partes se subordinaron al destino de su función, con visión pedagógica certera, con cualidades técnicas apropiadas.

Se construyeron nuevas escuelas sin olvidar que el verdadero lujo de un plantel escolar no son los mármoles y los bronce, sino la utilidad combinada de todas sus dependencias, la articulación de sus partes, el ejercicio congruente de su función. Quiso don José Isaac Fábrega escuelas bellas; mas no por el derroche de materiales decorativos, antes por esa belleza insustituible que emana de toda cosa que corresponde adecuadamente a la voluntad de servicio de quien la crea. Pidió a sus colaboradores que se preocuparan por la solidez de los edificios, por que se les dotara de cómodos y duraderos muebles, bibliotecas y laboratorios, pues no quería establecimientos vacíos. Todo esto significaba fuertes erogaciones, pero su criterio era que el país no tenía suficientes recursos económicos para levantar edificios que, por baratos sean transitorios y que, por baratos y transitorios resulten caros a fuerza de arreglos, de innovaciones y de "mejoras".

Desde hace mucho, los panameños de mente clara se han preocupado por establecer la unidad nacional sobre las bases sólidas de la escuela.

Don José Isaac Fábrega, panameño de mente clara, al ocupar el Ministerio de Educación quiso convertir en realidad esta preocupación. Creía firmemente que para que la conducta práctica sea suficientemente armónica con las necesidades reales de la sociedad, es preciso que haya un fondo común de verdades de que todos partamos, más o menos deliberadamente, pero de forma constante. Para lograr esa necesidad consideraba que el único medio es una educación sistemáticamente calculada y que sea igual para todos cualquiera que sea la profesión que deban escoger, pues por más que esas profesiones parezcan disímiles todas deben obrar de consuno porque todas tienden a un mismo fin, que es el bienestar social y todas deben partir de principios concordantes.

Sostenía el señor Fábrega la tesis de que la unidad nacional exige un ciclo medio práctico, amplio y unificado.

En su afán de llevar su idea a la práctica, pidió su colaboración al insigne educador y meritorio ciudadano Dr. José D. Moscote, que se la brindó generosamente. Desafortunadamente el corto período de su gestión como Ministro de Educación malogró tan prometedor proyecto de reforma de la educación media.

No obstante lo anterior es importante indicar los puntos esenciales de este intento de reforma de la educación media panameña formulados por estas dos eminentes figuras públicas.

Frente al daño que ha producido la tradición memorista de nuestra pedagogía de tipo académico, el primer objetivo de la reforma quiso ser el de climinar ese mal, vitalizando los métodos didácticos y equilibrando, en los planes, las horas de exposición con las horas de actividad en los laboratorios, las bibliotecas y los talleres.

Otros de los objetivos proyectados fue el de substituir las tareas hechas en el domicilio, tan fatigosas para padres y alumnos, tan útiles para el brillo aparente de ciertas asignaturas, pero tan estériles para el rendimiento efectivo de los colegios, por el estudio dirigido en los propios centros docentes, bajo la orientación diligente de un profesor, lo que permitiría, entre otras cosas, que los estudiantes dispusieran en realidad de su tiempo libre, bien fuese para dedicarse a los deportes, bien para descansar y esparcir el ánimo en paseos y lecturas de sano divertimento.

En tercer lugar deseaba don José Isaac Fábrega que el estudiante con menor aptitud para determinadas asignaturas no se convirtiera en límite que detuviera el progreso de sus compañeros y que, en cambio, mejor dotado para otras disciplinas, no se viera, a su vez, contenido en ellas por quienes avanzaban con dificultad y con lentitud. Se pensó para darle solución a la anterior dificultad en la cons-

titución de grupos móviles que otorgarían mayor homogeneidad a cada conjunto, y ayudarían en muchos casos, a los padres y educadores a advertir, con menores riesgos de incertidumbre por qué sendas iba revelándose la vocación positiva del estudiante.

Por último, tuvo el Ministro Fábrega el propósito de aligerar los programas, conservando en ellos los temas esenciales, procurando asociarlos con las asignaturas afines y, en lo posible, presentando cada unidad de trabajo de modo de ligar el aspecto teórico con la experiencia práctica; es decir, con la aplicación del conocimiento en el laboratorio, las bibliotecas y el taller.

Hubo siempre en don José Isaac Fábrega un ideal educativo. "Vivir es aprender—afirmaba con su voz plena—y someter los bríos de la vida a ritmo, razón y armonía".

Por eso quería una considerable y tranquila obra de educación para levantar sobre el atropello y el desafuero, tan frecuentes en nuestro turbulento proceso histórico, otros valores de convivencia y tolerancia. Una educación orientada hacia la formación integral del hombre. Estimuló siempre a los jóvenes, con su palabra, con su apoyo. Y siempre estuvo anuente a dialogar con la juventud.

Encaró la vida con optimismo y la vida le dio todo lo deseable: amor de los suyos; talento reconocido; pública y respetuosa consideración.

Ya se nos ha apagado su palabra, siempre cálida. Se ha desvanecido su sonrisa acogedora; su gesto cordial, estimulante; sus ojos avizores y profundos. Pero nos queda viva su alma en su obra que refleja sus desvelos de patriota, en sus frases armoniosas y refulgentes, en la vibración de sus ideas.

Sean las líneas anteriores mi pequeño homenaje a la memoria de un hombre que si nuestros sucesores conocerán por su prosa encendida y persuasiva, nosotros conocimos también por lo que vale tanto como la inteligencia y el estilo: el ímpetu generoso del corazón.



## *Carlos Antonio Mendoza*

El ciudadano que rige hoy los destinos de la Patria panameña tiene ascendencia entre los luchadores que en el primer cuarto del siglo XIX libraron la mejores lides por la libertad americana y entre aquellos raros personajes de singulares virtudes, que fueron receptáculo del respeto, y estimación de la sociedad y de la época en que vivieron. El caballero venezolano don Antonio Mendoza, Capitán del Ejército Libertador, y don Victoriano Soto, Secretario de la Diócesis istmeña y Escribano Público de Panamá, fueron los abuelos del doctor Calors A. Mendoza, cuyo padre, don Juan, desempeñó a su vez, en el Istmo, los más altos e importantes cargos en el orden administrativo y judicial, ejerció la Presidencia del Estado en 1871 y 1872 y murió en Bogotá en 1876, joven todavía, cuando tenía asiento en el Senado de Colombia como Plenipotenciario por el Estado de su nacimiento, que representó en ambas Cámaras en más de tres períodos.

De él dijo Aníbal Galindo, como el mejor elogio al despedir sus despojos yertos, "que había muerto pobre, casi en la miseria, cuando una simple condescendencia en el ejercicio de los altos destinos que ocupó, habría bastado para legar una fortuna a sus hijos"; frases que en sí condensan los méritos y raros quilates de una vida de abnegación y de desprendimiento puesta al servicio de su patria.

Del matrimonio legítimo de aquel patriota distinguido y de la respetable señora doña Josefa Soto, que aún vive rodeada del respeto de sus coterráneos, nació en Panamá el 31 de octubre de 1856

Carlos Antonio Mendoza, quien niño aún y después de haber demostrado su amor al estudio y la precocidad de su inteligencia en las aulas de primera enseñanza existentes en la época en esta capital, siguió en 1869 a complementar su educación en Bogotá, becado por el Gobierno del Estado presidido por el General Buenaventura Correo, en el cual actuaba su padre como Secretario General. Causas distintas y ajenas a las buenas disposiciones del joven le obligaron a regresar al lado de su familia en 1875, en el hervor de las pasiones que en aquel período de la historia de Colombia agitaron los partidos políticos. Fue entonces cuando entró a prestar sus servicios en la casa comercial de Arosemena Hermanos, y en esos sus pasos iniciales en la lucha por la vida le sorprendió la infausta nueva de la muerte del autor de sus días, lo que obligó al joven Mendoza a redoblar sus bríos para concurrir con el aporte del producto de sus faenas al sostenimiento del huérfano hogar, aceptando el puesto de Archivero de la Secretaría de Gobierno que le ofreció en aquella situación de luto y desamparo el Presidente del Estado, General Rafael Aizpuru.

Con el desempeño de este modesto cargo comenzó Mendoza su carrera pública. Desde entonces y hasta 1884 ocupó en los gobiernos del Estado Soberano los puestos de Tesorero del Estado, Gobernador de la Provincia de Panamá, Subsecretario de Hacienda, Diputado a la Asamblea Legislativa y Miembro del Cabildo en Panamá.

En 1885 fue Secretario de Gobierno del General Aizpuru, habiendo acompañado a este jefe en la revolución que encabezó para concurrir con los liberales en armas al plan general de derrocar el Gobierno de la Unión, pues afiliado Mendoza por herencia y por temperamento al Partido Liberal, prestó en toda ocasión a su causa política el contingente valioso de sus luces y de sus esfuerzos en todos los campos de la actividad, ya en el periodismo, donde tempranos se inició con bríos y culminó con éxito, ora en la tribuna política, donde su verbo sonoro y arrebatado a veces ha tenido siempre el poder de convencimiento y el empuje peculiar de los caudillos y conductores de pueblos, o bien en los campamentos, cuando su partido jugó al azar de las armas la solución de intrincados problemas políticos o la reconquista de sus derechos conculcados.

Como consecuencia de esa actitud sin intermitencias y del régimen implantado en Colombia después de aquella aciaga lucha, Mendoza saboreó en ocasiones el pan amargo del ostracismo y en otras aprendió a amar más la libertad privado de ella en el fondo de las prisiones, ya que en la selección de las víctimas de la venganza o de la suspicacia de sus adversarios políticos, le tocó por lo común y para su mayor prestigio, ser de los escogidos.

Alejado forzosamente el Partido Liberal de toda ingerencia y representación en la cosa pública, Mendoza, hombre de ideas concentradas y de fidelidad a los principios de su credo, que no tiene condiciones de claudicar ni acepta la resignación como virtud, vivió durante la larga noche de la regeneración colombiana —período de prueba que no resistieron muchos— en las alternativas de sus labores en el foro, donde tiene conquistado nombre, en la prensa, en la dirección política de su partido y en los esfuerzos de todo orden para alcanzar el predominio de éste en el Gobierno de la República. “La Idea”, “El Deber”, “El Ciudadano” y “El Criterio” fueron tribunas que levantó en medio de un régimen asfixiante que ahogaba toda expresión del pensamiento, en cuyo interregno desempeñó en su partido los cargos de mayor honra y confianza, como miembro del Directorio Departamental, Delegado, con el doctor Pablo Arosemena, a la Convención Liberal que se reunió en Bogotá en 1897, candidato escogido por sus copartidarios para representar en el Congreso colombiano algunas de las Secciones del antiguo Departamento de Panamá, Secretario de Gobierno del Jefe Civil y Militar, doctor Belisario Porras, en la campaña de 1900 y Visitador Fiscal en la que terminó el tratado del “Wisconsin” en 1902.

La obra de hacer del territorio istmeño un estado independiente en el consorcio universal, encontró en Mendoza al obrero infatigable, cuando pendientes los anhelos de los patriotas istmeños de la decisión del Congreso Colombiano respecto del Canal Interoceánico, preparaban en silencio las bases del edificio que, sólido y magnífico, se levantó el 3 de noviembre de 1903; y fue, como ya se ha dicho, “cerebro del movimiento, de los que organizaron el país y redactaron los documentos” como el acta de independencia del Cabildo de Panamá.

Con la Junta del Gobierno Provisorio colaboró Mendoza en el importante puesto de Ministro de Justicia, hasta que nuevas inconstancias del destino y veleidades de pasiones adormecidas, que siempre pusieron a prueba la entereza de su carácter, lo redujeron de nuevo a la condición de un simple particular en la República que había ayudado a fundar, bien que investido del cargo honorífico de Tercer Designado, que le confirió la Convención Constituyente.

En Bocas del Toro estableció entonces su bufete de abogado, trabajó con éxito abriéndole su clara inteligencia camino amplio a la fortuna, cuando los acontecimientos políticos que se iniciaron a principio de 1908 para renovar en los comicios populares los Altos Poderes de la Nación, lo obligaron, como hombre de partido, a trasladarse a la capital para asumir al frente del liberalismo la actitud



de un combatiente tenaz en una lucha que culminó en la ascensión del señor don José Domingo de Obaldía a la Presidencia de la República. El país sabe cual fue la actitud del doctor Mendoza en esos momentos de vacilaciones y rebeldía en el seno mismo del Partido Liberal y sabe cómo su verbo vibrante e impulsivo decidió, en noche memorable, la suerte de la candidatura presidencial.

En mérito a su labor política y en reconocimiento a su conducta en esa campaña cívica, con la cual se inauguró la era del sufragio de la República de Panamá, la ciudadanía capitalina llevó con sus votos al doctor Mendoza al ayuntamiento del Distrito, el Presidente electo lo llamó a colaborar en su Gobierno al frente del delicado cargo de Secretario de Hacienda, y a su turno la Asamblea Nacional acogió su nombre para depositar en él la Segunda Designatura en la sucesión legal del Poder Ejecutivo.

Los acontecimientos dolorosos que en el término de un año han arrebatado a la patria los dos meritorios ciudadanos en quienes radicaba la Primera Designatura y la Presidencia Constitucional, han elevado al doctor Mendoza al puesto de Primer Magistrado de la República. El país, que conoce las relevantes dotes de tan distinguida personalidad, sus condiciones de laboriosidad, su inteligencia y su patriotismo visible en cada acto de su accidentada y luminosa vida pública, espera confiadamente que su paso por el alto puesto que honran tales antecedentes, dejará la huella de un gobierno recto, justiciero y honrado.

## **DISCURSO**

**pronunciado en febrero de 1917 ante la tumba del  
Dr. Carlos A. Mendoza**

Señores:

Es muy difícil para mí venir con ánimo sereno a este lugar consagrado por la religión, por el patriotismo y por cuanto de más elevado y noble hay en el alma humana, a visitar la tumba de un amigo que fue para mí como un hermano y cuyo afecto sincero y profundo era una de las satisfacciones íntimas de mi vida, un consuelo en las horas tristes, una esperanza alentadora en los días adversos. Si se tratara solamente de un homenaje individual de mis sentimientos, yo vendría aquí solitario y silencioso, a evocar el espíritu del amigo que ha dejado a mi alrededor un vacío inllenable y a rendirle a sus cenizas el tributo de afecto que le rindo diariamente a su memoria; pero no se trata solamente de una manifestación personal;

se trata de un homenaje colectivo que el país entero le tributa al que fue uno de sus servidores más preclaros y por eso vengo yo también, confundido con mis conciudadanos, a dejar oír mi voz en esta imponente peregrinación nacional.

Durante más de un cuarto de siglo existió entre el Dr. Mendoza y yo la amistad más cordial e íntima que pueda existir entre dos hombres. Unidos, primero, por los lazos de una espontánea simpatía personal y luego por el vínculo indestructible de las ideas y de las aspiraciones políticas, Mendoza y yo siempre estuvimos juntos en la desgracia y en la fortuna; en la lucha, en la derrota y en el triunfo. Juntos sufrimos prisiones, persecuciones y ostracismos; juntos vimos la muerte cara a cara en horas solemnes y juntos llegamos a ocupar posiciones de responsabilidad en nuestra nación recién creada. Tuve por esas circunstancias especiales la oportunidad de conocer a fondo, mejor que nadie en el país, con una sola excepción, el Dr. Belisario Porras, las cualidades de Mendoza, el poder de su intelecto, el temple acerado de su carácter, su honradez y su lealtad insospechables, su gallardía caballerescas y su generosidad sin límites.

Desde muy joven, Mendoza se vio envuelto en los torbellinos políticos tan comunes en nuestras incipientes democracias, y su prematura entrada en el campo de acción de los partidos en pugna debió alterar profundamente el proceso de su actuación política. A la edad en que los hombres que desean dedicarse a una carrera pública se hallan en las Universidades estudiando teóricamente los problemas trascendentales del Estado, ya Mendoza ocupaba puesto prominente en la dirección de una agrupación política fuerte y prestigiosa. Así, en vez de haber entrado a la vida política con el bautismo de pensador, las circunstancias hicieron que Mendoza recibiera al iniciar su carrera el bautismo de hombre de acción.

Los hombres que llegan a poseer influencia eficaz en la dirección de los destinos de un país pueden clasificarse en tres grandes categorías: los pensadores políticos, los políticos emocionales y los políticos de acción. Cuando un solo hombre reúne en sí esas tres formas de la actividad política o siquiera dos de las más esenciales, ese hombre escala las alturas del genio y sus obras son grandiosas e imperecederas.

Mendoza no poseía un espíritu educado para encontrar en la meditación y en la especulación intelectuales las fórmulas aplicables a la situación de un momento o de una época; su espíritu se guiaba por intuiciones, esto es, por inspiraciones geniales difíciles de explicar y de clasificar por el filósofo, inspiraciones que tienen sus raíces hondas y ocultas en la vida emocional pero que frecuentemente conducen a graves errores.

El espíritu de Mendoza se educó y disciplinó para la acción y por eso su vida fue un continuo despliegue de irresistible e incontenible energía. Lanzado en alguna dirección, nada le detenía en su curso; sus fuerzas se centuplicaban prodigiosamente y sus golpes y sus ataques eran rápidos, rudos y certeros. Pero para que todas esas energías le condujeran a la victoria final, Mendoza necesitaba la cooperación de hombres reflexivos que moderaran sus entusiasmos desbordantes y que le advirtieran la presencia de peligros que él no veía en la exaltación de la lucha. Esas fueron sus deficiencias como político y tal vez ellas fueron la causa de su muerte prematura. Sin embargo, si el entusiasmo abrasador de los hombres de fe es una deficiencia y es un peligro; si él conduce a mortales desilusiones y a caídas momentáneas, yo lo prefiero siempre a la apatía melancólica de los hombres que marchan entre sombras y entre dudas, por una ruta sin meta visible, gobernados por el miedo o dominados por una pereza espiritual invencible, y es por eso por lo que yo admiraba a Mendoza como político; yo veía en él siempre la encarnación de una voluntad viril y activa engrandecida por un noble e inspirador entusiasmo.

Mendoza fue un hombre que poseyó, además, otras cualidades menos visibles, pero que sin embargo contribuyen a completar las líneas de su carácter como hombre, como ciudadano y como político. Aún en medio de las luchas más tremenda, jamás le vi sacrificar una amistad por malevolencia o por egoísmo. Como ciudadano cumplió siempre su deber sin vacilaciones; como político fue siempre disciplinado y fiel a sus doctrinas.

Mendoza tenía convicciones personales profundas sobre la eficacia de la unidad de los partidos y sobre el papel de éstos como agentes activos o como entidades reguladoras en el gobierno de un país. El creía en la conveniencia de los gobiernos de partido desde el momento en que existieran agrupaciones políticas claramente delimitadas y perfectamente organizadas que dispusieran de recursos y medios legales para hacer efectivo el sufragio popular. Y ese concepto es el que debe prevalecer para que la república democrática exista, prospere y perdure.

SEÑORES:

Dispensadme que haya pretendido hacer en pocas palabras un bosquejo del carácter y un análisis de la vida política del hombre ilustre cuyo nombre venimos a honrar en este recinto. El puesto prominente que Mendoza ocupó en el país y las varias actividades en las cuales hizo sentir su influjo, no pueden ser consignados, ni siquiera enumerados, en un breve discurso. Lo que Mendoza fue

para Panamá no es necesario decirlo en discursos ni en libros a los panameños de hoy porque ellos lo llevan escrito y grabado profundamente en sus corazones, y basta dirigir la mirada a esta concurrencia para apreciar lo que es y lo que vale el haber conquistado un hombre la gratitud, el afecto y el aprecio de todo un pueblo.

Esta peregrinación tiene además, un alto significado. Ella es a un tiempo recuerdo y estímulo; tributo de admiración a una memoria venerada y voz de aliento para los que aún continuamos la jornada de la vida, en marcha hacia un ideal superior. ¿Quién, en presencia de este espectáculo inolvidable puede creer en la ingratitud popular? ¿Quié no ve en este acto la expresión más sincera de una igualdad que conforta los espíritus y que les abre a todos nuestros conciudadanos la puerta de las aspiraciones nobles, por elevadas que ellas sean y por irrealizables que parezcan?



MARIO J. MOLINA C.

DALVA ACUÑA DE MOLINA

*Museo de Historia y de Arte  
José de Obaldía*

**HISTORIA DE LA CREACION DEL MUSEO.**

La historia de crear un Museo de Historia en la ciudad de David, que llevara el nombre de José De Obaldía, surgió por iniciativa del Prof. Mario José Molina C., en el año de 1976, posterior a un viaje realizado a la ciudad de Bogotá, en donde comprobó la relevancia histórica de este personaje, tanto para Panamá como para Colombia.

Después de que el Prof. Molina, conjuntamente con la Prof. Dalva Acuña de Molina, presentaron este proyecto a la Dra. Reina Torres de Araúz, Director del Patrimonio Histórico Nacional en ese mismo año, esta acogió con entusiasmo y optimismo esa idea, brindó, desde ese momento, la total orientación técnica y respaldo moral necesarios, a la vez que recomendó la formación de la Sociedad Amigos del Museo con personas que se distinguieran por su admiración e interés en rescatar y preservar los valores históricos y artísticos de la provincia.

El nombre de don José De Obaldía para este Museo reunía todos los méritos para una obra de esta naturaleza, ya que fue una de las personalidades políticas más destacadas del país durante el siglo XIX, pues fue Presidente encargado de la Nueva Granada en varias ocasiones, entre los años de 1851-1855, Presidente del Estado Soberano de Panamá en 1860 y fundador de la Provincia de Chiriquí en 1849, ya que formaba parte de Veraguas hasta ese momento. En unión de Mariano Arosemena, fundó el periódico **El Gran Círculo Istmeño**, **La Unión** y otros; luego con Juan Nepomuceno Venero

creó El Chiriquí. Fue escritor, pedagogo, orador excepcional y político de altura, ya que en todas sus actuaciones demostró un espíritu patriótico por lograr para el país soberanía y mantenerlo alejado de las cruentas luchas civiles y militares que acaecieron durante este período.

Así, el Prof. Molina, el Prof. Dalva Acuña de Molina, el Dr. Alberto Osorio y la Dra. Lía Anguizola Roy, iniciaron el Comité que le daría forma y contenido a la Sociedad Amigos del Museo, cuya directiva quedó integrada así: Prof. Juan Ramón Palacios, Dr. José Arsenio De Obaldía, Sra. Leda de Hardesty, Dra. Lía Anguizola Roy, Sr. Abel Candanedo (q.e.p.d.), Sr. Gonzalo Salazar (q.e.p.d.), Dr. Alberto Osorio, Prof. Dalva Acuña de Molina y Prof. Mario J. Molina, como Presidente de la Sociedad.

Con la creación formal de esta Sociedad en el año de 1979 y con la preciada donación de la procera casa de don José De Obaldía, por sus herederos, el Dr. José Arsenio De Obaldía y su hermana Serafina De Obaldía Vda. de Abadía en ese mismo año y, gracias a la mediación del Obispo de Panamá, Marcos Gregorio MacGrath, la Dra. Reina Torres de Araúz, el Dr. Alberto Osorio y el Prof. Mario J. Molina C., se dio inicio a la tremenda labor de restauración del inmueble De Obaldía, rescate de piezas y documentos de valor histórico, obtención de fondos económicos y organización de la labor museográfica que exigía esta obra, labor realizada por el profesor Molina.



Museo de Historia y de Arte José de Obaldía, David, Chiriquí, República de Panamá 1986



Durante estos años, de ardua y dedicada labor de su Director, Prof. Mario J. Molina C., el Museo De Obaldía ha prestado significativos servicios a la comunidad con la presentación de su haber museográfico al público, exposiciones en la Feria Internacional de San José de David, donde obtuvo un honroso primer lugar, colaboración con otras asociaciones para realizar exposiciones, como el Club de Jardinería, Club Soroptimista, Escuela de Bellas Artes y las Embajadas de Alemania y Yugoslavia, acreditadas en el país. Ha organizado y presentado conciertos líricos, recitales poéticos y festivales folklóricos, significando con todo esto que el Museo De Obaldía es una entidad viva que participa para y con la comunidad, contribuyendo a elevar y afianzar el nivel cultural en la provincia.

Durante parte de este período, el Museo De Obaldía ha contado con el asesoramiento técnico y contribuciones económicas del Instituto Nacional de Cultura, especialmente en la museografía, donde hemos contado con la valiosa colaboración de la especialista Prof. Marcela Camargo de Cooke, así como de la Dirección del Patrimonio Histórico Nacional y sus restauradores, Jacinto Almendra, piezas de metal, Jaime Caballero y Germán Pérez, pinturas y esculturas religiosas, realizando el trabajo de restauración en gran parte de las obras de arte; el apoyo del Ministerio de Educación, la colaboración de diversas entidades del Estado como: DIGEDECUM, IPAT, MOP, Bingo Nacional de David, IDAAN, IRHE, INTEL, INDE, el respaldo económico del Ministerio de Planificación, Municipio de David, Lotería Nacional de Beneficencia, el Banco Nacional de Panamá, la Caja de Ahorros, Fuerzas de Defensa, la Petroterminal, la Chiriquí Land Co., la empresa privada de David, los pintores chiricanos y la comunidad en general, que ha creído en esta obra y que se ha percatado de su tremenda importancia en el desarrollo cultural de la provincia y del país.

## **RESTAURACION DE INMUEBLES**

Cuando la Sociedad Amigos del Museo José De Obaldía recibió esta casa para que fuera la sede del Museo de Historia y de Arte José De Obaldía, tal tarea se encomendó al profesor Mario J. Molina

Castillo

este importante paso de la obra todos los detalles de su arquitectura original, pues acusaba ciertos aspectos modernos introducidos por la última generación de la familia Obaldía que vivió en este inmueble.

Su estado físico fue otro de los obstáculos que hubo que salvar, y para ello se contó con la gran colaboración de la Chiriquí Land Co., que suministró todo el material de madera utilizado en esta restauración.

En el aspecto técnico se contó con la colaboración de la Arq. Lidia Guillermina López, quien hizo el plano de levantamiento de la planta, recomendó reforzar la estructura y hacer algunos cambios en el techo, piso, divisiones, etc.

En esta primera etapa se contó con la valiosa donación de don Miguel Brenes Candanedo, quien suministró una gran cantidad de vigas 8 x 8 para tales fines, de la vieja casa de doña Manonguita Hassán.

Participó en el trabajo artesanal Andrés Montenegro, quien le dio al techo vistosidad y semejanza original.

En el resto de la obra de restauración del inmueble Obaldía, hay que reconocer el valioso trabajo del maestro de obra Antonio Jiménez, quien realizó los trabajos de albañilería, ebanistería, artesanía, cocina, elaboración de vitrinas, bases y módulos de exposición, los cuales, sin duda, merecen un elogio por haber alcanzado niveles artísticos.

Con referencia a los materiales utilizados en la restauración de la casa, el Prof. Mario J. Molina Castillo se preocupó por adquirir, de algunos restos de casas del casco viejo de la ciudad de David, baldosas de arcilla, cuadros, horcones de níspero, tejas, tejones, adobes, terrones y otros materiales de áreas rurales, como San Pablo, Montilla, Alanje, Gualaca y San Juan del Tejar; además de la compra de mangle, caña blanca, caña brava, los cuales, sin duda, le han dado gran parte de su aspecto original.

De allí, el valioso aporte del Prof. Molina en el rescate de una de las piezas más importantes de la arquitectura del siglo XIX, no sólo por su estilo de construcción regional, sino también por su interesante e importante pasado histórico.

## **HISTORIA DE LA CASA OBALDIA**

El Museo de Historia José De Obaldía se aloja en una antigua residencia de mediados del siglo XIX inicialmente mandada a construir por don José Lorenzo Gallegos, quien apoyó, en esta área, el movimiento independentista de Panamá de España; posteriormente, residencia de don José De Obaldía, casado con Ana Gallegos.

Esta casa no sólo ha tenido una gran función histórica como centro de reuniones donde se firmaron acuerdos de importancia como el Acta de David de 1861, sino que también se hospedaron en ella figuras de renombre, como el General Francisco Morazán, el investigador alemán Moritz Wagner, el Dr. Rafael Núñez, José Hilario López, Manuel Amador Guerrero, etc.

En esta residencia vivieron en diferentes épocas los hijos de José De Obaldía, José Aristides, José Domingo De Obaldía, segundo Presidente Constitucional de Panamá, con su esposa e hijos, Agustín, José Manuel, Gustavo, Fabio, Generoso y Lorenzo, quien fue propietario de la casa durante gran parte del período republicano y cuyos hijos, Celia, Serafina y José Arsenio, fueron sus últimos dueños.

Esta casa representa uno de los últimos vestigios de la arquitectura regional con influencia española, con gruesas paredes de terrón revestidas con cal y canto, grandes puertas de madera delimitadas con arcadas de piedra, piso superior y paredes de madera, techo de caña brava, mangle y tejas y piso inferior de baldosas de arcilla.

La propiedad está delimitada por una tapia construida al estilo antiguo, con terrón y, en la parte superior, revestida con tejas.

En su interior tiene un hermoso jardín con grandes y antiguos árboles frutales, rosales y plantas antiguas decorativas y medicinales.

Finalmente, un parque, donde se han colocado bancas de madera y hierro, semejantes a las constituidas a principios de siglo, donde se realizan diversas actividades culturales y sociales.

El contenido museográfico de esta Institución se inició con las colecciones donadas por la familia De Obaldía, que incluían muebles antiguos, obras de arte, pinturas, fotografías, documentos históricos, vajillas y otros enseres de época.

Posteriormente, fue enriquecido gracias al denodado esfuerzo, gestiones y científica labor de investigación heurística del Prof. Mario J. Molina C., gestor y director de la obra del Museo, quien logró recopilar preciados materiales de valor histórico y cultural, hasta el grado de rescatar obras del pionero de la pintura en Chiriquí, Alberto Franco, que se encontraban, prácticamente, en el anonimato, al igual que otros pintores como Ida Belli y Héctor Falcón. También fotografías iluminadas de L. Gallardo y P. Martínez, pinturas coloniales anónimas del siglo XVIII, estandartes pintados, un amplio muestrario del arte textil, fotografías de Enrique J. Vial y otras piezas valiosas de escultura religiosa como las columnas talladas que pertenecían a un altar colonial de Bugaba, del siglo XVIII,

un sagrario, último vestigio de un retablo colonial de la iglesia de Alanje, orfebrería, imaginería, pilas bautismales, de agua bendita y todo un complejo en este campo del arte religioso.

El Prof. Molina también efectuó la labor de rescate de valiosos materiales como restos de vajillas de familias antiguas de David, armas de la Guerra de Coto, de los Mil Días, fotografías antiguas ampliadas por el Banco Nacional de Panamá, mobiliario de época, ejemplares de periódicos de inicios de la República como el **Agricultor**, el **Noticiero**, **Centinela del Valle**, **Ecos del Valle**, **El Valle de la Luna**, lo mismo que documentos de carácter histórico de la época colonial, departamental y republicana, así como otros enseres que reflejan formas de vida del chiricano, tanto de las áreas rurales como de las urbanas.

Entre los objetivos propuestos para la realización de este Museo, podemos señalar, básicamente, el rescate, conservación y difusión de los diversos y valiosos bienes culturales de la provincia, para que el chiricano conozca y se enorgullezca de su historia y el panameño, en general, valore la contribución histórica, política y artística del hombre de esta región en la formación integral de la Nación.

## CONTENIDO MUSEOGRAFICO

### PLANTA BAJA

#### SALA DE ARQUEOLOGIA

Esta sala muestra evidencias de la población que vivió en la región occidental Chiriquí-Bocas del Toro, desde 5,000 a.c. hasta la llegada de los españoles.

En ella se muestran los siguientes aspectos:

**LITICA:** Objetos de piedra hechos para diversos usos, como hendir la madera y cortar árboles; piedras de moler para preparar el maíz y la monumental escultura del "Sitio Ceremonial de Barriles".

#### CERAMICA

El período Chiriquí Clásico exhibe vistosas piezas como "trípodes", negativo, bizcocho y líneas rojas.

Las escogidas piezas aquí presentadas muestran el desarrollo de esta artesanía, cuyo tipo más antiguo, el escarificado, se estaba usando para el año 200 a.C. Entre el 1,000 y el 1,500 d.C., la cerámica alcanzó un gran desenvolvimiento, destacándose los tipos bizcocho, negativo, líneas rojas, lagarto, con la aparición de la pintura como aplicación decorativa de la pieza. Es el período de Chiriquí Clásico.

Los alfareros aborígenes se especializaron, además, en la confección de pitos y ocarinas, de gran significado artístico y musical.

La mayor parte del material que se presenta en esta sala es producto de la valiosa donación hecha por la arqueóloga Dra. Olga Linares y del Museo Antropológico Reina Torres de Araúz, además de otras piezas donadas por el señor Miguel A. Brenes Pérez y otros.

### **COLLARES Y COLGANTES.**

Hechos con cuentas de piedras preciosas y semipreciosas, como jade, jadeíta y ágata, además de oro. Fueron utilizados para denotar poder y prestigio.

La sala termina con una sección etnográfica destinada a los guaymíes, grupo que en la actualidad conserva muchas de las prácticas y tradiciones de sus antecesores, con muestras de sus artesanías, formas de vida, danzas y otras costumbres.

En el arreglo museográfico de esta sala, tuvimos la valiosa colaboración de la profesora Marcela Camargo de Cooke, museógrafa especialista del INAC.

### **SALA DE LA PRESENCIA ESPAÑOLA EN CHIRIQUI**

Destaca la conquista de las tierras chiricanas por los españoles, así como la fundación de las primeras ciudades, Remedios, Alanje, David y los pueblos de San Félix, San Lorenzo, Boquerón, Bugaba, Dolega y San Pablo, a través de mapas históricos artísticamente elaborados.

Sobresale la pintura al óleo del Lic. Gaspar de Espinosa, quien, en unión de sus huestes, se constituyó en el primer español en llegar a tierras chiricanas a comienzos del siglo XVI.

La conquista del occidente panameño significó la creación de un nuevo orden social, económico, político y religioso, lo cual quedó demostrado en nuevas formas de vida desarrolladas posteriormente a la presencia y dominio español.

Así, esta sala muestra botijas, peruleras, estribos, monedas, armas, objetos de uso personal y diversidad de documentos que reflejan una época vivida en estas tierras, así como algunos aspectos de la economía colonial.

### **SALA DE ARTE RELIGIOSO.**

Esta sala exhibe los aspectos más destacados de la presencia religiosa española en Chiriquí representados a través de las expresiones artísticas, pues, a la par de la conquista, la Iglesia desarrolló una tarea de evangelización auxiliada con esculturas, imágenes de vestir,



pilas bautismales, pinturas, orfebrería, otros enseres de uso religioso, como custodias, cálices, cruces procesionales, navetas, gestionadas en las iglesias de San José de David, Gualaca y Alanje, además de construcción de iglesias para la realización del culto.

La mayor parte de las obras religiosas en el continente eran de origen español, pero después fueron creaciones americanas, principalmente de Quito, Colombia, Perú, México, llegadas a nuestras regiones, donde también hubo manifestaciones de escuelas populares, como gran parte de las piezas que contiene esta sala.

Ha sido posible la realización de esta sala gracias al significativo aporte del Dr. Alberto Osorio, la iglesia de Alanje, de San José de David y de Gualaca, cuyas piezas son de gran valor religioso y artístico.

### COMEDOR

En esta sección, restaurada con elaborados balaustres de madera en sus ventanas, se presenta un comedor de época, original de la familia De Obaldía, donde sobresale su hermosa mesa de madera con gavetas en sus extremos para guardar cubiertos; se complementa con elegantes sillas de mimbre.

Se presentan vitrinas antiguas con vajillas con el monograma de la familia De Obaldía, al igual que su platería y cristalería, conserva-



Comedor de la familia De Obaldía, que destaca sus muebles, enseres domésticos y ornamentos de la época.

das por don José Lorenzo De Obaldía como reliquias de familia. También se presentan muestras de vajillas de diversas familias antiguas de David, como los Gallego, los Agnew, los Lambert, los De La Lastra, los Watson, etc.

Integra esta sección un antiguo reloj, palangana de porcelana, además de un elaborado tinajero hecho en madera, con la tradicional tinaja y filtro de piedra.

## **PLANTA ALTA**

### **SALA DE HISTORIA DEPARTAMENTAL**

Se inicia con reseña y cuadro sobre Bolívar, resaltando su papel de Libertador de América y sus proyecciones en el Istmo de Panamá. Asimismo, presenta los hechos históricos de mayor connotación, ocurridos en la provincia, como la creación de la misma, realizada el 26 de mayo de 1849, gracias a la visión política de don José De Obaldía. Se destaca el cuadro al óleo de su primer gobernador, don Pablo Arosemena De La Barrera.

También, las guerras civiles libradas en Chiriquí entre los partidos liberal y conservador, algunas veces por luchas intestinas por el poder y otras por repercusión de revueltas originadas en Colombia. Podemos mencionar a don Santiago Agnew Gallegos, quien se decla-



ró, desde David, jefe civil y militar del Istmo, al Coronel José Aristides De Obaldía Gallegos, al frente del contingente chiricano "los guaraperos de Dolega", pereciendo en combate contra el General Buenaventura Correoso. Además de un óleo de José Leonardo Calancha, Presidente del Estado Soberano de Panamá.

También se destaca en esta sala la presencia en David del gran unionista centroamericano Francisco Morazán, quien en 1841 escribió su "Manifiesto de David".

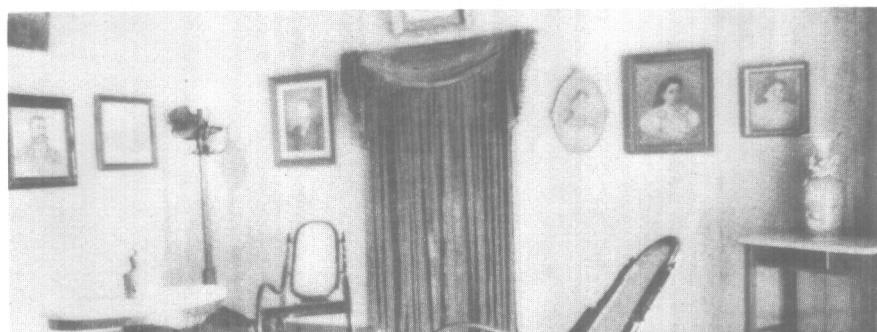
Sobresalen, de la misma manera, diversos aspectos de la vida de don José Domingo De Obaldía, hijo de don José De Obaldía y segundo Presidente constitucional de la República de Panamá.

Para cerrar este período, se presentan diversos aspectos de la "Guerra de los Mil Días", como el fusilamiento del General Victoriano Lorenzo y reseñas sobre los chiricanos sobresalientes en esta contienda.

Entre los objetos importantes que aquí se muestran, tenemos un tintero de mármol y bronce, uniformes militares, armas, documentos de la época y una vitrina con objetos personales de don José De Obaldía.

### **SALA OBALDIA**

Se exhibe una sala de época con un aspecto y toque tradicional acorde con las formas de vida y características sociales de la familia De Obaldía.



Su mobiliario es original, formado por mecedoras de mimbre tejido, consolas de mármol, mesas auxiliares, paragüero y otros objetos, como la lámpara antigua de kerosene que pende del techo, hecha en azulita y malaquita y pinturas de la familia, donde se destaca el óleo de don José De Obaldía y la miniatura de doña Antonia Gallegos de Franceschi.

En sus paredes se distinguen las obras del pionero de la pintura en Chiriquí Alberto Franco, como también las de Ida Belli y Héctor Falcón.

Finalmente, el toque de elegancia lo dan las finas cortinas de terciopelo sostenidas por antiguos cortineros de plata.

## **SALA DE HISTORIA REPUBLICANA**

En esta sala se reseñan los acontecimientos históricos más relevantes del primer cuarto del siglo XX, como la construcción del Canal de Panamá por los norteamericanos, con lo que se dio respuesta a las necesidades de navegación del mundo, a la vez que Estados Unidos se consolidaba como potencia imperialista al fortalecer su dominio en el área del Caribe y América, lo cual le facilitaba su poderío sobre lugares cercanos y distantes manejados como colonias.

También se hace alusión a la presencia del negro en nuestro país, llegado como consecuencia de los trabajos de construcción del ferrocarril de Panamá, el canal francés y el canal construido por los norteamericanos.

Se destaca la construcción del Ferrocarril Nacional de Chiriquí, gracias al esfuerzo del Presidente Belisario Porras, en 1916, con lo cual contribuyó notablemente al desarrollo económico de la provincia y al crecimiento de los pueblos ubicados a lo largo de la vía férrea.

Se muestra en esta sección la presencia francesa en Chiriquí con leyendas, planos, placa mortuoria y diversas actividades sociales desarrolladas en la ciudad, así como las fotos de los cónsules franceses Dionisio Lambert y Eugenio Loeffleur.

Sobresalen en esta sala los acontecimientos de la "Guerra de Coto" de 1921, en la que Panamá luchó por problemas limítrofes con Costa Rica y en la que participaron activamente los chiricanos comandados por el Gral. Manuel Quintero Villarreal. Acompaña esta sección el pabellón nacional y la bandera de la cruz roja originales, y armas utilizadas en el desenvolvimiento de esta guerra.

Se presenta sección de la Medicina en Chiriquí, donde se destaca la labor del Dr. Maximiliano De Puy, médico alemán, establecido en David, y diversos objetos de uso medicinal y farmacéutico, como morteros, lo mismo que un elaborado botiquín confeccionado en madera.

Finalmente, descuella la primera cámara fotográfica Daguerre Tipo traída a Chiriquí por el artista fotógrafo francés Enrique Jacquillón Vial en 1904, con una colección de fotos de diversas personas del lugar, que desafían el paso del tiempo.

También en esta sección se exhiben documentos, lámparas de algunas naves, equipo de bucear de don Francisco Gallegos, utilizados a principios del siglo, y otros objetos de singular importancia.

En las salas de Historia de los siglos XIX y XX, ha habido un valioso aporte del Museo de Historia de Panamá con material y documentos relativos a la época.

## **RECAMARA DE EPOCA**

Contiene el mobiliario de la familia De Obaldía, destacándose la cama de bronce con cubrecama tejido en guipure, estantes y cómodas y trabajados en caoba, escupidera, palangana de plata y otros enseres de uso y decorativos, propios de una recámara de ese período.

En sus paredes se exhibe una secuencia de trabajos de arte textil realizados por damas chiricanas de finales del siglo XIX y principios del siglo XX, producto, en muchas ocasiones, de la escuela de doña Carmen De La Lastra, una de las principales maestras de este arte en la provincia.

Esta recámara finaliza con un pequeño y elaborado balcón con vista a los jardines interiores del Museo.

## **COCINA RURAL**

Este sector fue construido especialmente para complementar las diversas formas de vida de la región; pues en él se presentan los aspectos rústicos del quehacer del hombre chiricano a través de sus manifestaciones artesanales.

En esta cocina se construyeron sus paredes, puertas y ventanass de caña brava y su techumbre de teja. En uno de sus extremos se levantó un fogón de adobe que contiene los implementos de cocina de uso popular en la época, que como cazuelas o calderos; también muestra un pilón, cestas tejidas, molinillos y otros objetos característicos del período y de la situación social presentada.

## **COCHERA**

Esta cochera fue construida con gruesos troncos de mangle y techo de teja, con el propósito de albergar una carreta de carga y un coche de pasear o quitrín, medio propio de transporte de las familias con recursos económicos y, más recientemente, de utilidad recreativa.

RICARDO ARTURO RÍOS TORRES

## *El Perseguido*

### I. César Augusto Candanedo, "mucho hombre".

Nació en David, Chiriquí, en 1906, es autodidacto. Durante 40 años trabajó en Salud Pública, lo que le permitió recorrer todo el país ganando valiosas vivencias nacionales, testimoniadas en sus numerosos relatos, publicados en su mayor parte con el seudónimo del Bachiller Carrasco. Desde 1969 ha laborado en la Comisión de Legislación y en la Asamblea del Poder Popular. Candanedo es un insaciable lector y siente especial admiración por el escritor paraguayo Augusto Roa Bastos.

Ha sido galardonado, en dos ocasiones, en el Concurso Ricardo Miró, con dos segundos puestos en el género de novela. En 1948-49 con **Fuera de Ley**, publicada en 1957 con el nombre de **Los Clandestinos** y en 1959-60 con **La otra frontera**, publicada en 1967. El Profesor Ricardo Segura se ocupa de esta novela en 1961-62 en su tesis de graduación en la Universidad de Panamá.

Candanedo desarrolla, en sus numerosos cuentos, un peculiar **naturalismo narrativo** de intenso contenido social. Entre su haber bibliográfico se cuentan: *El Cerquero* y otros relatos (1967), *Memorias de un caminante* (1982) y *Palo duro* (1986). Ahora, a sus ochenta años, con su novela **EL PERSEGUIDO** gana el premio único de novela en el Concurso Ricardo Miró 1986.

## II. El Perseguido

Candanedo, César Augusto. *El Perseguido* / César Augusto Candanedo.— Panamá: INAC, 1986.— 175p.

“a mayores dificultades se da la medida del que es hombre”.

### A. Planteamiento inicial.

Candanedo en **Los Clandestinos** dramatiza el tráfico y explotación de los hombres del Chocó en el exótico Darién y en **La otra frontera** plantea el desalojo de los campesinos en la Cuenca del Chagres, para dar paso al Lago artificial de Gatún, gran depositario de agua del Canal de Panamá.

“Mucho Hombre” es el título original de la novela *El Perseguido*, y en ella Candanedo recoge lo mejor de su creación literaria, según su propia opinión. Trabajó en la obra en los últimos cinco años, y es el fruto de su vocación de escritor y expresión auténtica de su sentimiento permanente de panameño orgulloso de su nacionalidad.

### B. Aproximación argumental.

Candanedo organiza su conjunto literario en seis capítulos. Su temática es histórica y de ambiente costumbrista, se ubica en el Panamá de finales del Siglo XIX y principios del Siglo XX, tiene como escenario la Provincia de Chiriquí.

Sus personajes se mueven en una acción de fuerte realismo y su prosa es, primordialmente, impresionista. El acento está colocado sobre los problemas del hombre campesino, especialmente, en torno a sus temores míticos, luchas políticas y sencillas aspiraciones.

En *El Perseguido*, el hombre es uno con su naturaleza, se siente la inmensidad del llano como en el terrible y trágico duelo entre el toro cerrero y los vaqueros. De igual manera, es cautivante la alegría del bosque con su rítmico cantar de pájaros y las pericias que compartimos con Juancho, el hábil constructor de jaulas. Son tiernas las escenas del agua prometida entre Gabriel y Fifi, “agua para que todo reverdezca y para que el amor crezca vivo y fresco, con el agua vendrán las flores, los frutales, los pájaros y las sombras, la circulación de voces y sonidos, ruidos y cantos”.

Candanedo sabe poner emoción y dolor en las palabras cuando relata con melancolía la epidemia de viruela, “ya ni se lloraba porque los muertos se les tenía como enemigos pues cada uno de ellos, produciría nuevos muertos”. Su entonación más impactante es en su relación de **La Pulgosa**; allí las crueles torturas en el cepo y con el rebenque de calabazo se agudizan con la mancha siniestra de piojos, garrapatas, pulgas y moscas, “allí hasta los más hombres se cagan”.

Otra de las facetas que nos hacen vibrar por su tensa trama son las que se refieren a **el Fugitivo** y su tenaz persecución por **Los Escorpiones**. Es "la víbora del odio" que desata las pasiones y venganzas entre conservadores y liberales durante la Guerra de los Mil Días. **Gabriel**, el perseguido, supera todos los sufrimientos y ansiedades, utilizando su ingenio, instinto y firme voluntad para sobrevivir. Después de la guerra, la miseria colectiva entonces es aleccionante como Gabriel — "mucho hombre" — se pone los pantalones y trabaja en todos los oficios para llevar el sustento a su familia, se hace tala-bartero y limpiador de sombreros Panamá, así como "ingeniero de ojo".

**El Perseguido** es una narración matizada con tintes poéticos, "la tarde muere entre bostezos de una brisa remolona", también abundan sus máximas, refranes y anécdotas como las del pintoresco odontólogo, "mordiéndolo la cola de un lagarto no entra la polilla al diente". El trasfondo conceptual de la obra es optimista y pleno de esperanzas como su estampa de la construcción del **caño de agua**, venciendo lomas y pedregales, en ocho kilómetros de lucha contra la naturaleza, el hombre triunfa.

Recomendamos que para la edición del INAC se complemente la obra con un glosario pues son muchos los modismos.

### III. Apreciación del jurado

Los doctores Osvaldo Velásquez y Humberto Zárate, con el licenciado en Bibliotecología Ricardo Arturo Ríos Torres, decidieron, después del análisis minucioso de las trece obras presentadas al Concurso Ricardo Miró 1986, otorgar, por unanimidad, el premio único de novela a **El Perseguido** que se presentó con el seudónimo **El Peregrino**.

**"El Perseguido es una narración plena de candor y de humanismo dignificante. Su expresividad descriptiva es sutil y hermosa tanto por el énfasis que pone en los detalles del paisaje y costumbres de la época como en los perfiles de sus personajes.**

**El Perseguido es relevante por su estilo llano, ajeno a las complejidades psicológicas. Sus acentuados tonos poéticos y filosóficos nacen de la espontaneidad de la vida campesina y se visten de la belleza natural de lo cotidiano.**

**Su diseño estructural es lineal y orgánico, su prosa tiene todo el vigor plástico del Panamá rural".**

### IV. Comentario final

Es significativo que a la par de Rogelio Sinán y José María Núñez, César Augusto Candanedo sigue también enriqueciendo la narrativa panameña con su prosa vivaz. No existen límites a la capacidad crea-



tiva del ser humano y cuando se une el talento a la madurez experimental de una vida siempre renovada, surgen florecientes obras de extraordinaria sensibilidad.

Lo importante de la novelística contemporánea es que se desenvuelve libre de ataduras, que tiene versatilidad técnica y desarrolla una actitud innovadora tanto en las formas como en su fondo. Nos identificamos con Ernesto Sábato cuando nos dice:

**"la literatura no es un pasatiempo ni una evasión, sino una forma — quizás la más completa y profunda de examinar la condición humana. La novela de hoy se propone fundamentalmente una indagación del hombre". 1**

César Augusto Candanedo se corresponde sin ambigüedades entre el decir y el hacer, por ello toda su obra tiene la eficiencia de la honestidad.

Las evidencias, en el concurso de novelas 1986 del Ricardo Miró, son alentadoras pues nos demuestran un esfuerzo serio por definir, un rumbo más preciso en nuestro quehacer literario. Podemos mencionar otras obras, como Piedra sin rostro, Donde es más claro el cielo, Ron y Charol, Mientras pasa la lluvia. Por ello consideramos oportuno recomendar que a partir de 1987 se edite otra obra en cada sección o género que a juicio del jurado reúna los méritos requeridos, la publicación deberá contar con la previa autorización de su autor.

**REPUBLICA DE PANAMA**  
**LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA**  
**PLAN DE LOS SORTEOS ORDINARIOS DOMINICALES**  
**A PARTIR DEL 4 DE MAYO DE 1986**

**SORTEO No. 3506**  
**EL BILLETE ENTERO CONSTA DE 300 FRACCIONES**  
**DIVIDIDAS EN DIEZ SERIES DE 30 FRACCIONES**  
**CADA UNA, DENOMINADAS: A,B,C,D,E,F,G,H,I,J.**

**PREMIOS MAYORES**

	<b>FRACCION</b>	<b>BILLETE ENTERO</b>	<b>TOTAL DE PREMIOS</b>
1 PRIMER PREMIO, Series A,B,C,D,E,F, G,H,I,J.	B/1,000	B/. 300,000	B/. 300,000
1 SEGUNDO PREMIO Series A,B,C,D,E,F, G,H,I,J.	300	90,000	90,000
1 TERCER PREMIO Series A,B,C,D,E,F, G,H,I,J.	150	45,000	45,000

**DERIVACIONES DEL PRIMER PREMIO**

18 Aproximaciones, Series A,B,C,D,E,F,G,H,	10	3,000	54,000
9 Premios, Series A,B,C,D,E,F,G,H,I,J.	50	15,000	135,000
90 Premios, Series A,B,C,D,E,F,G,H,I,J.	3	900	81,000
900 Premios, Series A,B,C,D,E,F,G,H,I,J.	1	300	270,000

**DERIVACIONES DEL SEGUNDO PREMIO**

18 Aproximaciones, Series A,B,C,D,E,F,G,H,I,J.	2.50	750	13,500
9 Premios, Series A,B,C,D,E,F,G,H,I,J.	5	1,500	13,500

**DERIVACIONES DEL TERCER PREMIO**

18 Aproximaciones, Series A,B,C,D,E,F, G,H,I,J.	2	600	10,800
9 Premios, Series A,B,C,D,E,F,G,H,I,J.	3	900	8,100

<b><u>1,074 Premios</u></b>	<b>TOTAL</b>	<b><u>B/.1,020,900</u></b>
-----------------------------	--------------	----------------------------

El valor de la emisión es de B/.1,650,000.00 El precio de un Billeto Entero es de B/.165.00. El precio de una Fracción es de B/.0.55.

Preparado por: Sección de  
Estadística y Análisis.

**NUMEROS PREMIADOS EN LOS SORTEOS DE LA  
LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA LOS  
DOMINGOS DE MAYO Y JUNIO, 1987**

<b>SORTEOS</b>	<b>No.</b>	<b>PRIMERO</b>	<b>SEGUNDO</b>	<b>TERCERO</b>
Mayo 3	3558	7911	1161	7278
Mayo 10	3559	2873	5027	1940
Mayo 17	3560	5498	4470	9826
Mayo 24	3561	3778	1156	8860
Mayo 31	3562	4398	6956	8773
Junio 7	3563	9136	9549	9490
Junio 14	3564	4715	7334	1044
Junio 21	3565	1280	8360	4303
Junio 28	3566	8645	6847	9444

**REPUBLICA DE PANAMA**  
**LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA**  
**PLAN DE LOS SORTEOS ORDINARIOS INTERMEDIOS**  
**A PARTIR DEL 4 DE JUNIO DE 1986**

**SORTEO No. 1022**

**EL BILLETE ENTERO CONSTA DE 195 FRACCIONES**  
**DIVIDIDAS EN 13 SERIES DE 15 FRACCIONES CADA UNA,**  
**DENOMINADAS A,B,C,D,E,F,G,H,I,J,K,L,M.**

**PREMIOS MAYORES**

	<b>FRACCION</b>	<b>BILLETE ENTERO</b>	<b>TOTAL DE PREMIOS</b>
<b>1 PRIMER PREMIO, Series A,B,C,D,E, F,G,H,I,J,K,L,M.</b>	<b>B/.1,000</b>	<b>B/. 195,000</b>	<b>B/. 195,000</b>
<b>1 SEGUNDO PREMIO, Series A,B,C,D,E, F,G,H,I,J,K,L,M.</b>	<b>300</b>	<b>58,500</b>	<b>58,500</b>
<b>1 TERCER PREMIO, Series A,B,C,D,E,F, G,H,I,J,K,L,M.</b>	<b>150</b>	<b>29,250</b>	<b>29,250</b>

**DERIVACIONES DEL PRIMER PREMIO**

<b>18 Aproximaciones, Series A,B,C,D,E,F,G, H,I,J,K,L,M.</b>	<b>10</b>	<b>1,950</b>	<b>35,100</b>
<b>9 Premios, Series A,B,C,D,E,F,G,H,I,J,K,L,M.</b>	<b>50</b>	<b>9,750</b>	<b>87,750</b>
<b>90 Premios, Series A,B,C,D,E,F,G,H,I,J,K,L,M.</b>	<b>3</b>	<b>585</b>	<b>52,650</b>
<b>900 Premios, Series A,B,C,D,E,F,G,H,I,J,K,L,M.</b>	<b>1</b>	<b>195</b>	<b>175,500</b>

**DERIVACIONES DEL SEGUNDO PREMIO**

<b>18 Aproximaciones, Series A,B,C,D,E,F,G,H,I,J, K,L,M.</b>	<b>2.50</b>	<b>487.50</b>	<b>8,775</b>
<b>9 Premios, Series A,B,C,D,E,F,G,H,I,J,K,L,M.</b>	<b>5</b>	<b>975</b>	<b>8,775</b>

**DERIVACIONES DEL TERCER PREMIO**

<b>18 Aproximaciones, Series A,B,C,D,E,F,G,H, I,J,K,L,M.</b>	<b>2</b>	<b>390</b>	<b>7,020</b>
<b>9 Premios, Series A,B,C,D,E,F,G,H,I,J,K,L,M.</b>	<b>3</b>	<b>585</b>	<b>5,265</b>
<b>1,074 Premios</b>	<b>TOTAL</b>		<b>B/. 663,585</b>

El valor de la Emisión es de B/.1,072,500. El precio de un Billeto Entero es de B/.107.25. El precio de una fracción es de B/.0.55.

Preparado Por: Sección de  
Estadística y Análisis.

**NUMEROS PREMIADOS EN LOS SORTEOS DE LA  
LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA LOS  
MIERCOLES DE MAYO – JUNIO DE 1987**

<b>SORTEOS</b>	<b>No.</b>	<b>PRIMERO</b>	<b>SEGUNDO</b>	<b>TERCERO</b>
Mayo 6	1070	5536	1155	5999
Mayo 13	1071	5742	0674	0622
Mayo 20	1072	5173	5069	4058
Mayo 27	1073	1936	8260	3716
Junio 3	1074	4923	2136	0743
Junio 10	1075	2519	9388	3582
Junio 17	1076	5638	1816	0907
Junio 24	1077	2712	1151	9708